

FLORES PARA MI TUMBA



N. CALA

Lectulandia

Cuando todo cambia en un sólo segundo.

Cuando una vida adolescente es sesgada.

Cuando la locura es la única explicación racional a lo que sucede a tu alrededor.

Cuando te obligan a dejar atrás todo lo que conoces.

Cuando tu destino está escrito.

Cuando tu mayor enemigo es el único que puede ayudarte.

Cuando un corazón muerto vuelve a latir...

...cuando la muerte es sólo el principio de tu vida.

Lectulandia

N. Cala

Flores para mi tumba

ePub r1.1

Rocy1991 06.12.14

Título original: *Flores Para mi tumba*

N. Cala, 2012

Retoque de cubierta: Rocy1991

Editor digital: Rocy1991

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPITULO 1

EL sol le pega con fuerza en los ojos y hace que se despierte. No lleva mucho tiempo dormida. Si no hubiese sido por el astro rey, el dolor de la muñeca la habría despertado igualmente, en cuanto se hubiera movido lo más mínimo. No importa que estés muerta, como ella. El dolor se siente exactamente igual.

Parpadea varias veces, y enfoca la vista hacia su derecha. Sí, las esposas que sujetan su mano a la puerta del copiloto continúan en el mismo sitio.

—¿Acaso esperabas otra cosa?

—Estúpido. —Murmura ella más por costumbre que por ganas de insultarle, a lo que él responde con una fingida sonrisa.

La primera vez que lo vio pensó que estaba ante la versión joven de Damon Salvatore. Solo que Jairo resultó ser incluso peor que el malo de los hermanos vampiro.

Sandra se recoloca como puede, exhalando sonoros suspiros con el único fin de ponerlo nervioso. No encuentra la postura, es imposible estar cómoda si estás esposada, no importa el lugar en el que te encuentres, ni siquiera si estás dentro de un R8 Spyder.

No hace ni dos semanas que lo tienen. Al señorito se le antojó ese descapotable. Y ya se sabe que es el ojo derecho de Samuel, y que la tarjeta de crédito que le dio es algo así como ilimitada. Sandra se pregunta si la que va a su nombre tendrá límite. ¿Cómo va a saberlo si este capullo se la quitó?

Con la mueca de enfado grabada en el rostro, mira pensativa el elegante salpicadero.

Recuerda aquel martes en el que, arrastrada por Jairo, entró en el concesionario de Audi más grande que hubiese visto en su vida. Es decir, en su antigua vida como mortal. Aunque bueno, eso no era muy difícil, pues tampoco había estado en muchos. Pero ese era diferente a los demás, se podía respirar nada más cruzar el umbral de la puerta. ¡Qué digo! Antes siquiera de enfilar la calle por la que el taxi les había llevado, ya te hacías una idea de que ese era un lugar para gente con un estatus que no se suele encontrar en cualquier esquina. ¡Si hasta los dependientes parecían principitos!

Jairo le abrió la puerta para que ella pasara primero. No era un gesto caballeroso, sólo quería asegurarse de no perderla de vista. Esa chica había resultado ser un incordio, y no se podía permitir el lujo de dejarla sola ni un instante. Después entró con esa férrea seguridad que despliega allá por donde va y se quitó las Rayban como si fuese el modelo de un anuncio. Ella se limitó a observar enfurruñada cómo un par de esos principitos trajeados corrían a atenderle.

—¿En qué podemos ayudarle señor?

¿"Señor"? ¡Por favor! ¡Si apenas tiene la apariencia de un chico de veintiún años!

Piensa Sandra rezagada junto a una columna de brillantes baldosas, mientras los dos dependientes revolotean alrededor de él.

No hace falta que le aconsejen. Jairo sabe muy bien lo que quiere. No necesita que le expliquen las características del coche, ya las conoce. No, no le gusta en color gris, lo quiere en blanco. ¿430 CV? No, ni hablar. Él quiere el de 525. ¿Cómo puede ser que en el mayor de los concesionarios de Audi en España no dispongan de ese modelo? Es vergonzoso.

Los principitos se apresuran a buscar una solución que satisfaga a tan galante comprador, hechizados por el embrujo que Jairo suele ejercer sobre la gente, bailando al son que marca su compás.

—No se preocupe señor, mañana por la mañana lo tendrá aquí. Me han confirmado desde Alemania que hoy mismo prepararán un dispositivo especial para su traslado.

—¿Mañana? Qué fastidio. —Hace una mueca de disgusto y se gira para mirar a Sandra—. Tendremos que retrasar nuestra marcha una noche más.

Ella intenta responderle con otra mueca más desagradable, pero todo lo que consigue es que su ojo sufra un extraño tic, consecuencia de la crispación de sus nervios.

—No sabe cuánto lo lamentamos señor... —Siguen disculpándose los dos principitos, sin siquiera mirarla a ella.

Está casi segura de que los vendedores no han reparado en su presencia. Pero, ¿cómo iban a hacerlo? ¡Si ha quedado eclipsada por la magnificencia y el resplandor de Jairo! También sabe que, aunque nadie lo diría a simple vista, su acompañante tiene todos sus sentidos puestos en ella.

—Espero que esté listo a primera hora. No me gustaría encontrarme con ningún otro imprevisto. —Y dirige una mirada cargada de dobles intenciones al vendedor más alto.

Este capta la amenaza al vuelo, y le asegura que no, que por supuesto que no. Sólo le ha faltado salir corriendo a coger el próximo vuelo hacia Alemania y venir conduciéndolo él mismo desde allí.

—Me desagradaría tanto que se produjera cualquier retraso que prefiero dejarlo todo zanjado esta misma mañana. Si les parece, caballeros, procedamos a realizar el pago. —Jairo abre los brazos invitando a los asombrados y babeantes vendedores a que se dirijan a una mesa aclimatada para tal fin.

Sandra hace un mohín, pero no se separa ni un centímetro de la columna. Increíble. Ahora le sale la vena de comercial. ¿Qué será lo próximo?

Desde su posición no le resulta difícil escuchar la conversación. Jairo les facilita todos los datos y papeles necesarios, con la nueva identidad que le proporcionaron los hombres de Samuel tras su muerte. Lo único que conserva original es su nombre, al igual que Sandra.

Ve cómo saca el móvil y llama a alguien, seguramente a Mauricio para que efectúe la transferencia. Mauricio... otro que le baila el agua.

La chica se tambalea ligeramente y se tiene que apoyar en la columna de baldosas brillantes. ¿Qué? ¿Ha oído bien? ¿Cuánto ha dicho? ¡Eso no es un precio! ¡Es un pecado!

Inevitablemente, vuelve a pensar con añoranza en la tarjeta que ese idiota le ha arrebatado.

Por fin terminan todo el papeleo. Jairo se plantea la posibilidad de asustar un poco más a aquellos serviciales dependientes con otro ultimátum. Pero lo piensa mejor. No será necesario. Está totalmente seguro de que al día siguiente, a primera hora, tendrá su R8 Spyder blanco preparado, esperando a que él lo conduzca.

Los vendedores, que acaban de percatarse de la presencia de Sandra, los acompañan a ambos hasta la puerta, dando pequeños pasitos cuando sus continuas reverencias se lo permiten.

Una vez en el exterior Jairo agarra a Sandra del brazo y la obliga a caminar a su lado. Parece un gesto cortés, pero su mano es férrea.

—¿Así es como vamos a pasar desapercibidos? ¿Montados en un coche de casi 200.000 euros?

Como no contesta, retoma la carga.

—¿No te servía el de 400 CV?

—No.

—¿Y para qué coño quieres un coche de 500 CV?

—Para poder perseguirte la próxima vez que te escapes. —Responde Jairo con una sonrisa.

A Sandra le hierve la sangre.

—Imbécil.

—Tú más. —Le responde él, y con la mano libre se coloca las Rayban como si fuera el modelo de un anuncio.

CAPITULO 2

Un año y medio antes.

—¿PERO qué es todo esto? —Pregunta el padre mientras deja el abrigo sobre una silla, mirando la ingente cantidad de comida que hay sobre la mesa—. ¿Va a venir a comer un regimiento o algo así?

—Algo así. —Sandra le da un apresurado beso en la mejilla y se dirige veloz a la alacena. De ahí saca cuatro platos y los coloca sobre el mantel.

En ese momento aparece la madre, ataviada con un delantal, seguida por su hermana pequeña. Le da un beso fugaz a su marido y se dirige a la fregadera.

—¡Hola renacuaja! —Exclama el hombre, y la pequeña corre a sus brazos—. Tu hermana está en la edad del pavo y no me hace caso. Pero seguro que tú sí. —Sonríe con malicia y le da un beso de gnomo en la nariz—. Cuéntame, ¿qué celebramos?

—Celebramos que Sandra ha sacado sobresalientes en todos los exámenes.

—No Elisa, en todos no. Aún tengo que realizar algunos más.

—Así que todo sobresalientes, ¿eh? —Dice el padre soltando a la niña y dirigiéndose hacia su hija mayor—. Esta niña nos va a sacar de pobres María, te lo digo yo. —Y le da un largo y sonoro beso en la frente, muy diferente a los que él ha recibido.

—Bueno, aún me queda por hacer el de Filosofía y el de Matemáticas.

—El último esfuerzo hija —dice la madre, mientras llena la jarra de agua— el último esfuerzo —repite— y el fin del trimestre vendrá enseguida.

Sandra hace un mohín. Sabe por qué su madre hace tanto hincapié en eso. Es por el tema de la fiesta de cumpleaños de Clara. Se lo ha comentado hace un momento y no quiere que vaya, por miedo a que se descuide en sus estudios. ¿Descuidarse Sandra en los estudios? Eso sí que sería inaudito.

—Mamá, el fin del trimestre no significa descanso. Sólo significa el comienzo de la selectividad.

La familia se sienta a la mesa y comienzan a pasarse unos a otros las diversas fuentes, en una curiosa danza sincronizada. La jarra de agua por aquí, la panera por allá, la fuente de ensalada que pasa por encima de la salsera haciendo acrobacias...

—Por eso te digo, hija, que ya que te has esforzado tanto, que no lo echas todo a perder... —Insiste la mujer.

—¿Me he perdido algo? —Pregunta el padre, que es completamente ignorado por las dos mujeres de la casa. Sólo su hija pequeña le hace una graciosa mueca, mientras le enseña un ravioli que tiene pinchado en la punta del tenedor.

—No voy a echar todo a perder por que salga un sábado por la noche. Pásame la

sal. —Sandra espolvorea ligeramente la ensalada—. Además nunca salgo, para una vez que tengo oportunidad...

—Seguro que en verano tienes cientos de oportunidades. Ahora no es el momento. —Sentencia María con dulzura, pero con voz firme.

Sandra acepta el dictamen de su madre sin rechistar una palabra más, y decide olvidar el tema de la fiesta.

María sonrío para sus adentros. Qué fácil es esta chiquilla, qué suerte han tenido con ella. Siempre tiene una palabra amable en la boca y nunca, en sus diecisiete años, les ha dado ningún quebradero de cabeza. Quizás Ernesto y ella, sobre todo ella, la atan demasiado en corto. Pero no hay más que mirar cómo es su Sandra para saber que ese es el camino correcto. Los resultados saltan a la vista. ¡Qué dulzura de niña! Aunque parecía que le hacía ilusión ir a la fiesta de su amiga... Pero no, enseguida disipa esas pequeñas dudas que acaban de surgir. Ella es su madre. Quién va a saber mejor que ella lo que le conviene a su hija. Y en estos momentos lo que tiene que hacer es estudiar, que ya tendrá tiempo de divertirse en verano.

CAPITULO 3

En la actualidad.

SANDRA sonríe. No es una sonrisa disimulada, es una sonrisa abierta y cargada de chulería, incluso aderezada con algún que otro sonidillo prepotente.

A Jairo no le ha pasado desapercibida, al igual que todo lo demás que hace la chica. Qué fastidio tener que estar pegado a ella a todas horas, todos los días, y todas las semanas, él, que estaba acostumbrado a estar solo. Aunque la verdad es que supone una deliciosa tortura, pero eso no lo reconocería nunca, y menos después de lo que pasó. La sinceridad se ha acabado.

Sandra mira de reojo a Jairo. Está serio, pensativo. ¿No se da cuenta de que las esposas han provocado que una pequeña parte de la pintura de la puerta se haya desconchado? ¿De verdad que no se ha dado cuenta? ¿Ni siquiera al verla sobreactuar? Parece mentira, con lo observador que es. Lo mira unos segundos más. Sus ojos están cubiertos por los cristales oscuros de las Rayban, pero aunque estuvieran destapados sería lo mismo. Jairo es un experto en ocultar sus verdaderas emociones, de eso ya se dio cuenta hace tiempo.

¿En serio no ha reparado en el desperfecto que el metal ha causado en la tapicería? Pues nada. Tarde o temprano reparará en ello. Y seguro que le jode. Sandra suelta una pequeña risita, es su último intento fallido. Pero Jairo no aparta la vista de la carretera.

Un año y medio antes

—Tía, no me lo creo.

—Pues créetelo.

—¿Bromeas?

—No.

—¿Va en serio?

—Sí.

—¿De verdad?

—¡Que sí jolin!

—¿Qué pasa? —Las interrumpe Patricia.

—Que los padres de Sandra no le dejan venir a mi fiesta. ¿Te lo puedes creer?

Patricia abre mucho los ojos como respuesta a lo que acaba de decirle Clara.

—¡No!

Clara asiente.

—¿De verdad?

—Como lo oyes.

—¿En serio?

—¡Vale ya! No empecemos con la misma conversación otra vez. —Protesta Sandra, cansada del juego de las mil preguntas.

—¿Qué conversación? —Julia acaba de unirse al grupo.

—A Sandra le han prohibido ir a la fiesta de Clara. —Se apresuran a informar a la recién llegada.

—Qué pesadilla... —Murmura Sandra.

—¡No...!

—Sí, y es cierto, es verdad, y es así. —La corta rápidamente—. No hay nada que se pueda hacer.

—Joder, ¡pero si a mí me han levantado la hora de llegada por haber aprobado Lengua...!

Ahora la que no se cree lo que escucha es Sandra. ¿Que a Julia le dejan sin hora por haber sacado un cinco raspado? ¿Y las otras tres que ha suspendido? ¿Qué pasa con ellas?

—No la mires así, San. —Le reprocha Patricia—. Eso es lo normal. No lo tuyo.

—Totalmente de acuerdo. —Clara levanta la mano con gesto solemne—. Tus padres deberían de estar encantados de que, por una vez, te separaras del escritorio de tu habitación.

Piensa en las palabras de su amiga y se encoge de hombros.

—Dicen que no me puedo descuidar, que ahora me toca estudiar...

—¿¿Aún más?? —Julia parece a punto de tirarse de los pelos—. Eso, simplemente, ¡no es posible!

—No deja de ser una pena... —Clara cambia de estrategia y se dirige a ella con voz melosa. Se toquetea un mechón de pelo y consigue captar la atención de las presentes—. Precisamente ahora, que por fin Álex parece haberse fijado en ti...

—¿Qué quieres decir? —Sandra se incorpora del coche en el que están apoyadas automáticamente. Su amiga sonrío, feliz de haber conseguido su propósito.

—Que hoy me ha preguntado si ibas a venir a la fiesta.

—¿Qué? ¿En serio?

Clara asiente.

—¿De verdad?

La interrogada vuelve a asentir y ríe.

—¿No decías que te cansabas de este tipo de conversaciones?

—Sí, pero estamos hablando de Álex...

Julia ríe al ver los ojos enamoradizos que pone Sandra.

—¡Pero si no has cruzado ni dos palabras con él! ¡Lo tienes idealizado! Seguro que en realidad es un cazurro... ¡Ay! —No ha podido esquivar el puñetazo que su amiga le ha propinado en el hombro.

Puede que tenga razón, pero le da igual. Cada vez que lo ve por los pasillos del

instituto su corazón se acelera. Qué pena que ella curse el Bachillerato de Ciencias Sociales. Si cursara el de Naturales quizá podrían sentarse en el mismo pupitre...

—Por eso, esta fiesta es más importante que las demás. —Patricia la saca de sus cavilaciones—. Nunca vienes a ninguna, y jamás te lo reprochamos. Entendemos que te guste ser una empollona. Pero esta vez es diferente.

—Esta vez tienes que venir. —La apoya Julia.

Sandra suspira. Puede que sus amigas tengan razón. Pero su madre es la que realmente mira por su bien, y le ha dicho que tiene que estudiar.

En ese momento se oye una sirena cercana. El recreo ha terminado. Las chicas apuran la última calada del cigarro y después pisan las colillas. Todas menos Sandra, por supuesto. Es la única que no fuma. Y juntas, como siempre, se encaminan hacia el edificio.

CAPITULO 4

En la actualidad

EN la radio suena S&M de Rihanna. En lo que llevan de viaje la habrá escuchado algo así como cincuenta veces. A esta le sigue On the floor, de Jennifer López, que habrá sonado el doble de veces que la anterior. Los encargados del track list de esa emisora no se complican mucho la existencia. Ponen los éxitos que más suenan ese verano, uno tras otro. ¿Que se repiten? No importa. Con lo que se esmeran seguro que tampoco tienen muchos oyentes que se den cuenta.

Sandra se ha cansado de intentar llamar la atención de Jairo sobre el arañazo que lleva la puerta. Parece que el coche le importa menos de lo que sospechaba.

El sol ya no pega con tanta fuerza, pero todavía hace mucho calor. Ir sin la capota ayuda bastante a soportarlo.

Mira la marca morada que rodea su muñeca. Ya se está acostumbrando a tenerla ahí, al igual que las esposas. Es curioso que, aún muerta, le sigan saliendo moratones. No logra comprenderlo.

Su captor se ha empeñado en ir por carreteras secundarias que atraviesan las zonas desérticas de Andalucía. Más seguro, sí, pero aburridísimo. Si no fuera imposible, dadas sus circunstancias, ya se habría muerto de aburrimiento. Matorral de esparto tras matorral de esparto. Como mucho, tendrás suerte de ver algún que otro matojo de romero rompiendo la serie. Y eso es todo. Secarral total.

Jairo la mira de reojo con disimulo. ¿Lleva más de diez minutos callada? ¿Es eso posible? ¿Se encontrará bien? Frunce el ceño ligeramente, pero no se le nota. ¿En qué estará pensando? Espera, ¿qué le importa a él? Nada. “Nada”. Repite de nuevo en su cabeza, esta vez con más convicción.

El chico intenta mantenerse sereno, pero es increíble el poder que ejerce Sandra sobre él. Mientras más calla la chica, más intenta él suponer sus pensamientos. ¡Y no consigue parar de hacerlo! Igual está callada porque se encuentra mal. Sí, quizá sea eso. A lo lejos se adivina el cartel de una gasolinera. Parará allí, por si necesita ir al servicio.

Un año y medio antes.

La profesora de Filosofía ha entrado y está explicando algo sobre Kant. Es uno de sus filósofos preferidos, no le hace falta prestar atención. Sólo piensa en Álex, y en lo que le habrá dicho a Clara realmente. ¿De verdad está interesado en que ella vaya a la

fiesta? Quizás le ha preguntado por todas las chicas, por Patricia y Julia también, pero Clara ha omitido esa información para hacer más jugosa la noticia. No la ve capaz, sabiendo que le gusta.

Un papelito le impacta en la frente y cae a su mesa. Se gira para mirar a Julia, que le insta con gestos a que lo abra.

“Tienes que intentar convencer a tus padres para que te dejen ir. Puede que esta sea tu oportunidad con Álex. ¡Júrame que esta tarde lo vas a intentar!”

Sandra le da la vuelta a la nota y escribe la respuesta disimuladamente.

“No puedo. Mi madre me ha dicho que no. Y además, ya sabes que no juro.”

Se la lanza a Julia aprovechando que la docente está escribiendo algo en la pizarra.

Su amiga la mira con disgusto tras leerla, y niega para sí misma, como si no tuviera remedio.

No importa que Álex haya preguntado o no por ella. Le han dejado claro que no puede ir. Es cierto que los exámenes de Filosofía y de Matemáticas de la semana siguiente son importantísimos, pero ya se los sabe al dedillo. No tendrá ningún problema en alcanzar de nuevo el sobresaliente. Aunque bueno, la noche del sábado no iba a dedicarla a estudiar de ninguna manera. Como mucho verá alguna película. Es una pena... Pero no. Su madre ha dicho que no.

Patricia se ha saltado la clase porque Juan la ha invitado a dar vueltas con su nuevo coche, así que Sandra se ha sentado sola.

Mira a Julia y a Clara, que ocupan el pupitre de la izquierda. Julia está mascando chicle sin ningún disimulo y mira distraída por la ventana. Da a un muro de piedra, pero a la chica parece interesarle más aquella visión que lo que le tengan que explicar sobre Kant.

Clara está garabateando algo en su cuaderno. Parece la lista de invitados a su fiesta.

Ninguna de las dos atiende. No les hace falta. Para eso tienen a Sandra, que siempre les echa una mano.

Sandra sabe que es diferente a sus amigas. Lo ha sabido desde el principio. ¡Incluso parecen de especies distintas! Pero ella, como tantas veces le han dicho, no es como el resto de las empollonas. No hay más que ver que está sentada en la última fila de la clase. No le gusta creerse más que nadie. Mientras el resto de chicas como ella intentaban sobresalir por encima de las demás y poner todas las zancadillas posibles al prójimo, ella se esmeraba en ayudar a los más necesitados (aunque estuviesen necesitados, precisamente, de horas de estudio y no de capacidad). Siempre prestaba sus apuntes y dejaba que le copiaran en los exámenes. Gracias a eso tenía amigas, y un estatus social que de otra forma jamás habría conseguido.

En ese momento suena la campana. ¡Por fin viernes!

Cientos de alumnos bajan veloces las escaleras que les devolverán a la libertad durante dos días. Efímera, pero libertad al fin y al cabo.

Clara y Julia conversan sobre la fiesta de camino al autobús. Han dejado a Sandra por imposible, ya no le insisten más.

—¡Hola chicas!

Sandra se gira para encontrarse con Álex, que acaba de alcanzarlas. ¿Se dirige a ellas? Normalmente sólo habla con Clara... Las tres le devuelven el saludo.

—Por fin *it's weekend!* —Dice con un acento que deja mucho que desear, pero ellas le ríen la gracia—. Por cierto Sandra, te veré en la fiesta, ¿no?

Y para el asombro de ésta, le guiña un ojo. ¿Ha ocurrido de verdad?

—Bueno guapetonas, me voy que me espera mi padre aparcado en doble fila.

—Adiós Álex.

—Ciao, Álex.

Responden sus compañeras. Sandra no dice nada. Las pocas palabras que Álex le ha dirigido han hecho que se rompan todos sus esquemas, y que su férrea decisión de no desobedecer a su madre acabe de desmoronarse.

En la actualidad

—¿Qué haces? —Pregunta Sandra con desgana cuando lo ve salir de la carretera.

—Parar para ir al servicio.

—Vaya, ¿tienes incontinencia o algo así?

Jairo le devuelve la falsa sonrisa a la que ya está acostumbrada, y que cada vez la saca más de sus casillas.

Entran en un bar de carretera bastante cutre, que de seguro no cumple las condiciones sanitarias mínimas. Sólo hay dos camioneros con ligero sobrepeso frente a la barra. Ni siquiera los saludan al entrar.

La camarera, una chica rubia del Este, tampoco es mucho más simpática que ellos.

Jairo pide una CocaCola, y ambos miran a Sandra para ver qué se le antoja.

—¿Tenéis bocadillos?

—No.

—¿Y sándwiches?

—Sí.

Sandra se pone el dedo bajo la barbilla adoptando una expresión pensativa. Tiene hambre, pero lo que más quiere es crispar los nervios de Jairo, aunque en ocasiones parezca que sus esfuerzos son inútiles.

—Bien. Me gustaría un sándwich vegetal, sin tomate y sin cebolla. Con atún, con mayonesa y...

—No tenemos de ese.

—¿Ah no?

—Sólo jamón de york. —La corta la camarera de malas maneras, pronunciando de manera exagerada la r.

—¿Sólo jamón de york?

La chica del Este no se molesta en contestar. Con determinadas miradas sobran las palabras.

—Bueno, pues un sándwich de jamón de york y queso.

—Sólo jamón de york.

—¿No tenéis queso? ¿Es una broma?

Jairo está disfrutando de la escena. Los camioneros miran a Sandra como si fuera un bicho raro, una niña repelente. Se lo tiene merecido. Él sabe que no es así, que sólo se comporta de esa manera para fastidiarle. Pero está lejos de conseguirlo. En realidad, ya echaba de menos sus salidas de tono.

—Pues entonces no quiero nada.

Sandra se sube en un taburete y se cruza de brazos. Observa cómo Jairo se bebe su CocaCola. ¿No iba al servicio? Ella tiene unas ganas horribles de ir. Se bebió dos Aquarius hace rato, y desde entonces no han parado... Decide aguantarse un poco, y más después de lo que le ha dicho a él sobre la incontinencia. Se lo ha dejado a huevo para que se la devuelva.

Uno de los camioneros se marcha de la misma forma que cuando han entrado, sin despedirse.

Vale. Ya está. Ya no aguanta más. Se pone en pie.

—¿A dónde crees que vas?

—¿Tú que crees? —Le dedica una mueca que pone en duda su inteligencia mientras señala el cartel de los servicios.

Sandra avanza por el pasillo que le indica el cartel, y entra al de señoras. Cuando se gira para cerrar la puerta da un respingo.

—¿A dónde piensas que vas? —Le recrimina nerviosa a Jairo, que ha entrado tras ella en el lavabo.

Jairo ríe.

—¿Tú qué crees? —Se burla, imitando su voz.

El chico cierra la puerta tras de sí y se apoya en la pared con gesto despreocupado.

Sandra no puede reprimir un grito crispado, y se dirige a una de las cabinas.

—No, a esa no. A la otra.

La chica mira a la que le señala. Es la única que no tiene ventana.

—Claro, ¡¿cómo no se me ha ocurrido?! —Hace un aspaviento y sale de la

primera cabina, en la que no le había dado ni tiempo de entrar—. Me cago en tu leche Jairo. Me cago en ti quinientas veces.

—¿Sólo quinientas?

—No, tienes razón. Me cago en ti mil veces.

El chico frunce el ceño ante sus palabras. Sandra da un portazo y lo pierde de vista. Reprime una carcajada. Qué tonto es.

Termina en seguida, pero no piensa salir ya. Va a tardar un rato, que se fastidie. Seguro que con ese calor se le derriten los hielos de la CocaCola... Mejor, que se la tome como una sopa, que en pleno verano apetece.

Se dispone a lavarse las manos, pero no hay jabón. Bueno, pues sólo con agua... Vaya, tampoco hay máquina de aire para secárselas, ni siquiera hay servilletas. Coge el rollo de papel higiénico y corta un trozo. Parece una lija. ¿Se puede ahorrar más en un bar? Sí, si directamente no comprasen papel...

—¡Venga Sandra que es para hoy!

El vozarrón de Jairo traspasa la puerta. Ya le está metiendo prisa. Aunque en realidad esa no es su intención. El chico teme que se encuentre mal y quiere asegurarse de que está bien. Pero se quedará un par de minutos más con la duda, pues no obtiene respuesta.

Sandra apoya las manos en los extremos del lavabo. Hay un pequeño espejo de bordes redondeados colgado en la pared. Ha cambiado mucho. Está casi irreconocible. Además no se acostumbra a ver sus grandes ojos marrones sin las gafas de por medio. Tras su muerte, su vista mejoró milagrosamente. Las viejas gafas para corregir la miopía ya no eran necesarias.

Se mira una vez más antes de salir. Sí. Definitivamente está mucho mejor sin ellas.

CAPITULO 5

Un año y medio antes.

SE mira a los ojos, intentando infundirse valor a sí misma con la mirada. Pero no, no funciona. Es más, se siente incluso más insegura que antes. No le gustan sus pecas, no le gustan sus ojos... Bueno, sus ojos sí le gustan. Son enormes, marrones, y con forma felina. Pero todas esas cualidades están tapadas por las horrendas gafas de Carolina Herrera. Se las quita y se acerca más al espejo. Bastante más, porque apenas ve nada. Está completamente cegata. ¡Qué rabia! Las pecas no tienen remedio, pero lo de las gafas sí... Aunque su madre dice que es conveniente que esperen a que vaya a la Universidad para ponerse lentillas, que todavía es demasiado joven para llevarlas. Se encoge de hombros. Puede que tenga razón.

Y ese pelo... A sus amigas les encanta. Julia incluso dice que lo envidia. Pero ella no. Ni es rubio ni es pelirrojo. Es de color intermedio. ¿No se podría decidir? O lo uno o lo otro, ¡pero no ese color! Ni siquiera han inventado un nombre para definir tan extraña mezcla. En fin, qué pena.

Se mira una vez más, ahora con las gafas puestas. “¡Ánimo!” se dice a sí misma, y sale de su cuarto.

Baja veloz las escaleras y entra en la cocina. La mesa ya está preparada y la cena servida.

—¿Tienes hambre cariño? —Le pregunta la madre.

—Un poco...

—¿Has estudiado mucho? —Le pregunta el padre.

—Más bien he repasado. Ya me lo sé todo.

—Nunca está de más revisar toda la materia, sólo por si acaso... —Comenta la madre sentándose por fin a la mesa, donde todos la están esperando.

La bendice, recitando la oración de todos los días. “Amén”, dicen todos a la vez. Es el pistoletazo de salida, ya pueden probar el estofado.

—Pues cuando yo vaya al colegio sacaré mejor nota que sobresaliente. —Les informa Elisa con la boca llena, y todos ríen.

—Claro que sí princesa. —Le responde Sandra.

La cena continúa sin incidentes, sin una palabra más alta que la otra, sin ningún comentario fuera de lugar. Definitivamente son una familia modelo.

—Sandra, estás muy callada. —Dice la madre pasándole la fuente de fruta—. ¿Te encuentras bien?

—Sí mamá. —Había decidido sacar el tema después de la cena, pero quizá ahora sea el momento—. Verás, he estado pensando en la fiesta de Clara, y como llevo tan

bien los exámenes, creo que estaría bien que me dejaras ir...

María parpadea. No da crédito a lo que oye. Sus decisiones jamás son comentadas, ni mucho menos rebatidas.

—Cielo, tienes que estudiar. —Su voz es suave, aunque se trata de un punto y final enmascarado. En su tono se aprecia que no quiere que se hable más del tema. Pero para el asombro de todos los que están sentados a la mesa, Sandra vuelve a la carga, manteniendo siempre su tono cordial.

—Pero si ya me lo sé mamá. Y me vendría bien distraerme...

Mira a su padre, esperando recibir su apoyo. Pero no, esta vez no lo tiene. Ernesto teme que, si la deja ir, haya consecuencias negativas en las notas de su hija, y peor aún, en su relación con su esposa.

—Precisamente eso es lo que no tienes que hacer. —Responde María mientras le pela una manzana a Elisa.

—¿El qué?

—Distraerte.

—¡Pero si todas mis amigas van! —Se queja Sandra, que empieza a pensar que es una batalla perdida.

—Y si todas tus amigas se tiran por un barranco, ¿tú también lo vas a hacer?

—No exageres mamá.

María se gira para mirar fijamente a su hija, con mayor intensidad que nunca. En vez de pensar que jamás se subleva y que puede ser porque en esta ocasión la niña arda en deseos de ir a la fiesta, lo que hace es negarse en redondo. Sandra nunca la contradice, y si por primera vez se ha relevado, lo mejor es cortar por lo sano y cuanto antes.

—He dicho que no. Y punto.

La hija mayor guarda silencio y baja la vista hacia el mantel. El tema está zanjado y la batalla perdida. Y ya se sabe que la única manera de ganar una batalla perdida es con trampas. Y ella, por primera vez, está dispuesta a hacerlas.

Un año y medio antes, un par de días después de la muerte de Sandra, en la Fortaleza.

Jairo se retuerce las manos con nerviosismo, mientras espera a que le dejen pasar. Se siente inseguro. Y si hay algo que odia Jairo, es sentirse inseguro.

—Entra. —Lola le abre la pesada puerta de madera y se hace a un lado para dejarle paso.

Jairo irrumpe en el despacho sin mirar siquiera a la mujer, pero se serena en cuanto cruza el umbral. La puerta se ha cerrado tras él provocando un ruido sordo.

No importa cuántas veces entre en esa estancia de aspecto señorial y revestida por completo con láminas de roble; siempre le sorprende. Es totalmente opuesta a la blancura impoluta y a las líneas modernas del resto de la fortaleza.

Samuel está sentado tras su imponente escritorio de madera maciza. Por primera vez, Jairo no se lo encuentra de espaldas. Todas y cada una de las veces que se había reunido con él en esa habitación lo había encontrado mirando a la librería que quedaba tras él. El chico se preguntaba si es que Samuel estaba cómodo recibiendo a sus visitas de esa forma, o es que simplemente le gustaba girarse lentamente subido en aquel sillón negro, para encarar a quien osara aventurarse por aquellos lares, como si de la escena de alguna película se tratara.

Pero no, aquella noche Samuel lo recibía de frente, como si llevara tiempo esperándolo. Tenía la expresión turbada, y parecía haber envejecido de pronto veinte años. Pero eso era imposible. Aunque aquel hombre contara ya con cinco siglos, siempre aparentaría rondar los sesenta.

—Llegas tarde, Jairo.

El chico da un paso al frente y se detiene a escasos centímetros del escritorio.

—Verás Samuel... ha pasado algo.

—No hace falta que me lo expliques. Lo sé.

Jairo se estremece por la rapidez con la que el viejo lo ha notado, y la duda que lo atemoriza desde hace un par de días vuelve a formularse en su cabeza.

—Que yo pueda sentirlo no significa que los demás vayan a hacerlo.

El joven respira más tranquilo, pero se siente mal, muy mal, peor que nunca. Es la primera vez que falla un encomiendo, la primera vez que defrauda a Samuel.

—Has cruzado el límite Jairo. —Las arrugas se profundizan en la frente del hombre.

—Lo sé.

—¿Y por qué lo has hecho?

Jairo guarda silencio. No sabe por qué lo ha hecho.

—¿Acaso conocías anteriormente a la chica?

Niega con la cabeza.

—No, no la había visto nunca. Ni en mi vida como mortal, ni como inmortal.

—¿Y crees que ha merecido la pena cruzar ese límite?

—No lo sé. —Responde el joven con sinceridad.

Samuel sí conoce la respuesta. No merecía la pena. Y lo siente en lo más profundo de su alma, aunque no es momento de reprochárselo.

—¿Dónde está ahora?

—Está aquí, en una cámara de seguridad.

Vuelven a permanecer en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Sólo que Samuel también se da un paseo de vez en cuando por los de su joven pupilo.

El viejo lo mira y le dedica una triste sonrisa.

—Ahora todo ha cambiado.

—Lo sé. —Jairo levanta la cabeza, dispuesto a afrontar su destino—. ¿Debo

marcharme?

—No. Al menos por el momento.

CAPITULO 6

En la actualidad.

—¿EN serio pretendes que pase la noche en esta pocilga? —Sandra se niega a cruzar la puerta de aquel motel de mala muerte.

—Entra. —Le dice él desde dentro, tras dejar la bolsa que llevan como equipaje a los pies de la cama de matrimonio—. Entra o saldré a por ti.

Suena a amenaza. Es más, es una amenaza. Pero Sandra se resiste.

—No quiero dormir ahí. —Su voz es lastimera y quejicosa, y sin ser consciente acaba de adoptar la actitud de una niña pequeña—. Seguro que hay pulgas... Puede que incluso cojamos algún piojo...

Jairo la mira un instante, contando hasta tres, tratando de relajarse.

¿Y si la esposa a la barandilla que hay frente a la habitación? Echa un vistazo a los barrotes. Sí, aguantarían sus tirones sin problema. Así él podría dormir tranquilo, la perdería de vista un rato, y se aseguraría de que no escapara. Pero, ¿y si la ve alguien?

Un escalofrío recorre la espalda de Sandra. Ha visto como su compañero evaluaba el hierro de la barandilla que tiene al lado. ¿Se está planteando lo que ella piensa?

Parece estar contando mentalmente, algo que suele hacer cuando está a punto de perder los nervios. Se apresura a entrar antes de que termine de contar, no sea que el tiempo se agote y decida esposarla allá mismo.

Jairo cierra la puerta y echa la llave por dentro.

—Me encanta este lugar al que me has traído. Es súper romántico. —Murmura ella mirándolo todo pero sin tocar nada.

Él le dedica una mueca y se tumba en el centro de la cama, ignorándola.

Sandra calcula mentalmente la cantidad de gérmenes que habrá en esa colcha. Cree que incluso ha visto un pelo. No uno cualquiera. Uno negro y rizado que vete tú a saber de qué parte del cuerpo ha salido... ¡puag!

Siente una ligera náusea. Sabe que si le hubiese pedido que la llevara a un hotel de cinco estrellas unas semanas antes él no se habría negado. Pero ahora no. La guerra ha estallado entre ellos y ya no hay tregua que valga.

—Quítate. Quiero tumbarme. —Dice tras haber pasado un rato evaluando los pros y los contras de quedarse ahí de pie toda la noche, sin tocar nada que esté dentro de esa habitación. Pero Jairo ni la mira. Está espatarrado, ocupando la totalidad de la cama.

—¿No me oyes? ¡He dicho que te apartes! —Sandra le zarandea el brazo, pero como si nada. El chico parece repentinamente fascinado por la lámpara del techo, de

la que no despega la vista.

—Imbécil. —Murmura ella, y se tumba con cuidado de no caerse en los escasos centímetros que quedan libres.

Espera que las pulgas hayan decidido quedarse en el espacio ocupado por él. Ella apenas ocupa una décima parte de la cama. Malo será que justo los bichitos estén viviendo allí. ¿Qué probabilidades hay? ¿Un diez por ciento...?

Sus pensamientos se bloquean automáticamente. ¿Qué ha pasado? Jairo se ha colocado sobre ella con un movimiento rapidísimo, tanto que no le ha dado ni tiempo de verlo. Seguro que ha utilizado sus poderes. Sandra aguanta la respiración mientras el azul de los ojos del chico se le clava en la retina. Sus rostros están frente a frente, separados por escasos centímetros. Y como siempre, se siente fascinada por sus rasgos, por su belleza, por la grandeza de sus hombros. Su atrayente aroma aumenta con la cercanía. Sandra jadea. Tiene su enorme cuerpo sobre el de ella, y aunque no se rozan en absoluto, siente cómo se electrifica el pequeño espacio de aire que los separa.

Jairo sonríe y le guiña un ojo. Y con la misma rapidez que se ha colocado sobre ella, se retira. Antes de que la chica parpadee ya está junto a la puerta del cuarto de baño.

Sandra se incorpora bruscamente, buscando respuestas que llegan antes de ser formuladas, al sentir un tirón en la muñeca izquierda.

Se gira extrañada, bajo la divertida mirada de su acompañante.

—¿Qué coñ...?

¡La ha esposado al cabecero!

—¡¡Capullo!! —La chica se retuerce y patatea contra el colchón de pura rabia—. ¡Capullo y cien veces capullo!

Jairo se ríe y niega con la cabeza.

—¿Por qué me haces esto?

—¿Preferías que te esposara la mano derecha? Pensé que querrías darle un respiro, con lo entumecida que la tienes...

—¡Cabrón! —Vuelve a patatear y chilla.

—Voy a darme una ducha. Puedes venir conmigo, si quieres...

El chico esquivo sin dificultad el cojín que le acaba de arrojar con la mano libre junto a otro impropio peor que los anteriores. Vuelve a reír y desaparece por la puerta del baño.

Una vez dentro, suspira. Deja que los chorros de agua caigan por su espalda. Ya no sonríe. Su expresión es dura. Odia hacerle esto. Odia retenerla a su lado contra su voluntad. Y la odia a ella, con todas sus fuerzas, por haberla creído digna de una confianza que en realidad no merecía.

Se seca ligeramente. Se viste y vuelve a la habitación. Ningún insulto le da la bienvenida. Sandra ya se ha dormido. Su postura es extraña, casi imposible, por culpa

de las esposas. Sin embargo su expresión es relajada, dulce, hermosa. No. Definitivamente no puede odiarla, aunque se empeñe con todas sus fuerzas.

Un año y medio antes, un par de días después de la muerte de Sandra, en la Fortaleza.

Dando por acabada la conversación con Samuel, Jairo abandona el despacho sin despedirse. Lola se ha marchado del pequeño recibidor.

Está cansado, cansado de todo. Cansado de vivir, si es que a esa vida en muerte se le puede calificar como tal. ¿Es posible que un muerto se canse de vivir? Supone que sí, y más teniendo en cuenta la encrucijada en la que se ha metido. Las palabras de Samuel retumban en sus oídos. “Todo ha cambiado”. Y es verdad. Ahora todo ha cambiado.

Enfila un largo pasillo blanco, cruzando las puertas automáticas de cristal ahumado que se van abriendo a su paso. La luz es artificial, blanquecina, la misma en todas las estancias. Es difícil que el sol pueda colarse por algún recoveco, especialmente cuando te encuentras decenas de metros bajo el suelo.

En esa fortaleza viven alrededor de setenta receptores, pero no se encuentra con ninguno de ellos. La mayoría estarán durmiendo, entrenando o llevando a cabo alguna misión.

Cuando llega al ala B tuerce a la derecha. La última puerta es su habitación. Presiona la palma de la mano sobre el lector, y la puerta se abre dejando paso a una de las cámaras más grandes de todo el recinto.

La primera sensación de bienestar en varios días. Por fin en casa. No muchos consideran aquello un hogar. Él sí. Al menos, es lo más parecido a uno en lo que ha estado nunca.

Sin quitarse la ropa se tumba en la cama, blanca al igual que las paredes, y exhala un largo suspiro. Ya era hora. Un lugar conocido donde pasar la noche. Se deshace con facilidad de las zapatillas utilizando los pies, y se recuesta. Ahora, en la soledad de su cámara, los mismos pensamientos que se repiten tanto últimamente vuelven para atormentarlo.

Su misión era de rastreador, no de luchador. No debió de meterse en la pelea. Ese era el encomiando encargado a sus compañeros, no el suyo. Se extralimitó, llevando a cabo el trabajo de otros, asumiendo las funciones de otros. Pero, ¿qué podía haber hecho? No tenía elección.

Intenta despejar su mente. Quizás así pueda conciliar el sueño, a diferencia de las dos noches anteriores que ha pasado en vela.

Pero no, esa noche Jairo tampoco pegará ojo.

Un año y medio antes, la noche anterior a la fiesta de Clara.

—¿Tú crees que se habrán liado?

—No se... Juan le va muy detrás, pero ya sabes que a Patri no le interesa.

—Ya, eso es lo que dice ella. A saber qué han hecho esos dos en el coche...

Las dos amigas ríen al mismo tiempo.

—Espera un momento...

Clara espera a que Julia vuelva a ponerse al teléfono.

—Ya.

—¿Qué pasaba?

—Nada. Mi madre, que dice que cuelgue de una vez.

Vuelven a reír.

—¿Irás Juan a tu fiesta?

—Sí. Dijo que seguro cien por cien.

—Pues a ver si pasa algo de una vez. Que ya sabes, todo arde si “le aplicas la chispa adecuada...”

Más carcajadas.

—Para el asunto con Sandra y Álex haría falta más bien un lanzallamas...

—Totalmente de acuerdo. Aunque hoy parecía muy interesado, ¿no crees? Me he quedado muerta con lo que le ha preguntado al salir del insti.

—Qué pena que esta chica no piense más que en estudiar. Si saliera un poco de casa y se pusiera lentillas seguro que los tendría a todos comiendo de su mano.

—Pues eso tampoco nos conviene, que el mercado está muy mal últimamente y hay poco donde escoger, y ella sería competencia. —Responde Julia en broma, y Clara suelta una risita.

—Sabes que la adoro, pero una cosa te voy a decir. Mi madre siempre dice que cuando a alguien de nuestra edad le prohíben algo, le entran más ganas de hacerlo. ¡Y Sandra va al revés del mundo! ¡A ella se le quitan! Es un caso clínico digno de estudio tía... Ay, espera Juli, que tengo una llamada por la otra línea. ¡Espérame un segundo, no cuelgues!

Julia acepta de mala gana. Ya sabe cuánto cunden los segundos de su amiga. Se levanta de la cama sujetando el inalámbrico con el hombro, y se dirige al ordenador. Cierra el Tuenti y el Messenger, que todavía estaban abiertos.

Después se tumba en la cama. Espera unos instantes y baraja la posibilidad de colgar, pero en ese instante escucha el pitido que indica que Clara ha retomado la conexión.

—¡Tíiiii! No sabes quién me acaba de llamar.

—Pues no, si no me lo dices. —Julia sonrío por su ocurrencia.

—Sandra.

—¿A estas horas? —Pregunta mirando de reojo el despertador de la mesilla.

—Dice que viene a la fiesta.

—¿En serio? —Se emociona la chica.

—Sí. Y necesita ropa, porque como ya sabes su fondo de armario no es precisamente “válido” para un sábado noche.

—Ya buscaré algo.

—Sí, algo intermedio, que no sea demasiado atrevido, no se vaya a arrepentir.

Y las dos vuelven a reír.

—Me ha dicho que estará aquí a las ocho, así que ven tú también y nos arreglamos juntas. Yo me encargo de avisar a Patri.

—Qué bien que los haya podido convencer.

—No los ha convencido.

—¿Qué quieres decir? —Se extraña Julia.

—Que Sandra se va a escapar.

CAPITULO 7

En la actualidad.

JAIRO finalmente ha accedido a dejarla entrar sola al cuarto de baño. ¿Pero qué pretendía? ¿Estar presente también cuando se duchara? Porque ya es lo único que le falta por hacer.

Sale con el pelo todavía húmedo, sintiéndose infinitamente mejor. Pero en cuanto lo ve se le gasta la alegría. Sí, efímera alegría. Vuelta a la realidad. A la realidad de su captura, al estúpido viaje que tienen que realizar y a su primera misión juntos. Bueno, más bien es la misión de Jairo y ella el bulto que él se empeña en arrastrar. Pero una orden es una orden.

El chico se levanta al verla y coge la bolsa. Salen al exterior del motel. Vista a la luz del día, la fachada tampoco tiene tan mala pinta como anoche. Ya no se asemeja tanto a la escena de un crimen.

Un hijo y su padre dan vueltas al R8, asombrados. Cuando se acercan el padre emite un silbido de admiración.

—Vaya cochazo. ¿Es tuyo chaval?

Jairo sonríe ligeramente mientras las luces del vehículo parpadean emitiendo un chasquido.

—Es alucinante. —Añade el hijo, inmerso en plena adolescencia.

Sandra los ignora y ocupa en lugar del copiloto.

—¿Te gustaría que te lo dejara? —Jairo le guiña un ojo mientras guarda la bolsa en el maletero.

—Claro. Mucho más si viene con esa belleza dentro. —El chico con acné inmediatamente se sonroja, temiendo haberse extralimitado en el comentario. Pero para su tranquilidad y la de su padre, que ya han calado la pasta de la que está hecho Jairo, este suelta una carcajada.

Echa un rápido vistazo a la chica. No hace falta que se lo digan, ya lo sabe. Es preciosa. Por fuera, como ellos han señalado, y por dentro, como sólo él sabe. Y está totalmente ajena a la conversación.

Se acerca al chaval en un gesto de confidente. El chico se intimida.

—A esta te la regalo. Pero sin opción de devolución, ¿eh?

Y, poniéndose las Rayban como si fuera el modelo de un anuncio se aleja de sus nuevos admiradores.

Se coloca en el asiento del conductor. Revoluciona el coche y salen disparados a la carretera. Mira de reojo a Sandra, que no le ha dedicado ni una mirada desde que salieron del motel. No. No sólo no la regalaría. Si por él fuera, no se separaría de ella

por nada del mundo.

Un año y medio antes, el día de la fiesta de Clara.

No ha pegado ojo en toda la noche. ¿Cómo iba a hacerlo? Ha decidido saltarse las reglas, y como no es algo que haga todos los días, la preocupación la ha mantenido en vela.

Dicen que cuando estás enamorada sientes mariposas en el estómago. Lo que ha sentido Sandra es algo parecido, sólo que sus mariposas estaban tan estresadas como ella y revoloteaban nerviosas en su tripa chocando de un lado para otro, impidiéndole dormir.

Con los nervios instalados en el estómago sale de la cama y se dirige al cuarto de baño. Se lava la cara, y sus enormes ojeras se hacen más evidentes. Vaya, qué mal aspecto. Le faltan horas de sueño, pero le sobran ganas de salir esa noche. Además sus padres se lo han puesto en bandeja.

Ayer se enteró de que tenían cena con la comunidad de creyentes. Su madre es una buena cristiana, temerosa de Dios, y no se la perdería por nada del mundo. Como tantas otras veces dormirán en casa de su tía Maribel, que vive en el pueblo, al ladito mismo de la parroquia a la que pertenecen.

Cuando se mudaron a la ciudad Ernesto le propuso a María buscar una nueva parroquia. Pero su mujer no quiso oír ni una palabra más al respecto. No había argumentos suficientes ni explicaciones que la pudieran convencer. Había pertenecido desde que era niña a esa congregación, y no pensaba dejar de hacerlo. Mucho menos teniendo la suerte de que Maribel tuviese un enorme chalé en el que alojarse cuando se celebraban este tipo de eventos.

Normalmente Sandra también acude a esas reuniones, y duerme en una cama supletoria que le ponen en la habitación de su prima Naroa. Pero con la excusa de los exámenes se ha librado.

Cualquier padre, como mínimo, albergaría una pequeña sospecha al dejar sola en casa a una hija que se muere de ganas de ir a una fiesta. Pero no Ernesto y María. Pondrían la mano en el fuego por su pequeña. Es decir, por su pequeña ya crecida. Y, siendo sinceros, se quemarían.

Un año y medio antes, varios días después de la muerte de Sandra, en la Fortaleza

No se entiende a sí mismo. No es la primera persona a la que salva. Tampoco es la primera persona que trae a la fortaleza. ¿Entonces por qué no puede parar de pensar en ella? Ni siquiera sabe su nombre. Tampoco le hace falta. Tiene sus rasgos

grabados a fuego en la memoria, y por el momento con eso le basta.

No sabe por qué se extralimitó. No supo responder a la pregunta que le hizo Samuel. Tampoco se la ha podido responder a sí mismo la centena de veces que se la habrá formulado. No sabe por qué no le dejó el trabajo a sus compañeros. No sabe por qué, con una misión de rastreador, actuó como luchador. No sabe nada. Y aún así, ¡no puede parar de pensar en ella!

“Todo es cuestión de tiempo”, se dice. Y si hay algo que le sobra a Jairo es, precisamente, tiempo. Dispone de todo el del mundo. Bueno, más o menos.

Además la chica está en una cámara de seguridad, esperando a desarrollar sus poderes. Tardará mucho tiempo en despertar. Algunos tardan incluso años. El estómago le da un vuelco. ¿Años? ¿Tanto tiempo tiene que esperar? Respira hondo. Él despertó en tan solo quince días, con los poderes ya desarrollados. Pero sabe que es la única excepción. Samuel se lo ha dicho muchas veces. No. Tiene que hacerse a la idea de que la chica no va a despertar de la noche a la mañana, o si no acabará por volverse loco.

Se recoloca en la cama. Se tumba, se incorpora, se sienta. Cruza las piernas, se vuelve a tumbar. No hay posición en la que esté cómodo. Al final opta por dirigirse a la sala de tiro. Por lo menos gastará el tiempo mejorando su puntería.

CAPITULO 8

En la actualidad.

A petición de Sandra, han parado a desayunar en una preciosa terraza cercana a un mirador. Nada tiene que ver con los garitos que han frecuentado últimamente. Se han tenido que desviar varios kilómetros de la ruta, pero este lugar tiene un encanto digno de ver.

Sentados frente a frente, ninguno habla. Pero los dos están de manera permanente en el pensamiento del otro.

—Quiero un zumo de naranja natural y un huevo pasado por agua, ni muy crudo ni muy hecho. ¡Ah! Y esto también. —Señala la carta mientras la joven camarera se inclina amablemente para ver la fotografía que le señala.

—¿Un goffre casero?

—Eso mismo.

—¿Lo hacéis en el momento?

—Sí señora.

—Señorita, por favor. —Responde Sandra haciendo un extraño gesto, casi espasmódico.

—Disculpe.

—Bueno, el goffre con mermelada de albaricoque. —Se recuesta de nuevo en la silla.

—Muy bien.

—¿Y tenéis nata?

—¿Lo quiere con nata?

—Sí.

—Tomo nota. —Responde la joven con una sonrisa, tomando también nota mental del apunte que ha hecho la chica respecto a su tratamiento. Al principio pensó si serían marido y mujer. Pero no, son demasiado jóvenes. Aunque cosas más raras se han visto. Lleva un rato observándolos y no se hablan. Ni siquiera se miran. Bueno, el guapísimo chico que ha llegado en un descapotable ahora sí la mira, pero con una expresión que más bien incita a pensar que tiene ganas de estranglarla.

—¿Y para usted? —Dice girándose y mirando esos profundos ojos azules.

—Un café solo.

—Qué rapidez. —Comenta la chica tras haber pasado cinco minutos tomando nota a su acompañante.

Y los dos se ríen al mismo tiempo, compartiendo aquel inesperado momento de complicidad, felices por dejar a Sandra en mal lugar.

La aludida frunce el ceño y cruza los brazos.

—Idiota. —Murmura cuando la camarera está lo bastante lejos como para no oírla.

Coge las Rayban que Jairo ha dejado sobre la mesa y se las pone. Él la observa pero no dice nada. Aún con unas gafas de hombre, está preciosa.

A los pocos segundos aparece la camarera sólo con el café. Lo deja al lado de Jairo con un gesto servicial.

—¿Cómo te llamas? —Pregunta para asombro de las dos chicas.

—Laura. —Dice ella sonrojándose automáticamente, mientras se retira un mechón de pelo tras la oreja con timidez, y después se retira.

Sandra también está roja, pero de rabia más que nada.

¿Jairo está ligando con ella? ¿Delante de sus narices?

La eficiencia que Laura ha demostrado a la hora de servirle el café al chico parece haberse esfumado por momentos. Tarda más de veinte minutos en servirle a Sandra su desayuno, y cuando lo hace la pobre ya está muerta de hambre. Es decir, un poco más muerta de lo que ya está.

Corta un cuadradito del gofre, lo recubre con nata y se lo lleva a la boca.

—¿Te gusta? —Inquiere Jairo, que lleva un rato observándola.

Pero ella no contesta. Está enfadada. ¿Seguro que está enfadada y no dolida? No, no. Está enfadada, sólo eso. Pero la culpa de todo es suya, y lo sabe. Sabe que fue ella la que empezó esta batalla que no puede ganar. ¿Cómo sería si hubiese actuado de manera diferente aquella noche? No hay modo de saberlo. El pasado, pasado está, y no hay forma de cambiarlo. Lo único de lo que está segura es de que su relación con Jairo ahora sería diferente, y no se encontrarían inmersos en este estúpido tira y afloja que se traen entre manos.

La chica se toma su tiempo en terminar el desayuno. Lo que no sabe es que le está dando a Laura, la camarera, el tiempo que necesita para reunir el valor suficiente para proponerle algo a Jairo.

*Un año y cuatro meses antes, dos meses después de la muerte de Sandra,
en la Fortaleza.*

Se acerca a la zona de la fortaleza dedicada al entrenamiento de los poderes. Está aclimatada para que sea insonora e indestructible. Pero pasa de largo. Él no necesita entrenar sus poderes. Los tiene totalmente controlados, y nunca le fallan cuando los necesita.

Se dirige al gimnasio. Allí están Amanda y Héctor. Amanda observa cómo su compañero corre sobre una cinta especial a cuatrocientos kilómetros por hora. Las piernas de Héctor van tan rápidas que ni siquiera se ven. Les hace un gesto con la

cabeza, y se dirige a la zona de pesas. Coloca dos toneladas a cada extremo de la barra, se tumba sobre una colchoneta, y comienza a hacer series de levantamientos.

Esta sala también está aclimatada, como todo en la fortaleza. Que él sea capaz de aguantar el peso de cuatro toneladas no significa que un suelo normal sí. Pero ese no es un suelo normal, ni él es un chico normal. Allí nada es normal.

Pasa cerca de tres horas repitiendo el mismo movimiento, notando cómo los músculos de sus brazos se tensan, cómo sus hombros se contraen por el esfuerzo. Nada, no lo consigue. No es capaz de relajar su mente.

Un año y medio antes del momento presente, el día de la fiesta de Clara.

—¡Cariño! ¡Nos vamos!

Grita María desde el piso de abajo.

Sandra sale de su habitación y baja corriendo las escaleras. Sólo van a estar una noche fuera, pero quiere despedirse. Se acerca a sus padres y les da un beso a cada uno en la mejilla. Después coge a su hermana y le da otros dos más.

—Pórtate bien, Elisa.

La niña asiente, poniendo cara de buena.

—Y no hagas rabiar a Naroa. Es más pequeña que tú y la tienes que cuidar.

—Vale. —Responde su hermana con convicción, aunque Sandra sabe que las dos niñas acabarán discutiendo por algún juguete, como siempre.

—Estudia mucho, hija. —Le recomienda la madre—. Descansa un rato si quieres viendo la tele, pero sobre todo, estudia.

—Sí, mamá.

—Y no te acuestes tarde. —Le dice el padre.

Ella vuelve a afirmar. ¡Si ellos supieran cuánto pretende alargar la noche...!

—¡Ah! Se me olvidaba. Acuérdate de cerrar la puerta con dos vueltas de llave cuando te acuestes. Que nunca está de más ser prevenido.

—Muy bien.

—Le daré a la tía Maribel recuerdos de tu parte.

—Conduce con cuidado. —Se dirige a su padre—. Y llamadme cuando lleguéis, ¿vale?

Sandra observa desde la entrada cómo su madre se asegura de que Elisa lleva bien puesto el cinturón en la sillita de seguridad. Cuando se monta, su padre arranca el monovolumen y enfila calle abajo.

Les dice adiós con la mano, y no vuelve a entrar en casa hasta que el vehículo no ha desaparecido totalmente de su vista. Lo que no imagina Sandra es que esa es la última vez que verá a su familia.

CAPITULO 9

En la actualidad.

NO sólo Jairo está pendiente de los movimientos de Sandra. También Laura está al acecho, esperando a que esa tortuga de chica termine el último pedacito de goffre. ¿Ya está? Sí, eso parece. Espera unos segundos, por lo menos que le dé tiempo de tragar lo que tiene en la boca. Vale, ahora. Respira hondo, se recoloca el uniforme, y se acerca con paso decidido.

—¿Puedo ofrecerles algo más? —Pregunta con una sonrisa, dirigida únicamente a él.

“Sí. Puedes ofrecerte a ti misma embadurnada de nata. ¡Fresca!” Piensa Sandra poniéndose aún más colorada. Esa chica está ligando con Jairo descaradamente. Y eso la corroe hasta límites insospechados. Y lo peor es que, si es objetiva, tiene que reconocer que es muy guapa, bastante más que ella.

—No, gracias Laura. —Dice Jairo desplegando todos sus encantos y haciendo que la chica casi se derrita allí mismo—. Con que traigas la cuenta será suficiente.

La camarera se dirige al interior del restaurante con piernas temblorosas. Si ella ha estado a punto de derretirse, la pobre Sandra ha estado a punto de entrar en combustión espontánea. Sí, allí, en medio de la terraza del mirador. Tiene la sangre, literalmente, hirviendo.

Laura echa un rápido vistazo desde la barra. ¿Se atreve? Venga, sí. En esta vida, quién no arriesga no gana. Coge una servilleta de papel y la dobla por la mitad. Vuelve a mirar a Jairo. Es el chico más guapo que ha visto en su vida. Ahora tiene una pose despreocupada que le quita el aliento. Lo que no sabe Laura es que Jairo nunca está ajeno a nada de lo que ocurre a su alrededor.

La chica llega con la cuenta.

—Tranquila, ya pago yo. —Le dice a Sandra con voz gentil mientras le indica con un gesto que no saque la cartera, y deja una cantidad de dinero muy superior a la que hay apuntada en la nota.

El inevitable tic que en ocasiones sufre el ojo de Sandra por culpa de Jairo acaba de aparecer. “Tranquila, ya pago yo”. Le hace la burla mentalmente. ¡El muy imbécil! “Paga él.” ¡Claro que paga él! Sabe que no lleva ni un céntimo encima. ¡Él mismo se encargó personalmente de que así fuera!

La camarera lo mira con admiración. Qué chico tan galante, qué buen partido. Y qué guapo. Se agacha para coger el platito en el que está el dinero, dispuesta a traer las vueltas.

—Quédate con el cambio. —Jairo le guiña un ojo y casi le provoca un paro

cardiaco. Pero la chica hace por recomponerse. Se ha visto obligada a hacerlo con rapidez, pues la pareja ya se está levantando para marcharse.

—Disculpa mi atrevimiento... —empieza con un hilito de voz. Jairo aparenta sorpresa, pero ya se esperaba lo que iba a suceder a continuación.

—Dime, Laura. —Dice con voz seductora, animándola a hablar.

—Me preguntaba si alguna vez te apetecería que nos tomásemos algo...

—Claro Laura, cuando tú quieras.

“¿¿¿Quéééééé???” Sandra tiene los ojos a punto de salir disparados de sus órbitas. Menos mal que lleva puestas las Rayban, pues su expresión es un verdadero poema.

—Mira, este es mi número de móvil. —Le dice tendiéndole la servilleta de papel —. Llama a cualquier hora.

La camarera le dedica una tímida sonrisa.

—Lo haré. —Le dice cogiendo el papelito y devolviéndole la sonrisa. Le acaba de alegrar a Laura el día. ¡Qué digo el día! La semana entera.

Sandra camina por delante de él y cierra el coche con un sonoro portazo. Está tan alterada que ni siquiera se ha dado cuenta de que Jairo ha tirado la servilleta con el número de teléfono nada más salir del restaurante. Se ha empeñado en desayunar en este estúpido lugar, pero no ha merecido la pena.

Jairo acelera. Para él sí que ha merecido la pena. Ha disfrutado de lo lindo viendo a Sandra ponerse de todos los colores. Pero él tiene muy claro qué es lo que le interesa, más bien quién, y no es precisamente esa camarera.

Un año y medio antes, el día de la fiesta de Clara.

Se peina con cuidado el pelo húmedo. Se mira en el espejo. No está mal. Bueno, dejando de lado las pecas y el color de su pelo. Quitando eso tiene que reconocer que es guapa. Pero ella nunca llama la atención de ningún chico. Es complicado si eres una empollona miope y tienes como amigas a tres chicas explosivas y más atrevidas que tú.

Su mayor esperanza está puesta en esa noche, y en ese chico que le acelera el corazón cada vez que se lo cruza por los pasillos del instituto.

Se seca el pelo, poniendo más empeño del que acostumbra.

Después empieza a meter cosas en una mochila, la misma mochila que dejará en casa de Clara con la ropa que ahora lleva puesta: unos vaqueros y un jersey de cachemir.

Mete su frasco de colonia en el fondo, con cuidado, asegurándose de que allí no se romperá. También coge el estuche de maquillaje de Clinique que su madre le regaló las navidades pasadas. Todos los tonos son nude. Pero tampoco se le pueden pedir peras al olmo. Bastante hizo la mujer con permitirle ponerse algún que otro fin de semana un toque de polvos compactos.

En la cartera mete dinero extra para el taxi. La casa de su amiga está a pocas manzanas de la suya, pero prefiere tomar uno. En sus diecisiete años de vida sólo ha salido tres o cuatro sábados por la noche. Y todos ellos su padre ha ido a buscarla allá donde estuviese. No importa lo lejos que se encuentre. No importa si hace frío, nieva, diluvia o graniza. No importa que sea tarde, o que de tan tarde ya sea temprano. Lo primero es la seguridad de su hija. Pero esa noche, evidentemente, su padre no va a ir a buscarla. Calcula mentalmente el posible importe del trayecto. Con cinco euros debería ser más que suficiente.

Después baja al salón y desvía las llamadas del fijo a su móvil.

Se mira una última vez al espejo antes de salir de casa. Por el camino se pregunta qué ropa le tendrán preparada sus amigas.

Esa noche quiere estar radiante, perfecta, deslumbrante. Esa noche es su noche.

Pobre Sandra. Jamás imaginaría que esa noche para la que tanto se está preparando es, precisamente, la noche de su muerte.

CAPITULO 10

En la actualidad.

SANDRA no le dirige la palabra. No desde que se fueron de aquel mirador. Y, dicho sea de paso, tampoco le devuelve las Rayban. Parece enfadada de verdad. Quizá pueda hacer algo para distraerla. ¿Lo hace? Lo baraja seriamente. Sería divertido. Es decir, sería divertido para él. Está seguro de que a ella no le haría ninguna gracia. Pero en ello está la diversión, en que no sepa que él es el culpable. La mira de reojo. Está muy pensativa. No, no es el mejor momento. Igual más adelante.

Aun con las gafas puestas, Jairo se ha percatado del cambio de dirección que acaban de realizar los ojos de la chica. Ahora están fijos en la guantera del R8.

Sandra odia a Jairo. Lo odia por arrastrarla con él en esa estúpida misión. Lo odia por impedirle hacer lo que más deseaba. Pero si él no se lo hubiese impedido... ¿se habría atrevido a hacerlo? No lo sabe. O al menos, no lo sabe con total seguridad.

Le duele la muñeca. Está cansada. El sol pega con demasiada fuerza. La música de la radio es pésima. El asiento no es lo suficientemente cómodo... ¡Qué horror! ¡Todo está mal! ¡Cómo le gustaría escapar de ese coche...!

Sus pensamientos la llevan inevitablemente a la guantera, y a la automática que Jairo esconde allí.

¿Y sí...?

—Ni se te ocurra.

Da un respingo. Jairo la ha asustado. Lo fulmina con la mirada. Ni siquiera le había dado tiempo de planteárselo, ¿cómo es posible que se haya adelantado? Y no, no se lo iba a plantear. Primero porque, aunque escapara, no tendría a donde ir. Además, aunque jamás lo reconocería, prefiere quedarse con él. Así, por lo menos lo podrá vigilar, no sea que aparezca alguna otra Laura dispuesta a ofrecérselo.

Y segundo, porque aunque pusiera todo su empeño en abrir esa guantera, Jairo se haría con la pistola antes de que ella pudiese ponerle un dedo encima. Bien le paralizaría el cuerpo, o haría que el arma desapareciera del cajón para reaparecer en sus manos, o utilizaría cualquiera de sus muchísimos poderes. Sandra no tiene nada que hacer contra él. Pocos lo tienen. Y menos ella, que acaba de despertar, como quien dice. A penas ha desarrollado sus poderes y no los controla en absoluto. Ni siquiera puede hacer que aparezcan a su antojo. Lo único que es capaz de hacer es mover de vez en cuando algún que otro objeto. Pero algún objeto pequeño, no os vayáis a creer, no más grande que un sacapuntas.

En la fortaleza sólo Samuel supera a Jairo. Lola le confesó en una ocasión a Sandra que el alcance de los poderes del chico es inimaginable. Y eso que sólo es su

cuarto año como receptor en la orden.

Sí, a Sandra le resulta muy difícil hacerse a la idea de la magnitud de esos poderes, ya que su compañero rara vez los utiliza. Pocas han sido las demostraciones que le ha hecho de su poderío. Sin embargo, tiene clara una cosa: unos poderes como esos sólo se consiguen con una muerte muy violenta. Y está segura de que la muerte de Jairo tuvo que ser realmente terrible.

Hace cuatro años.

Se pone las Rayban y apura la última calada de aquel cigarro de liar en el que no sólo ha puesto tabaco. Arroja el filtro al suelo y con la punta de la bota lo aplasta contra la tierra seca.

Después se acerca al instituto en el que cursa un grado medio tras haber repetido varios cursos. Le sobra inteligencia, pero le faltan ganas. Ni siquiera sabe por qué está allí.

Se ha saltado las tres primeras clases y ahora, a las once de la mañana, ha decidido pasarse a ver con qué estupidez le sorprende hoy el profe de FOL.

Camina por los pasillos enfundado en su cazadora de cuero, con esa chulería que le caracteriza. Esa que hace que todos abran pasillo cuando pasa, esa que arranca los suspiros de todas las chicas. Especialmente de las más modositas y responsables. ¿Qué tendrán los chicos malos que tanto gusta a las chicas? Aun cuando se ve a simple vista que este no es un chico que convenga tener al lado, ¡ni mucho menos como novio! A no ser que quieras sufrir de lo lindo, claro está. Pero es comprensible que le pongan ojitos, es Jairo. Todos lo conocen. Todos le ríen las gracias. Muchos lo admiran y querrían ser como él. Muchos le temen. Sólo unos pocos tienen la suerte de ser considerados sus amigos y estar bajo su protección. Porque ya se sabe, si te metes con uno de esos pocos afortunados es como si te estuvieras metiendo con el mismísimo Jairo, y eso no lo quiere nadie.

Y ahí está él, aparentemente ajeno a las reacciones que provoca a su alrededor, camino del taller de mecánica, dispuesto a amargarle la mañana al profesor de FOL.

CAPITULO 11

Hace un año y medio, en casa de Clara, dos horas antes de la fiesta.

LA anfitriona le abre la puerta. Lleva vestida desde las seis de la tarde. En cuanto Sandra entra en el recibidor se planta delante de ella y gira sobre sí misma. La mira expectante, esperando el veredicto de su nuevo modelito.

—¡Guau! ¡Estás increíble!

Y de verdad que lo está. Aunque Sandra jamás se pondría una falda tan corta ni tan ceñida como esa.

—Esa es la reacción que esperaba. —Clara sonrío triunfal y agarra a su amiga del brazo. Tira de ella escaleras arriba y la arrastra precipitadamente hasta su habitación.

Sentada en la cama está Julia, que ha llegado un poco antes. No hay nadie más en casa, sus padres se han marchado el fin de semana a la playa. Están solas... hasta dentro de un par de horas, cuando esperan colgar el cartel de completo.

—¡Bienvenida! —Julia se abalanza sobre ella y le da un beso—. ¡No sabes lo orgullosa que estoy de ti!

—Vaya. No tengo muy claro que mi comportamiento sea motivo de orgullo...

Clara ríe.

—¡Vamos a brindar! —Exclama, pletórica, con sus grandes pendientes de aro moviéndose en todas direcciones.

Y saca del escritorio una botella de Peché de piña que no debería guardar ahí. Ya hay dos vasos de chupito sobre la mesilla, que hacen sospechar a Sandra que no es la primera vez que sus amigas proponen un brindis esa tarde.

La dueña de la casa busca otro vasito y lo llena del líquido amarillento.

—Ya sabes que yo no bebo mucho...

—¿Te parece “mucho” esto? —Inquiere Julia metiendo el dedo meñique hasta el fondo de uno de los vasos vacíos, para hacer más patente su profundidad.

Clara profiere una escandalosa carcajada, que contagia a las demás.

—Está bien... ¿pero cuántos grados tiene?

—¿Esto? Nada, uno o dos.

—Ya, seguro. —Sandra coge la bebida que le tiende su amiga.

—Por la primera vez que nuestra angelical Sandra rompe las reglas.

—¡Eso! ¡Y por que no sea la última! —Grita Julia, y Clara la corea.

Las tres amigas ríen y se beben el líquido de un trago. Es el primero de los muchísimos chupitos de aquella noche.

Un año y dos meses antes, cuatro meses después de la muerte de Sandra.

Jairo empieza a sospechar que ha perdido la cabeza. ¿Cómo se puede explicar si no su obsesión por esa chica a la que ni siquiera conoce? No tiene remedio. Aunque igual está focalizando su atención en ella para apartar la mente de problemas más importantes. De esos problemas que se buscó hace tres meses, la noche en la que la vio por primera vez.

Claro que es normal que se pegue todo el día pensando. ¡Si no tiene otra cosa que hacer en la fortaleza! Samuel ha perdido la confianza en él, y ya no le encomienda ninguna misión. Ni como rastreador, ni como luchador... ni siquiera como informador de fuentes de energía, ¡que son los que menos responsabilidades tienen! Pero, para ser sinceros, prefiere que no lo haga. Después de todas las misiones que ha llevado a cabo él sólo con éxito, sería muy triste pasar a ser un mero recolector de información sobre las fuentes de los nuevos receptores. Eso le recuerda algo. ¿Lola ya tendrá el informe con las fuentes de la chica? Ha pasado tiempo más que suficiente para que todas las personas de su círculo sepan que ha muerto y hayan llorado su pena. El informe debe llevar hecho días, incluso semanas... ¿Cómo no se le ha ocurrido antes?

CAPITULO 12

En la actualidad.

SANDRA siente las piernas entumecidas y el culo plano. Normal, después de cinco horas seguidas metida en el coche. La hora de comer ya se ha pasado.

—¿Es que no piensas parar nunca? —Le recrimina a Jairo.

Este se vuelve para mirarla, y con un movimiento rapidísimo le quita las gafas. La chica se tapa los ojos con la mano izquierda, protegiéndolos del sol cegador.

—¡Idiota!

En ese momento oye su propia voz en la cabeza. “No, Sandra. Jairo no es idiota.” Se incorpora bruscamente en el asiento, asustada, provocando un ruido sordo con la esposa. ¿Eso ha sido un pensamiento involuntario? ¿O qué coño ha sido? Era su voz...

Jairo la mira de reojo, pero no hace preguntas. De todas formas, ella tampoco le hubiese contestado. Intenta relajarse. Se lo habrá imaginado.

Centra la atención en la canción que está sonando en ese momento, Got 2 luv U, de Sean Paul.

Le cuesta acostumbrar la vista a la radiante luminosidad que inunda todo el paisaje desértico. Jairo no le ha pedido las gafas en todo el rato que lleva conduciendo. Si ella está cansada no quiere ni imaginarse cómo estará él... Pero bueno, que se joda.

“Tranquila, Sandra. En breves kilómetros os acercaréis a las afueras de una gran ciudad. Allá podrás comer una hamburguesa.”

Sandra ahoga un grito. ¿Qué le está pasando? Sabe que todavía tienen que manifestarse algunos de sus poderes nuevos. ¿Se trata de uno de ellos? ¿Uno que le avisa de lo que va a pasar en el futuro? Se estremece.

—¿Estás bien? —Pregunta Jairo, pero ella no responde. Sigue enfadada por lo de Laura, aunque nunca lo reconocería.

La chica permanece en silencio, pensando en lo que acaba de ocurrir. Si lo piensa bien, tener ese poder podría resultar bastante útil. Es algo parecido a escucharse a sí misma avisándole de lo que va a suceder. Pero no sabe si en verdad eso son avisos sobre el futuro... ¿Cómo ha dicho la voz? ¿En breves kilómetros? Sólo tiene que esperar un poco para comprobarlo.

Hace un año y medio, en un pueblo cercano a la capital.

—¿Qué tal el viaje? —Le pregunta Maribel en cuanto se baja del coche.

—Pues hija, regular.

María suspira y le da un abrazo a su hermana.

—Elisa ha vomitado dos veces.

—¡Cariño! —Le dice su tía con voz melosa, y la coge en brazos—. ¿Ya te encuentras mejor?

La niña se restriega los ojos y asiente. Le hace un par de arrumacos y la deja en el suelo. Después le da dos besos a su cuñado.

—Gracias por acogernos una vez más.

—No seas tonta. Me encanta teneros en casa. Pero venga, pasad.

Todos se encaminan hacia el chalé.

—Marcos está trabajando, estará aquí en media hora. —Les informa.

—Justo a tiempo para ir a la cena de la congregación. ¿A qué hora era?

—A las diez.

—¿Y dónde está la princesita de la casa? —Inquiere María, mirando en rededor cuando llegan al hall.

—Viendo la tele. Está enganchadísima a unos dibujos de un cuadrado amarillo.

—¿De un cuadrado amarillo? ¿Algún programa educativo o algo así? —Pregunta María, dando por hecho que los amigos del cuadrado amarillo son un círculo verde y un triángulo azul.

—¡Bob esponja! —Exclama Elisa al entrar en el salón. Parece haberse recuperado repentinamente de todas sus dolencias estomacales, y corre veloz a sentarse en el sofá junto a su prima.

—Narora, cielo, ¿por qué no vienes a decir hola a los tíos?

La niña no hace ni caso. Está fascinada con Patricio.

Su madre hace un ademán de ir a buscarla, pero su hermana la agarra del brazo.

—No te preocupes, déjala que disfrute. Luego la saludamos.

—¿Queréis tomar algo? ¿Una cervecita?

—¿Tienes Ambar?

—Espera, déjame que mire. —Le responde Maribel, a la cual todos los botellines le parecen iguales. Va al frigorífico y saca la marca solicitada, después de leer una por una las etiquetas.

—¿Y tú, María?

—Yo no quiero nada, gracias. Pero tengo que hacer una llamada a casa. ¿Puedo utilizar tu teléfono?

—¿A quién tienes que llamar? —Se extraña Ernesto, que con la ámbar en la mano ya se ha desentendido de todo lo que no sea la inminente cena.

—¡A Sandra! ¿A quién va a ser? —Le increpa su mujer, y se dirige al salón en busca del teléfono disgustada con la memoria de su marido.

Hace un año y medio, en casa de Clara, una hora antes de la fiesta.

—¿Seguro que estás en condiciones de plancharme el pelo? —Pregunta Sandra, mirando con preocupación a su amiga.

—Que sí, coño.

—Yo creo que va borracha.

Risas.

—¡Jolin! ¡Me has quemado la oreja!

—Te habrá parecido.

—¡Si claro!

—Claro no, se llama Clara.

Más risas. Qué bien se lo pasan. No hay como estar en buena compañía, tener una fiesta en mente y aderezar esa mezcla con un poquito de alcohol. Las carcajadas fluyen solas, es inevitable.

Sandra no sabe cómo ha podido siquiera dudar si acudir o no. Aunque no sea más que por esos preliminares, ya ha merecido la pena.

—¿Puedo echarme un piti? —Pregunta Julia con el paquete de Nobel ya en la mano.

—No, tía. En mi casa no se fuma, ya lo sabes.

En ese momento llaman a la puerta.

—¡Yo abro! —Julia desaparece escaleras abajo, para volver segundos después de la mano de Patri.

—Mirad quién se ha dignado en aparecer.

—¿Qué horas son estas, señorita?

—¡Tardona!

Todas increpan a la recién llegada, que se defiende.

—Tampoco llego tan tarde.

—¡Nooo! ¡Qué va! ¡Sólo son las nueve! —Clara exagera los gestos, pero no de forma intencionada. Va borracha.

—¿Qué le pasa a esta? —Pregunta Patri señalando con el pulgar a su amiga como si estuviese loca.

—Que tanto brindis le ha afectado.

—¿A quién? ¿A mí? —Se sorprende la aludida poniéndose la mano en el pecho, mientras las mira con ojos incrédulos. Después se encoge de hombros—. Será que tengo muchos motivos para brindar. Esto es el efecto secundario. —Dice señalándose a sí misma.

Todas se ríen ante la seriedad con la que ha hablado.

—No os riáis, que es algo positivo.

—Ya, pero si sigues así no llegarás viva al principio de tu fiesta.

—Me infravaloras, cariño. —Le lanza un beso a Julia, que niega con la cabeza, divertida.

—Clara, jolin, céntrate. —Se queja Sandra, a la que le ha vuelto a planchar la oreja.

—Ay, sí, perdona.

Patri se troncha.

—¿Ha vuelto a decir “jolin”? —Pregunta a Julia. Después se gira hacia la autora de semejante barbaridad, para encararla con los brazos en jarras—. ¿Has vuelto a decir “jolin”? ¿Cuántas veces te hemos dicho que no digas esa palabra?

Julia ríe y Sandra se defiende.

—No me gusta decir palabrotas. ¿Algún problema?

—Ya, pero es como si dijeras “jopetas”. Más risas por la ocurrencia de Julia.

—Que te queramos y te aceptemos tal y como eres, no implica que no nos meemos con tu forma de ser. —Apunta Clara.

—Muy gracias. —Sandra las ignora y mira a Patri—. Bueno, ¿y tú dónde has estado?

La recién llegada abre la boca para responder, pero Clara se le adelanta.

—¡Ya te lo digo yo! Ha estado con Juan, de ruteo con su nuevo coche. ¿O me equivoco? —Adopta una pose perspicaz, señalándola con la GHD. Más risas.

La aludida frunce el ceño.

—¡Envidiosas!

—¡Uhhh! ¡Ni siquiera lo niega! ¡Quien calla otorga!

—Patricita, no te enfades. Ven aquí y dame un besito. Uno como los que le das a Juan... —Le dice Julia con tono vacilón mientras se le acerca con los brazos abiertos.

Las carcajadas estallan de nuevo, mientras intenta zafarse el abrazo de su amiga.

Finalmente Patri decide abandonar su actitud defensiva. Quiere pasárselo tan bien como ellas. Exhala un sonoro suspiro, un suspiro de pura rendición.

—A ver, ¿dónde está eso que habéis bebido? Que yo también quiero un poco...

—¡Bieeen! ¡Esto se anima!

—¡Propongo un brindis por Patri! ¡Y por esos paseos inocentes que da en el coche de Juan!

—¡Esperad, esperad! ¡Quitad la música!

Todas miran a Sandra, que tiene el móvil vibrando en la mano.

—¡Tssshhh!

Se produce un silencio total, impensable tras tanto alboroto.

Sandra echa un vistazo a sus amigas para asegurarse antes de responder. No sólo no hablan, sino que ni siquiera se mueven. Parecen petrificadas.

—¡Hola mamá! ¿Ya habéis llegado? —La chica reprime la risa al ver que Clara empieza a hacerle la burla—. Ah, muy bien. Sí, me ha cundido. No, no he descansado. Me sé el examen de Filosofía al dedillo. —En ese momento el libro de la asignatura pasa volando a su lado, y a duras penas puede esquivarlo. Se estampa contra la pared que hay tras ella con un sonido sordo. Levanta el dedo corazón y se lo enseña a Patri, que es la que se lo ha lanzado—. Estaba a punto de acostarme. Sí, ya

he cerrado la puerta con llave. Vale... Que lo paséis bien. Yo también te quiero. Un besito.

Cuelga y suspira aliviada. Todo ha salido bien, no sospecha nada. Alboroto generalizado. Risas estridentes. Y la música, de nuevo, con el volumen al máximo.

CAPITULO 13

En la actualidad.

PARA la total incredulidad de Sandra, dejan la carretera secundaria y se adentran en una nacional. De ahí pasan a una autovía. Tal y como predijo la voz, se están encaminando hacia una gran urbe.

Pero lo más fuerte de todo llega cuando ve que Jairo se dirige hacia un punto señalizado por una gran “M” amarilla. ¡Madre mía! Uno de sus poderes latentes se está desarrollando. ¡Toma ya!

—¿Paramos o cogemos algo en el McAuto?

“¿Que si paramos?”

—¿Pero es que no te cansas nunca?

—No te haces una idea del aguante que tengo. —Le responde Jairo con una sonrisilla prepotente. ¿Eso tenía un doble significado?

—Gilipollas.

Sandra se cruza de brazos y se gira para no verlo, fijando la vista en el paisaje que tiene a su derecha.

—McAuto entonces. —Dice el idiota de Jairo, y Sandra no tiene más remedio que responder pues, si no lo hace, corre el peligro de que su culo se quede plano para siempre. Y eso, para un culo inmortal como el suyo, es demasiado tiempo.

—No. Comemos en el local. —Responde con toda la brusquedad que puede. Necesita estirar las piernas o se le van a cangrenar.

En ese momento sus tripas rugen lastimeramente, provocando que se le suban los colores y que Jairo se ría de ella a carcajada limpia.

Antes de llegar al parking sube la capota y le quita las esposas.

“Fíjate en todas las chicas que miran a Jairo. Hallarás a una receptora entre ellas.”

Sandra da un respingo. Otra vez la voz, otra premonición. Se le eriza la piel. “Guau.” “Otra receptora.” “Y de una fortaleza diferente, supongo.” “Qué fuerte.”

El descapotable es el centro de todas las miradas. Totalmente comprensible. Poca gente de la que hay sentada en la terraza del McDonald’s habrá visto alguna vez un coche tan caro.

Pero las miradas no se acaban cuando entran al local. Se colocan en la fila, y como suele ocurrir, muchas chicas se giran para mirar a Jairo. Siempre están igual. La atracción que ejerce sobre las féminas es asombrosa. Pero esta vez Sandra tiene que examinarlas a todas con lupa... Y la verdad es que no esperaba que fuesen tantas. ¡Pero bueno! ¿Qué pasa? ¿Es que no tienen nada mejor que hacer que mirar a este capullo? ¡Por el amor de Dios! ¡Algunas incluso van acompañadas por sus novios!

¡Qué poca vergüenza!

—¿Qué miras? —Inquieta Jairo, con el ceño fruncido.

—¿Qué te importa? —Le responde ella, ya agotada, pese a no llevar ni cinco minutos en el restaurante.

Un año y dos meses antes, cuatro meses después de la muerte de Sandra.

No ha esperado en la pequeña sala. Lola no está allí para retenerlo con sus estúpidos formalismos. Acaba de golpear la puerta de roble con los nudillos y, sin esperar a que nadie lo invite, pasa al despacho.

En esta ocasión Samuel está como siempre acostumbra, de espaldas, con la vista fija en la enorme librería. El sillón gira lentamente, tanto que Jairo siente ganas de bordear el escritorio y ponerse frente a él. Seguro que acababan antes.

—Sabía que acabarías viniendo. —Le dice el viejo con una triste sonrisa.

—Ya, tú sabes muchas cosas. Muchas cosas que no compartes. —Le responde Jairo con un ligero deje de rencor. Se ha planteado muchas veces si su maestro sabía que esa noche, hace tres meses, elegiría el camino equivocado. Un aviso a tiempo no hubiese estado de más.

Por un instante duda si ha ignorado su tono o es que, simplemente, no se ha dado cuenta. Pero no, al líder de la fortaleza no se le escapa ni una. Para algo tiene más de quinientos años. Y por todos es conocido que más sabe el diablo por viejo, que por diablo. Y Samuel, viejo, es un rato largo.

—Bueno, muchacho, ¿a qué has venido?

Jairo frunce el ceño.

—¿Es que no prefieres cotillearme la mente?

El viejo ríe, y suspira cansinamente. Su blanquísimo pelo destaca en aquel despacho oscuro.

—Creo que ya sabes a qué he venido. Pero te concederé el beneficio de la duda. —Dice, desafiante.

—Qué honor. —Samuel parece divertido. No deja a nadie extralimitarse. No en su fortaleza. No en su casa. Pero el rasero que utiliza con Jairo siempre ha sido diferente al que tiene para medir a los demás.

—Quiero entrar en la cámara de seguridad.

—¿En cuál? —Se extraña, levantando sus pobladas cejas.

“¡Venga ya, hombre!” “¿¿Tú qué crees??” Jairo respira profundamente y cuenta hasta cinco. Una cosa es que el viejo haya pasado por alto dos subidas de tono. Pero tener una tercera quizás sea contraproducente para conseguir su objetivo. Quiere salir de ese despacho con un “sí” como respuesta.

—En la número nueve. —Responde, ahora con tono tranquilo.

—Así que en la número nueve... —El hombre se acaricia la barbilla, pensativo.

¿Qué tiene que pensar tanto?

Jairo pasa el peso de una pierna a otra, y cruza los brazos sobre el pecho.

—Hay flujos de energía. —Le informa de algo que ya sabe—. Realmente potentes. —Matiza.

—Los resistiré.

El viejo lo sabe. No tiene ninguna duda. Es el receptor más fuerte que haya conocido. No hay ninguno como él. En cualquier otro caso, no se plantearía dejarlo entrar.

Suspira, y Jairo lo toma como una muestra de su rendición. Tampoco le ha costado tanto convencerlo. Las cámaras de seguridad son zonas prohibidísimas, por la peligrosidad de las mismas. Pero si hay algo en lo que confía el chico, es en sus capacidades. Aún así quiere hacerse una idea más aproximada de lo que se va a encontrar.

—¿Sabemos ya cuántas fuentes puras tiene?

—Sí. Cinco.

El joven enarca una ceja, realmente sorprendido.

—¿Cinco puras?

—Los padres, una tía y dos amigas.

—Vaya, sí que era una chica querida.

—No sólo eso. Dispondría de seis si su hermana hubiese sido un poco más mayor para poder comprender su muerte.

—¿Y latentes?

—Veinticuatro aprovechables. Una amiga cercana y su hermana, que no llegan a ser puras, un tío, una prima, compañeros de clase, vecinos...

—Ya veo.

Jairo se da la vuelta, dispuesto a salir del despacho. Pero cuando llega a la puerta, se gira para mirar a su maestro.

—¿Cuánto tiempo?

—Un minuto.

—Estás de broma. —No pregunta, afirma.

—Ni un segundo más, Jairo. —Y la voz de Samuel, en esta ocasión, está teñida de advertencia.

CAPITULO 14

Hace un año y medio, en casa de Clara, media hora antes de la fiesta.

—ESOS zapatos no te pegan nada. —Comenta Julia al ver lo que se ha puesto Patri.

—Es que como le peguen les doy una paliza. —Dice Clara haciendo aspavientos, y provocando la risa de las presentes.

—¡Jopé, Clara! Me has metido el pincel en el ojo... —Se queja Sandra, sin poder parar de parpadear.

Julia se atraganta con la cerveza.

—¡Jopé! Ha dicho jopé. Jajajajaja. —Esa noche cualquier tontería les hace gracia. Y Sandra, con tal de no decir palabras malsonantes, dice muchas tonterías.

—¿Cuántos sinónimos tienes para no decir “joder”, bonita?

—Y dale... —Suspira la aludida—. ¡Trae! —Arranca el pincel de las manos de su amiga—. Que a este paso me vas a desgraciar...

Coge la paleta de sombras que hay sobre la encimera. Tiene decenas de colores. Desde morado luminoso hasta azul eléctrico. Sus amigas han desechado sus sombras de tonos nude entre carcajadas. Tienen razón, parecen sacadas del neceser de una ancianita de noventa años. Lo más atrevido que ha traído Sandra es un color rosa palo, que tampoco ha pasado la criba que han hecho las tres chicas.

Vuelve a mirar la paleta de Clara. Más de la mitad de los colores son inservibles. ¿Existe alguien que elegiría el verde pistacho para sus párpados? Quizás sólo si le dieran a escoger entre ese y el rosa chicle fosforito, que tiene una tonalidad tan estridente que hace daño a la vista si lo miras fijamente. Si su madre estuviese ante aquel despliegue de color se escandalizaría sólo de verlo. Y, bueno, como mínimo pondría en duda la decencia de su propietaria. Mira de reojo a la susodicha, que acaba de ponerse a saltar encima de la cama al son de Poker face, de Lady Gaga, y a hacer gestos circulares con la mano frente a su cara. No, definitivamente no es su mejor momento.

—Vas borracha. —Le informa, por si acaso no se ha dado cuenta.

—¡Síii! Y tú también deberías probarlo.

—¡Joder! ¿Cuánto hace que no brindamos?

—Exactamente desde que se acabó el Peché.

—¡No! —Patri se tapa la boca con las manos, escandalizada ante la tragedia—. ¿Ya se ha acabado? —Parece la viva imagen de “El grito”, de Munch.

—¿Te extrañas? ¡Sois como esponjas!

—Si, ¿no te jode? ¡Y vivo en una piña en el fondo del mar...! —Julia empieza a tararear, pero un cojín lanzado por Patri le estampa de lleno en la cara,

interrumpiendo su serenata.

Y otra vez la risa tonta.

—¡Venga Sandra! ¡Date vida! ¡Que más que a una fiesta parece que vas a tu boda! —Dice Patri esquivando hábilmente el contraataque de Julia.

—Coño, ¡si ni siquiera se ha vestido...! —Clara acaba de salir del curioso estado de ensimismamiento en el que llevaba rato metida. Ella sola y la música. Pero ahora mira al reloj, evalúa la situación que hay a su alrededor y no le gusta. No le gusta nada.

—¡Queda media hora! ¡Y tú aún llevas ese horrible jersey de cachemir!

—¿Qué me pongo? —Pregunta ella, que se deja aconsejar. Bueno, más bien se deja mandar.

—Yo había pensado en este top. —Clara le lanza un pedacito de tela negra que no serviría ni para tapar un descosido.

—No. Ni pensarlo.

—Yo te he traído esto. —Julia coge una bolsa y le enseña un vestido. Qué suerte que tengan todas la misma talla, y sobre todo, qué suerte tener un plan b.

Es rosa palo, muy corto, y con una cinta de raso negra bajo el pecho.

—¿Seguro que es un vestido? Más bien parece una camiseta...

—Tú calla y pónitelo. Que nos tienes a todas contemplándote. —Se queja Patri, que se muere de ganas de que empiece la fiesta, y por lo tanto, de que llegue Juan.

Va al baño a cambiarse. Hay confianza con sus amigas, pero su pudor es mayor.

Regresa de nuevo a la habitación. Camina incómoda. Le da la impresión de que el vestido se sube a cada paso que da.

Las chicas están sentadas en la cama, como si fueran miembros de un jurado.

—¡Guau! —Exclama Julia, y después le silva.

—¿Quién es este pibonazo y qué ha hecho con nuestra beata?

—No sé chicas, no me veo...

—Prueba a ponerte las gafas.

Más risas.

—¿Qué es lo que no te ves? —Dice Clara levantándose.

—No sé... es demasiado corto...

—Bueno, eso tiene fácil solución. —Responde con picardía, y le baja el vestido. El escote se ha bajado proporcionalmente.

—¡Madreeeee!

—¡Así está perfecto!

—Así parezco una fulana.

—Dilo sin miedo. Así pareces un poco guarra. Ya está.

—Y entonces... ¿qué parece Patri?

Todas se giran a mirar el escote de la aludida.

—¡Envidiosas! —Responde ella sacando pecho.

Sandra se vuelve a subir el vestido. Casi prefiere enseñar más pierna que escote.

—Que no, joder. Ahora en serio. Estás preciosa. —Le dice Julia, y la empuja hasta colocarla frente al espejo de Clara—. Mírate.

Sandra se evalúa de arriba abajo. El vestido tampoco es tan corto, la verdad. Y menos comparándolo con los trapitos que se han puesto sus amigas. Si lo mira bien es incluso elegante. Lo que pasa es que ella no está acostumbrada a vestirse así, y le da vergüenza que la vean sus compañeros de instituto. Y, sobre todo, que la vea Álex. No, en realidad va perfectamente vestida para que él la vea. Está guapa.

—Lo que te pasa es que te sobran complejos y te falta confianza. —Le dice Patri, acertando de lleno, y dándole un cachete en el culo—. Y ahora vámonos de una maldita vez.

—Estás perfecta.

—¡No! Hay algo que le sobra para estar perfecta. —Todas miran a Clara, que le quita las gafas a Sandra.

—¡Pero que no veo! —Se las arrebató y se las vuelve a poner.

—Veredicto popular. —Dice su amiga, y expone su curiosa defensa, colocándole y quitándole las gafas repetidamente, mientras canturrea—. Ojos grandes, ojos pequeños, tía buena, miope...

A Julia le ha entrado hipo de tanto reír.

—Es verdad. Tus ojos parecen el doble sin esos cristales de culo de vaso.

—¡Aprobado por unanimidad!

—Está bien. —Cede Sandra, dejando las gafas en la mesilla de Clara—. Pero por favor, estad pendientes de mí en todo momento, que ya sabéis lo ciega que estoy...

—Por supuesto. —Dicen todas con solemnidad.

Pero hay promesas que, tras varios tragos de alcohol, pierden su validez. Y otras que, formuladas ya con varios chupitos de peché encima, no tienen ninguna credibilidad.

*Un año y dos meses antes, cuatro meses después de la muerte de Sandra,
en la Fortaleza.*

Las cámaras de seguridad, en el subsuelo 3, no tienen lectores dactilares. El acceso está restringido, así que no son necesarios. Pero las puertas se abren una tras otra para dejarle paso, seguramente siguiendo alguna orden de Samuel.

Los pasillos de esa planta son totalmente metálicos, lo que les da un aspecto irreal, todavía peor que el infinito blanco del piso principal.

La señora de la cámara dos lleva siete años sin despertar. Lo máximo que se conocía, hasta ese momento, eran seis. El joven que la semana pasada ocupaba la cámara siete se encuentra ahora en una cámara acolchada. Despertó, sí, pero todavía es pronto para aceptar lo que le ha pasado, para aceptar su nueva “vida”. Y, a

diferencia de otros, temen que este receptor pueda dañarse a sí mismo como consecuencia de su desesperación.

Recuerda cómo fue su despertar y siente un ligero escalofrío. Ciertas cosas son difíciles de aceptar, si no imposibles. No importa que dispongas de toda la eternidad para hacerte a la idea. Son difíciles y punto.

Aunque él asumió rápido su nueva situación. ¿Cómo no iba a hacerlo? Lo que le deparaba esa nueva vida no podía ser peor que la que acababa de dejar atrás. Pero, como tantas veces le ha repetido Samuel, él es una extraña excepción.

Se sorprende al ver frente al número nueve un mono similar a los que utilizan los científicos de las películas para tocar cosas radiactivas. Peces de tres ojos y cosas por el estilo. O como el que a veces lleva Homer Simpson. Sonríe. Samuel lo ha dejado para él. Seguro que el viejo no se pone ningún tipo de protección.

Retira el mono y se coloca frente a la puerta. No se abre. Se mueve ligeramente, como hacía en su vida anterior cuando los sensores de las puertas de algún centro comercial se resistían a dejarle pasar. No, tampoco funciona. Mira de reojo el traje que ha tirado al suelo. Suspira con resignación. Puede que su maestro haya previsto cómo iba a reaccionar.

Lo agarra de mala gana. El tejido con el que está hecha la prenda le resulta desconocido. Irradia un frío gélido, como si fuese un traje hecho con cubitos de hielo.

En cuanto termina de ajustarse la máscara, la puerta se abre. “¡Qué capullo!”.

Samuel, que es el único de la fortaleza que ha entrado en una de esas cámaras, le explicó en su día cómo eran. Pero verlo es mucho más espectacular.

En el centro de la sala hay una camilla, metálica, al igual que todo lo demás. Encima de ella está la chica, protegida por una inmensa urna de cristal blindado. Pero no importa lo duro que sea ese cristal: la energía de sus familiares atravesaría cualquier material. Si ha sido capaz de llegar hasta allí, a cientos de kilómetros de su casa, y descender las decenas de metros que los separan de la superficie... ¿un cristalito la va a detener?

Los halos azulados fluctúan por la habitación proyectando su luz irisada en las paredes metálicas. Los hay más gruesos y más finos. Pero todos ellos transportan el dolor de los seres queridos de la chica. Es una conexión directa, que viene desde muy lejos. Los halos están por toda la cámara, pero se juntan en uno sólo, más denso, sobre del pecho de ella.

Resultaría difícil contarlos, pero no le hace falta hacerlo. Sabe que hay veintinueve. Ni uno más ni uno menos. Y veintinueve fuentes de energía fluyendo a su alrededor son muchas para no sentir las. Especialmente si entre ellas hay, ni más ni menos, que cinco puras. Se estremece. El dolor de esas personas debe ser desgarrador. Puede sentirlo. Puede sentir la pureza de esa energía.

Desde que la puerta se cerró tras él, ha notado la electricidad bajo su piel, en sus

músculos, en sus venas. Tiene el vello de todo el cuerpo erizado, y una sensación de náusea permanente. Pero lo lleva bien, mejor incluso de lo que pensaba. Sabe que un receptor débil podría morir si permaneciera tan solo un par de segundos allí dentro. La energía, si no está controlada, puede ocasionar serios daños. Y esa energía no tiene ningún control. Espera que la chica, cuando finalmente despierte, sea capaz de dominarla.

Se acerca un poco a la urna, y uno de los halos más finos ondea y le roza.

“¡Joder!” Ha traspasado el mono y le ha provocado una intensa quemazón en el hombro. Una quemazón fría. ¿Es eso posible? Debe tener más cuidado.

Ahora puede verle la cara. Serena, en paz. Ajena a todos esos halos que se introducen en ella, y que la transformarán para siempre. Pero en eso consiste ser un receptor.

Es más guapa de lo que Jairo recordaba. No sabe su nombre. No sabe cuántos años tiene. Ni siquiera sabe de qué color son esos ojos de forma felina. Continúan cubiertos por sus férreos párpados. Un pensamiento fugaz atraviesa su mente. ¿Y si justo se despertase en ese momento? Resultaría gracioso que lo viera de esa guisa. Debe de estar ridículo con el mono.

La fría quemazón del hombro cada vez es más dolorosa, al igual que sus náuseas. No sabe cuánto tiempo lleva allí, pero seguro que ha rebasado el límite fijado por Samuel. Obligado por las circunstancias más que por propia voluntad, el receptor abandona la cámara de seguridad.

CAPITULO 15

En la actualidad.

HAY muchos ojos femeninos clavados en Jairo. Sandra se afana por observar a todas esas chicas, sin dejarse a ninguna. Altas, bajas, delgadas, rellenitas, morenas, rubias, alguna que podría ser su madre... ¿Qué coño es esto?

—Señorita... ¡Señorita!

Sandra no se da cuenta de que la reclaman hasta que Jairo no le da un golpe en el hombro que la hace tambalearse.

—¿Qu—qué?

La fila ha avanzado y se encuentran frente al mostrador del McDonald's. El chico de la gorra verde la mira con resignación. Si por él fuera, no estaría ahí esperando a que aquella distraída volviese en sí. Pero de alguna manera tiene que pagarse los estudios.

—Te pregunta que qué quieres. —Le repite Jairo como si fuera tonta.

—Eh... un BigMac. —Responde sin pensar, leyendo el nombre de la primera hamburguesa que ve en el panel.

—Eres imbécil. —Murmura ella, pasando por su lado, y se dirige a una mesa vacía. Que Jairo espere solo a que les preparen la comida. Sí. Y que pague. Y que le lleve la bandeja a la mesa. Se lo tiene merecido. Es idiota, completamente idiota. El vendedor se ha debido de pensar que le faltaba algún hervor, y todo por su culpa.

“Bueno, venga. A lo que estás” se dice a sí misma. Veamos. ¿Cómo reconocer a una receptora entre tanta chica? Es más, ¿acaso hay algo que a simple vista le haga suponer que se encuentra ante una? Uff... qué lío. Es muy difícil. Y más aún con el estómago vacío. Así no puede pensar con claridad. Qué hambre... ¿Por qué tardan tanto en servirles?

Mira hacia la fila, pero Jairo no está allí. Se incorpora ligeramente, intentando ver por encima de las cabezas de la gente. No lo ve. ¿Dónde se ha metido? ¡No lo puede creer! El muy capullo la saluda con la mano, sentado en una mesa en la otra punta del local. No quiere arrastrarse. Quiere mantener su orgullo intacto. Pero tiene en su poder su ansiada hamburguesa.

Rechina los dientes. Es un reclamo demasiado grande para ella. Tiene que ir a buscarla.

Pisando con fuerza se dirige hasta allí. Los pasos decididos. La mandíbula apretada. La mirada clavada en esos ojos celestes que le dedican una mueca burlona. Sí, la mirada tan fija en esos ojos que la pobre Sandra no ve el charco de salsa especial para patatas que hay en el suelo. Lo pisa de lleno. ¿Qué sucede? Se resbala.

El suelo falla bajo sus pies. No puede sujetarse en ningún sitio... Rehace el silencio en el McDonalds. Oh no. Catástrofe.

Ha impactado de lleno contra una niña y su bandeja.

La niña no se ha caído, pero sí le ha tirado la bandeja. No, más bien ha caído Sandra en primer lugar y la bandeja ha volado por los aires hasta estamparse contra su cabeza. Se levanta a duras penas, ayudada por una señora mayor, y sintiendo dolor en todos los sitios de su cuerpo.

La niña empieza a hacer pucheros, pero ella no se da cuenta. Bastante tiene con comprobar que hay patatas fritas pegadas en su pelo y ketchup en su jersey.

—¿Qué te pasa, princesa? —La voz de Jairo suena amable a sus espaldas.

Se gira totalmente estupefacta. ¿Es a ella? Ah, no. Se está dirigiendo a la niña. Se ha agachado a su lado.

—Esta chica me ha tirado el HappyMeal. —Dice la renacuaja mientras la señala con un dedo acusador. No está segura, pero cree que algunas personas cercanas han exclamado un “ohh” reprobatorio.

—No te preocupes, yo te compro otro. —Dice Jairo incorporándose y cogiendo a la niña de la mano.

Tampoco puede asegurarlo, pero cree que acaba de oír varios “ohh” emocionados. Es más, cree que la madre de la criaturita ha optado por no acercarse y dejar la escena en manos de aquel salvador. ¿Qué es esto? ¿Una película? Sí, eso parece. Y ella es la mala malísima que ha tirado la comida de la niña.

—Eres tonta. —Le dice la pequeña al pasar por su lado, para su completo asombro.

Su nuevo amigo parece totalmente de acuerdo.

—Sí, es tonta. —Confirma Jairo al pasar al lado de Sandra camino de la fila, lo suficientemente alto para que ella lo escuche.

La ceja de Sandra se mueve repetidamente, descontrolada. Ya está. Ya le ha crispado los nervios. Ya tiene otra vez el tic en el ojo.

Localiza los servicios. Se escabulle hasta ellos andando deprisa, pero poniendo mucho cuidado de mirar por dónde pisa.

Hace un año y medio, en la fiesta de Clara, un rato antes de la muerte de Sandra.

El poder de convocatoria de la anfitriona ha superado con creces todas las expectativas. Hay gente por todas partes: en el salón, en el recibidor, en la cocina...

Pero Clara no sufre por la integridad de su casa. Ni siquiera se plantea la posibilidad de que alguno de sus casi cien invitados rompa algo. Es momento de divertirse. Ya no se acuerda de que existen unos propietarios, que casualmente resulta que son sus padres. Todo se le ha olvidado, incluso las normas que un par de horas

antes impuso ella misma. Apura su cigarro y lo apaga en un improvisado cenicero hecho con una litrona vacía.

—¡Es la mejor fiesta del año! —Grita Julia en el oído de Sandra, intentando hacerse oír por encima de Tik Tok, de Ke\$ha—. The party don't stooooop! —Canturrea, poniendo en evidencia su suspenso en lengua extranjera.

—¿Me acompañas al baño?

—¡Espera! Que acaba de llegar Pablo. —Su amiga le hace un gesto de súplica con las manos—. No te vayas. Estoy de vuelta en un minuto—. Y corre hacia el gentío, que en seguida la engulle.

Sandra resopla. No está muy de acuerdo con lo de que esta sea la mejor fiesta del año. Se siente incómoda. Todo el mundo parece estar pasándoselo en grande. Todo el mundo menos ella, que está apoyada en una enorme mesa llena de vasos y de poncheras con Agua de Valencia. Vuelve a suspirar. Cambia el peso de una pierna a otra, pero trastabilla al hacerlo. No está acostumbrada a llevar tacones, y además esos zapatos que le ha dejado Clara son totalmente inestables. ¡Si hasta cuando los dejó en el suelo para ponérselos se tambaleaban como un tentetieso! ¿Cómo no va a perder el equilibrio?

Además no hay rastro de Álex, y eso es lo que más le fastidia de todo. Si por algo está en esa fiesta (y dicho sea de paso, si por algo está enfundada en ese vestidito rosa palo) es precisamente por él. ¿Dónde se ha metido?

Localiza a Patri en uno de los sofás de la esquina. Lo que queda de ella está siendo absorbido por Juan, que parece una ventosa. ¿Estará ahogando a su amiga? ¿Debería correr a auxiliarla? No parece que esté sufriendo, precisamente.

De Clara hace rato que no sabe nada. En cuanto aparece algún tío sus amigas desaparecen.

En ese momento vuelve Julia, con las mejillas sonrojadas y una gran sonrisa.

—¡Me ha dicho que por qué no vamos a dar una vuelta con su coche! —Intenta controlar su alegría pero los pequeños saltitos la delatan. Pablo es uno de los chicos más guapos de segundo de bachiller. Después de Álex, claro está.

Sandra hace una mueca de disgusto.

—¿Entonces te vas?

—Sí, pero estaré de vuelta en breve. Te lo prometo.

Julia ve en sus ojos que su amiga no se cree ni una palabra.

—Que sí, confía en mí. Volveremos juntas a casa, ¿de acuerdo? ¡Y no te enfades, que estás muy guapa!

—Ya... Pero es que estoy aquí de segundo plato de todas... ¡Qué digo segundo! De tercero, más bien.

Julia ríe. Qué exagerada que es Sandra.

—¡Qué tonta eres! Si tú eres mi postre, ¡bombón! —Y tras darle un inesperado pellizco en el culo se va correteando al encuentro de su Pablo.

La chica vuelve a resoplar y se recoloca la ropa, teniendo cuidado de no perder la escasa estabilidad que tiene encima de doce centímetros de tacón. Aunque según decía Clara, al ser Peep toes no son doce centímetros, son sólo la mitad. Ya, seguro que sí.

¡Si al menos llevase las gafas podría saber con más claridad qué está pasando a su alrededor! En fin, son cosas que pasan. Suspira y se rellena el vaso. No le gusta beber, pero el Agua de Valencia está buenísima.

Sí, son cosas que pasan. Pero si no llevas gafas raramente las podrás ver pasar. Y si Sandra no hubiese dejado las suyas en la mesilla de Clara, hubiese podido ver quién acababa de llegar a la fiesta.

Esa misma noche, hace un año y medio, en un pueblo cercano a la ciudad.

—“...Y nada de esto hubiese sido posible sin vuestra inestimable colaboración. Cristo Jesús está presente en todas y cada una de vuestras acciones.”

El cura arranca una treintena de sonrisas con sus palabras. Lleva un rato explicando cómo marcha la escuela que están construyendo en una región muy pobre del Tercer Mundo, gracias a las donaciones de los parroquianos. Pero María lleva toda la cena preocupada. A penas ha escuchado un par de palabras de lo que les ha contado don Matías, ni ha estado tan charlatana con sus antiguas vecinas como de costumbre. ¡Y eso que ella fue una de las principales impulsoras del proyecto!

—¿Quieres dejar de preocuparte? —Le susurra Ernesto, mientras le rellena la copa de vino, sabiendo por dónde van los tiros.

—¿Te refieres a que tengo que hacer como tú? ¿Pasar olímpicamente? —El hombre suspira, resignado. Sólo intentaba tranquilizar a su mujer y todo lo que ha conseguido ha sido llevarse una puñalada. Pero como está acostumbrado, no se da por vencido tan fácilmente.

—Vamos a ver, María. ¿Para qué la vas a llamar? Deja a la niña tranquila. ¿No te ha dicho que se iba a acostar?

—Tú te has desentendido desde que hemos llegado. —La buena cristiana vuelve a la carga.

—¿Pero es que acaso hay motivo de preocupación? ¡Por Dios, María! ¡La hemos dejado en casa estudiando! ¿Por qué tendría que preocuparme?

—No utilices el nombre de nuestro señor en vano. —Le recrimina la mujer como única respuesta.

Aunque en realidad las palabras de su marido han conseguido tranquilizarla, y gracias a ellas pasará el resto de la velada felizmente. Pero si supiera lo que le va a ocurrir esa noche a su hija, no estaría precisamente tranquila.

CAPITULO 16

Un año y un mes antes, cinco meses después de la muerte de Sandra, en la Fortaleza.

LLEVA varios días sin salir de su cámara. Se encuentra mal. A decir verdad, se encuentra muy mal, peor que nunca.

Sabía que era peligroso, pero no hizo caso a Samuel. Quizá permaneció demasiado tiempo en la cámara de seguridad número nueve. Así lo atestigua su dolor muscular, su dolor de cabeza, sus vómitos y, sobre todo, esa horrible marca blanca que le ha quedado en el hombro. Es irisada, y duele de solo mirarla. ¿Es que nunca va a mejorar?

Mete la cabeza bajo el almohadón y se retuerce dentro de las sábanas. “¡Joder!” Lo peor es que allí encerrado, con sus males como única compañía, todavía piensa más en esa chica. Si decidió ir a la cámara para poner un poco de cordura en sus dementes pensamientos, lo único que ha conseguido es aumentarlos. Multiplicarlos por cien. ¡Qué digo por cien! ¡Por mil!

Si al menos ese malestar que lo desgarraba por dentro cesara... Pero no, no va a pedirle ayuda a Samuel. Él se lo buscó. Él lo encontró. Y ahora, él tiene que hacerse cargo de la situación.

Jairo no sabe que todavía tendrá que continuar así un par de semanas más, hasta que su cuerpo inmortal se recupere de la sobredosis de energía pura que soportó aquel día, en la cámara número nueve.

En la actualidad.

Sandra alcanza los servicios, lamentando no haber desarrollado el poder de la invisibilidad. La señora que se ha cruzado en la puerta la ha mirado con miedo. ¡Cómo no! ¡Si hasta ella se ha asustado al verse en el espejo! Aunque sepas que llevas patatas fritas en el pelo, nunca estás preparada para verte de esa guisa. Parece una vagabunda. No, ni siquiera eso. Tiene peor aspecto que una copa de vino a la que han utilizado como cenicero. Peor aspecto que un chicle masticado al que han rebozado por un suelo lleno de porquería. No hay símiles que definan bien su aspecto en ese momento.

Rechina los dientes. Se echa agua en la nuca. Respira hondo. Empieza a calmarse. Por lo menos ese estúpido tic que le provoca Jairo ha desaparecido. Un tic que desarrolló después de muerta, manda huevos, y que tiene un único culpable. Es como un efecto externo de la alergia que le provoca el chico.

Ahora que ya se ha relajado, puede empezar a desprenderse de toda la mugre que ha cogido en el suelo del McDonald's. Se ha quitado de encima la cantidad similar a un menú completo. ¡Incluso tenía una servilleta pegada al codo! ¡Qué vergüenza!

Y Jairo ni siquiera la ha ayudado a levantarse. Menos mal que esa señora se ha ofrecido, y ella no le ha dado ni las gracias, de tan abochornada que estaba.

Por primera vez se plantea algo que no se le había ocurrido antes. ¿Puede ser que Jairo se la esté devolviendo? ¿Y si le hizo daño aquella noche y ahora se está vengando...? En seguida desecha esos pensamientos. No, claro que no. ¿La insignificante Sandra causándole dolor al altivo Jairo? Eso habría que verlo.

No. Simplemente ha resultado ser un capullo, y no el chico amable y divertido que creyó conocer los primeros meses de su nueva vida como receptora.

Entra de nuevo al restaurante. Espera que muchos de los que han presenciado la escena ya se hayan marchado. Y si no lo han hecho, que al menos la hayan olvidado. Sin embargo, no puede evitar ponerse roja como un tomate. ¿Por qué le pasa todo a ella? ¿El rubor no tendría que ser cosa de los vivos?

Jairo está sentado a la mesa. No ha probado ni un bocado de su CBO. La mira con expresión seria, preocupada.

—¿Estás bien? —Parece sincero al preguntar, pero ella no le concede el beneficio de la duda. Se la tiene jurada.

Sin decir una palabra, agarra su BigMac y se dirige a otra mesa, intentando mantener intacta su dignidad. Bueno, al menos lo poco que queda de ella. Y por eso, no va a sentarse con él.

Comienza a comerse la hamburguesa. Ya está fría, y el pan parece de goma. ¡Puag!

Entonces recuerda el nuevo poder que ha desarrollado. ¡Y ella tan pendiente de otras tonterías tan mundanas! Tiene que encontrar a la otra receptora. Si es que no se ha marchado ya, claro.

Justo cuando se dispone a buscar a chicas interesadas en Jairo, alguien ocupa el asiento vacío que tiene en frente.

Frunce el ceño, dando por hecho que se trata de él. Pero no. Es un chico rubio, de ojos marrones. De ojos extremadamente simpáticos, para ser exactos. Lo que Sandra no sabe es que ese chico ha estado esperando pacientemente a que ella saliera del baño, para así poder acercarse.

—Vaya caída más tonta. —Le dice el extraño.

Ella vuelve a ruborizarse. Su color no tiene nada que envidiar al que esta adquiriendo la piel de Jairo, varias mesas más allá pero totalmente inmerso en la conversación que acaban de iniciar.

—No me lo recuerdes... —Murmura, y el chico ríe.

—Soy Ángel. —Se presenta, tendiéndole la mano. Sandra no está acostumbrada a que le den la mano, pero se la estrecha con una sonrisa.

—Sandra.

—Un bonito nombre para una bonita chica. —Dice, provocando que a Jairo se le vaya la CocaCola por otro lado.

¿Ha oído bien? ¿Ese capullo le está metiendo fichas? Aprieta los puños con fuerza, tanto que sus nudillos emblanquecen. No puede levantarse y estamparlo contra la mesa por su atrevimiento, pese a que es lo que más desea hacer en ese momento. Tampoco puede acercarse, pasar el brazo posesivamente sobre los hombros de Sandra y llevársela de allí. ¿Y si utiliza sus poderes? Podría hacer que le crecieran los pelos de la nariz, o provocarle una gastroenteritis aguda... No. No puede hacer eso. Él raramente los utiliza, y cuando lo hace es porque la situación realmente lo requiere. “¿Y que sea un capullo no lo justifica?” Piensa una parte de su mente, que se resiste a aceptar que ese rubito esté cortejándola precisamente a ella. El tal Angelito parece haber puesto el modo “caza y pesca”, por la sugerente forma en la que se dirige a la chica. Eso no es nada. Jairo está a punto de poner el modo “caníbal”.

Suspira con resignación. Tiene que calmarse antes de que sea demasiado tarde. Y para ello sólo puede hacer una cosa: dejar de escuchar. Disminuye el sentido de la audición hasta alcanzar los parámetros normales. Ya está. Ahora sólo tiene que esperar a que el rubio decida irse. Y si no lo hace, él mismo le dará una patada en el culo.

Sandra observa a Ángel. Si una situación como esa le hubiese sucedido un par de años antes, estaría anonadada. Normalmente no llamaba la atención de los chicos del instituto. Sin embargo, desde que salió a la superficie se dio cuenta de que arrancaba más de una mirada a su paso. Es curioso, ya que siempre deseó saber qué se sentía al ser el centro de atención y, siendo sinceros, desde que murió esas tonterías ya le dan exactamente igual. Mucho más si las miradas provienen de completos desconocidos con los que se cruza por la calle, y no de cierta persona, cuya mirada sí podría significar algo para ella.

Ángel continúa hablando, pero a duras penas lo escucha. Es bastante guapo, sí. Pero lo que a Sandra realmente le interesa es encontrar a la otra receptora, y con ese chico dándole conversación no puede concentrarse. Sin ser demasiado descortés, lo despacha. Ángel le dice que le ha encantado conocerla, y le da dos besos a modo de despedida.

Unas mesas más allá, Jairo cuenta mentalmente hasta cincuenta. No, no es suficiente. Mejor vuelve a empezar y cuenta hasta cien. Ya que está, hasta doscientos. Que haya dejado de escucharlos no significa que esté ciego. No sólo ha visto los dos besos que se han dado, también ve la estúpida sonrisa que ha aparecido en la cara de

Sandra.

La chica está eufórica. Ya la ha visto. Es ella. ¡Está segura! Bueno, o casi segura. Es una chica rubia, de pelo rizado, de unos veinte años, que no le quita el ojo de encima a Jairo. No sabe decir por qué es ella, pero lo sabe. Hay algo en su mirada... o eso le parece a Sandra. No puede disimular su alegría.

Se tiene que morder la lengua para no gritárselo a su compañero. Se muere de ganas de ponerlo al corriente de las novedades respecto a su nuevo poder. Pero no, no se merece que se lo diga. ¡Aún así le cuesta tanto resistirse...! Ni siquiera se plantea que el siguiente paso es ir a presentarse ante la nueva receptora y averiguar si pertenecen a la misma orden.

No puede contenerse. Sus piernas ya la están llevando hacia los servicios. Jairo sigue todo su recorrido con la mirada, sin perder detalle. Anda con gracia, moviéndose como un pavo real, henchida de orgullo. Pasa a su lado y canturrea, con voz melosa.

—Sé algo que tú no sabes.

Y continúa su marcha hacia el cuarto de baño contoneando las caderas.

Jairo está enormemente crispado. Observa la puerta de los servicios tras la que acaba de desaparecer Sandra, que se balancea en un rítmico movimiento. Si hace lo que tiene en mente, se arrepentirá. Lo sabe. Pero aún así, no puede evitar hacerlo.

CAPITULO 17

Hace un año y medio, en la fiesta de Clara, un rato antes de la muerte de Sandra.

—¿LO pasas bien, cariño? —Le pregunta Clara, que ha aparecido de la nada. Ella ríe, alegre, consecuencia del Agua de Valencia más que por la fiesta en sí.

—Muy bien. Creo que voy un poco chispi. —Reconoce, un poco avergonzada.

Clara profiere unas sonoras carcajadas que se escuchan incluso por encima de Hello, de Martin Sloveig y Dragonette, que suena a todo volumen.

—¡Eres como Soraya de Aída, tía! —Le da un golpecito amistoso en el hombro y vuelve a reír otra vez, ahora por el ocurrente símil que ha encontrado. Mira alrededor, en busca de Patri o de Julia para contarles su última gracia, pero encuentra a alguien que le llama más la atención y se aleja de Sandra saludando a gritos a una tal Susana.

Sandra vuelve a quedarse sola. No se da cuenta de que ha acaparado totalmente la atención de unos ojos negros que se ocultan tras unas gafas de montura de pasta.

En ese momento alguien se acerca por detrás, y susurra en su oído.

—*I just came to say hello...* —Da un respingo y se gira, para encontrarse de frente con el chico de sus sueños. Le ha cantado al oído, con un acento que nuevamente deja mucho que desear, pero que ha enamorado a la chica. Bueno, más bien la ha reenamorado, pues hace tiempo que bebe los vientos por él. No hay como estar enamorada para perder totalmente la objetividad.

—¡Hola! —Exclama ella.

—Estás preciosa. —Le dice él, que empieza a alegrarse de haber acompañado al pesado de Julián a la fiesta. No sólo tuvo que hacer de detective para su amigo e investigar si Sandra acudiría. También lo ha tenido que acompañar, justo esa noche que no tenía ninguna gana de salir. Sin embargo, al ver lo guapa que está esa chica que tan poquita cosa parecía en el instituto, le han entrado las ganas de golpe.

—Ya pensaba que no vendrías. —Reconoce ella con inusitada sinceridad, gracias a la ayuda del tercer vaso de Agua de Valencia que lleva en la mano.

—Quería ponerme guapo para ti. —Le dedica una sonrisa burlona encantadora.

Ella abre los ojos de par en par, dubitativa. Pero finalmente parece que asimila que lo que acaba de escuchar ha ocurrido de verdad, y también sonrío.

Álex sabe que su amigo los está observando, pero no le importa. Despliega todos sus encantos sobre Sandra. Total, no cree que Julián se enfade. En cualquier caso su amigo no tiene ninguna posibilidad con la chica, que para ser sinceros, ni siquiera sabe de su existencia.

Julián se toca el flequillo, nervioso, y se coloca las gafas de pasta. Se parece a Luis Piedrahita, se lo han dicho muchas veces. Incluso en un par de ocasiones lo han parado por la calle para pedirle erróneamente autógrafos. Pero parece que a Sandra le llaman más los tipos duros, como Álex.

Los observa desde una esquina apartada. ¿Qué coño le estará contando, que la hace reír continuamente? ¿No tendría que ser él, el que se parece al humorista, el que arrancara esas carcajadas? Pero la vida no es justa, y si aún le queda alguna duda de ello, pronto las disipará.

Y lo peor de todo es que además está preciosa. Ese vestido le marca curvas. Aunque ella está guapa en cualquier circunstancia y con cualquier ropa, incluso las mañanas en las que llega con el pelo revuelto al instituto porque se ha levantado tarde y no le ha dado tiempo de peinarse.

Julián se siente insignificante, pequeño, invisible. Ahí, en su esquina del salón, totalmente fuera de lugar. No hace ni media hora que ha llegado y ya tiene ganas de marcharse a llorar a otro lugar. ¿Deberían irse a casa él y su destrozado corazón? Cree que sí, porque visto lo visto... ¡Espera un momento! Su roto corazón da un vuelco y los pedacitos saltan por los aires, provocándole un amago de paro cardíaco. ¿Eso que tiene Sandra sobre los hombros es el brazo de Álex? Pobre chico, si es que sólo vive para sufrir por amor. Dicen que ojos que no ven, corazón que no siente. Pero él prefiere aguantar el chaparrón estoicamente, y no se mueve de su esquina. No, no se va a ir a casa. Prefiere quedarse para ver si esos dos se lían. Para comprobar si esa noche va a perder a su amor platónico, y de paso y colateralmente, a un amigo con un curioso concepto de la amistad.

Sandra se siente capaz de todo, incluso de dar un paseo por el jardín subida encima de esos instrumentos de tortura de doce centímetros. Porque eso es lo que le ha propuesto Álex, dar una vuelta por el jardín de Clara.

Está eufórica, está pletórica... ¡está que se sale! Por fin su amor le hace caso.

—Además podremos ver las estrellas.

Sandra se estremece. Madre mía. Ver las estrellas. Qué bonito. Qué HISTORIA DE AMOR. Así, con mayúsculas y todo. Y lo mejor: ella es la protagonista.

El chico interpreta mal el estremecimiento de la chica.

—¿Es que no te apetece?

—Claro que sí.

—¿Seguro? Podemos quedarnos aquí, si te sientes más cómoda. —Ya no tiene dudas de que ella quiere, pero aparentar ser un caballero nunca está de más.

—Que sí me apetece, jolín.

—¿Has dicho jolín? —El chico parece divertido.

—No me gusta decir palabrotas. Eso es todo. —Se defiende ella.

—Y eso es algo de ti que me encanta. —Dice Álex con aplomo, pese a que acaba

de enterarse.

Aprieta la mano que tiene sobre el hombro de una enamoradísima Sandra, y la conduce hacia el jardín.

En la actualidad.

Un grito sale amortiguado a través de la puerta de los servicios y cruza el McDonald's.

“¡¡CAPULLOOOOO!!”

Se puede decir más alto, pero no más claro. Aún así Sandra opta por repetirlo, por si no ha sido lo suficientemente concisa.

—¡Capullo y cien veces capullo! —Grita en los lavabos, mientras patatea, fuera de sí.

Para no gustarle las palabrotas, últimamente anda todo el día con alguna en la boca. Pero es comprensible que esté enfadada, está muerta. Aunque su enfado en esta ocasión no tiene que ver con ese detalle.

En la actualidad, minutos antes del estallido de Sandra.

Ve sus ojos azules fijos en sus movimientos. No tiene que contárselo. No *quiere* contárselo. ¡Pero la tentación es tan grande...!

—Sé algo que tú no sabes. —Dice con voz cantarina y melosa, al pasar a su lado.

Entra en los servicios. No tenía que haberlo hecho. ¡Pero se moría de ganas! Ojalá se quede con la duda. Seguro que en esos momentos está atormentado, preguntándose a qué se refería.

Se mira al espejo y se dedica una mueca triunfal. “¡Sandra!” Escucha en su mente, y da un respingo. ¡Ay Dios! ¿Otra premonición?

Se agarra a la encimera del lavabo y se prepara para escuchar lo que la voz tenga que decirle.

“Yo también sé algo que tú no sabes... ¡Que tu estupidez no tiene límites!”

Sandra ruge de camino al coche. ¿Cómo ha podido engañarla de esa manera? Sus piernas quieren patatear de pura rabia, y hacen que de vez en cuando trastabille. Se gira para mirarlo.

—¡Te odio! ¡Te-o-dio! —Repite a grito pelado, esta vez silabeando.

Jairo no dice nada. También está enfadado con ella. ¿Cómo puede haber sonreído ante las tonterías que le habrá dicho ese idiota? “Un bonito nombre para una bonita chica”. ¡¿Se puede ser más imbécil?!

Los dos cierran las puertas del R8 con fuerza. Pobre coche. Es el único que no tiene culpa de nada. Ninguno habla. Jairo va a más de 180 kilómetros por hora. Ni

siquiera le ha puesto las esposas. En ese momento no le importa que se escape. Por él, como si se quiere tirar del coche en marcha.

CAPITULO 18

Hace un año y medio, en la fiesta de Clara, momentos antes de la muerte de Sandra.

IRRUMPE en el abarrotado salón y busca con mirada furiosa a sus amigas, pero no las ve por ningún sitio.

Está alicaída, está triste, se siente avergonzada... Pero sobre todo, está muy pero que muy enfadada. Álex ha resultado ser un cretino (teniendo en cuenta la magnitud de la palabra proviniendo de alguien como ella). Ha intentado meterle mano a la primera oportunidad. Pero ella le ha dado un guantazo y ha vuelto a la casa.

No ha habido feeling. No ha habido romanticismo. Por no haber, no había ni estrellas. Claro, que aunque las hubiera habido, sin gafas difícilmente podría haberlas visto. Pero eso no importa ahora.

Todo lo que quiere es marcharse a casa y esconderse debajo de las sábanas.

Pero ¿¿dónde se han metido sus amigas??

Álex entra en el salón justo en el momento en el que Sandra desaparece escaleras arriba. Él no sólo ha visto las estrellas con la bofetada que le ha arreado la chica, ha visto la vía láctea entera. Vaya humos se gasta la mosquita muerta. Pero su calvario aún no ha terminado. Desde la esquina unos ojos rencorosos lo fulminan detrás de unas gafas de pasta. No, definitivamente su noche aún dará de sí.

En la planta de arriba, Sandra cierra la puerta de la habitación de Clara de un portazo, sin llegar a entrar. Cuando la ha abierto su amiga Patri ha gritado un “¡No mires!” agónico. Pero, por desgracia para ambas, su vista ha sido más rápida que su pensamiento. ¿Sabrá Clara para qué está utilizando su habitación?

Suspira con resignación y mala leche. Sus gafas están dentro, junto con Patri. Y con Juan, por supuesto. A él también lo ha visto, aunque intentase taparse con la colcha.

¿Qué hace? Tiene las gafas, el bolso, el monedero, la ropa de persona decente, e incluso las manoleínas dentro... ¿Espera a que terminen? ¿Y cuánto rato les puede costar? No tiene ni idea del tiempo que suelen llevar esas cosas... En ese momento escucha la voz de Álex, que sube por el hueco de la escalera desde el piso de abajo. Está preguntando a alguien por ella. ¡El muy sinvergüenza! Espera unos minutos a que se vaya, y después baja al salón.

No, no va a esperar a que Patri decida salir de la habitación. Tampoco va a esperar a que Julia vuelva de su vuelta con Pablo. Se larga a casa ahora mismo.

Coge la cazadora que dejó en el recibidor. Por suerte tiene las llaves en el bolsillo.

Sale a la calle. La temperatura es buena, aunque las nubes avecinan tormenta.

Son sólo dos manzanas, pero de noche el camino parece más largo, los portales más oscuros, las esquinas más siniestras.

Una farola se apaga a su paso, y ella se sobresalta. Se gira varias veces para mirar tras de sí. No hay un alma. ¿Qué esperaba? Son cerca de las cuatro de la madrugada. Empieza a andar más deprisa, todo lo que esos horribles zapatos le permiten.

Vuelve a girarse. ¿Por qué tiene esa extraña sensación? Está muy nerviosa. Nunca ha vuelto a casa sola, y mucho menos a esas horas. Ni siquiera lleva el móvil encima, para hablar con alguien y hacer más llevadero el camino. De todas formas ¿a quién llamaría? Si sus amigas han estado ocupadísimas toda la noche...

Cree que ha oído pasos. Se gira, pero no ve a nadie. No llevar las gafas no ayuda. Se lo está imaginando. “Te lo estás imaginando.” Se repite, intentando tranquilizarse a sí misma.

Ahora lo oye más claramente. Sí, esta segura. Son pasos, y no de una única persona. Parecen varios. No se gira, por miedo a constatar lo que ya sabe.

Aligera el paso, y los que escucha detrás hacen lo mismo.

—¿A dónde vas tan deprisa?

Una voz terriblemente desagradable ha sonado a su espalda, y le ha erizado todos los poros de la piel.

Sandra echa a correr, y para su total espanto, los pasos que la persiguen también.

—El primero que la coja empieza con ella. —Dice otra voz de hombre mayor, aún más escalofriante que la anterior, retando a sus compañeros.

Es el pistoletazo que anuncia la salida de la cacería, y ella, la presa. Sandra echa a correr con todas sus fuerzas, con el corazón latiéndole a mil por hora, con el olor a peligro metido en la nariz. No tiene tiempo ni de sacar la angustia que siente en el pecho en forma de lágrimas. Todo lo que hace es correr lo máximo que le permiten sus piernas. Correr y rezar mentalmente para encontrar a alguien, a un policía, a una pareja de novios, a una anciana... ¡No le importa! ¡Pero que aparezca alguien, por favor!

Gira por una callejuela, intentando despistarlos, pero están muy cerca, los oye, los siente. Varios pares de fuertes pisadas corriendo tras ella, retumbando en sus oídos. Mete el tacón en una alcantarilla y cae de bruces, retorciéndose gravemente el pie. Ahora sí, solloza. Un sollozo de una angustia desgarradora. Mira hacia delante, pero todo lo que ve es un muro. La callejuela que pretendía utilizar para perderlos de vista ha resultado ser un callejón sin salida.

Está aterrada. Nunca ha pasado más miedo en su vida. Se gira lentamente, hacia el inicio de la calle por la que entró, y se le hiela la sangre. Cinco corpulentas sombras se acercan a ella. No puede pensar con claridad. Su terror se mezcla, extrañamente, con los recuerdos de sus padres. De sus padres que darían la vida por

ella, pero que no se encuentran allí para auxiliarla. De su casa, de su habitación, de la cama en la que debería estar. Pero está allí sola, frente a cinco hombres, en un callejón sin salida.

Se acercan despacio, seguros de que es una presa fácil que no escapará, comiéndosela con la mirada, saboreando la victoria. Hay algo extraño en ellos, algo en sus ojos. Tienen algo que los hace diferentes, pero no ve con claridad lo que es.

—Te preguntaría qué hace una chica como tú en un callejón como este, pero sonaría demasiado peliculero. Pero aquí estás, a nuestra merced. —La voz está cargada de maldad.

¿Van a violarla? Por la desagradable manera en la que esos hombres recorren su cuerpo con la mirada parece que sí, que esa es su intención. Ese pensamiento es como una descarga eléctrica que recorre todo su cuerpo. En un último y desesperado intento se pone de pie y echa a correr hacia el muro, pero al dar la segunda zancada su tobillo quebrado falla, y cae con fuerza, dándose un tremendo y fatal golpe en la cabeza.

CAPITULO 19

A la mañana siguiente, en la ciudad.

MARÍA está de los nervios. Hace ya más de dos horas que han llegado del pueblo, y no hay rastro de su hija. Ernesto ha intentado tranquilizarla sin éxito. Quizás sea debido a que tampoco se puede serenar a sí mismo, como para conseguirlo con su mujer.

María razona mentalmente, explicándose que es una tontería de la que dentro de un rato (y después de poner un castigo ejemplar, claro está) se reirán. Pero en esos momentos los argumentos no le valen, y hasta que no vea a su pequeña sana y salva no podrá calmarse. Se toma la tercera cápsula de valeriana junto con una tila, y vuelve a intentar localizarla en el móvil. No se les ocurre telefonar a sus amigas, porque ni se plantean la posibilidad de que la niña no haya pasado la tarde y la noche en casa, estudiando.

Desde que llegaron, la han llamado una treintena de veces, y las tres últimas saltaba el mensaje de apagado o fuera de cobertura, lo que ha puesto a la mujer aún más de los nervios.

Y no sólo a la mujer, también a Clara, que harta de tantas llamadas ha optado por desconectar el móvil que su amiga olvidó en su habitación. Bueno, el de su amiga, el suyo propio, e incluso ha soltado el cable del fijo de casa. Tiene una resaca tan grande que no se tiene en pie, y cada vez que uno de esos aparatitos del demonio comienza a sonar, es como si le martillearan la cabeza. Lo que no sabe Clara es que todas esas llamadas que suenan en el móvil de su amiga, en realidad tenían como destinatarios a sus padres, pues Sandra desvió las llamadas de su casa al móvil, y está poniendo a la Policía muy difícil la tarea de localizar a sus familiares.

Suena el timbre. Elisa corre a abrir la puerta, pero se le adelanta María en una frenética carrera. No sólo no se trata de su hija, sino que la visión de los visitantes hace que la sangre de la mujer se le baje a los pies. Ernesto ya está junto a ella, y también ha perdido el color al ver a la pareja de policías acompañados por una chica joven. Se trata de la psicóloga que ayuda en la comunicación de los fallecimientos más traumáticos. Pese a lo agonizante de la situación, el hombre aún conserva la sangre fría de ordenar a la niña que se vaya a su cuarto.

Elisa sale del campo de visión de sus padres, pero a mitad de camino hacia su habitación se detiene, y se sienta en las escaleras a escuchar. Qué raro, no se oye nada. Es todo silencio. En ese momento un grito agónico, desgarrador, cruza toda la casa, asustando a la niña. Le ha parecido la voz de su madre, pero era tan primitivo

que no está segura. Baja corriendo el tramo de escaleras, y desde la puerta del salón la ve arrodillada en el suelo. Las piernas no han podido sostenerla. Su padre se agarra al marco de la puerta, intentando encontrar algo a lo que aferrarse. Elisa no sabe que el mundo se acaba de derrumbar bajo sus pies, y que han caído en un abismo del que nunca saldrán.

CAPITULO 20

*Un año del momento presente, seis meses después de la muerte de Sandra,
en la Fortaleza.*

JAIRO cruza buceando la piscina olímpica diez veces seguidas, sin coger aire. Se detiene unos instantes y se da cuenta de que Samuel lo está observando a través de la cristalera. Sale del agua, se pone un albornoz negro sobre los hombros y espera a que las puertas automáticas se abran. Samuel no aparta la vista de la enorme piscina. Se coloca a su lado, y al igual que él, mira a través de la cristalera. Permanecen un largo rato en silencio. El agua se mueve provocando cientos de olitas, que entran y salen del suelo embaldosado.

—Dime, Jairo. —La grave voz del viejo por fin rompe el silencio—. Desde que llegaste aquí, ¿cuántas veces he intentado convencerte de la necesidad de entrenar?

—Muchas.

—¿Y cuantas me has hecho caso?

—Pocas, la verdad. —Reconoce el joven.

No se miran. Ambos mantienen la vista fija en el agua.

—¿Y a que se debe este cambio?

Jairo se encoge de hombros.

—¿Intentas mantener la mente ocupada? —Aventura Samuel.

—Es posible.

—Hay que afrontar los actos con valentía, incluso los malos actos.

—Ya estoy pagando mi castigo. Y, si me lo permites, te diré que el precio es demasiado alto.

Se hace el silencio de nuevo. Pero esta vez es Jairo el que habla primero.

—Supongo que no tendrás ninguna misión para mí, ¿no?

Silencio. Los labios de Jairo dibujan una triste sonrisa. Sabe la respuesta. Ya no hay misiones para él. Perdió el derecho.

—No, claro que no. No se ni para que pregunto. —Dice dando la conversación por terminada, dispuesto a marcharse.

—Te equivocas.

Jairo lo mira sorprendido. ¿Ha vuelto a recuperar la confianza en él?

—No la he perdido nunca, muchacho. —Le responde el viejo tras leerle la mente.

Al chico no le gusta que haga eso, pero en esta ocasión no se lo recrimina. Es complicado conseguir que alguien de quinientos años cambie las costumbres de una vida tan longeva.

—Te veré mañana en mi despacho, a las doce. Y esta vez, no me hagas esperar.

Samuel se transporta a otro sitio, provocando un pequeño chasquido. Jairo se

queda sólo, preguntándose cuál será esa misión que tiene preparada para él.

Hace cuatro años.

Iñaki y Andrés caminan a ambos lados de Jairo, como si lo estuviesen escoltando.

Las clases han estado muy animadas desde que este apareció a cuarta hora. Se lo han pasado de lo lindo con sus ocurrencias. Hasta que el aburrido del profesor de FOL se ha hartado, lo ha expulsado y ha terminado con la fiesta. ¡Con lo bien que lo estaban pasando...!

Iñaki se despide de ellos y cruza la calle.

El móvil de Jairo suena de nuevo y por segunda vez ignora la llamada. Lo silencia y lo guarda en el bolsillo de la chupa.

—¿Quién es? —A Andrés ya le empieza a picar la curiosidad.

—Alicia.

—¿Alicia? ¿Alicia la macizorra?

Jairo ríe. La chica lleva varios días buscando un acercamiento, sin mucho éxito por el momento.

—¿Y por qué no le contestas?

Se encoge de hombros. No está interesado.

—Qué cabrón.

Andrés niega con la cabeza, muriéndose en silencio por la envidia. ¡Y su amigo ni siquiera le ha respondido el teléfono!

—Tú eres más de la acera de enfrente que de esta, ¿no?

Hubiese tumbado a cualquiera que osara dirigirse a él de esa manera. Pero a Andrés sólo le da un puñetazo en el hombro.

—Te corroe la envidia, capullo.

Andrés no se molesta en negarlo.

—Envidia sana. —Matiza.

—Enviada igualmente.

—¿Cómo no? Tienes a la tía más buena de la ciudad detrás. Cabronazo...

En ese momento el móvil vuelve a sonar.

—Toma. Contesta tú y queda con ella. —Le tiende el móvil.

Parece que lo dice en serio. Pero no, deja. A la hora de la verdad Andrés no tiene valor para hacer lo que le propone su amigo. Nadie lo diría, con lo seguro y fiero que parece a simple vista.

Jairo vuelve a guardar el móvil.

—Por cierto, uno de los de bachiller te quiere comprar maría. Me ha pedido tu número.

—¿Quién?

Andrés le explica de quién se trata. Ya cae. Lo conoce de verlo por el instituto. Es uno de esos pijos que va de bueno por la vida y luego son peor que ninguno.

—¿Le doy tu número?

—¿A ese estirado?

Estallan en carcajadas ante la evidencia. No, claro que no. La clientela de Jairo es muy selecta. Casi tanto como su mercancía.

En la actualidad.

El tic del ojo de Sandra ha estado incordiándole durante más de dos horas después del altercado en el McDonald's. No ha mirado a Jairo ni una sola vez en toda la tarde. Ha conducido cientos de kilómetros como un loco, echando mano de los 500 CV de su R8 Spyder, pero ella no le ha dicho nada. Total, como siempre le dice, de un accidente de tráfico no van a morir ninguno de los dos. Y por suerte nadie más, pues en esas carreteras secundarias no hay un alma, sólo matojos de esparto.

No le habla. Está enfadada con él, enfadada de verdad. Y no le falta razón. Lleva todo el día riéndose a su costa. Primero con el falso poder, y después con el numerito de la caída en el restaurante.

Pero lo que más le preocupa a la chica es ese poder que desconocía en Jairo. ¿Y si no sólo tiene la capacidad de hablarle telepáticamente adoptando su propia voz? ¿Y si también puede leerle el pensamiento? No, ¿verdad? ¿¿Verdad?? Porque entonces sabrá que no para de pensar en él, y en aquella noche en la que se fastidió todo entre ellos.

Hace un año, seis meses después de la muerte de Sandra, en la Fortaleza.

Jairo se queda petrificado. ¿Ha oído bien? ¿Ser el encargado de informar a la chica sobre su nueva situación? ¿Encargarse de su entrenamiento? Samuel quiere echarle el muerto encima, y nunca mejor dicho.

—No. De ninguna manera. Mándaselo a otro.

Se evalúan durante unos largos segundos, retándose con la mirada. Ojos azules contra ojos grisáceos. Ojos jóvenes contra ojos añejos. Ojos imprudentes contra ojos sabios.

Es el primer encargo que le encomienda desde aquella fatídica noche. Podría volver a recuperar su confianza. Pero él, increíblemente, está rechazando la propuesta.

—No es una propuesta. —Matiza, para disipar posibles dudas.

—No quiero hacerlo.

—¿Por qué no?

—De sobras lo sabes. —Le dirige una mirada feroz. Si las miradas mataran a los que ya están muertos, Samuel ya habría dejado de respirar—. No soy la persona

indicada para esa “misión”, si es que puedo calificarla como tal. —Acompaña la frase con un aspaviento crispado.

—Recuerda, Jairo, que eres tan buena persona como la mejor de las acciones que hayas realizado.

El chico no puede creer lo que está oyendo.

—Sí, pero también tan mala como la peor de ellas. Y los dos sabemos que he hecho cosas imperdonables. —Coge aire, y señala a Samuel con un dedo amenazante—. Así que te lo repito. Mándaselo a otro.

El viejo podría estamparlo contra la pared con sólo un pestañeo, pero opta por serenarse. Aunque un par de coscorrones se los tiene bien merecidos.

Intenta explicárselo con calma.

—No, Jairo. Tienes que ser tú.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —Vuelve a adoptar una postura chulesca.

—Porque esa chica va a ser tu compañera.

—¿¿Qué?? No. Imposible. Yo no tengo compañero.

—No es a ti a quien corresponde decidirlo.

—Tienes razón. Por eso fuiste tú el que así lo determinó.

—Sí, pero he cambiado de opinión.

—Dijiste que era tan poderoso que no necesitaba a nadie para cubrirme las espaldas. ¿También has cambiado de opinión respecto a eso?

El viejo no contesta. Jairo no tendría que haber preguntado. Conocía la respuesta de antemano. Este fósil de quinientos años está empezando a chochear.

Samuel levanta una poblada ceja, formando un arco. Vaya qué casualidad. Justo en ese momento le estaba leyendo la mente.

—No estoy poniendo en duda tu capacidad de decisión.

—A mi me parece que sí.

—Pues no es mi intención. —Jairo intenta calmarse—. Es solo que pienso que es pronto para decidir el futuro de esa chica. Todavía no ha recibido toda la energía proveniente de sus familiares, ni sabemos qué poderes desarrollará ni hasta dónde alcanzarán estos. ¡Joder Samuel! ¡Ni siquiera ha despertado!

En ese momento llaman a la puerta. Lola los interrumpe.

—La ocupante de la cámara de seguridad número nueve acaba de despertar.

CAPITULO 21

En la actualidad.

JAIRO ha conseguido serenarse. Le ha llevado toda la tarde y parte de la noche conseguirlo, pero ya está más calmado. Poco a poco ha logrado que la imagen de Sandra y de Ángel desaparezca de su mente. Bueno, o al menos que no haga acto de aparición cada dos minutos.

En ese momento están en un cutre motel de carretera. Sandra acaba de entrar al cuarto de baño, y ahora que se ha quedado solo, por primera vez se plantea la posibilidad de que él tenga algo de culpa.

No debería utilizar de nuevo ese poder, y menos viendo cómo se lo ha tomado su compañera, pero aún así lo hace.

Sandra se está lavando los dientes y da un respingo al escuchar dentro de su cabeza la odiosa voz de Jairo.

“Lo reconozco. Me he pasado.”

Se atraganta con el dentífrico, y tose escandalosamente. Qué imbécil. ¿Se supone que eso es una disculpa?

La chica sale del baño y lo ignora. Él la observa desde la esquina en la que está estudiando un mapa de carreteras. Está seguro de que su mensaje le ha llegado. Esas toses asfixiadas que se escuchaban tras la puerta son la prueba de ello. ¿Entonces por qué no dice nada?

Le encantaría poder leerle la mente. Pero no. Por desgracia ese poder sólo lo tiene Samuel, al igual que el de teletransportarse. Tiene muchos poderes, sí, pero carece de los dos que le parecen más útiles.

Al lado de Sandra Jairo se siente inseguro. Y, si hay algo que odia Jairo, es sentirse inseguro. ¿Qué estará pensando?

Sandra, ajena, se toca distraída la entumecida muñeca. Son muchos días con las esposas, y aunque no le duele continuamente, cuando hace determinados giros ve las estrellas. Entonces se da cuenta de que la observa.

—¿Qué coño miras?

—A ti.

—Eso ya lo veo. —Le hace una mueca que pone en entredicho su inteligencia—. ¿Y en qué estás pensando para tener esa cara de estúpido?

Jairo la mira con ojos maliciosos, incitándole a pensar cualquier cosa opuesta a la verdad.

—No querrías saberlo.

—Imbécil.

El chico suspira. Siempre están igual. Y la verdad es que empieza a cansarse.

—Déjame ver. —Dice en repentino tono amistoso, levantándose de la silla.

Para la sorpresa de Sandra, se acerca a ella y le coge el brazo. Repasa con su pulgar el trazo que forma la moradura alrededor de la muñeca, con una suavidad que la chica no esperaba. Se estremece al sentir el contacto de su piel en la suya. Retira bruscamente la mano al mismo tiempo en el que un escalofrío recorre su espalda.

Jairo frunce el ceño. Se da por aludido y pone espacio de por medio, no sin antes esposarla de nuevo.

Con la expresión pétrea entra en el cuarto de baño y cierra de un portazo que bien podría haber tirado el tabique entero. Se quita bruscamente la ropa y deja que el agua de la ducha lo relaje.

Sólo intentaba ser amable. ¡Incluso se ha disculpado! ¡Él! ¡Pidiendo disculpas!

¿Qué se ha creído la muy estúpida? ¿Que se le estaba insinuando? ¡Ya querría ella!

Hace un año, en la Fortaleza, la tarde en la que Sandra despierta.

Sandra está encogida en la esquina de la habitación más rara que ha visto en su vida, y totalmente descolocada. Le recuerda al decorado de alguna película. ¿Ha perdido la razón? ¿Está en un manicomio o algo así?

En ese momento se escucha un zumbido eléctrico y una de las paredes metálicas se abre, dejando espacio para que entren dos personas. No sabe quiénes son, pero desconfía inmediatamente.

Sandra presiona aún más la espalda contra la pared, deseando poder traspasarla, deseando salir de allí.

El señor, de pelo cano y rondando los sesenta, se presenta como Samuel. Lo acompaña un chico de poco más de veinte años, de increíble belleza y cuerpo esbelto y musculoso. El señor lo presenta como Jairo.

Sandra no dice nada, ni siquiera cuando le preguntan por su nombre.

Los mechones de pelo negro azabache caen por el perfecto rostro del chico. Con unos profundos ojos azules le dice que no tenga miedo. Pero ella tiene motivos suficientes para tenerlo. Le recuerda enormemente a Damon Salvatore. Sí, si estando en una situación como esa ha pensado justamente *eso* es que ha perdido la cabeza.

El hombre se acerca, pero se detiene cuando ve a Sandra replegarse todavía más sobre sí misma.

Y, para sorpresa de ella, empiezan a relatar con aparente coherencia la historia más incoherente que ha escuchado en la vida. Le dicen que ha muerto a manos de

cinco Askar, que son algo así como demonios. Que por suerte ellos intervinieron y salvaron su alma y su energía. Que crearon un nuevo cuerpo receptor, una réplica exacta del anterior solo que mejorado, para que albergase su alma, recibiese energía y desarrollase poderes. Que ha tardado seis meses en despertar...

Sandra no puede escuchar una palabra más. Esos perturbados deben de haberla secuestrado. Pero no sabe cómo ha llegado allí. Tiene los recuerdos borrosos, desde la fiesta de Clara. ¿Dónde está su amiga? No lo sabe. Sólo sabe que tiene que salir ya mismo de esa extraña habitación y poner toda la distancia posible con esos dos dementes.

Se pone en pie con mayor dificultad de la que había supuesto, y echa a andar hacia la puerta todo lo deprisa que le permiten sus pies descalzos y sus extrañamente entumecidas piernas.

El hombre ha parado de hablar y la observa con curiosidad. Sandra no dice nada cuando pasa a su lado. Todo lo que piensa es en alcanzar la puerta.

Sin embargo el chico se pone delante de ella, bloqueándole el paso. Intenta bordearlo, pero él no la deja. Ella reúne todas sus fuerzas para empujarlo, pero no consigue moverlo ni un milímetro. Entonces empieza a darle puñetazos en el torso, y Jairo reacciona. Sujeta con fuerza sus muñecas, inmovilizándola completamente.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —Grita ella—. Dejadme marchar, por favor... —Ahora habla en un ligero susurro, cargado de súplica—. Por favor... Mis padres tienen dinero, os darán lo que pidáis...

Empieza a llorar y grita con más fuerza.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! ¡Sacadme de aquí! —Los gritos retumban por todo el subsuelo 3.

En ese momento aparece Lola, que con la ayuda de Jairo le inyecta un calmante en el hombro.

Cuando pierde la consciencia, el chico la coge en brazos y la lleva a la que a partir de entonces será su cámara, en el ala D.

CAPITULO 22

En la actualidad.

SANDRA está echada en la cama del motel. Hace zapping con el mando, ajena a su compañero de habitación, que acaba de salir de la ducha.

A Jairo le gustaría decirle que, pese al rato que ha gastado en ducharse a conciencia, continúa llevando ketchup en la oreja. Pero si lo hace puede que le muerda, en el sentido más literal de la palabra.

La chica cambia de postura. Bosteza escandalosamente. Vuelve a cambiar de canal y se recoloca. Ahora se estira, exhalando un largo suspiro. Bueno, más bien estira un solo brazo, pues la esposa no le permite hacerlo en condiciones. Parpadea repetidas veces, intentando mantener los ojos abiertos. Pero poco a poco se le van cerrando más y más, y finalmente sucumbe a la tranquilidad del sueño.

Jairo no ha perdido detalle, pero ella no se ha dado cuenta. Después de dormida, continúa mirándola. Es preciosa. Ojalá no le hubiese traicionado aquella noche. Ojalá, por una vez en su vida, hubiese depositado su confianza en alguien digno de ella. Pero no, Sandra no resultó ser lo que parecía. Ya no se fía de ella. Tampoco la culpa. La gente es egoísta por naturaleza. Pero le hubiese gustado que todo fuera... "diferente". Ahora ya no puede ser. El daño está hecho, otro que añadir a su larga lista. Total, uno más, ¿qué más da? Aunque en ocasiones este daño parece ser más doloroso que los anteriores.

Si antes nunca mostraba sus sentimientos ni se abría a nadie, ahora directamente ha echado el candado. Y ya se está encargando él de acabar con los sentimientos que un día despertó aquella chica de ojos marrones y decenas de pecas. Quizás esté costando más de lo que esperaba. Llevarla pegada al culo no ayuda precisamente. Pero lo conseguirá. Él siempre consigue lo que se propone.

Hace cuatro años.

Jairo se despide de Andrés cerrando el puño en torno a su mano. Andrés es de las pocas personas que sabe dónde vive. Es más, sus casas son muy parecidas. Al menos exteriormente, porque nadie sabe lo que se cuece dentro de los muros de la casa de Jairo.

El chico de las gafas Rayban se adentra por las callejuelas del casco viejo de la ciudad. Atrás quedaron las grandes avenidas y los pisos nuevos.

Entra en el portal de un edificio de viviendas de renta limitada construido hace casi 60 años por la Obra Sindical del Hogar de Franco. No necesita las llaves para

abrir la puerta. Hace años que no tiene cerradura.

Sube de tres en tres las escaleras, pasando por los diferentes rellanos. La puerta del primero B está abierta, y se oye discutir a la pareja a gritos. Una cinta de policía cubre la entrada del segundo A. Finalmente cogieron a José, el camello que pasaba de todo, y todo malo. Mira la cinta como si de una advertencia se tratase. Él también debe tener cuidado. Claro que José no tenía muchas luces precisamente, y dejó a la pasma las pruebas preparadas. Frente a la puerta del cuarto A hay una bombona de butano que lleva allí desde tiempos inmemorables, y cuatro enormes bolsas de basura que apestan.

Llega al quinto B, y abre la puerta. En casa sólo está su madre. Entra en la cocina y le da un beso en la mejilla. La mujer sonríe al ver a su hijo, aunque la alegría no le llega a los ojos. Unos ojos que están siempre tristes. Los ojos de una mujer que no debería conocer el dolor, y que parece haber nacido sólo para sufrir.

Se encierra en su cuarto. Todas las ventanas, excepto la del salón, dan al patio interior. Por él suben los gritos de la vecina del primero, que discute con su pareja.

En ese momento suena un mensaje de texto.

Lo abre, es de Alicia.

“Hola wapo. Soy Alicia. Nos conocimos el sábado, te acuerdas? Tu y yo dejamos algo a medias, no?? M gustaría acabarlo. Cuando kieras y donde kieras. Un bsito bombon.”

Jairo arroja el móvil a la cama de Raúl. La chica no se da por vencida. Es pesada, pero está muy buena. Ya decidirá si queda con ella. Seguro que si Andrés estuviera allí se estaría tirando de los pelos por su indiferencia.

Pero es que a un chico como Andrés le resulta difícil comprender que Jairo puede tener a todas las Alicias que quiera, y cuando quiera, como dice el mensaje.

Los gritos de la vecina se cuelan por su ventana. Lleva un rato insultando a su novio a grito pelado, con bastante ocurrencia. “Bastardo hijo de tu madre” es, cuanto menos, un calificativo curioso.

El argelino del segundo se ha asomado y les grita algo en su lengua. La pareja parece haberse reconciliado repentinamente, pues unen fuerzas para insultar juntos a su vecino.

CAPITULO 23

Hace un año y medio, en la ciudad.

ANITA está de los nervios. Se muerde con ansiedad las uñas, cosa que no hacía desde que iba al instituto, y ha llovido mares desde entonces. También hace mucho que no fuma, pero con manos temblorosas saca el paquete del Marlboro de la chaqueta de su marido y se mete uno en la boca. Tras varios intentos fallidos de encender el mechero, el oficial que tiene enfrente se ofrece a hacerlo él. Con semblante serio acerca la llama al cigarro de la mujer, pero ella ni siquiera lo mira.

Está a punto de que le dé un jamacuco. Mira de reojo a los dos policías que no tendrían que estar en su salón y vuelve a llamar a su hijo al móvil, pero al igual que las cien veces anteriores, no contesta. Desde que anoche se fue a la fiesta de una compañera del instituto, no ha tenido noticias suyas.

Con la mano izquierda va dando profundas caladas al Marlboro, y al mismo tiempo se muerde las uñas de la derecha. Está echa un manojito de nervios.

No entiende por qué aquellos hombres quieren hablar con él. Su hijo es un buen chico que nunca se mete en líos. No es de los más estudiosos, eso tiene que reconocerlo, pero está segura de que no ha hecho nada que justifique la presencia de esas dos personas uniformadas, que están terminando con su paciencia y empezando sus jaquecas.

La pobre Anita ha intentado razonar con ellos. Les ha dicho que en cuanto apareciese se dirigiría a la comisaría más cercana con él. Que ella se encargaría, que les daba su palabra. Pero ellos no parecen haberla creído, o simplemente han pensado que estarían más cómodos si esperaban sentados en su sofá hasta que el chaval decidiese hacer acto de presencia.

¡Si por lo menos Paco estuviera con ella! Pero no, después de comer se ha ido a echar el guiñote, sin ninguna preocupación por el paradero de su hijo. No es la primera vez que vuelve a casa bien entradito el día. Claro, que ninguno de los dos pensaba que iban a recibir una visita tan inquietante como esa.

En ese momento se escucha cómo una llave se introduce en la cerradura de casa. Anita da un brinco, pero uno de los oficiales le hace un gesto para que permanezca sentada.

El otro se dirige a la puerta que acaba de abrirse, placa en mano.

A Anita se le desencaja la expresión al ver los moratones y arañazos que trae su hijo en la cara. Independientemente de la razón por la que lo buscan, ese aspecto no lo va a ayudar en absoluto.

—¿Alejandro Muñoz Tardienta? —Le pregunta al asombrado chico, que abre

mucho el ojo izquierdo. El derecho se queda cerrado, de tan hinchado y morado como lo tiene.

El otro policía se levanta del lado de Anita y se cuadra al lado de su compañero.

—Queda usted detenido como presunto sospechoso de la violación y asesinato de Sandra Sánchez Valero.

—¿Quéééé? —Es lo único que logra articular el chico, que mira a su madre, que parece haber sufrido un colapso nervioso en el sofá.

—Acompáñenos. —Ambos policías lo sujetan con firmeza por los brazos y lo conducen a un coche patrulla que han aparcado en una calle perpendicular, para no advertir al sospechoso de su presencia.

Álex intenta pensar con claridad, pero le resulta imposible. ¿Sandra Sánchez es la Sandra del instituto? ¿Y que le ha pasado qué?

—¡Soy inocente! ¡Yo no he hecho nada! —Se defiende.

Pero los policías no parecen escucharle. Lo meten en la parte trasera del vehículo, y se ponen en marcha hacia la comisaría.

Hace once meses, en la Fortaleza.

“Así que sus ojos eran marrones...” Piensa Jairo, tumbado en la cama de su cámara. Se lo había preguntado anteriormente, y ya tiene la respuesta. Antes incluso de lo que pensaba, pues nadie imaginaba que fuese a despertar tan pronto de su periodo de inhibición. Pero la chica ha resultado ser peor que lo que su angelical apariencia hacía presagiar.

Jairo ya no sabe qué hacer para acercarse a ella, se le han acabado las ideas. Ha utilizado todas las tácticas que se le han ocurrido: ha intentado hablar con ella, ha intentado razonar, le ha preguntado por su anterior vida a ver si así se animaba a hablar... ¡incluso ha intentado que comiese! Pero todo ha sido en vano. Lo único que ha conseguido sacar de sus labios es su nombre. Aunque Jairo se enteró hace tiempo, por las noticias. Se llama Sandra.

Y Sandra es tremendamente testaruda, y no le está poniendo nada fácil llevar a cabo su misión.

Ya ha pasado un mes desde que despertó, y no han avanzado nada. Nada de nada.

Jairo jamás ha fallado en una misión encomendada. Como mucho ha traspasado los límites, como la vez que la salvó a ella, precisamente. Y Jairo odia fallar.

Pero ya no es sólo cuestión de tener éxito o no en su encargo. Se trata de algo más personal. Sabe que Sandra está sufriendo, y mucho. Sus ojos son un mar de lágrimas en todo momento, y sus ojeras las más oscuras que ha visto nunca. Se ha encontrado a gente con muy mal aspecto en su vida, pero lo de esta chica ya raya lo dantesco. Si no estuviese muerta, temería por su salud.

Imagina su habitación, en el ala D. Seguramente seguirá dentro de la cama, llorando, que es el estado en el que habitualmente la encuentra. Pero sabe que lo único que la chica necesita realmente, es lo único que no le pueden permitir. No puede reencontrarse con sus familiares, pues acabaría en tragedia. Y eso es lo que más les cuesta asumir a los nuevos receptores.

CAPITULO 24

En la actualidad.

JAIRO parpadea repetidamente, intentado focalizar la vista para apagar la alarma del móvil. ¿Ya es hora de levantarse? ¿Tan pronto? A penas ha dormido una hora. Está reventado, no puede con su alma.

Desde que uno de los rastreadores de la orden les informó de que había movimientos anormales por la zona de Andalucía, no han parado de viajar, a la espera de nuevos datos. Sólo les queda eso, esperar pacientemente a que decidan actuar, y hacer todo lo posible por llegar al lugar cuanto antes y evitar que se queden con la energía de la víctima.

A diferencia de él, Sandra ha dormido de un tirón. Se despereza y espera a que su compañero la desate del cabecero. Cuando lo hace, se dirige al cuarto de baño ignorando deliberadamente el “buenos días” que le ha dedicado él, y se asea.

Aunque parezca increíble todavía tiene restos de ketchup en los lugares más inesperados. Eso le recuerda el bochorno vivido el día anterior, y sus mejillas se encienden. ¿Existe alguien que haya hecho el ridículo más que ella? En ese restaurante no, de eso está segura.

Cuando sale ni siquiera mira al chico. Lo sigue escaleras abajo para dejar la llave en la cutre recepción, y después hasta una cafetería cercana. La esperanza de la chica se desvanece en cuanto ve la fachada. Es incluso más destartada que las anteriores que han visitado, si es que eso es posible.

Jairo está especialmente callado, tanto que empieza a inquietarla. Aunque en realidad no debería de importarle lo que le ocurra, ya que sigue enfadada.

Desayunan en silencio. Jairo se ha bebido de un trago el café muy cargado que le pidió a la camarera, y espera a que Sandra se decida a tragar el trocito de cruasán que lleva siglos masticando. Cuando finalmente termina, se ponen en marcha.

Salen disparados hacia la carretera, gracias a los 500 caballos del R8.

Sandra lo observa minuciosamente, pero con disimulo. Jairo parece cansado, incluso puede que se le adivinen unas pequeñas ojeras bajo sus ojos azules, pero enseguida se pone las Rayban, y no puede cerciorarse.

Un miedo olvidado desde la tarde anterior vuelve a aparecer en ella. ¿Qué más poderes le habrá ocultado? Debe contener sus pensamientos, no vaya a ser que sea capaz de leerlos, tal y como hace Samuel.

Pero no, Jairo no posee ese don. Sin embargo tiene un poder que aún no le ha revelado.

Lo que no se imagina es que el chico utiliza a diario ese poder, todas las noches que pasa en vela. Está cogiendo práctica y lo domina a las mil maravillas. Tanto, que la pobre Sandra ni siquiera se ha dado cuenta de que Jairo utiliza precisamente ese poder sobre ella.

Hace diez meses, en la Fortaleza.

Sandra ha intentado encontrar una forma de escaparse, pero no da con ella. Parece que está en una especie de búnker. No hay ventanas, la luz es artificial y resulta imposible salir. Está desesperada, ya no sabe qué hacer.

En ese momento oye un zumbido eléctrico. El que siempre anuncia la visita de la misma persona.

Desde el día que despertó, en el cual vio a un hombre canoso y a una señora rubia regordeta, sólo él va a su habitación.

Según él mismo le ha dicho en un par de ocasiones, es su responsable o algo así, y tiene que ponerla al día de una sarta de mentiras que rayan lo demencial.

Se echa el edredón de plumas blanco, como todo lo demás en esa habitación, sobre la cabeza, antes de que él aparezca por la puerta.

—Hola, Sandra. —Unos segundos después, la voz grave del chico se escucha a través de la tela.

Como suele hacer habitualmente, permanece junto a la puerta, observándola en silencio. Quizás esperando a que algún día decida asomar la cabeza por entre las sábanas.

—No te has levantado muy habladora, ¿eh? —Dice con ironía, dejando la bandeja de comida en el pequeño escritorio.

Parece que ese día tampoco tendrá suerte. Ni tampoco esperaba tenerla, la verdad. Ya está acostumbrado al silencio como única respuesta.

Echa un último vistazo a la habitación de la chica. Es de tamaño considerablemente inferior a la suya. Después gira sobre sus talones y se dirige hacia la puerta. Pero para su tremenda sorpresa, una vocecilla débil sale de debajo del edredón.

—¿Para qué voy a hablarte? ¿Para que me cuentes más mentiras? —Parece que ha dicho esa vocecilla.

Jairo parpadea repetidamente. Después de dos meses no esperaba que le hablase, y no tiene muy claro cómo reaccionar.

—No son mentiras, Sandra. Estoy seguro de que tú también te has dado cuenta de que te suceden cosas que no puedes explicar. —Es lo único que atina a decir.

Sandra aprieta la mandíbula con fuerza para no contestarle. Sí, claro que le pasan

cosas que no puede explicar. Para empezar, no puede explicarse por qué esos dementes la mantienen secuestrada con el único fin de causarle algún daño psicológico severo.

Jairo observa el bulto inmóvil que perfila la cocha blanca. Permanece esperando la respuesta de ella durante más de diez minutos. Finalmente se da por vencido y abandona la habitación.

Sandra escucha aliviada el zumbido que anuncia que el visitante se ha marchado. Sale de debajo de las mantas y exhala un lastimero suspiro. Después se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

Aunque no quiera ni pensar en las palabras del chico, esa misma mañana le ha ocurrido algo que no puede explicar. Es decir, algo más a parte de su inesperada y repentina mejoría de la visión.

Se estaba retorciendo las manos con ansiedad, repitiendo esa especie de estereotipia motora que ha desarrollado en las últimas semanas. Lo hacía tan ensimismada y con tanta brusquedad, que se ha arañado la mano derecha. No ha sido nada alarmante, sólo un arañazo profundo y de largura considerable. Sin embargo, y en menos de una hora, ya no había ni rastro de él. Ya no tiene claro si se ha arañado de verdad. ¿Se está volviendo loca? ¿O es eso a lo que se refería el chico?

Se mira la mano otra vez. Sólo hay una manera de comprobarlo. Apartando la vista, utiliza la derecha para hacerse una herida en la izquierda. Nada, no ha sido capaz. Sólo se ha dado un pequeño pellizco. Ni siquiera ha conseguido enrojecerse la piel. Le da miedo hacerse daño. Pero tiene que salir de dudas, saber la verdad. Suspira.

Mira alrededor y repara en la bandeja de comida. Los platos, los cubiertos y hasta el vaso son de plástico, seguramente como medida cautelar.

Vacía sobre la bandeja la ensalada que hay en el plato, y parte este por la mitad. Coge una parte y se sienta con ella en la cama. El corte es recto, y el borde de plástico afiladísimo. Respira hondo. Tiene que hacerlo, tiene que ser fuerte. Coloca el filo sobre el espacio que queda entre el dedo pulgar y el índice de su mano izquierda. Después, retira la mirada, y mueve la derecha con fuerza. No puede evitar gritar de dolor.

Mira horrorizada la carnicería que ella misma se ha hecho. La zona sangra a borbotones, y ha llenado el nórdico de enormes manchas rojas. Le duele un montón, pero es la única forma de saber. Ahora sólo queda esperar.

CAPITULO 25

Un año y medio antes del momento presente, en la ciudad.

EL hombre carraspea y después continúa.

—Varios asistentes han asegurado que estabas buscándola media hora antes del crimen.

—Sí, puede ser... —Responde Álex, intentado hacer memoria. Es cierto, preguntó a varias parejas por ella después de que saliera corriendo del jardín, pero ni siquiera recuerda a quiénes.

—Y dos personas han confirmado que os vieron discutir en el jardín, y que ella estaba tan enfadada que incluso te golpeó.

—Sí, eso es verdad... —Dice el chico, muy nervioso. Ha visto decenas de salas de interrogatorios en las películas, exactamente igual a esa en la que lo han metido. Pero no es lo mismo verlo en la tele que vivirlo en tus propias carnes. Siente tal angustia y tal sensación de claustrofobia que cree que si permanece un minuto más allí dentro se va a ahogar.

Las miradas que le dirige uno de los dos policías no lo ayudan en nada.

Se convence a sí mismo de la urgente necesidad de serenarse. Seguro que así su versión de los hechos resulta más creíble.

—¿Y por qué discutíais?

El chico enrojece. Aún así intenta no apartar la mirada.

—Por que le toqué el culo.

—Ya veo. —La voz del interrogador es gélida.

—Pero después de eso no volví a verla. Salí de la fiesta con Julián, y he pasado la noche en su casa.

—Y ese Julián, ¿quién es?

—Julián Casado López, un amigo de toda la vida.

Uno de ellos garabatea el nombre en una libreta. Después se miran. Son perros viejos, y no es la primera vez que se encuentran en una situación similar. La versión del chico no les convence en absoluto, y menos con el aspecto que trae.

—Y esas marcas —le señala el rostro con un movimiento de mano— ¿cómo te las hiciste?

Con el susto Álex ya se había olvidado de ellas, y cae con horror en la cuenta de que no van a ayudar a que su siguiente respuesta resulte convincente.

—Me las hizo Julián.

—¿El mismo Julián con el que has pasado la noche? —Pregunta, con ironía.

El chico afirma contundentemente.

El policía más mayor parece haber perdido la paciencia. Da un sonoro puñetazo en la mesa que hace que el chico de un brinco en la silla. Se pone de pie y le habla desde escasa distancia.

—Te diré lo que en realidad ocurrió. —Empieza a pasear por la pequeña habitación mientras habla, pero no le quita el ojo de encima—. Discutiste con la chica, ella se enfadó contigo y te golpeó. Estabas desesperado por encontrarla, tanto que cometiste la imprudencia de ir preguntando por ella a todo el que te encontrabas. Después la seguiste a casa. Con varios cómplices la arrinconásteis en un callejón, y la violasteis. La chica se resistió con todas sus fuerzas, desesperada, de ahí tus heridas. Y después, la matasteis para que no pudiese inculpaos.

Álex está horrorizado. Tiembla de pies a cabeza, y no puede parar de llorar.

—¡No! ¡No! ¡Claro que no! ¡Yo no hice nada de eso! ¡Lo juro!

Los policías se dirigen miradas cargadas de significado entre ellos.

—Preguntadle a Julián, él os confirmará que estuve con él. —Suplica entre sollozos.

Hace diez meses, en la Fortaleza.

Jairo avanza por los pasillos con decisión. Tiene un brillo de delirio en los ojos. Está fuera de sí.

Mauricio acaba de avisarle de que la chica que está bajo su supervisión ha intentado suicidarse, y él ha perdido completamente los papeles.

Irrumpe con brusquedad en la habitación, sin ni siquiera dar tiempo a Sandra de esconderse bajo las mantas. Ella lo mira sorprendida.

—¿Qué coño es esto?! —Grita él, señalando las enormes manchas de sangre que destacan sobre la colcha blanca.

Sandra contiene la respiración, asustada. Normalmente no parece tan peligroso como ahora. Tiene la expresión pétrea y está muy enfadado.

—¿Qué pretendías?! —Él se acerca y la zarandea por los hombros con fuerza, a la vez que le grita. Le sorprende que justo en ese momento no esté llorando, pese a la gravedad de la situación.

Después Jairo la suelta, y desaparece como una exhalación de la cámara, dejándola totalmente desconcertada.

Entonces Sandra comprende la mala interpretación de la situación. Por supuesto que no intentaba suicidarse. Es demasiado miedosa, incluso para quitarse la vida. Claro que a ella no termina de entrarle en la cabeza que ya está muerta, y que de ninguna forma puede acabar con su vida. Es decir, de ninguna forma que a ella se le ocurra, porque haberlas las hay.

Se sienta en la cama. Ha sido temeroso por su parte, pero ha conseguido disipar su duda. Más bien, a raíz de disiparla han surgido muchas más. Pero ahora, al menos,

sabe que se haga la herida que se haga, en un par de horas se cura, como por arte de magia.

En el ala B, Jairo abre con fuerza el armario de su habitación. Saca de dentro una carpeta azul y lo vuelve a cerrar de un portazo. Todos sus buenos intentos han fallado con la chica. Han fallado estrepitosamente, viendo lo que ha intentado hacer. Ya no tiene nada que perder. Es su último intento desesperado. Una terapia de choque con la que Samuel no estaría de acuerdo. Pero el viejo no está ahí para impedirle hacer nada.

Deshace el camino que acaba de realizar con decisión, y vuelve a irrumpir en la cámara de la chica. Esta vez no la ha pillado desprevenida: ya se ha escondido bajo ese espeluznante edredón lleno de sangre.

Arroja con fuerza la carpeta sobre el escritorio, provocando un ruido sordo que retumba en las paredes.

—Ahí te dejo una sorpresa, a ver si abres los ojos de una maldita vez. —Le dice al bulto que se adivina bajo las mantas, con voz ronca.

Y después, desaparece de la habitación para no volver durante un largo tiempo. Al menos, durante el tiempo que le cueste a la chica asimilar el contenido de esa carpeta.

CAPITULO 26

En la actualidad.

EL enfado de Sandra poco a poco ha ido remitiendo. El incidente del McDonalds parece ahora un suceso lejano.

Han pasado todo el día en silencio. En silencio, y en la carretera, claro está. No se han dirigido ni una sola palabra, ni un solo insulto. Ni siquiera cuando pararon a cenar y ella mareó con sus sugerencias al camarero. En esa ocasión Jairo tampoco dijo nada, y ahora que se han detenido a pasar la noche, la chica empieza a preocuparse. Sin embargo, como están inmersos en ese continuo tira y afloja, no quiere preguntarle a qué se debe su actitud. Por eso opta por aflojar un poco, sólo un poco.

—¿Otra vez tenemos que dormir en un mugriento hostel de carretera? —Le pregunta, pero no hay tanta sorna en sus palabras como otras veces.

Él la ignora. Es cierto que podría llevarla a cualquier sitio mejor, pero no le da la gana. Así de simple.

—Eres un carca y un cutre.

Jairo le dedica una mueca burlona, y sus ojos azules brillan un instante con ese halo característico. Sandra se relaja en cuanto aparece ese atisbo de sonrisa.

—Vaya, es lo más bonito que me has dicho en todo el día.

Y después, ese brillo se extingue y vuelven a estar tan opacos como lo han estado desde por la mañana.

—¿Estás cansado? —Inquire ella, ahora ya si, completamente preocupada.

—¿Qué te importa? —Le responde él con brusquedad, temiendo por un instante que Sandra sospeche el motivo de su cansancio.

—¡Sólo te he preguntado que si estabas cansado!

—Y yo sólo te he preguntado que qué te importa. —La voz de Jairo ha sonado más borde de lo que pretendía.

—Capullo. —Murmura Sandra, y ella misma se esposa al cabecero. No quiere ni que se le acerque.

Se tumba en la cama dándole la espalda y cierra los ojos. Por lo menos últimamente duerme bien. Cae rendida todas las noches, tan cansada como está del viaje. Y las pesadillas parecen haber desaparecido. Sabe que en pocos minutos el sueño se apoderará de ella y se olvidará del idiota con el que comparte la cama.

Jairo ha observado con curiosidad como ella misma se esposaba. Eso no se lo esperaba. Definitivamente el comportamiento de Sandra es impredecible. Está chalada.

Se tumba en la otra punta de la cama, dejando todo el espacio posible entre ellos. No, mejor se sienta, que si está echado seguro que se duerme, y no se puede permitir ese lujo, porque entonces no puede controlar las pesadillas de la chica.

Se concentra en regular las emociones de Sandra, transmitiendo serenidad y tranquilidad. Hace unos meses, ni siquiera sabía que tenía esa capacidad. Lo descubrió un día, por casualidad, cuando comprobó que su deseo de consolarla era tan grande que de alguna manera traspasaba su cuerpo en forma de energía, de una energía capaz de calmarla a ella. El problema es que le resulta muy agotador, y más después de varias noches.

Se planteó la posibilidad de hacerlo sólo mientras ella conciliaba el sueño, pero las pocas noches que se ha descuidado, las pesadillas de la chica han vuelto. Y, aunque realmente piense que después de todo lo ocurrido Sandra no se merece que él pase las noches en vela vigilando su sueño, hay algo en su pecho que lo obliga a hacerlo.

Así, Jairo pasa la noche entera prendado de la acompasada respiración de Sandra. Sin embargo llega un momento, antes de la madrugada, en la que el cansancio lo vence y se queda dormido.

Hace un año y medio en la ciudad.

—Y esta es la versión de los hechos facilitada por Alejandro Muñoz Tardienta. — Concluye el oficial, tras haber leído dos folios mecanografiados.

Julián está tan blanco como el papel que acaba de dejar el hombre sobre la mesa.

A última hora de la tarde, dos policías aparecieron en su puerta y le pidieron que los acompañase a comisaría, para hacerle unas preguntas. Suerte que sus padres estaban de viaje, porque se hubiesen asustado muchísimo.

Pese a que Julián les insistió durante todo el trayecto que realizaron en coche, ellos se negaron a darle más detalles. No sabía sobre qué le iban a preguntar.

Una vez en la sala de interrogatorios, la misma en la que un par de horas antes había estado sentado Álex, le explicaron lo sucedido.

¿Sandra muerta? ¿Violada? ¿Su Sandra?

Julián había vomitado lo poco que había comido ese día. Los asqueados policías tuvieron que llamar a una señora de la limpieza, antes de comenzar con el interrogatorio.

—¿Corroboras usted la versión del señor Alejandro Muñoz Tardienta? —Pregunta el oficial, pero el chico apenas escucha su voz.

Su amigo, más bien ex amigo, es el principal sospechoso. ¿Cómo puede ser?

Excepto el rato en el que el muy capullo salió al jardín con la chica, estuvo todo el rato con él. En cuanto lo enfrentó le dijo que su amistad se había acabado para siempre, y se marchó a casa.

Álex le pidió disculpas por lo sucedido, pero él lo ignoró. Que lo hubiese pensado antes. Sin embargo se empeñó en conseguir que lo perdonase, y lo siguió todo el camino a casa dándole excusas e insistiendo. Un pesado de báscula. Había resultado un auténtico calvario caminar más de media hora con él suplicándole detrás. Cuando llegaron a casa, Julián le cerró la puerta en las narices.

Álex no se había dado cuenta de la gravedad de sus hechos hasta que no se encaró con su amigo. Mientras desplegaba sus encantos con Sandra no le importó lo más mínimo lo que él pensase, segurísimo como estaba de que lo perdonaría sin dificultad. Pero después estaba muy angustiado. Julián no se merecía su traición. Y aunque para Álex Sandra era una más, acababa de comprender que para Julián era alguien especial, aunque no tuviese ni una sola posibilidad con ella.

“¡Venga Julián, abre la puerta!” Y llamó al timbre del chalet quince veces seguidas. “¡No pienso marcharme hasta que no lo hagas!” Y golpeó el llamador otra veintena de veces más, hasta que acabó con la paciencia del sosegado Julián, que salió hecho una furia y le arreó cuatro o cinco puñetazos. Alejandro ni siquiera se defendió, pues en lo más hondo del pecho sentía que se los merecía. Cuando su amigo por fin paró, lo siguió hasta el salón, y se sentó a su lado. Volvió a pedirle disculpas un centenar de veces más, pero él ni siquiera lo miró.

No sabe en qué momento ocurrió, pero entre el alcohol que habían bebido, y el aburrimiento provocado por el repetitivo discurso de Álex, los dos cayeron profundamente dormidos hasta bien entrada la tarde. Uno con la cabeza apoyada en el hombro del otro, tirados en el sofá.

—¿A qué esperas para contestar, muchacho? ¿Corroboras su coartada o no?

Julián se sobresalta al escuchar la profunda voz, y mira al oficial como si acabase de aparecer de la nada en ese mismo instante.

Antes de contestar, piensa en el aspecto que tenía Alejandro cuando se marchó de su casa. Lo había dejado hecho un cromo. Pero es que le pegó con rabia. Él está perfectamente, es decir, en apariencia, porque las heridas internas no se ven a simple vista. Si él negase la versión de Álex, todos lo creerían.

El chico duda. Nunca ha tenido tan claramente el futuro de una persona en sus manos. De las palabras que a continuación formule, depende la vida entera de Álex. De su ex amigo, ese mismo que la noche anterior provocó que el mundo entero se hundiese bajo sus pies. Tiene en sus manos la posibilidad de devolvérsela, de devolvérsela con intereses. Tras un largo silencio, habla.

—Sí. —Responde Julián arrastrando las palabras—. Todo lo que Álex ha relatado ocurrió tal y como lo ha contado.

Los policías suspiran, y él también. Ni siquiera sabe por qué ha dudado. La

traición que ha cometido su amigo no justificaría una mentira de tal envergadura.

Julián se encuentra un poco mejor, dentro de su estado de nervios. Ha actuado bien.

No podía hacerlo de otra manera. La injusta condena de Álex sería la suya propia, obligado a cargar de por vida con ello sobre su conciencia.

CAPITULO 27

Hace ocho meses, en la Fortaleza.

JAIRO se estremece sólo de pensar en esa indefensa chica intentando hacerse daño a sí misma. Ha pasado tiempo, pero le cuesta apartar determinados pensamientos de su cabeza. Le hierva la sangre cada vez que lo imagina.

Por suerte ella desconoce cómo herirse realmente. Si no, él no podría estar tranquilamente en su habitación, separado de ella por varios pasillos. Y bueno, decir que está tranquilo es sólo eso, un decir.

Da vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Lleva meses enteros sin salir a la superficie, y ya le están empezando a pasar factura, junto con su cometido fracasado.

Pidió a Lola que se encargase de llevarle la comida a Sandra el mismo día que le dejó la carpeta, y desde entonces no ha vuelto a verla. De eso hace ya dos meses, y los resultados siguen sin aparecer. Claro, que hay determinadas cosas que son muy complicadas de asumir. ¿Pero es que cuatro meses no son tiempo más que suficiente? ¡Joder! ¡A él apenas le llevó varias semanas aceptar su nueva situación!

Suspira e intenta serenarse. No tiene que perder los nervios de esa manera. De nada sirve que compare el caso de Sandra con el suyo propio. Y, puestos a comparar, también puede hacerlo con el receptor al que aún no han podido sacar de la cámara acolchada. Sí, definitivamente ese hombre se lo está tomando incluso peor que su compañera.

El reloj de la mesilla marca las tres de la madrugada. Jairo se pone en pie y sale de la habitación, en dirección a la piscina olímpica. Es lo único que puede hacer para matar el tiempo que ella tarde en reaccionar, y lo único que lo ayuda a alejar momentáneamente los pensamientos que lo atormentan.

Se sumerge en el agua, y empieza a nadar, a una velocidad muy superior a la que lo haría una persona normal. Pero él no es una persona normal. Sin embargo, en esta ocasión ni siquiera el deporte calma su mente. ¿Cómo estará ella ahora? ¿Estará bien? ¿Necesitará algo? Claro que lo que la chica necesita es precisamente lo que no le puede proporcionar. ¡Ya vale! ¿Por qué no puede dejar de pensar en Sandra? ¿Acaso está preocupado por ella? ¿Quién, él? ¿Jairo preocupado por alguien que no sea él mismo? No, eso es imposible. Sólo se preocupó en la vida por dos personas, y salió muy mal parado. ¡Tanto que ni siquiera vivió para contarlo!

Hace cuatro años.

Iñaki se retuerce las manos, nervioso. No quería que Jairo se metiera en ese asunto. Agradece que se preocupe por él, pero se siente como un crío al que su amigo tiene que defender. Iñaki nunca saca las castañas del fuego, de eso se encarga Jairo. Él ya tiene la mano llena de callos, y no le importa que quemen o estén ardiendo. Jairo, simplemente, las saca. Y si algo hay que reconocerle a su amigo es que todo lo difícil lo hace fácil. Los problemas que le quitarían el sueño a cualquiera, él los maneja con resolución y contundencia. Sí, contundencia, esa es la palabra. Para Jairo no hay medias tintas que valgan. Sin duda la fama que se ha creado le sirve de ayuda. Con sólo oír su nombre te haces a la idea de ciertas cosas, no hacen falta más explicaciones.

Pero esta vez es diferente. El Kato no es un cualquiera. El Kato es de los peligrosos, de los veteranos, de los que tienen el culo pelado, de los que tienen la vida gastada de tanto usarla. Y no precisamente la “buena” vida.

Suena el timbre del chalet, y se apresura a abrir.

—¡Coño! ¿Qué te ha pasado? —Dice Andrés pasando dentro de la casa.

Iñaki lo sigue hasta el salón. El recién llegado se tumba en el sofá, manchando con las zapatillas la funda de cuero. Si su madre lo viera le daría un patatús. Por suerte está en el balneario.

Iñaki se sienta en una esquina del sofá, el único huequecito que queda libre.

—Tío, te han dejado hecho un trapo. —Murmura con despreocupación, como si las moraduras que tiene alrededor no de uno, sino de los dos ojos, fueran lo más normal del mundo.

—Por eso te he llamado. —Iñaki no puede ocultar su nerviosismo.

—¿Para que te ponga pomadita en las pupas? —Andrés le dedica una mueca burlona.

—Joder, que ha sido el Kato.

Ahora sí, Andrés se incorpora de golpe, dejando todo el hueco del mundo en el sofá.

—¿Qué? —Lo mira con ojos desorbitados—. ¿¿Qué?? —Repite, sin dar crédito, con voz ahogada—. ¡Ya sabes que Jairo no quiere que hagas tratos con ese tío!

Comienza a caminar inquieto sobre la alfombra persa del salón, intentando pensar.

¿Cómo puede ser su amigo tan estúpido? Jairo se lo ha dicho cientos de veces. “Esa mierda no es para ellos. Ellos sólo se ocupan de vendérselo a los idiotas que quieren metérsela.” Y ahí está Iñaki, el más idiota entre los idiotas, replegado sobre sí mismo en la esquina de un caro sofá. ¡Qué coño! ¡Si hasta la alfombra que está pisando cuesta más que su piso y el de Jairo juntos! Más motivos tendrían cualquiera de los dos para evadirse del desastre de realidad en el que viven utilizando las drogas. Pero no, es precisamente el que mejor porvenir tiene de los tres el que parece más

empeñado en arruinarse la vida. Claro, que la de Jairo y la de Andrés ya venía arruinada de serie. Aunque gracias a la inteligencia de su amigo sus expectativas han mejorado considerablemente.

—¿De cuánto es el pufo? —Pregunta, suponiendo que por ahí van los tiros.

—De seiscientos euros. —Confiesa Iñaki, sin levantar la vista.

—¡Joder! —Se lleva una mano a la frente. Es mucho dinero. Pero no para una familia como la de su amigo.

Son de clase alta, aunque buena gente. Son de ese tipo de personas que lo hacen todo con mesura, comedidos. De esa clase de gente que se acerca el día anterior a la estación a comprar un billete de tren para no ir con prisas, y aún así acuden al día siguiente con dos horas de antelación a la partida. De ese tipo de gente que, como diría Fito, caminan despacito porque las prisas no son buenas, y llevan en el brazo dobladita con cuidado la chaqueta. Queda claro, ¿no? No le negarían el auxilio a su hijo. Claro, que tampoco sospechan cómo es su retoño en realidad.

En innumerables ocasiones le han instado a que busque otros amigos, pues ni Andrés ni Jairo les parecen compañías recomendables. No hay más que ver la chulería con la que caminan y las chupas de cuero con las que visten. Si ellos supieran la cantidad de veces que han intentado reconducir el torcido camino que su hijo está empeñado en tomar, se lo pensarían dos veces antes de sugerirle nuevas amistades.

—Seguro que podías conseguir el dinero de alguna forma.

—¿Crees que me gusta que me peguen? ¡Si hubiese podido conseguirlo, lo habría hecho!

Andrés lo fulmina con la mirada. A veces parece tonto. Hay que explicárselo todo.

—Por una de estas te darían un buen pellizco. —Dice sopesando con la mano una de las figuritas de cristal Swarovski.

Parece que al tocar la pieza ha activado automáticamente un resorte, pues Iñaki se ha puesto en pie con un extraño espasmo. Le arrebató de las manos el cisne transparente y lo coloca con cuidado en la vitrina, en su lugar original, junto a decenas de animales.

—¡Claro que no! Son de la colección de mi madre.

Andrés parece no entenderlo. Ahora es Iñaki el que le habla como si le tuviese que explicar algo evidente.

—Quiere a estas figuritas más que a mí. —Sólo hay que ver cómo las mira. Es más, ella misma se encarga de su limpieza, en vez de dejárselo al servicio, como todo lo demás.

—Seguro que sí. —Andrés le dedica una mueca, y continúa mirando la vitrina. Más que una colección parece un zoológico en miniatura. Un extraño zoológico que no para de refulgir brillantes destellos. Algunos lo considerarían una obra de arte, una auténtica belleza. Pero Andrés ahí sólo ve una gran suma de dinero en potencia.

—Lo que está claro es que no se lo puedes contar a Jairo. —Dice muy serio pasado un rato, tras haber llegado a la misma conclusión a la que Iñaki ya había llegado antes.

—Ese es el problema. Que ya lo sabe.

—¿Se lo has contado?!

—¡Claro que no! ¡No soy tan estúpido!

Por la forma en la que Andrés lo mira, no parece estar muy de acuerdo.

—Se presentó aquí, y me vio.

—Claro, y tú desembuchaste.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Ya conoces a Jairo. No ha parado hasta saber quién ha sido.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —Pregunta inútilmente Andrés, que no sólo sabe cómo se lo habrá tomado, sino que puede adivinar con exactitud dónde estará ahora.

—Ha ido a por él. —Dice, confirmando sus sospechas.

—¿Y lo has dejado ir solo? —Si a Iñaki le quedase un ojo sano, el mismo Andrés se lo estropearía, por cobarde y egoísta. Pero no es momento de enfrentarse a él. No cuando Jairo ha ido sólo derecho hacia su muerte.

CAPITULO 28

En la actualidad.

ELISA está en la puerta de su habitación. Mira el interior, sin terminar de atreverse a entrar.

Sandra la observa dudar, sentada en el borde de su cama. Todo está igual que siempre, bueno, excepto por esa maleta rosa que hay junto a la puerta, que no recuerda haber puesto ahí.

Finalmente su hermana se decide a entrar, con pasos cautelosos.

—Cariño, ¿te pasa algo? —Le pregunta, viendo el cuidado con el que se mueve. Elisa nunca tiene reparo alguno en entrar gritando o saltando en su cuarto. No importa que Sandra esté estudiando, esté durmiendo, o esté chateando en el ordenador. La niña es así, todo alegría y alboroto.

Por eso se sorprende tanto cuando la ve mirar con recelo a la balda superior de su estantería.

Vale, ahora Sandra ya comprende la actitud de su hermana. La niña tiene los ojos fijos en la cajita de música que le regalaron sus padres cuando terminó 4º de la ESO con sobresalientes en todas las asignaturas. Tiene un gran valor, pues a excepción del mecanismo interno, está totalmente realizada con cristal.

Es obra de un artesano, que la fabricó a mano. Al hombre le llevaba casi tres meses de trabajo realizar cada una de sus creaciones, y es una auténtica joya. Sandra se enamoró de ella cuando la vio en un escaparate. Había una decena de cajitas, pero quedó prendada de esa en concreto. Los ornamentos de vidrio irisado destacaban sobre la tapa, de cristal rosáceo. Resultó ser extremadamente cara, tanto que Sandra ni se planteó el tenerla.

Sin embargo, sus padres decidieron comprársela en secreto, y dejársela sobre la estantería a modo de sorpresa, justo el día del inicio de las vacaciones de junio.

Sandra se sorprendió tanto que incluso lloró. Ya no fue sólo por la cajita, sino por el detalle que tuvieron sus padres, de recordar qué era lo que tanto le había gustado y su disposición de volver a la tienda para comprarlo.

Al ser de cristal es tremendamente frágil, y es lo único que Elisa tiene prohibido tocar en su habitación. La niña parecía haberlo aceptado. A regañadientes, pero aceptado. Sin embargo, ahora parece que la cajita ha vuelto a llamar su atención.

Sandra mira con cariño la caja de música, y se le enternece el corazón al adivinar el anhelo en los ojitos de la niña.

—Cógela princesa. Te la regalo. —Le dice con voz suave.

Sin embargo la niña está tan ensimismada que no la oye.

—¿Me escuchas, Elisa? Es para ti. —Repite Sandra.

En ese momento todo se vuelve borroso, y se despierta sobresaltada en la habitación de un motel. Le cuesta comprender dónde está, y en cuanto lo hace, las lágrimas empiezan a correr por sus mejillas. Por desgracia ha sido un sueño, ¡pero era tan real...! Su hermana estaba distinta, más guapa, con los rasgos más perfilados. Pero es que hace mucho tiempo que no la ve, y en ocasiones le cuesta recordar su cara con precisión.

Suspira y se tiende en la cama, con cuidado de no despertar a Jairo. Se coloca de lado, de forma que su rostro queda frente al suyo. Los primeros rayos de luz se cuelan por la persiana de lamas, revelando sus perfectos rasgos.

Hace un año y medio, en la ciudad.

Por suerte para Álex, Julián ha confirmado su coartada. Tras pasar la peor noche de su vida en el calabozo, por la mañana lo han dejado marcharse.

Julián no sabe que si hubiese decidido sentenciar injustamente al chico, al mismo tiempo hubiese firmado su propia sentencia, porque su mentira se hubiese descubierto. La Policía ha conseguido un par de grabaciones de las cámaras de seguridad de unos grandes almacenes cercanos a casa de Julián, en las cuales se los ve a ambos caminando a la hora del crimen, confirmando así su coartada.

Además, se han hecho con otras grabaciones que fueron filmadas lejos de allí, en otra parte de la ciudad. Por desgracia son de muy baja calidad, pertenecientes a pequeños comercios, y la identificación de los cinco sujetos que en ellas aparecen está siendo realmente complicada.

Los padres de Sandra, Julia, Clara, Patricia, Julián, Alejandro y prácticamente todos los alumnos que cursan bachiller en el instituto en el que estudiaba la chica, han sido llamados para colaborar en la identificación de los mismos. Pero nadie ha podido reconocer a los agresores.

La Policía investigará durante meses al círculo más próximo de la chica, sin ningún resultado. Más tarde ampliará el cerco, pero todo será en vano. Mucho tiempo después, el caso será cerrado, archivado sin resolver, y sin haber encontrado a los culpables para que paguen por su delito.

Hace siete meses, en la Fortaleza.

Sandra tardó más de una semana en decidirse a abrir la carpeta. Primero, porque se decía a sí misma que su contenido no le interesaba lo más mínimo. Después, porque se intentó convencer de que nada de lo que escondiese podría hacerla cambiar

de opinión. Y más tarde, por miedo. Sí, por miedo a lo que contuviese. Las palabras de Jairo “Ahí te dejo una sorpresa, a ver si abres los ojos de una maldita vez” no aventuraban nada halagüeño.

Aunque había barajado diferentes opciones, ninguna se acercaba ni por asomo a lo que finalmente encontró: decenas de recortes de periódicos, reportajes enteros, fotografías y pequeñas noticias, sacadas de diferentes medios. Pero todas ellas relativas al mismo suceso: la brutal muerte de la adolescente Sandra Sánchez Valero.

Su primer impulso fue arrojar la carpeta al otro extremo de la habitación y resguardarse bajo las sábanas. No sabe de dónde sacó las fuerzas para obligarse a mirar todos y cada uno de los recortes. En un estado mezcla de shock y mezcla de horror, vio noticias relativas a la marcha de la investigación, a la búsqueda de sospechosos, a la reacción de la gente de su entorno...

Los recortes estaban sacados de todos los medios impresos del país: de revistas del corazón, de periódicos locales y autonómicos, e incluso algunos de medios de tirada nacional.

Ahí ponía que habían abusado de ella, para después acabar con su vida. Pero ella, en realidad, no se acordaba de nada de eso. Lo último que recordaba era la fiesta de Clara.

En un principio deseó tener a Jairo delante, para increparlo por cometer semejante vileza. Seguro que eran falsos. Pero después empezó a encontrar caras vagamente conocidas en las fotografías, caras desencajadas por el dolor. Expresiones que no podían haber sido falsificadas, al igual que tal volumen de noticias y precisión de datos personales. Había una foto, en la que una demacrada chica parecida a Julia intenta sostener una pancarta que reza “Justicia para Sandra”. Había otra de la puerta de su instituto, en el que alguien había montado un improvisado altar lleno de velas, cirios, fotografías suyas, flores, peluches... No podían ser falsas.

Sandra tuvo que aceptarlas como verdaderas, pese a que el horror desgarró su alma por completo.

Habían pasado muchos días de la dantesca lectura. Quizás semanas enteras. Tal vez incluso meses. Sandra se había refugiado debajo de las mantas y no salía de allí. El resto de receptores, y especialmente su responsable, habían decidido que la mejor opción era darle tiempo.

También llevaba muchos días sin comer ni beber lo que le traía la señora rubia. Alguna vez probaba un pequeño bocado de algo, para volver después a la cama. Inexplicablemente seguía con vida, aunque se encontraba muy débil. Estaba en tal estado de conmoción que no podía pensar. Su encefalograma estaba completamente plano.

Cuando era pequeña y se acostaba triste, a la mañana siguiente todo parecía mejor, como si el recién salido sol arrojase una nueva luz. Pero desde que llegó a la

fortaleza, Sandra se acuesta llorando y al despertar su situación no ha mejorado, ni hay una luz diferente con la que mirarla. Es terrible dormirse llorando y retomar el llanto al despertar, sin optar a la tregua que el sueño da sólo a los problemas livianos.

CAPITULO 29

En la actualidad.

JAIRO odia con todas sus fuerzas la melodía del móvil que sirve de despertador. No importa que canción escoja, aunque sea una de sus preferidas. En cuanto es utilizada como tonadilla con la que despertarse, automáticamente le coge manía. Se fuerza a abrir los ojos, pues como los vuelva a cerrar se quedará frito.

Sandra no ha oído nada, y sigue plácidamente dormida. Tiene la boca ligeramente abierta, y Jairo contiene la risa al verla. Esa risa contenida pronto se convierte en una triste sonrisa. No importan las circunstancias, no importa la ropa que lleve, no importa si está totalmente despeluchada. Ni siquiera importa que lleve patatas fritas o toda la mugre del suelo del McDonalds pegada en el pelo. Ella siempre está guapa.

Jairo no es de los que creen en el amor a primera vista. En un flechazo sólo te enamoras de la idea que te haces de cómo es la otra persona, de la personalidad que supones que tiene. No, Jairo no cree en esas tonterías del amor a primera vista. Ni en el amor de esa clase ni en ningún otro. Él, simplemente, no cree en el amor. La vida (y lo que lleva de muerte) le ha enseñado que las personas son tremendamente egoístas. Pero sabe que aunque se hubiesen encontrado en otras circunstancias, se habría fijado en ella igualmente. Hay algo en esos preciosos ojos felinos que lo invitan a desear conocer más y más de ella. Y eso son palabras mayores, pues Jairo nunca ha buscado a ninguna chica. Las chicas simplemente iban a él, atraídas como hacia un imán, y él elegía a alguna privilegiada con la que pasar un rato. Sólo eso.

Y de nuevo esa estúpida pregunta, rondando por su cabeza. Una pregunta sin respuesta. Una pregunta que se repite continuamente, desde aquella noche.

Esa duda recurrente lo crispa ya a primera hora. Se pone de pie de mala leche, cabreado con el mundo, cabreado con ella y cabreado consigo mismo. Se encierra en el baño de un portazo, sin importarle que pueda despertarla.

Se da una ducha con agua fría, intentando despejar la mente y alejar el sueño que se cierne sobre él con pesadez. ¿Por qué le da tantas vueltas al asunto? De sobras sabe la respuesta. Pero hay algo dentro de él necesita oírlo de los labios de Sandra. Con un poco de suerte, aderezado con algún insulto, para no perder la costumbre.

Hace seis meses, en la Fortaleza.

Sandra ha salido de su estado vegetativo. No sabe cuánto tiempo lleva bajo las

sábanas, tampoco le importa. No es relevante si han pasado meses o incluso años. Sólo quiere salir de ese horrible lugar en el que la tienen retenida. Ya no le quedan lágrimas para seguir llorando. Las ha gastado todas.

Se levanta de la cama y camina lentamente por la habitación, siendo consciente de su propio cuerpo por primera vez desde hace meses.

Pero lo más importante de este nuevo despertar de Sandra, es la férrea determinación con la que se ha puesto en pie, dispuesta a afrontar su destino.

Tiene un plan, un plan meticulosamente elaborado. Y está dispuesta a llevarlo a cabo cueste lo que cueste. Se lo debe a sí misma. Se lo debe a su familia.

Si tras ver los recortes que contenía la carpeta, quería estar frente a Jairo para increparlo y culparlo de haberlos falsificado, ahora lo que desea es preguntarle. Preguntarle y que él pueda responder a una serie de dudas que no la dejan vivir.

En ese momento entra la mujer rubia en su habitación, bandeja en mano, y no puede reprimir su sorpresa al verla de pie, junto al escritorio. La impresión hace que la comida esté a punto de resbalar de sus manos.

—¡Hola! —Le dice con una amable sonrisa que ilumina su cara regordeta.

Sandra le devuelve el saludo, pero no la sonrisa.

—¿Tienes hambre? —Pregunta la mujer, intentando alargar la conversación que tanto anhelaba que se produjese. La verdad es que empezaba a temerse que esa chica nunca más volviese a hablar.

Ella niega con la cabeza.

—Bueno, te lo dejo aquí, por si luego te apetece. —Dice colocando la bandeja sobre el escritorio—. La cocinera hace unas natillas estupendas, seguro que te gustan. —Y tras dedicarle otra sonrisa se dirige a la puerta.

Sus años de experiencia le dicen que es mejor no forzar a los nuevos receptores a hablar, pues se consigue el efecto contrario al deseado. Además, el mero hecho de verla en pie ya constituye un buen augurio.

—Lola. —La llama la chica con voz ronca, con una voz que no ha sido utilizada en mucho tiempo.

La mujer se gira, sorprendida no sólo de que se dirija a ella, sino de que recuerde el nombre que le dijo meses atrás.

—¿Necesitas algo? —Inquiere con voz dulce, animándola a continuar.

Sandra tose, aclarándose la garganta antes de volver a hablar.

—Sí. Hay un chico, Jairo. Es mi responsable o algo así. —Lola asiente con la cabeza, y ella continúa—. Me gustaría hablar con él.

—Yo me encargo. —Dice la mujer, y con una última sonrisa sale de la habitación.

CAPITULO 30

En la actualidad.

SANDRA está de muy mal humor. Primero, el sueño con Elisa. Y después, su compañero. No sólo la ha despertado de un tremendo portazo al cerrar la puerta del baño, sino que la ha dejado esposada durante la infinidad de tiempo que lleva duchándose.

—¡Jairo! ¡Jairoo! —Ruge por milésima vez. Es imposible que no la oiga.

Y así es. Detrás de la pared, Jairo aprieta los dientes e intenta ignorar el agudo tono de voz de Sandra, que traspasa la puerta y se escucha incluso por encima del sonido del agua, perforándole los tímpanos.

—¡Jairooo!

El chico cierra el grifo de un golpe. Nada. Así es imposible relajarse.

Se cubre de cintura para abajo con una toalla, y sale a la habitación. Al abrir la puerta, los gritos de Sandra son aún más insoportables.

—¿A qué viene este drama? —Espeta secamente sin mirarla, y se dirige a la silla en la que está la mochila.

La chica permanece un instante en silencio. Sólo es capaz de parpadear. Está bloqueada. ¿Qué hace Jairo semi desnudo? ¿No se da cuenta de que ella está allí?

Los músculos de sus hombros se tensan al sacar una camiseta oscura de la mochila, y cuando se vuelve para mirarla le ofrece una perfecta perspectiva de su esculpido torso. Por Dios, que se tape. Se ordena a sí misma a recobrar la compostura.

—¿Drama? ¡Eres un capullo!

—Vaya. Creo que eso ya me lo has dicho. —Responde sin prestarle a penas atención.

—¡Joder! ¿Es que no me oías? —Sandra eleva la voz. Su intención es descargar su mal humor con Jairo, sin saber que él se ha levantado de un humor peor incluso que el suyo.

—¿Es que no te has percatado de que me estaba duchando? —Le dice con una brusquedad que la descoloca, pero enseguida se repone y vuelve a la carga.

—¡Te has tirado media hora en el baño! ¡Y yo aquí atada! —Grita, elevando el brazo y agitando la esposa, lo que provoca un tintineo metálico al chocar contra los barrotes del cabezal—. ¡Obligada a ver cómo te paseas desnudo! —Hace un gesto de repulsión con la nariz, intentando convencerse a sí misma que eso es precisamente lo que la vista del chico tiene que provocarle. Jamás reconocería que le gusta demasiado lo que ve.

Jairo le lanza una mirada asesina.

—No estoy desnudo. Pero tranquila, que ya me tapo. No voy a torturarte más con esta indeseable visión. —Y profundamente herido en su orgullo, se dirige al cuarto de baño con la camiseta y unos vaqueros en la mano. A Jairo le hubiese encantado decirle donde podía meterse su opinión sobre su cuerpo. ¡Joder! ¡Si ni siquiera lo ha hecho deliberadamente! Es sólo que había olvidado la ropa fuera...

—¿Es que no piensas desatarme?! —Le recrimina, antes de que se encierre de nuevo en el baño.

—Lo primero es lo primero, ¿no? Ahorrarte el sufrimiento de verme “desnudo”, como tú llamas a esto. —Repone, señalando la toalla de algodón.

Hay algo parecido a odio en sus ojos. Sandra puede verlo. Sólo que no puede imaginar que no es odio, sino el reflejo del dolor que siente él por su abierto rechazo. Parece que el chico tiene intención de dar por zanjada la conversación, así que Sandra continúa.

—¡Estoy harta!

Jairo se detiene y la mira ceñudo desde la puerta.

—Yo también me estoy cansando de esto. —Confiesa, con la mandíbula tensa. Sus palabras provocan un inquietante silbido al colarse entre sus dientes apretados.

—Pues ponle fin de una maldita vez. —Le reta.

—Sabes que no voy a hacerlo.

—Ahora podría estar con mi familia, y tú eres el único impedimento para ello. —Sandra se ha incorporado, desafiante, y lo mira con ojos iracundos desde el centro del colchón, todo lo cerca que le permiten sus ataduras.

Él la evalúa con la mirada. Se están adentrando en terreno peligroso. Ambos lo saben. Sin embargo, ninguno parece dispuesto a detenerse.

—Sabes que no puedes reencontrarte con ellos. —Espeta, puntualizando las palabras—. Y no creo que seas tan estúpida como para señalarme a mí como el único culpable.

La chica no hace caso. Prefiere no pensar en sus palabras ni en la posible veracidad de las mismas.

—Te crees con derecho de manejarme a tu antojo. Me arrastras de aquí para allá contra mi voluntad. Sólo piensas en ti mismo y en la maldita orden. ¡Eres un egoísta! —Dice, con las lágrimas furiosas asomando por los párpados, y con la voz cargada de resentimiento.

Parece que ha dado en el blanco, porque la expresión del chico ha cambiado. No es que se haya relajado. Al contrario, se ha ensombrecido considerablemente. Exhala un suspiro que suena a una profunda emoción. ¿Derrota, puede ser? Sandra no está segura, pero cuando habla lo hace pausadamente, sin elevar la voz.

—Eso no es justo. —La intensidad con la que ha pronunciado esas palabras y la pena que se adivina en sus ojos dejan a la chica sin respiración, y le arrebatan la capacidad de réplica.

Con pasos cansados, Jairo desaparece por la puerta del cuarto de baño, y esta vez

Sandra no lo increpa.

Un año y cinco meses antes, semanas después de la muerte de Sandra, en la ciudad.

—Pero yo quería llamarla, y tú no me dejaste.

—María por favor... —Le suplica el hombre.

—Si no te hubiera hecho caso, ahora estaría viva. —Su voz se quiebra con un sollozo.

El maltrecho corazón de Ernesto no lo resiste más. Abandona la cama, en la que su mujer ha permanecido durante varios días seguidos.

Al principio, altamente medicada, estaba irreconocible. En estado comatoso, vegetativo. Era una muerta en vida. Los ojos abiertos, la mirada perdida, fija en algún punto de la pared. Y, en apariencia, sin ningún pensamiento ocupando su mente.

El médico y la psicóloga que les están ayudando decidieron bajarle la dosis de ansiolíticos. Continúa sin levantarse, con la mirada perdida. Sin embargo parece que empieza a comprender lo que ha pasado. Aunque eso suponga que, irremediabilmente, empiece a buscar culpables donde no los hay. Nadie dentro de esa casa es responsable de lo que ha sucedido. Pero a Ernesto le toca cargar con su propio dolor, y con las terribles palabras que le dedica su mujer. No le puede reprochar nada. María no está bien. Pero él tampoco lo está. Y siente que está sumergido en un pozo de desesperación del que es imposible salir. Siente que se ahoga, y no sabe cuánto tiempo más podrá seguir respirando.

Se detiene en el pasillo, sin saber muy bien donde dormir. ¿Va a la cama de su pequeña? Siente una punzada en el pecho, que le recuerda al amago de infarto que sufrió hace cinco días. No, no podría soportar pasar una noche allí. Está todo tal y como ella lo dejó, no han tocado nada.

El hombre baja las escaleras, se tumba en el sofá y, en silencio, llora su pena. No quiere hacer ningún ruido que pueda alarmar a su cuñada, que duerme en la habitación de Elisa.

María también llora, pero con menos disimulo. No tiene fuerzas para aparentar, y tampoco le importa cuánto le insista Maribel para que salga de la cama. La vida ha perdido todo el sentido para ella. Ya no merece la pena vivir. No cuando ha perdido a lo máspreciado que tenía.

“Señor, ¿por qué te la has llevado? Siempre hemos sido una familia de buenos cristianos, tanto dentro como fuera de los muros de esta casa. ¿Por qué señor?”

La mujer formula mentalmente la misma retahíla, una vez tras otra, como si de una compulsión se tratara. Es incapaz de parar.

No es consciente de que fuera de su dolor hay gente que también sufre. Gente

bajo ese mismo techo. Pero María no se encuentra en condiciones de verlo.

Ambos están desbordados por un dolor del que nunca se podrán recuperar. Su vida entera se ha desmoronado. Su familia. Su matrimonio. Sus relaciones. Sus amistades. Su trabajo. Todo está destrozado, y los daños de este tipo son tan grandes que resultan imposibles de reparar.

María no se plantea que no es momento de reproches infundados, pero es incapaz de ver a su marido sin increparle por lo ocurrido aquella noche.

“¿Por qué señor? ¿Por qué un castigo tan horrible? ¿Qué hemos hecho para merecerlo? ¿Dónde estabas, Jesús, cuando ella te necesitó? ¿Dónde estabas cuando aquellos desalmados abusaban de ella hasta dejarla sin vida?”.

—Mamá, ¿estás despierta? —Pregunta en un susurro la vocecita de Elisa, desde el umbral de la puerta.

Comprende lo que ha pasado, pero no del todo. Su cabecita todavía no está lo suficientemente formada. Pero en su corazón puede sentir la pena que reina en la casa, la pena que se ha instalado de forma permanente en esos muros, y que se quedará allí, para siempre.

—¿Mamá? —Insiste la niña.

María ni siquiera se gira.

—Vete a la cama, Elisa. —Responde con voz inexpresiva.

Elisa arrastra los pies por el pasillo y regresa a su habitación.

Su tía se despierta al oírla llegar, y enseguida se da cuenta de lo alicaída que está la niña.

—Ven aquí, cariño. —Le dice con una triste sonrisa, abriendo las mantas de la cama supletoria para que su sobrina entre.

La abraza y le acaricia el pelo.

Cuando piensa que la niña ya se ha dormido, un susurro le sorprende.

—Tía, ¿crees que mamá ya no me quiere?

Maribel no puede evitar que las lágrimas broten descontroladas por sus ojos. Pero regula la voz y disimula muy bien.

—Claro que no, princesa. Eres lo que más quiere en este mundo. —Le dice. “Pero está tan rota por la pérdida, que no creo que sea capaz de volver a valorar lo que aún tiene a su lado.” Termina la frase mentalmente, y continúa llorando en silencio, deseando que la niña se haya dormido y, aunque sólo sea en sus sueños, se pueda olvidar de la terrible pesadilla que están viviendo.

Hace varios meses, en la Fortaleza.

Jairo está sorprendido. No, eso es quedarse corto. Más bien está en estado de shock. Lola se lo ha tenido que repetir para que lo entendiera.

¿En serio quiere verlo? Después de tanto tiempo había empezado a hacerse a la idea de que ese día no llegaría. Y ahora que ha llegado siente una pesada losa sobre sus hombros. Una losa cargada de una enorme responsabilidad que no sabe si sabrá manejar.

Camina despacio hacia el ala D, retrasando inconscientemente el momento de encontrarse con ella.

Nunca ha destacado por su responsabilidad, precisamente. Es más, de sobras es sabido que él y las normas jamás se han llevado bien. Son algo así como conceptos antónimos. Sin embargo, y desde su muerte, se tomó muy en serio su situación como receptor. Pero eso no quiere decir que el encomiendo de Samuel no sea extremadamente difícil.

Se detiene frente a la puerta de la chica y hace algo que no ha hecho nunca. Llamar antes de entrar. Después presiona la palma sobre el lector, y se abre con un zumbido. Si no fuese su responsable no podría entrar con total libertad, eso está claro. Pero dadas las circunstancias, Lola, el viejo y él están autorizados para entrar en esa habitación cuando consideren oportuno.

Entra en el pequeño espacio y la ve, sentada encima de la cama, con las piernas cruzadas. No se levanta para saludar. Lo mira muy seria. Para ser sinceros, al oír como tocaban a la puerta, y dado que nadie tiene reparos para entrar y salir de su habitación cómo y cuando le da la gana, casi había pensado que no se trataría de él.

Se observan unos segundos, sin decir nada. Miradas nerviosas, silencios incómodos.

La puerta se cierra con un ruido sordo, que sobresalta a ambos.

—¿Querías verme? —Inquiere él por fin, temiendo que si no da el paso permanezcan en ese estado hasta el fin de los tiempos.

Sandra asiente con la cabeza.

—Dejarme la carpeta ha sido de muy mal gusto. —Le dice, y sus ojos felinos adquieren un brillo asesino.

—Nadie ha dicho que yo tenga buen gusto.

—No. Eso está claro. —Y hace un ruido desdeñoso con la boca.

Después respira hondo. Tiene que serenarse, si no su plan no funcionará. Pero es que es tenerlo cerca y ver al máximo responsable de su captura. No importa que esté frente al chico más guapo que ha visto en su vida. Sus sentimientos de odio se disparan.

—¿Para esto me has llamado? ¿Para meterte conmigo? —Es la conversación más larga que han mantenido hasta el momento, y no tiene ni pies ni cabeza.

—No. —Admite ella—. Te he llamado porque quiero saber.

Ambos se estremecen al mismo tiempo, aunque sólo Sandra de forma perceptible. Ella, por miedo a lo que pueda escuchar, y él reticente por lo que tiene que contar.

—¿Me puedo sentar? —Pregunta, señalando la cama. Sin duda será una

conversación larga.

Sandra asiente porque no le queda otro remedio. Se aprieta un poco más contra el cabecero, y él ocupa la esquina inferior, dejando la máxima distancia posible entre ambos. Al menos alguien realizó un increíble trabajo limpiando las manchas de sangre que la última vez salpicaban la colcha. O directamente tuvieron que deshacerse de ella y reemplazarla por otra nueva, porque menuda carnicería organizó la niña.

—¿Qué quieres saber? —Jairo no va a dar nada por hecho, prefiere no pasarse ni por exceso ni por defecto al dar información. Además está nervioso. Todo lo que quería era que la chica le hablase, y ahora que se encuentran en esta fase, comienza otra mucho peor. Otra en la que tendrá que escoger las palabras correctas para explicar adecuadamente algo que cuesta explicar y que costará asumir. ¿Es que hay algo más difícil de aceptar que la propia muerte?

—Todo.

—Eso son muchas cosas.

—No vais a dejarme marchar, ¿no? —Inquiere con una sorna que encanta a Jairo, pese a la tensión del momento—. Así que supongo que tengo tiempo.

—Todo el tiempo del mundo. —Ríe, pero a la chica no parece hacerle gracia, así que extingue la sonrisa instantáneamente. Vuelve a ponerse serio—. Responderé a todas tus preguntas. Pero será mejor empezar por las que más te interesen. Por seguir un orden y todo eso. —Jairo tensa la mandíbula. ¿Acaban de salir de su boca esas tonterías que ha escuchado? Sí, eso parece. Qué penoso. Pero es que no está acostumbrado a tener que explicar este tipo de cosas.

—Está bien. —Y endereza la espalda—. Los recortes de los periódicos eran verdaderos.

Lo observa con sus preciosos ojos marrones, pero Jairo no dice nada. Después cae en la cuenta de que ella está esperando a que sea él quien hable.

—¿Esa es tu pregunta? —Dice, descolocado. Está seguro de que era una afirmación. La chica lo mira como si fuese tonto—. Claro que eran verdaderos. —Y sus ojos azules la miran feroces, a la defensiva. ¿Cómo puede pensar que los ha falsificado?

—Ahí pone que me violaron. Y que después me asesinaron. —Su expresión se desencaja ligeramente. Resulta escalofriante hablar de ello en primera persona—. ¿También es cierto?

Sandra no recuerda nada de eso. Se ha esforzado en recomponer lo sucedido después de la fiesta, pero lo máximo hasta donde llega es al momento en el que creyó oír pasos tras ella.

—No exactamente.

—Explícate. Venga.

—No me metas prisa joder. —Le dice él, que ya se está empezando a cansar de que sea ella la que lleve la voz cantante en una conversación que debería de dirigir él.

Además, si no escoge bien las palabras puede hacerle daño, y no quiere que eso pase —. Potencialmente sí ocurrió. Es la versión oficial de lo sucedido, y los daños que se infringieron a tu cuerpo mortal así lo atestiguan.

—Esa versión “oficial”, ¿es la que conocen mis padres? —Inquiere, y al hacerlo la voz le tiembla. A Jairo le da mucha pena, pero asiente con la cabeza.

Las largas pestañas de Sandra se han humedecido, aunque hace por contener las lágrimas. No es momento de venirse abajo.

—¿Y qué es lo que realmente pasó?

—Que moriste como consecuencia de una fractura craneal, y que por suerte pudimos salvarte.

—¿Quiénes me salvaron? —Pregunta ella, recordando al viejo de pelo blanco. Parecía un poco mayor para salvarla de nadie.

—Bueno... Yo. —Admite Jairo, inexplicablemente avergonzado.

CAPITULO 31

Varios meses antes del momento presente, en la Fortaleza.

—¿¿INTENTAS convencerme de que me salvaste de cinco demonios que querían robarme la energía de mi familia??

—Sí. Sí y sí. ¿Tan difícil es de comprender? —Dice él, levantándose de golpe de la cama. Recorre crispado la habitación, pero en un par de zancadas llega al tabique y tiene que darse la vuelta. ¡Qué pequeña es! Casi tanto como la capacidad de entendimiento de la chica.

Se sienta de nuevo a su lado, pero esta vez mucho más cerca. Parece incómoda por su proximidad, pero a él le da igual.

—¿Qué es lo que no entiendes? —Le pregunta desde escasa distancia, aderezando cada palabra con una pizca de mala leche. Sus increíbles ojos azules hacen que Sandra se maree una milésima de segundo. Pero enseguida se repone.

—No entiendo que te puedas inventar una mentira tan elaborada. —Protesta, aunque con menor convicción que la que ha mostrado las otras cien veces anteriores.

—Joder, ¿ya estás otra vez con lo mismo? Tienes la cabeza más dura que una piedra. —La paciencia no es una de las virtudes de Jairo precisamente. Siente que se está dando cabezazos contra un muro y se está hartando.

—¿Y se supone que creasteis un cuerpo inmortal para que pudiese recibir la energía?

El chico la fulmina con la mirada. Si no le fallan las cuentas, se lo ha dicho ya unas diez veces.

—¿No te has dado cuenta de que, aunque en apariencia este nuevo cuerpo sea igual que el anterior, es totalmente distinto? —Repone, irritado.

Por supuesto Sandra no contesta. No le va a contar que ve a la perfección pese a no llevar las gafas y que sus heridas se curan milagrosamente.

—Vale. Bien. Lo acepto. —Responde ella, colérica—. Y ahora, ¿vas a dejarme marchar?

—¿Pero es que no entiendes que tienes que quedarte aquí, a cumplir los cometidos que se te asignen?! ¡Formas parte de la orden!

—Pues eso sí que no lo acepto. ¡No podéis obligarme!

El chico tensa la mandíbula. Tiene un aspecto mortífero. Sandra lo hubiese temido en su vida mortal, pero ahora anda un poco desubicada respecto a los límites de lo racional, así que continúa adentrándose por ese terreno farragoso.

—No puedo obligarte a que lo aceptes, pero sí a que cumplas tu cometido. —Dice, esforzándose por modular su voz. Las palabras se cuelan entre sus dientes apretados provocando un extraño siseo.

—¿Por esa estupidez de que soy tu compañera? ¡Búscate a otra!

—¡Ojalá pudiera! Cualquier opción sería mejor que tú.

Se dedican una intensa mirada de odio, ambos con las facciones rígidas. Sandra frunce el ceño hasta los límites que le marca su propio cuerpo.

—No puedes obligarme a nada. Ponme a prueba. —Sentencia, con la voz cargada de rabia.

—Ponme tú a mí. —Responde él. No sabe a quién se está enfrentando.

—Pues si vas a mantenerme encerrada aquí para siempre, es mejor que sepas cuánto te odio. Cuánto os odio a todos. —Dice con profundo desprecio. Sus palabras son como cuchillos, pero no parecen herir a Jairo. Para sorpresa de la chica, Jairo se encoge de hombros con indiferencia.

—Es mejor saberlo cuanto antes. Si te soy sincero, odio la hipocresía.

Y poniéndose en pie, se dirige a la puerta.

—¿Qué haces?! —Exclama ella.

—Me largo. Estamos en un punto muerto.

Sandra se levanta de un brinco de la cama, y se dirige a él con un dedo acusador, levantando los talones para intentar encararlo desde la misma altura, aunque sea físicamente imposible.

—¡De eso nada! ¡No me has explicado nada!

Y se interpone entre el chico y la puerta, dispuesta a cortarle el paso.

—Continuamos mañana, que estás muy cansada.

—No estoy cansada. — Dice con furia, y clava su mirada en la de Jairo.

—Pues yo sí. Me has saturado ya. —Replica él con ojos maliciosos. La aparta sin ninguna contemplación de un pequeño empujón y desaparece por la puerta.

Sandra va a contestar, pero la puerta se le cierra en las narices. Profiere un grito de frustración que resuena por todo el ala D.

Cuatro años antes del momento presente.

Definitivamente Iñaki es idiota. Pero no se sabe muy bien por qué, le cayó en gracia a Jairo, y dado que son pocas las personas que consiguen caerle en gracia, el chico las defiende a muerte. Incluso en las situaciones, como esta, en las que no tienen la razón precisamente.

Camina con resolución por las vías de la antigua estación. Las tuercas están oxidadas, y crecen hierbajos entre los hierros. Es un lugar marginado, apartado, desolado, que nada tiene que ver con lo que un día fue. No hay un alma por allí. Mejor. Sólo busca a una persona en concreto, y sabe muy bien dónde encontrarla. Aunque seguramente tendrá compañía.

Cerca de las vías se alza una construcción, la única en todo el descampado. Los ladrillos rojizos de la fachada están llenos de pintadas. Alguna la hizo el propio Jairo

en su tierna adolescencia. Y es que ese es uno de los lugares de la ciudad con mayor porcentaje de delincuentes por metro cuadrado.

Bordea el edificio, y se encuentra con la prueba de que están ahí dentro. El BMW ultra tuneado del Kato está aparcado con las ventanillas abajo. ¿Para qué molestarse en subirlas? Nadie en su sano juicio se atrevería a hacerle nada a ese coche. Pero nadie ha dicho que Jairo esté en su sano juicio.

El coche está impoluto. Las llantas de aleación brillan. Qué mejor manera para no llamar la atención que dejar un coche tan caro frente a un almacén abandonado y semiderruido. Aunque no tengas ni dos dedos de frente, al verlo se te ocurre pensar que ahí dentro no se hacen, precisamente, obras de caridad.

¿Que los chicos del Kato están metidos en su madriguera? Quizá necesiten un incentivo para salir. No tiene ningún miedo. Bueno, sí hay algo que le jodería que resultase dañado. Se quita las Rayban y las guarda en el bolsillo interior de la chupa. Sólo por si acaso.

Después coge impulso y arranca de una patada uno de los retrovisores. El plástico cruje desgarradoramente al partirse. Luego agarra un madero del suelo y revienta la luna delantera, que se cuartea al primer golpe.

El incesante sonido de la alarma es como un reclamo para el Kato. Hace acto de aparición en la puerta de la nave, seguido de dos de sus colegas, con una mirada en la que se mezclan la incertidumbre y la demencia. Los tres avanzan, dispuestos a matar al que se haya atrevido a respirar cerca de ese coche.

—¡Hijo de...! —Dice uno de los hombres, pero se detiene al ver de quién se trata.

Ahora que los tres han reconocido a su oponente, sólo el Kato se acerca. Los otros se quedan en la retaguardia, por si acaso su jefe saca ventaja. Entonces sí se acercarán a echar una mano, cuando ya no sea necesario. Pero de momento prefieren no intervenir.

—¡Cabrón! —Grita el Kato con un sonido gutural, y saca la navaja que siempre lleva a mano.

Se abalanza sobre Jairo, que le sujeta el brazo armado sin dificultad y le asesta un tremendo cabezazo. El Kato retrocede un par de pasos, con la nariz sangrando y un poco desorientado. No puede impedir que Jairo le quite el cuchillo.

El chico lo mira con aparente calma y después le da un repentino rodillazo en la tripa que lo hace caer de rodillas. Lo sujeta por las largas greñas, y le habla desde muy cerca.

—¿A quién has llamado cabrón? ¿Es que tengo que enseñarte buenos modales a estas alturas?

—¡Joder! ¡Esto es entre tu amigo y yo! No quiero tener problemas contigo.

—Haberlo pensado antes, capullo.

Sin soltar las greñas del Kato, echa un vistazo a sus dos secuaces, dándoles a

entender que si quieren intervenir, ese es el momento adecuado. Sin embargo, optan por no meterse, lo que Jairo suponía.

—Ya sabes con quién ando. Ni se te ocurra ponerles de nuevo la mano encima, o mi próxima visita no será de cortesía. ¿Está claro? ¡He dicho que si está claro!

El Kato hace un extraño gesto que Jairo admite como una afirmación.

—Y ahora repite conmigo. —Le dice a aquel hombre que le saca más de diez años, y que tiene la cara morada de rabia—. Disculpa mi mala educación, Jairo.

Parece que el Kato se resiste, así que Jairo lo zarandea del pelo.

—Disculpa mi mala educación, Jairo. —Recita con los dientes apretados y la voz temblando de ira.

—La deuda con Iñaki queda saldada. ¿O no? —Dice el chico con prepotencia.

—Queda saldada. —Sentencia el hombre con furia.

Jairo se da por satisfecho. Lo suelta y se sacude las manos. Pasa por entre los dos hombres del Kato, que se apartan a su paso.

—¡Por cierto! —Dice volviéndose y elevando la voz para que el cabecilla lo escuche—. Yo que tú me buscaba una compañía más útil que estas dos nenazas.

Saca las Rayban, y se aleja del lugar caminando tranquilamente, por las vías del tren. Sí, definitivamente contundencia es la palabra que define las acciones del chico.

Minutos después se encuentra con Andrés y con Iñaki, que corrían a su encuentro.

—¿Qué pasa? ¿No los has encontrado? —Inquiere Andrés al ver su parsimonia. El chico se encorva, apoya las manos en las rodillas y respira con dificultad como consecuencia de la carrera.

—La deuda está saldada. —Dice Jairo, dirigiéndose únicamente a Iñaki—. Pero te lo advierto. Si vuelves a meterte algo, yo mismo me encargaré de darte una paliza. —Su tono es amistoso, pero los tres saben que no está bromeando.

Después se quita las Rayban y se las tiende a Iñaki.

—Ponte esto, que pareces un puñetero oso panda. —Andrés ríe, ya más tranquilo, empezando a aceptar que, milagrosamente, Jairo está vivo. ¿Cómo puede tener tanta suerte?

—Vamos a por unas birras. —Propone Jairo, y los otros le siguen camino de la ciudad.

Lo que parece una animada charla de colegas es, en realidad, el parloteo nervioso de dos chicos que no paran de mirar por encima de sus hombros, temiendo que en cualquier momento aparezcan el Kato y sus hombres, en busca de venganza.

Pero Jairo está tranquilo. Está seguro de que no habrá represalias. Sabe que puede hacer lo que le dé la gana. Prueba de ello es que ha ido solo a buscarlos, sin ningún tipo de refuerzo.

Varios meses después de la muerte de Sandra, en la Fortaleza.

Todo ha salido mal. Fatal. ¿No se supone que tenía un plan? ¿Un plan meticulosamente elaborado? ¿Qué ha pasado con él? Pues que se ha ido al traste en el mismo momento en el que ha estado frente a Jairo.

Iba a seguirle la corriente, iba a dejarse arrastrar río abajo si era necesario, a la espera de que apareciera algún remanso más tranquilo que le diese la oportunidad de escaparse. Pero no. Nada ha salido como lo había planeado. ¡Qué fracaso por Dios!

Además ha notado el cambio de actitud del chico. Puede que haya sido sincero al decir que estaba cansado de ella. ¿O ha dicho saturado? Algo así ha sido. Y le ha molestado enormemente. Tiene que reconducir la situación como sea, o después será más difícil. Cuanto más espere, peor será.

Decidida, se aproxima a la puerta de la habitación. Por supuesto no puede abrirla, así que la aporrea insistentemente, esperando a que alguien le abra.

Lola tarda en aparecer más de lo esperado. Para su sorpresa la mujer lleva puesto algo parecido a un pijama.

—¿Estás bien? —Pregunta, preocupada. Sus mechones rubios están enmarañados.

—Eh, sí... Es que quería salir.

—¿Para ir a dónde? —La mira con recelo.

—A hablar con Jairo.

Lola parece debatir consigo misma durante unos segundos. Al final accede. Sandra parece no haberse dado cuenta de la hora que es. Es normal, no tiene forma de saberlo. En su cámara no hay un reloj, ni por supuesto ventanas que den al exterior.

Le pide a la chica que espere, y le cierra la puerta mientras va a su cámara a por una bata. Está en esa misma ala, así que no se demora mucho tiempo.

Después abre de nuevo la cámara de Sandra, y la guía por los pasillos de la fortaleza. No tiene muy claro que Samuel aprobase esa excursión nocturna, pero su instinto le dice que es mejor no cortar las primeras manifestaciones de interés que muestra la chica en tantos meses.

La mujer se ciñe un poco más la bata, y se cierra el cinto con una lazada. No está correctamente vestida para andar por la fortaleza. Claro, que a esas horas es difícil que se cruce con alguien. Y, en cualquier caso, la nueva receptora aún tiene peores pintas que ella. Pobre niña, tan guapa y vestida con ese enorme pijama verde de hospital. Es lo único que disponen para los nuevos receptores. Tendrá que informar a Samuel de la imperiosa necesidad de comprarle ropa nueva.

Sandra camina al lado de Lola, asombrada por la cantidad de pasillos y de puertas que hay en el lugar. Desde que se cortó la mano empezó a cuestionarse si en las palabras que le habían transmitido el viejo y su responsable había alguna parte de verdad. Y, sin duda, ver aquel despliegue estructural aumentaba la credibilidad de esa supuesta “orden”. Todas las puertas tienen en su exterior una especie de lector electrónico de última tecnología. Seguramente ese aparatito es el causante de que ella

no pueda salir a su antojo de su cámara.

¿Por delante de cuántas puertas han pasado ya? Debería haberlas contado, para hacerse una idea de la cantidad de gente que vive allí. Supone que todos obligados, como ella.

En ese momento se cruzan con un chico joven, de unos veinticinco años, que las mira ligeramente sorprendido. En especial a Lola.

—Buenas noches. —Saluda amablemente, haciendo un cortés gesto de cabeza.

—Buenas noches, Eneko. —Responde algo ruborizada, quizás debido a su atuendo.

El chico sonrío a Sandra, pero ella no le devuelve la sonrisa. Después se aleja andando tranquilamente, en dirección contraria a la de ellas.

Vaya, por su expresión no parecía que lo estuviesen obligando a permanecer en aquel lugar. Es más, parecía feliz. Sin duda debe llevar mucho tiempo allí para haber aceptado su secuestro.

—¿Cuánto tiempo lleva este chico aquí? —Se permite el atrevimiento de preguntar. Sin embargo la mujer contesta de buena gana, feliz de mantener una conversación con ella.

—¿Eneko? ¿O Jairo?

—Eneko.

Lola exhala un suspiro, y empieza a hacer memoria.

—No estoy segura... Cuando yo llegué él ya estaba aquí. Giran a la derecha y enfilan un nuevo pasillo, un poco más amplio que los anteriores. —Unos doscientos años, más o menos.

Sandra enmudece del asombro. ¿El chico joven tiene cerca de doscientos años?

—¿Y tú? ¿Cuántos años tienes, Lola? —Inquiere con un hilito de voz. Sabe que es de mala educación preguntar a una señora de avanzada edad por sus años, pero está casi segura de que este caso constituye una excepción.

—Cumpliré ciento treinta y cuatro en agosto. —Responde, con una amable sonrisa.

Llegan al final del pasillo, y la mujer se detiene frente a la última puerta.

—Eres afortunada de tener a Jairo como compañero. Probablemente, después de Samuel, sea el receptor más poderoso de la fortaleza. —Después le pasa una mano por la espalda y le hace una friega alentadora. Sandra se estremece. Hace meses que no siente ningún tipo de contacto—. Ya verás, vas a aprender muchísimo de él.

Aunque sus palabras son de aliento, también hay un deje de tristeza en ellas.

Lola sabe que hay muchas diferencias entre los receptores basadas en sus poderes. De estos también dependen las misiones encomendadas. Y, siendo francos, ella no ha desarrollado grandes poderes precisamente. Aunque peor es el caso de Eneko, al cual aventuraban un enorme potencial, que se perdió al morir su principal fuente de energía antes de que el muchacho pudiese recibirla.

Pero no es momento para ponerse melancólicos. Ella aporta a la orden todo lo que tiene y más, porque voluntad no le falta. Aunque si se compara con el joven que descansa tras esa puerta sus poderes son ridículos, tiene que reconocer que es muy poderosa. Es más, si Sandra supiera lo que es capaz de hacer esa mujer con baja autoestima, se habría quedado anonadada. Y, bueno, si supiera hasta donde se aventura la capacidad de Jairo, no habría salido de su estado de shock.

Lola golpea la puerta con los nudillos. Por lo visto la privacidad de Jairo es más importante que la suya. Claro, que Sandra no imagina que sólo el propio Jairo puede abrir esa puerta, a diferencia de la de ella, que la puede abrir todo el mundo.

Jairo se incorpora de la cama. ¿Han llamado a su puerta? Normalmente nadie lo hace.

Tarda en abrir. No estaba dormido. Estaba tumbado encima de la cama, dándole infinitas vueltas a todo lo relacionado con su compañera. Sólo llevaba puestos unos vaqueros, así que se pone la primera camiseta que pilla.

Abre y se queda mirando a las dos mujeres que lo han visitado a esas horas.

—Os dejo solos. —Dice Lola, y se aleja no sin antes dedicarles una sonrisa a ambos. Está realmente feliz de que la chica esté saliendo de ese pozo en el que había caído.

El chico apoya el codo con chulería en el marco de la puerta, sin permitirle pasar. Su pelo negro está ligeramente despeinado, pero le queda bien. Es difícil que a alguien tan guapo pueda quedarle algo mal. Sin embargo la chica apenas se fija.

La mira y enarca una ceja, esperando una explicación que no parece dispuesta a dar a no ser que se la exijan.

—¿Y bien? —Espeta secamente.

—Vengo en son de paz. No hace falta que seas tan borde.

—Habló miss simpatía.

Se dedican gélidas miradas durante unos instantes.

—¿Y a qué has venido exactamente, con ese son de paz que dices?

—¿Tengo que explicártelo en el pasillo? —Dice ella, poniendo los brazos en jarras.

Jairo se retira de mala gana, y le deja un hueco para que pase.

—¡Tu habitación es más grande! —Se queja automáticamente, al constatar el enorme tamaño de esa cámara. Como mínimo, quintuplica al de la suya. Se le hace raro que esté tan poco personalizada. Al igual que en la de ella, todo es odiosamente blanco. No hay nada decorado por él.

—¿Qué esperabas? —Inquiere con prepotencia—. Ya soy veterano.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Siente un ligero escalofrío al formular la pregunta. Resulta extraño estar frente a un joven sólo en apariencia. ¿Cómo de anciano será Jairo?

—Cuatro años.

—¿Qué? ¿Sólo?

—¿Te parecen pocos?

—Lola lleva más tiempo que tú.

Jairo se encoge de hombros con indiferencia y se tumba en la cama bocarriba, ocupando todo el hueco e imposibilitando a Sandra barajar la opción de sentarse junto a él.

—Supongo que me lo he ganado.

Ella mira alrededor. No puede evitar echar un vistazo dentro del cuarto de baño. Es más grande que su propia habitación. ¡Si hasta tiene una bañera de hidromasaje enorme! Ella sólo dispone de una pequeña ducha.

—Puedes usarla alguna vez, si te apetece. —Dice él con sorna, adivinando sus pensamientos.

Sandra lo mira furiosa.

—Ya. —Dice toscamente, adivinando el tipo de chico que es—. Y supongo que tú irás incluido en la oferta, ¿no? No, gracias. —Y hace un mohín con la boca. Jairo empieza a reír, y pronto su risa se convierte en carcajadas.

Ella espera a que se le pase, de pie en el centro de la habitación, con los brazos férreamente cruzados sobre el pecho.

—Venga. Ahora en serio. ¿A qué has venido?

—A retomar la conversación de antes.

—¿Exactamente desde el punto donde la dejamos? —Inquire él con ojos maliciosos, quizás forzándola a que se disculpe. Pero ella no cede.

—Exactamente como estábamos no. Ya te he dicho que vengo en son de paz.

—Permíteme que lo dude. —Se coloca los brazos sobre la cabeza y fija la vista en el techo, ignorándola con descaro.

Sandra respira profundamente. Ha de armarse de paciencia.

—Te haré una confesión, para que veas que estoy dispuesta a ser un poco más... más... receptiva. —Dice, cuando por fin encuentra la palabra adecuada.

Parece que ha llamado la atención de Jairo, que ha dejado de encontrar interesante el techo y ahora centra toda su atención en ella. Sus ojos azules la miran con una penetrante curiosidad.

—Te escucho.

La chica relaja la expresión, dispuesta a aflojar un poco.

—No intenté suicidarme. —La curiosidad de Jairo se torna en una mueca incrédula. “Sí, ya”, parece estar pensando. Tiene que ser más precisa para que la crea—. Sólo quería comprobar esa extraña capacidad de curación que tengo.

El chico se incorpora. Está hablando en serio. Pero es lógico que todos pensasen que su propósito era acabar con su vida.

—Aquí todos la tenemos. —Explica, y le indica con un gesto de cabeza que se sienta en la cama.

Ella prefiere hacerlo en la silla que está frente a un escritorio, cómo no, blanco. Se sienta y lo mira, dispuesta a escuchar todo lo que tenga que contarle.

CAPITULO 32

Varios meses después de la muerte de Sandra, en la Fortaleza.

—¿ENTONCES se supone que estuve en un estado de latencia? —Dice, intentado organizar sus ideas.

—Eso es.

—¿Cuánto tiempo?

—Alrededor de seis meses.

Se estremece. No sabía que había sido tanto tiempo. Directamente, no sabe ni en qué mes se encuentra.

—Estamos ya en 2011, pues. —Supone, y Jairo asiente—. ¿Y cuánto tardaste tú en despertar? —Inquieta, sintiéndose más cercana a él ahora que sabe que murió hace tan poco tiempo.

—Eso no es relevante. —Sentencia, tajante.

—Para mí sí. Además has dicho que vas a contestar a mis preguntas. —Dice ella muy seria, mirándolo desde la silla. Jairo está semi tumbado en la cama.

—Quince días.

Sandra abre la boca para responder lo primero que le viene a la mente, pero después la cierra, pensándolo mejor.

—¿Y entonces? ¿Soy algún tipo de bicho raro?

El chico ríe.

—No. El raro aquí soy yo. Hay gente que tarda años enteros.

La chica arruga la nariz ante la perspectiva. Le resulta extraño mantener esa conversación sin ser una demente.

—¿Y durante ese tiempo recibí la energía de mis seres queridos, que se transforma en poderes?

Intenta hablar con toda la naturalidad del mundo. Tiene que ser fuerte si quiere llevar a cabo su plan. Pero, la verdad, le cuesta horrores.

—Lo vas pillando, por fin.

—¿Y dónde se supone que están esos poderes?

—Ya se irán manifestando. Una forma de acelerar el proceso es entrenar.

—¿A qué te refieres? —Inquieta ella, asustada ante la sola idea de realizar un entrenamiento de habilidades paranormales.

—¿A qué me voy a referir? Pues a entrenar, tanto física como mentalmente. Como tú misma has dicho, tu poder de curación ya ha aparecido.

—¿Entonces saldrán más?

Jairo sonrío. Habla de sus habilidades como si fuesen setas que brotan de repente por el campo. Pero Sandra no sonrío. Es más, parece repentinamente triste. El chico

se incorpora, y posa sus ojos en los de ella.

—¿Estás bien?

—¿Y qué pasa si no quiero esos poderes?

—¿Cómo no vas a quererlos? —Se extraña. Aún no ha conocido a ningún receptor que reniegue de ellos.

—Te los regalo. —Murmura, apesadumbrada.

En otra ocasión, Jairo se habría reído por su ocurrencia. “Regalar sus poderes. Sí, claro. ¿Y qué más?”. Pero está serio, puede decirse que incluso preocupado.

—No quiero tenerlos. Yo lo único que quiero es volver con mi familia... —La fachada de Sandra se resquebraja unos instantes y a penas puede contener el llanto.

El deseo de Jairo de consolarla es tal que casi le duele. Sin embargo, no se mueve ni un milímetro de la cama. La observa en silencio, hasta que ella vuelve a hablar.

—Me cuesta aceptar el hecho de que de verdad esté muerta.

—Ya lo irás asumiendo. El paso de los años sin cambios físicos ayuda a ello.

—De todas formas creo que si se lo explico correctamente a mis padres, lo aceptarán. Mi madre es muy creyente, y puede que esto no entre dentro de sus esquemas, pero estoy segura de que no me darán la espalda...

—Sandra. —La interrumpe, muy serio. Ella lo mira con ojos interrogantes, y a él se le cae el mundo encima. La chica no ha entendido nada. O quizás él no se lo ha sabido explicar, y ahora tiene que matizar uno de los aspectos más importantes. El que más daño va a hacerle a esa pobre chica—. No puedes volver a ver a tu familia.

—Pero...

—No, Sandra. Lo digo en serio. Nunca más volverás a verlos.

Ella parece desconcertada, sin saber si tiene que enfrentarse a él por prohibírsele o darle la oportunidad de explicarse.

Jairo se queda momentáneamente en blanco, cosa que no le había ocurrido en la vida. Después se serena. Tiene que explicárselo correctamente, para que no le quede ni un ápice de duda.

—La energía que emanan tus seres queridos y que ha llegado a ti es unidireccional. Si te encuentras con ellos, tiene lugar un cambio de dirección del flujo de poder. Un flujo de energía así no puede resistirlo un simple cuerpo humano.

—No, eso no puede ser...

Jairo la observa con expresión pétrea, aunque por dentro está desolado. Sabe que le está ocultando una parte muy relevante de la información, y que una media verdad también es una media mentira. Pero lo hace por su bien.

—No, no, no... —Sandra ha empezado a negar incesantemente con la cabeza, empezando a temer que nunca más pueda volver a ver a su madre, ni a su padre, ni a la pequeña Elisa, y no puede soportarlo—. No. No puede ser. Jairo por favor, dime que no es verdad. —Suplica, con los ojos llenos de lágrimas. Con una pena que atraviesa el corazón del chico.

Se levanta y se acerca a ella, y la seriedad de su expresión es suficiente

afirmación para Sandra.

—¡No! ¡No! —Ahora está gritando, y se intenta zafar de los brazos de Jairo, que pretenden abrazarla o algo por el estilo—. ¡No! —La chica jadea, y rompe a llorar incontroladamente. Tiembla de pies a cabeza.

Jairo se hace con ella. Le sujeta férreamente las muñecas con una mano, y con la otra la atrae hacia su cuerpo. Siente su pecho contra el suyo, y su pelo rozándole la mandíbula. No sabe por qué ha hecho eso, pero de alguna manera ha conseguido calmarla. Es como si su deseo de consolarla finalmente se hubiese hecho realidad, como si hubiera traspasado su pecho y se estuviese introduciendo en el de ella.

Sandra se queda repentinamente sin fuerzas. Sus piernas fallan y Jairo la suelta inmediatamente para poder sostenerla con ambos brazos.

—No... —Solloza en un susurro apenas audible.

No está inconsciente, pero su cuerpo no parece por la labor de responderle. O tal vez haya sucumbido a la terrible información que acaba de darle.

Sujetando todo su peso, la conduce hasta su cama, y con cuidado la tumba. Después se acerca al armario y empieza a rebuscar en su interior. Cree recordar que por algún sitio había una manta... Sí, ahí está. La desdobra y la extiende con suavidad sobre el cuerpo de ella, que le parece más menudo que nunca. Débil, indefenso. Ella lo mira con sus tristes ojitos felinos, como si de alguna manera quisiera agradecerle el gesto y después los cierra. Los cierra durante un montón de horas seguidas. Tiempo en el que Jairo no se despegaba de ella, preguntándose qué puede hacer para ayudarla. Y lo que es más importante, preguntándose por qué desea tanto hacerlo.

En la actualidad.

Se han puesto nuevamente en marcha. El silencio que los acompaña en esta ocasión es diferente a los anteriores. Está cargado de resentimiento. Ambos guardan palabras que tendrían que haber dicho, y que no dijeron. Por el contrario, sobre sus conciencias pesan las otras palabras. Esas que sí expresaron y que no tuvieron que haber pronunciado.

Sandra está especialmente triste. Primero el sueño con Elisa, que la ha abatido. Es horrible no poder recordar con total nitidez los rasgos de un ser querido. Después la tremenda discusión con Jairo. Sabe que ha intentado pagar con él su mal genio, y que Jairo no es de los que cargarían con eso a la ligera. Y, para ser sinceros, ha sido el follón que ha tenido con él lo que la ha hundido.

No se atreve siquiera a mirarlo. Tiene la vista fija en la carretera.

El paisaje pasa veloz a su derecha, y la cálida brisa sopla sobre su rostro, apartándole suavemente el pelo de la cara.

Han cambiado de emisora, y suena “Por el miedo a equivocarnos”, de Maldita Nerea. Curioso nombre para un grupo, que se gana un puñadito de enemigas incluso

antes de sonar.

*“Éramos distintos, imposibles
y un futuro menos claro.
Entender bien lo que dices
me hace sentirme tan raro.*

*Empieza todo a hacerse triste,
a quedar del otro lado.
Tú también lo prometiste.
Fuimos dos equivocados, equivocados.”*

Sandra se estremece, pese al calor de la mañana.

*“Mal recuerdo nos persigue.
Fuimos dos equivocados, equivocados.*

*Me voy, me voy
Porque este sitio está lleno
de noches sin arte,
de abrazos vacíos,
de mundos aparte,
de hielo en los ojos,
de miedo a encontrarse,
de huecos, de rotos, de ganas de odiarse.
Ya lo llevo sintiendo, me quedo sin aire.
La estrella ha caído, se muere, se parte.
Sólo es un infierno sostenido
por el miedo a equivocarnos.”*

*“Y sólo digo que nunca quise hacerte daño
pero todo se nos fue
y aunque ahora somos como extraños
yo jamás te olvidaré.”*

Sabe que no es momento de arrepentirse. Sabe que no es momento de pensar en lo que pudo haber sido. Lo sabe, pero no puede evitarlo. Reprime las ganas de llorar. No, ella es fuerte. Se ha forjado a base de golpes, de golpes duros. Pero anhela a ese extraño que en pocos meses se convirtió en alguien importante, necesario. Imprescindible. Al mismo que la tiene retenida contra su voluntad. Y ahora vuelven a ser los extraños que nunca debieron dejar de ser. ¿Cómo algo que iba por tan buen camino se pudo torcer en sólo unos minutos? ¿Por qué una decisión mal tomada

puede cambiar totalmente el rumbo? A diferencia de la canción, en su historia sólo hay una equivocada. Lo siente en cada palabra de Jairo, en cada latido de su corazón, en la rozadura de la muñeca... ¡Bien cara le está haciendo pagar el chico su equivocación! Pero no. No es momento de hacerse preguntas que no tienen respuesta, de imaginar finales alternativos para una historia que terminó incluso antes de empezar.

Hace varios meses, en la Fortaleza.

Sandra parpadea para focalizar la vista. Al principio no reconoce la estancia. Sólo le resulta familiar ese color blanco al que tanta manía ha cogido. Después lo ve a él.

Está de pie, apoyado en el escritorio, observándola. Parece preocupado. Sus ojos se encuentran, y ella recuerda por qué está ahí, y lo último que pasó antes de que se quedara dormida. No puede reprimir una mueca de espanto, a la que acompañan nuevas lágrimas.

—Sandra. Eh, venga. Escúchame. —Jairo se ha acercado, y le toca con suavidad el hombro. Ella lo mira, con los ojos encharcados—. Eres fuerte, puedes lidiar con esto. Y yo voy a ayudarte, ¿de acuerdo? —Y hay una determinación tan férrea en sus ojos azules que, durante un instante, Sandra lo cree. Pero segundos después aparta su mirada y continúa llorando, silenciosamente.

—Voy a traerte un café caliente. —Murmura, y desaparece de la habitación.

Sandra intenta recomponerse del nuevo golpe que ha sufrido su maltrecho corazón. Pero tiene que ser valiente. Se lo debe a sí misma, y se lo debe a su familia. Tiene que ser fuerte para seguir con su plan.

Se enjuaga los ojos con brusquedad, y aparta la manta de un manotazo. Al hacerlo, un delicioso aroma la rodea. Esconde la cabeza en el almohadón. No es el olor de la manta, es el olor de Jairo, que inunda toda la habitación.

En ese momento aparece, precedido por un zumbido, con un vasito de plástico en la mano. Es chocolate caliente, de esos que sirven máquinas automáticas y que tienen un palo de plástico por cucharilla. El chico ha pensado que no era muy conveniente llevarle un café, dado su estado de nervios.

Sandra se incorpora.

—Ten cuidado. Está muy caliente. —Dice él extrañamente protector, pero ella hace caso omiso y se lo arrebató de las manos.

Da un pequeño sorbito y se quema el labio superior. Exhala un pequeño sollozo, sintiéndose aún más desgraciada, pero se contiene.

Jairo se sienta en la cama, guardando las distancias. Permanecen un largo rato en silencio. Sandra va bebiendo poco a poco el chocolate. La cálida sensación que le

produce es reconfortante.

—Dime una cosa. —Dice, saliendo del estado de ensimismamiento con el que miraba el vaso—. Si estoy muerta, ¿por qué necesito beber esto?

Él no puede evitar sonreír, pese a lo crudo de la situación.

—Has visto muchas películas.

Sandra se encoge de hombros.

—Pues en los últimos meses no he comido mucho y no me ha pasado nada.

—Eso explica tu aspecto. Estás horrible.

—Vaya, gracias. —Y por primera vez, una tímida sonrisa aparece en el rostro de ella. Es minúscula, tanto que casi no merece ni llamarse así. Pero es la más bonita que Jairo ha visto en su vida, y ha iluminado la estancia entera.

—A partir de ahora comerás más. —Le dice muy serio—. Prométemelo.

—Yo no juro. —Dice ella inmediatamente, por costumbre.

—No te he pedido que lo jures. —Dice él, disimulando el asombro ante una costumbre tan mortal como la que acaba de mostrar Sandra.

Lo mira. Es verdad, no ha dicho eso. Le ha dicho que lo prometa. Hace un pequeño gesto con la cabeza, apenas perceptible, pero que por lo visto es su manera de asentir.

Le quita el vasito vacío de las manos, y se levanta para tirarlo a una papelera que hay bajo el escritorio.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Sandra sale a regañadientes de la cama. Si por ella fuera, se quedaría ahí por los siglos de los siglos. Pero claro, no es su cama sino la de él, y no puede atrincherarse en un cuarto que no sea el suyo. Salen al pasillo. La temperatura allí es ligeramente inferior.

Lo sigue, pasando al lado de decenas de puertas, y llegan a un ascensor metálico que no había visto antes. En el panel todos los números son negativos. Ya no tienen duda de que están en algún lugar bajo tierra. Siente un escalofrío. Qué mal rollo. Jairo pulsa el -5, y comienzan el descenso. Por lo visto se encontraban en la planta -3.

Las puertas se abren y salen a una enorme estancia, que tiene más luz que los pasillos de las habitaciones. Parece un restaurante sin clientes. Está lleno de mesas para unas ocho personas cada una, y hay una enorme barra con soporte para arrastrar bandejas, similar a las que hay en los hoteles que tienen buffet libre.

Decenas de mostradores transparentes refrigerados muestran toda clase de platos, cuidadosamente tapados con film.

—¿Por qué no hay nadie?

—Porque son más de las cinco de la mañana.

Sandra arruga la nariz. No sabía que había dormido tanto. Tampoco sabía a qué hora se quedó dormida, la verdad. Y claro, tampoco sabe que Jairo no se ha separado de ella ni un instante.

—A estas horas apenas hay platos, pero a las horas de las comidas hay gran variedad.

¿Que ahora hay pocos platos? ¿Bromea? A simple vista le parece que ve, por lo menos, siete primeros diferentes.

—También hay máquinas expendedoras. —Dice señalando una esquina, en la que no sólo hay máquina de café, sino también de snacks salados y dulces—. ¿Te apetece algo?

—Sí, bueno... Un kit kat. Pero no llevo dinero...

Jairo sonrío ante su inocencia.

—Aquí no hace falta pagar. —Y se aleja de ella en dirección a la máquina. A los pocos segundos vuelve con dos kit kats—. Toma. Y este por si te entra hambre cuando estés en la habitación.

Ella coge las dos chocolatinas que le tiende, y se dirigen juntos hacia el ascensor.

—¿Los cocineros también son receptores?

—No, son gente normal y corriente.

—¿Y no les parece raro trabajar aquí?

Jairo marca el —3 y comienzan a subir.

—Hay mucha gente que opta por ignorar lo que tiene delante de las narices por una buena suma de dinero. Y a otros simplemente Samuel les echó un conjuro de silencio.

—Ah. —Es todo lo que responde ella.

Salen del ascensor, y Sandra lo sigue no sabe muy bien hacia donde.

—En la cafetería podrás conseguir comida siempre que tengas hambre. ¿Crees que podrás recordar el camino?

—Difícilmente podré recorrerlo si la puerta de mi habitación me impide salir de esos tres metros cuadrados en los que vivo.

Jairo sonrío, y se detiene frente a una puerta. Coloca la mano sobre el lector, pero por lo visto no para que se abra. Mira fijamente la pantalla durante unos instantes y después sonrío.

—Ya está.

—¿Ya está qué?

—Ahora puedes salir de tu habitación siempre que quieras.

Sandra lo mira a él, y luego a la puerta. En la esquina superior derecha está el setenta y tres formado con números metálicos. ¿Es su habitación? Ni siquiera sabía el número.

—¿Y no te da miedo que vaya a escaparme?

Jairo suelta una carcajada.

—Es imposible que te escapes de aquí.

—¿Tú lo has intentado? —Le dice ella, muy interesada por la posible respuesta.

—Claro que no. ¿Por qué querría escaparme de aquí? —Y hace un gesto con las manos, señalando los muros, como si fuese el más lujoso de los palacios.

—¿Ni siquiera en los primeros momentos? ¿Bromeas? —No da crédito a lo que escucha.

—Esta vida no está tan mal. —Responde, encogiéndose de hombros.

—No quiero ni imaginarme el desastre de vida que debías de tener antes para pensar de este modo. —Sentencia, con los ojos abiertos de par en par.

Una extraña emoción ha pasado fugaz por el rostro de Jairo. Tanto, que ni siquiera le ha dado tiempo a identificarla. ¿Es que ha dicho algo que le haya molestado?

—Bueno, Sandra, piensa en todo lo que te he contado. Mañana ya me harás más preguntas. —Su voz se ha vuelto repentinamente gélida, así que sí, ha debido de molestarle el comentario.

—¿Estás cansado?

—Yo no. Pero tú necesitas dormir. —Ahora su tono ha vuelto a relajarse, y sus ojos son amables.

Posa la mano en el lector y le abre la puerta. Una cosa es que haya cambiado la configuración para que ella pueda salir, y otra muy diferente es que se haya quitado su propia autorización. Piensa seguir entrando cuando le plazca.

—Que descanses.

—Gracias. —Murmura ella.

Espera a que la puerta automática se cierre, y después comienza a caminar en dirección al ala B.

CAPITULO 33

Varios meses después de la muerte de Sandra, en la Fortaleza.

NO sabe qué le sucede. No ha podido pegar ojo en la poca noche que quedaba. Ha estado todo el rato con Sandra ocupando su mente. Además, su almohadón olía ligeramente a ella, lo que no ha ayudado a que conciliase el sueño.

La chica no lo está pasando bien, vale. Pero desde que sabe que no intentó suicidarse, ve su restablecimiento como algo más realista. De todas formas no es de extrañar que llegasen a esa conclusión. Lo que sí es de extrañar es que alguien provoque semejante escabechina para comprobar su capacidad de curación. ¿Qué se hizo exactamente para producir esos charcos de sangre? ¿No le bastaba con hacerse un pequeño arañazo?

Son más de las diez, y ya va siendo hora de levantarse. Se incorpora de la cama y se da una ducha rápida en su bañera de hidromasaje. Para ser sinceros, no la utiliza para otra cosa. Después se viste y sale al pasillo. Es una pena que sea tan temprano, seguro que su compañera dormirá unas cuantas horas más.

Se dirige al ascensor y baja a la cafetería. La estancia ofrece un panorama completamente diferente al de la noche anterior. Varios receptores lo saludan y le hacen gestos para que ocupe uno de los asientos a su lado. Él los saluda con la cabeza, y camina hasta la máquina del café. No va a quedarse a charlar, sólo quiere tomar un café rápido e irse a la piscina. Nadar lo ayudará a dejar la mente en blanco.

Pero en ese momento cambia de opinión. Acaba de ver una figura que entra a hurtadillas por la puerta y se dirige veloz hacia la máquina de la esquina, intentando pasar lo más desapercibida posible.

Sandra escudriña el interior de la máquina expendedora, localiza el kit—kat y teclea el número con rapidez. Lo último que quiere es que alguna de esas decenas de personas repare en ella.

—Buenos días. —Una voz a sus espaldas la hace dar un brinco. La chocolatina se le ha caído al suelo por el susto.

Jairo la recoge y se la tiende.

—Hola.

—¿Qué haces despierta tan pronto?

—Podría preguntarte lo mismo. —Responde, y tras quitarle bruscamente la chocolatina de las manos, se dirige veloz hacia la puerta de salida.

El chico no espera a que el café esté listo. Se da prisa por seguirla. Ninguno de los receptores veteranos muestra el más mínimo interés por la chica. Hace algunos años, la llegada de un nuevo miembro hubiese constituido todo un acontecimiento, como

cuando lo recibieron a él. Sin embargo ha habido un aumento de ataques en los últimos meses, y los nuevos receptores van llegando un día sí y otro también. Eso supone una sobrecarga de trabajo para los luchadores como él. En la última misión, sin ir más lejos, tuvo que asumir también las funciones de rastreador. Y después de lo ocurrido no hay más que ver en lo que ha quedado. Relegado a actuar de niñera. Aunque este encomiendo se lo está tomando con un interés especial.

Alarga las últimas zancadas, y mete la mano entre las puertas que estaban a punto de cerrarse. Después entra en el ascensor por el cual ella intentaba desaparecer.

—¿Qué haces? ¿Por qué no me esperas?

—¿Tú que crees? —Dice haciendo aspavientos verticales para que mire cómo va vestida—. Intento pasar desapercibida.

A Jairo le hace gracia la expresión de la chica. Pero tiene razón, necesita otra ropa.

—Me alegra ver que he encontrado tu punto débil. —Y hace un gesto señalando la chocolatina que lleva en la mano.

—Lo extraño sería que hubieses encontrado algún punto fuerte. —Murmura, y sale del ascensor cuando llegan al -3—. ¿Continuamos la ronda de preguntas y respuestas? —Propone, y él acepta de buena gana, pues lo que más le apetece en ese momento es estar con ella.

—¿En tu habitación o en la mía? —Inquiere Sandra.

—Suen a proposición indecente. —La mira con ojos burlones, pero ella ignora su buen humor.

—Pues no lo es. Vamos a la mía.

—Ya se algo más de ti. —Dice con malicia.

—¿El qué?

—Que tienes un despertar de perros.

Sandra hace una mueca como respuesta, y presiona la palma sobre el lector. Es increíble que esa pantallita sea capaz de reconocer sus huellas dactilares.

—Le he dado vueltas a lo de anoche y me quedan dudas. —Lo informa, sentándose en la cama. Jairo permanece de pie, sintiéndose súbitamente ahogado en ese pequeño cubículo, a solas con ella.

—Dispara.

—No, eso ya lo he descartado. No me serviría de nada, ¿no?

—¿Cómo dices?

—Dispararte. —Explica ella, como si fuese algo evidente—. Es igual, olvídale.

Las palabras de Sandra fluyen solas. La presencia de Jairo, con esa arrebatadora belleza, esos anchos hombros y esos ojos azules embrujadores parece que, increíblemente, no le hace tartamudear ni enrojecer, como hubiese sucedido tiempo atrás, en su antigua vida. Todo lo contrario a lo que le ocurre a él. Debería estar acostumbradísimo a desenvolverse con desparpajo con cualquier chica. Para algo ha estado rodeado siempre de las más guapas y populares. Sin embargo hay algo en

Sandra que lo hace sentirse inseguro. Hay algo en ella distinto, algo a lo que no está acostumbrado y a lo que no es, precisamente, inmune.

—¿Qué quieres saber?

—A ver. Según dijiste, todos los receptores mueren de forma horrible.

—Sí. —Es así de triste, cuanto peor es la muerte de uno, más te lloran los demás.

—Vale. Pues, para empezar, quiero saber cómo moriste tú.

Esas palabras caen como un jarro de agua helada sobre Jairo. Su sonrisa desaparece, y se pone a la defensiva.

—Eso no es algo que te interese.

—Yo decido lo que me interesa, ¿no?

—Y yo decido qué te quiero contar de mi vida privada.

Sandra está sorprendida de su cambio de actitud, pero no tiene mucho tiempo para pensar en ello.

En ese momento se abre la puerta y aparece Lola, con una bandeja sobre la que hay un vaso de leche y una pila de galletas.

—Buenos días, bonita. Me alegra verte despierta.

—Buenos días, Lola. —Le responde, intentando ser amable para compensar todo el tiempo que la ha ignorado. No parece una mala mujer.

—Samuel quiere verte. —Le comunica a Jairo. El chico se pone de pie y sale de la habitación sin decir adiós, dando por concluida la conversación.

En la actualidad.

La pena ha sido el tercer compañero de viaje durante todo el día. Ninguno quiere excusarse, y aunque ninguno va a reconocerlo, preferirían que la discusión no hubiese tenido lugar. Sandra mantiene la vista gacha, y Jairo no se quita las Rayban. Ninguno de los dos mira al otro.

Aminoran la velocidad. Por primera vez en un par de horas, ella eleva la mirada, buscando respuestas. Jairo ha frenado. ¿Por qué se detienen? Entonces lo ve. Hay un coche rojo, un deportivo, parado en la cuneta. También las ve a ellas. Tres chicas rubias, seguramente inglesas, intentando cambiar una rueda. Dos de ellas les hacen gestos con los brazos.

Jairo detiene el coche a escasos metros por delante del deportivo. La chica frunce el ceño. No hace falta que le diga nada, ya sabe cuál es su intención. “El caballeroso Jairo salvando no a una, sino a tres damiselas en peligro”. ¡Por favor! Se pregunta si se habría detenido de no ser tres chicas despampanantes.

—¿No bajas? —Le pregunta, sacando la llave del contacto. Es la primera vez que se dirige a ella. Sin embargo no obtiene respuesta. Sandra se limita a cruzarse de brazos y fija la vista en el arcén—. Como quieras.

Lo ve alejarse del R8 por el retrovisor, y acercarse a ellas. Las chicas le dan la

bienvenida con sus relucientes sonrisas británicas. Lo miran de arriba abajo. No hace falta ser muy lista para saber lo que estarán pensando.

Jairo habla inglés con fluidez y desparpajo. Incluso las hace reír. De nuevo está desplegando sus encantos. Esos mismos encantos que parece no tener con ella. También hace gala de su innata capacidad de conversación, esa que ha brillado por su ausencia durante todo el viaje.

Sandra se muerde las uñas. Las inglesas son demasiado guapas, demasiado rubias (no como su estúpido pelo, que no se sabe ni de qué color es), sus risitas demasiado estridentes, sus shorts demasiado cortos y sus escotes demasiado pronunciados. Ahoga un gemido. Estaba tan absorta mirándolas por el retrovisor que se ha mordido la yema del dedo y se ha hecho un pequeño corte. Lo que faltaba. Pero bueno, no importa, sanará enseguida. Tiene que aprender a controlar esos estúpidos pensamientos.

Jairo se agacha y se dispone a cambiar la rueda. Las chicas no pierden detalle y se dirigen miradas intencionadas. Profieren risitas tontas aproximadamente cada dos segundos, en una incesante serenada de simpatía. Qué pesadas. Una de ellas deja de mirar el escultural cuerpo del chico, y posa su vista en Sandra. Sus miradas se encuentran en el espejo retrovisor. La guiri la aparta rápidamente, al sentirse descubierta. Seguramente se estará preguntando si la chica del descapotable es la afortunada novia. ¡Si ella supiera por qué están juntos...!

A Jairo le cuesta poco más de dos minutos cambiar la rueda. Las chicas parecen alucinadas. Se deshacen en halagos y elogios. Por desgracia Sandra sabe demasiado inglés como para no enterarse. El chico se despide, pero las inglesas se resisten a que se vaya tan pronto. Hacen fila, y le dan un par de sonoros besos en las mejillas, una tras otra. ¡Seis besos ni más ni menos! ¿Era necesario? ¿No bastaba con un simple “gracias”?

Las tres besuconas miran a Jairo alejarse, derretidas por esos andares chulescos.

—Qué caballeroso. —Repone Sandra con desdén, cuando ocupa el asiento del conductor.

—Y tú qué borde. Podrías haber salido a saludar por lo menos. Eran muy simpáticas.

—Sí, ya me imagino cuánto. —Hace un mohín, y vuelve a cruzar los brazos—. No pierdes ocasión de ligar que se te presente, ¿no? —Sandra no lo pretendía, pero su tono ha sonado a reproche.

—No estaba ligando. —Reconoce él, y es cierto. Le pareció mal dejarlas a su suerte en medio de esa zona desértica. Y además, él parece haber perdido la capacidad de interesarse por el género opuesto, salvo por la excepción que acapara toda su atención. Muy a su pesar, dicho sea de paso.

—No, claro. —Dice Sandra, exagerando las palabras y gesticulando con la mano

libre—. Ahora me dirás que lo has hecho sólo para fastidiarme o algo así, y que no tenías ninguna sucia intención con ellas.

Jairo enarca una ceja. ¿Se refiere a que se ha puesto celosa? En seguida desecha la idea. Por desgracia no tiene esa capacidad sobre ella, pues implicaría que él le importa en algo, y sabe que no es así. De todas formas no puede reprimir una carcajada por lo absurdo de la situación.

Sandra lo mira perpleja, pero después también siente ganas de reír. Aún así las reprime. Sus miradas se encuentran, y de repente todo parece menos grave de lo que era. Permanecen con la vista fija en el otro durante unos instantes, en los que parece que el tiempo se ha detenido a su alrededor y sólo existen ellos dos.

—Te has reído. —La acusa Jairo, divertido.

—No es verdad.

—A mi no me engañas.

Sandra no puede aguantar por mucho más tiempo la censura, y una tímida sonrisa acaba saliendo y encontrándose con la de él.

Han enterrado el hacha de guerra. Bueno, más bien han echado un puñadito de tierra por encima, porque hasta que consigan enterrarla definitivamente pasará tiempo. Pero, por el momento, parece que se han sincronizado en el momento justo para darse una tregua. No hace falta decirlo en voz alta. Los dos los saben.

Jairo arranca el motor y sale a la carretera picando rueda.

Hace varios meses, en la Fortaleza.

—¿Qué quieres? —Le espeta secamente al viejo, sin siquiera dar tiempo a que su silla giratoria de la media vuelta completa.

—Qué mal genio. —Samuel lo observa, divertido.

—Tengo motivos para tenerlo, ¿no crees?

Y, como Jairo es de los pocos que sienten la corriente de energía del viejo cuando intenta leerle la mente, la utiliza para que él mismo saque sus conclusiones sin necesidad de explicarse.

—Oh. —Musita—. Ya veo. —Y se toca distraídamente la barba, pensativo—. Estás molesto porque no te avisé de la última reunión.

—Matiza. —Jairo se dirige a él con desdén—. No me incluiste en la reunión para una misión tan importante como la de Portugal. —Se acerca al escritorio y se inclina sobre él, apoyando ambos puños sobre la madera maciza—. Y sabes que soy el mejor de tus hombres.

—De eso no tengo ninguna duda. —Dice, sin tener muy claro cómo se ha enterado Jairo de que ese encuentro tuvo lugar. Ya lo averiguará.

—Te empeñas en decirme que no pasa nada, pero tus acciones demuestran lo contrario. Estás furioso conmigo por el error que cometí.

—No, Jairo. El único que está furioso contigo eres tú mismo.

El chico da un sonoro puñetazo en la mesa, pero el viejo no se mueve ni un milímetro.

—Controla tus impulsos, muchacho. —Indica con tono amable, pero con ojos firmes.

Jairo tensa la mandíbula y le dirige una mirada furibunda. Permanecen en silencio un par de minutos, aguantando cada uno la mirada del otro. Finalmente el viejo sonrío, ya cansado de ese juego que parece encantarle a Jairo. Quiere al chico con toda su alma, más de lo que ha querido a nadie en varias decenas de años. Pero el hecho de que lo quiera no implica que no tenga que tener mano dura con él, para enderezar su más que torcido comportamiento. De ahí que vaya a proponerle lo siguiente, aun conociendo su reacción de antemano.

—Según comenta Lola, la nueva receptora ha comenzado a hacer avances.

—Se llama Sandra. —Le espeta, secamente. Sabe que Samuel no aceptó su ingreso de buena gana. Y también sabe por qué.

—Está bien. Cuéntame, Jairo, ¿cómo va Sandra?

—Poco a poco, supongo. —Responde, encogiéndose de hombros. Después frunce su expresión—. Claro que podría remitirte un informe más preciso si fuese un experto en esta mierda de encargo que me encomendaste. Tendrías que habérselo mandado a otro, a alguien con más experiencia en asuntos psicológicos, a alguien con más tacto que yo. A alguien que lo hiciese bien.

—¿Quieres decir que lo estás haciendo mal?

—No lo sé.

—No hay nadie que pueda hacerlo mejor que tú. Y además muchacho, no te hagas el ofendido conmigo. Ambos sabemos que no supone para ti una carga tan pesada como pretendes mostrar.

El chico lo fulmina con la mirada, pero no replica.

—¿Me has llamado para que pasemos la mañana charlando? —Cruza los brazos sobre el pecho con chulería.

—Nada más lejos de la realidad. —En su rostro aparece una sonrisa afable—. Tengo otro encargo para ti.

—Y viendo la forma en la que sonrías, imagino que no será de mi agrado.

—Eres muy perspicaz, Jairo.

En ese momento pasa por su mente el rostro de Sandra, y recuerda que tiene que pedirle al viejo que le consiga ropa. En cuanto le exponga su encargo, se lo dirá.

—Eso mismo es lo que voy a pedirte. —Dice Samuel, sacándolo de sus pensamientos—. Tienes que conseguir ropa para Sandra.

—¿Qué?! ¡No! —Brama—. Un no rotundo, por si te cabe alguna duda.

Samuel permanece en silencio a que Jairo siga quejándose.

—¿Me has visto cara de niñera o algo por el estilo? ¡Joder! —Y da otro furioso puñetazo en la mesa, que provoca que un reloj de arena de cristal caiga al suelo y se

haga añicos.

—¿Vas a destrozar parte de mi despacho cada vez que te proponga una misión que no te agrade? —Pregunta con tranquilidad, al mismo tiempo que utiliza su poder para elevar los trocitos del reloj. Flotando en el aire, comienzan a girar y a encajarse unos con otros, hasta que la pieza queda totalmente reparada. Después ella sola se coloca en su sitio.

—¿Llamas misión a esto? Llámalo recado, o marrón, o como te dé la gana. Pero no misión. Sabes que me he jugado la piel de buena gana por la orden siempre que me lo has pedido. Y ahora tengo que conseguirle ropa a Sandra. ¡Ropa! ¿Es que no puede hacerlo otra persona? ¿Lola tal vez? —Dice furioso, entre continuos aspavientos. En apariencia sigue igual de nervioso, pero en realidad se ha relajado un poco tras romper sin querer el reloj de Samuel.

—¿Lola? —Inquiere, levantando la ceja—. ¿Qué te hace pensar que Lola sea más adecuada para esto que tú?

—Hasta donde yo sé, es una mujer. —Replica con sorna.

—Y hasta donde yo sé, tiene más de cien años, Jairo. ¿En serio crees que nuestra Dolores escogería con más tiento ropa para una jovencita del siglo XXI que tú? No creo que la pobre se apañase ni con las tallas, para ser sinceros. —Samuel habla con mucho cariño de ella. Es una de las receptoras más dispuestas que ha habido en la fortaleza. Puede que no sea de las más poderosas, pero compensa de sobra esa desventaja con su total e incondicional disposición hacia los encomiendos que le mandan. De seguro ella no habría reaccionado como lo está haciendo el chico.

Jairo cierra las manos en pétreos puños, con tanta fuerza que los nudillos adquieren un color blanquecino. Se ha quedado sin argumentos. Aun así, no quiere aceptar sin protestar un poco más.

—¿Te has propuesto como meta que caiga en algún tipo de depresión o algo así?

—¿Tú? ¿Cayendo en una depresión? —Profiere una grave carcajada—. No me hagas reír. Antes de que eso ocurra, admitiremos en la orden a algún Askar. Con eso te lo digo todo.

El chico se dirige a la puerta, dando por perdida la discusión y aceptando de mala gana su penitencia. Antes de salir, se vuelve para mirar una vez más al viejo.

—Me estás haciendo pagar a un alto precio mis equivocaciones.

—Yo no te estoy haciendo pagar nada, Jairo.

Tras fulminarlo una vez más con la mirada, sale del despacho.

Recorre el espacio que lo separa del ala D con la mandíbula apretada. Ni siquiera ha saludado a Héctor cuando se han cruzado por el pasillo. No importa. Todos los receptores conocen a Jairo. Todos saben de su enorme poder e infinitas cualidades, pero también del mal genio que viene en el mismo saco.

Abre la puerta de la habitación de Sandra y al verla, inevitablemente, sus

facciones se relajan.

—¿Tan grave ha sido? —Pregunta. Por su expresión no está claro si realmente le preocupa lo que le haya podido decir Samuel.

—Según como se mire. He de conseguirte ropa. Así que tendré que pasar la tarde de compras. —Dice, dejándose caer con desánimo en la cama de la chica. En cuanto se da cuenta de la confianza con la que ha hecho ese gesto, vuelve a ponerse tenso.

—¿En serio? ¡Qué guay! —Exclama ella dando una palmada. Quizás la oportunidad que tanto ansiaba está más cerca de lo que había esperado. Es posible que esa misma tarde pueda escaparse—. ¿Dónde vamos?

—¿Vamos? No, no. Tú no puedes venir.

—Estás de coña.

—Claro que no. Pasará un largo tiempo hasta que puedas salir a la superficie.

La piel de la chica adquiere una tonalidad extraña, tal vez morada, tal vez verde. Pero de seguro provocada por la rabia.

—Pues que te aproveche tu tarde de compras. —Replica, furiosa. Por la forma en la que lo ha dicho parece estar deseando que lo atropelle un autobús o que le caiga un meteorito sobre la cabeza durante las compras. Forma una bola con el envoltorio de la chocolatina y la arroja a la papelera. Pega en el borde y cae al suelo.

—Sólo acato órdenes. No te creas que a mí me hace ninguna ilusión. —Dice, tajante. No le gusta que Sandra se enfade. Claro, que prefiere eso a que esté deprimida, sin lugar a dudas—. ¿Qué quieres que te compre?

—Lo que te dé la gana. —La chica se ha cruzado de brazos.

—Ten cuidado con lo que dices, porque es tu única oportunidad de desprenderte de ese pijama que llevas puesto.

—Qué sé yo. Cualquier cosa básica del Bershka.

—Muy concisa, sí. ¿Y la talla?

—¡Y yo que sé! —Está malhumorada, y no quiere seguir hablando.

—Paso. —Dice, incorporándose de un brinco. Aun encima de que tiene esos miramientos con ella, lo trata así—. Luego no te quejes de lo que te traiga.

Jairo desaparece por la puerta, y pese al enfado y la resignación que tiene Sandra encima, viendo que a corto plazo no va a poder largarse, también se levanta de un salto. No quiere tener que bajar a cafetería hecha un adefesio.

Se asoma al pasillo. El chico ya está llegando a la esquina.

—¡Una S y una 36! —Le grita—. ¡Y también necesito calcetines y esas cosas! ¡Del 38!

Jairo se escabulle dentro del ascensor sin siquiera girarse a mirarla. ¿Calcetines? ¿En serio su nueva misión consiste en comprar calcetines? ¿Y a qué se refiere con “esas cosas”?

CAPITULO 34

Varios meses después de la muerte de Sandra, en una ciudad cercana a la Fortaleza.

ARREBATA con brusquedad el jersey rosa que la dependienta se empeña en mostrarle, y lo deja de nuevo en el stand.

—Ya te he dicho que no necesito ayuda, gracias.

—Es que parece que andas un poco perdido...

—¿Me ves con cara de no saber lo que hago? —Responde él, malhumorado. No sólo tiene que estar en esa tienda con sonido a discoteca, sino que tiene a la joven pegada a los talones desde que ha entrado.

—En absoluto. Tienes cara de saber hacer de todo, y todo a las mil maravillas. — El tono de ella ha sido descaradamente sexual. Es más, lo ha mirado de arriba abajo mientras hablaba. Incluso le ha dado tiempo de morderse el labio en plan travieso.

Jairo mantiene su cara de mala leche, que finalmente consigue espantarla. Sin embargo, ese último comentario de ella le ha hecho gracia, y poco ha faltado para que soltara una carcajada allí mismo. Pero bueno, ahora por fin está solo, y puede dedicarse a la búsqueda de algo ponible entre toda esa marabunta de ropa.

Es como en la peli misión imposible. A cada paso que da pisa una percha, o se tropieza con alguna niña, o una dependienta cargada con una montaña de ropa le corta el paso. Sí señor. Bienvenidos a Bershka. Además esa tienda en concreto no tiene zona de chico, así que no puede echar un vistazo para sí mismo, ya que está.

¿Y no hubiera preferido Sandra ropa de alguna otra marca? No sé, algo más caro, algo que vendan en El Corte Inglés por ejemplo. De sobra se lo pueden permitir, qué dice permitir, pueden derrochar todo lo que quieran. Pero no, ella dijo que ahí, y ahí es donde comprará.

Resignado hasta la médula, se acerca a una montaña de jerseys básicos grises. Mientras busca la talla, otra dependienta se acerca.

—¿Te puedo ayudar?

—No. —Gruñe, sin siquiera mirarla. Con el jersey en la mano, se aleja de allí y camina hasta un perchero en el que hay colgadas unas camisetas. De manga larga, de manga corta y de tirantes. Coge una de cada, cada una de un color.

Ha pasado allí una media hora. Ha comprado siete pantalones, una docena de jerseys y una veintena de camisetas. No tiene ni idea de si las partes de arriba combinarán con las de abajo. Quizás lo más inteligente hubiese sido dejar que la dependienta escogiera por él. Pero ya es tarde. Está saturado de esa tienda, y todo lo que quiere es largarse.

En las cajas le cobra la misma chica que tanto le ha costado espantar. Le dedica un par de miradas mientras quita las alarmas con deliberada lentitud. Es morena, de ojos verdes. Se da un aire a Sara Carbonero.

—Es afortunada. —Comenta con una sonrisa.

—¿Quién? —Jairo no sabe de qué está hablando.

—Tu chica. —Responde ella, señalando la ropa. No está acostumbrada a que la ignoren, y mucho menos a que la rechacen. Así que ha dado por hecho que la única justificación posible para que ese pivonazo de ojos azules pase de ella es, precisamente, que esté comprometidísimo con su novia.

Jairo no la corrige. No tiene por qué darle explicaciones de nada.

—Esta ropa está al alcance de cualquiera. —Repone, aun sospechando que su frase haya ido por otros derroteros. Se acerca para marcar el pin de la tarjeta, y ella se reclina sobre el mostrador para hablarle desde más cerca.

—No me refería a la ropa, precisamente. —Matiza—. ¿Nunca te han dicho que eres muy guapo?

—Más veces de las que puedo contar. —Contesta con chulería.

—Pues apúntate una más. —Repone ella, con una sonrisa picarona en el rostro.

Jairo sale de la tienda y se dirige a la planta de arriba del centro comercial, donde localiza una zapatería. Allí compra dos pares de zapatillas tipo converse, unas botas y unas zapatillas de ir por casa. Todas del 38. Joder, quién le ha visto y quién le ve. Qué desgraciado.

Al pasar por el escaparate de Oysho, recuerda que también tiene que comprar calcetines. Entra en la tienda y le invade una extraña sensación. Todas las mujeres le miran, quizás porque es el único chico que hay allí.

Curiosamente ahora, que es cuando de verdad necesita ayuda, no ve a ninguna dependienta. “Joder, joder, joder”, piensa. ¿A qué se refería Sandra al decir que necesitaba “calcetines y esas cosas”? ¿Tiene que comprarle ropa interior? Sospecha que, desafortunadamente, sí.

Coge dos packs de seis calcetines de colores, y muy a su pesar, se dirige a las perchas en las que están colgados los sujetadores.

Está totalmente avergonzado. Y no debería estarlo. ¿Qué más da? Solo es ropa. Pero es que es ropa para ella, y se siente extraño teniendo que elegir ese tipo de prendas tan íntimas. Es más, no quiere hacerlo. Está a punto de pirarse cuando la salvación llama a su puerta.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí. A ver, necesito algún sujetador.

—Ajá.

—No sé, cinco o así.

—¿Cinco o así? —La dependienta, de unos treinta años, lo mira divertida—. ¿De qué talla?

Jairo resopla y cambia el peso de una pierna a otra.

—Pues no lo sé... Lleva una talla S en las camisetas.

—Muy bien. —La mujer le sonrío. Ojalá todos los clientes fueran tan apuestos como ese chico—. ¿Cuál te gusta? —Inquiere, empezando a mostrarle de todos los estilos posibles.

—Me da igual. Elige tú, si no te importa. Las partes de abajo también elígelas tú. Tiene una 36 de pantalón.

Jairo paga el importe intentando no mirar todo lo que acaba de comprar. A lo que inicialmente ha pedido han sumado también dos pijamas. Sus ojos le traicionan y se pasean por los sujetadores. Ya no es cualquier prenda de ropa impersonal. Ahora son los sujetadores de Sandra. Y no se sabe por qué, pero vuelve a avergonzarse. ¡¿Qué coño le pasa?! ¡¿Es que es un puñetero quinceañero?! ¡Sólo son un puñado de sujetadores!

Baja al parking subterráneo donde ha dejado aparcado el BMW de Mauricio. Mete la ingente cantidad de bolsas en el maletero, y ocupa el lugar del conductor.

Cuando enfila la dirección hacia la salida se cruza con un Seat León negro, el mismo modelo que el que tenía Raúl. El corazón le da un vuelco, pero se tranquiliza enseguida. Sabe que se encuentra tan lejos de su antigua ciudad que es prácticamente imposible que se tope con algún antiguo conocido. Y, siendo realistas, aún menos con su hermano.

Se aleja muchos kilómetros de la ciudad. Toma una salida de la autopista, y se dirige hacia el lujoso campo de golf bajo el que se encuentra la fortaleza.

El recinto, vallado y vigilado las veinticuatro horas del día, es el más exclusivo de España. Tanto que no admite miembros ya que, evidentemente, es una tapadera. Pero una tapadera bien pensada. No sólo hay campos de golf, de tenis y de padel. También hay un aeropuerto privado. Uno de los guardias le abre la enorme verja de hierro forjado, y recorre el camino asfaltado hasta una de las entradas al parking subterráneo.

Aparca el coche entre un Pagani Zonda y un Porsche Carrera. La primera vez que vio la cantidad de coches de lujo que había en el lugar se quedó boquiabierto. Mucho más al ver la joya del lugar: un Maserati MC12 que Samuel tuvo el privilegio de comprar en la primera tirada de fábrica. Sólo hay una cincuenta más en todo el mundo, y el viejo tiene uno. Y bueno, llegados a este punto, Jairo ya no se sorprende de nada. Lo que sí es raro es que todavía no se haya decidido a comprarse uno, uno que sea sólo para él. Pero tampoco ha sentido la necesidad, al menos todavía. ¿Para qué comprarse un coche pudiendo coger cualquiera de esos cuando le plazca?

Coge el ascensor y baja a la planta -3. Una vez allí se dirige al ala D. Entra a la habitación de Sandra sin llamar. Para su sorpresa está en semipenumbra, y pese a ser

sólo las diez de la noche, ya se ha acostado. La chica está profundamente dormida, o eso evidencian sus largas y acompasadas respiraciones.

Con cuidado de no hacer ruido, deja las bolsas en una esquina. Antes de marcharse no puede evitar contemplarla. Tiene la expresión tranquila, relajada. En paz. Está preciosa. Cómo le gustaría que estuviera siempre así, y no con ese ceño fruncido que muestra de forma permanente. Y en ese momento siente hacia ella un instinto de protección que no ha sentido nunca hacia nadie.

El chico sale de la habitación, camino a la cafetería. Si hubiera permanecido un par de minutos más junto a Sandra, hubiese podido comprobar que su pacífico sueño está salpicado de turbulentas pesadillas.

Varios meses después de la muerte de Sandra, en la ciudad.

No hace ni dos segundos que se ha sentado, y ya está otra vez de pie. Empieza a pasear por la habitación, nerviosa.

Se mira al espejo. Está muy cambiada. Lleva el pelo muy corto y no tiene buen aspecto. Le dijeron que un cambio de look a veces ayuda. ¿Cómo va a ayudar un corte de pelo a algo? Como mucho a sanear las puntas, nada más.

Mira de reojo el escritorio. Joder, ¡sólo son un folio y un boli! ¿Por qué le cuesta tanto?

Julia se obliga a sentarse de nuevo. Inés, su psicóloga, le ha insistido mucho. Tampoco entiende en qué le va a ayudar eso, pero la mujer está convencida de que notará la mejoría.

Coge el boli y su angustia se acrecienta. No entiende por qué, pero en vez de estar frente a ese papel en blanco se siente como si estuviese frente a su amiga. ¿Es a eso a lo que se refería Inés? ¿Es cierto que podrá sacar todos esos sentimientos que tanto le cuesta expresar en voz alta? La psicóloga dice que si no los expresa de alguna manera, es normal que aparezcan en forma de pesadillas, que por algún sitio tienen que salir. ¿Y escribirlos en una carta va a hacer que los malos sueños desaparezcan? Tiene sus serias dudas. Y, sobre todo, tiene miedo de lo que pueda expresar su corazón a través de su puño, pues inconscientemente intenta enterrar ese dolor que tanto le atormenta el alma. Claro, que esa pena se resiente a quedarse enterrada, y emerge en sus sueños, cuando ella no puede controlar sus pensamientos. Esa falta de descanso ha alterado considerablemente su ya de por sí maltrecha rutina. A raíz de la muerte de su amiga dejó el instituto, y no realizó la selectividad. Sus padres le obligaron a ir a terapia, y ahora que no duerme la psicóloga ha determinado que es momento de ponerse seria.

Toma aliento, y coloca el boli sobre el papel. “*Hola, Sandra.*” Le tiembla el pulso al escribir su nombre, y las lágrimas comienzan a asomarse por sus ojos. Intenta contenerse, y sigue escribiendo pese a la inestabilidad de su mano, con una caligrafía

tan turbulenta que no la reconoce como propia.

“Me ha llevado mucho tiempo reunir el valor suficiente para escribirte esta carta.” Mira el espacio en blanco, sin saber cómo seguir. ¿Qué más pone? Siente culpa, dolor, rabia. Pero, como tantas veces le ha dicho Inés, no sabe cómo expresarlos. Piensa durante unos largos minutos y continúa.

“Nada es igual desde que no estás. Todo ha cambiado. Ya no soy la misma. Ninguna de nosotras lo es. Patri es la que parece llevarlo mejor, pero yo estoy destrozada. Ni siquiera se si tengo derecho de sentirme así, cuando la víctima en realidad eres tú y no yo. Pero, aún cometiendo el error de ser egoísta, te digo que mi vida se ha ido al traste. Dicen que una persona se puede definir por la gente que le rodea, y tú eras la persona más valiosa, más noble y con más principios que yo tenía en mi círculo de amigos. Aumentabas mi definición totalmente. Quizá eras la única persona con esas cualidades que aceptó ser mi amiga, pese a estar muy por encima de mi. Ya sabes que yo no me caracterizo ni por mi nobleza ni por mis principios, precisamente. Y ahora me siento perdida.”

Coge correctamente el boli, que se le ha escurrido porque su mano ha comenzado a sudar. Quizás sea porque se agarra a él con desesperación.

“Mi psicóloga dice que tengo que aprender a expresar mis emociones. Que tengo que pensar en la gente de mi entorno y decidir qué les diría si supiera que mañana ya no van a estar conmigo. Me pide que haga lo mismo contigo. Pero me resulta imposible. ¿Qué te hubiese dicho a ti la última vez que estuvimos juntas? Te hubiese dicho que no me hicieras caso, que no vinieras a la fiesta, que te quedases a estudiar como tu madre te dijo. Que te buscases a unas amigas responsables, a unas amigas que estuvieran a tu altura...”

Las lágrimas de Julia empiezan a brotar descontroladamente. Casi no puede respirar, pero no deja de escribir pese a que los párrafos están emborronados por sus lágrimas. Le ha costado meses empezar, y ahora ya no sabe cómo parar.

Continuará escribiendo durante horas, dejando salir por fin todos los sentimientos que se ha esforzado por contener en este tiempo, expresando todas las cosas que le hubiese gustado decirle a su amiga, y de las que no tuvo oportunidad.

CAPITULO 35

Varios meses antes del momento presente, en la Fortaleza.

DIGAMOS que puede que esté interesado en ella. Más que poco y menos que mucho. Sí, ese es su grado de interés. Y, aunque no quiera reconocerlo, eso ya es mucho.

Todo el interés que Jairo había mostrado hasta el momento por el género opuesto era meramente físico, y ahora no quiere pensar que puede estar internándose en terreno resbaladizo. Pero es que no puede evitarlo.

Ha pasado la mitad de la noche haciendo largos en la piscina olímpica, y la otra mitad en una de las salas de televisión, viendo una maratón de películas antiguas que emitían en un canal secundario. Es incapaz de dormir. Tampoco su cuerpo acusa ningún cansancio.

Los dos caminan por el pasillo, hacia el mismo lugar. Ella acaba de despertarse. Él no se ha acostado aún. Él luce una expresión de suficiencia, y ella unas tremendas ojeras. Las pesadillas no la dejan dormir, y a él el sueño se lo quita ella.

Se encuentran a medio camino hacia la cafetería. Lleva puesto el jersey gris y unos vaqueros ajustados.

—Veo que he acertado con la talla.

—No era difícil, ya que yo misma te la dije. —Repone.

—¿Sigues enfadada?

—Sí. —Dice cortante, pero después exhala un suspiro cansado—. Bueno, sí y no. Es que me hubiese gustado salir. —Y como cree que puede haber puesto en evidencia su plan, se apresura a continuar—. Quiero decir, para elegir mi ropa y todo eso.

—¿No te gusta lo que te he comprado? A mi me parece que te sienta muy bien.

Y lo dice en serio. Está increíble. El anterior atuendo ocultaba completamente su cuerpo, y dicho sea de paso, sus curvas.

Sandra se encoge de hombros.

—Sí. Supongo que me gusta.

—Mejor que el pijama verde.

—Eso tampoco era muy complicado.

En ese momento Sandra se da cuenta de que están parados en mitad del pasillo, y comienza a caminar hacia la cafetería. Jairo la sigue.

—¿Se supone que vamos a juntarnos también esta mañana? ¿Algo así como una especie de rutina?

—Tienes mucho que aprender.

—Sí, sí, eso ya me lo has dicho. Y tú eres mi instructor. Eso también me lo has

dicho.

Caminan entre las mesas llenas de receptores que saludan al chico. Se dirigen al rincón en el que están las máquinas y Jairo pulsa la tecla de su habitual café sólo. Sandra también es chica de costumbres. Saca la chocolatina y espera a que la bebida de él esté lista.

Se siente incómoda, rodeada de todos esos desconocidos. Le gustaba más la cafetería cuando estaba vacía. Parecen una gran familia de la que no tiene ninguna intención de formar parte.

—¿Te importa que desayunemos en otro lugar? Podíamos ir a una de las habitaciones.

—Claro, vamos. —Accede él, que prefiere la intimidad para hablar de los asuntos que se traen entre manos. Realmente es una tontería, pues no le va a explicar a ella nada que el resto de los receptores no sepan ya. Pero aún así, estará más cómodo en la habitación.

Han ido a la suya, porque es más grande. Jairo está sentado en la cama y Sandra en la silla. Mastica distraída el kit kat. Está muy guapa, vestida de persona normal. Es más, puede que esté incluso demasiado guapa.

—He estado dándole vueltas al asunto de las fuentes de energía. —Parte otra de las barritas y la saca del envoltorio—. ¿Se supone que si tú no hubieses estado allí, unos demonios se habrían quedado con la energía de mi familia?

Jairo asiente.

—Con una energía que es legítimamente tuya. Y por supuesto ellos no crean un cuerpo receptor para el alma, por lo que tú ahora estarías completamente muerta.

—¿Y te enfrentaste tú sólo contra cinco demonios? —Su tono es escéptico.

—¿Es que no me ves capaz? —El chico ha vuelto a ponerse a la defensiva.

—Sí. No sé. Pero son muchos, ¿no?

—No para mí. —Replica con suficiencia y con ojos fieros.

—Eres un poco macarra, ¿no?

—¿Quién? ¿Yo? No.

—No, qué va. —Murmura Sandra, y en ese momento sus ojos se encuentran y se echan a reír, juntos. Ella ni siquiera es consciente del tiempo que lleva sin hacerlo. Si hubiese dejado que pasara un poco más, se le habría olvidado cómo se hace.

La chica se recompone y recobra la compostura para hablar con seriedad de un tema que no le hace ninguna gracia.

—Entonces la energía que ahora tengo, ha venido de la gente que sufrió por mi muerte.

—Eso es. La irradiaban ellos. Cinco fuentes puras.

La chica lo mira sin comprender.

—¿Quieres decir que se pueden contar?

—Sí. Las fuentes puras provienen de personas que... bueno, que sufren

enormemente. —Jairo hace una pausa. No va a explicarle que el dolor de las fuentes puras es tan desgarrador que nunca consiguen recuperarse de la pérdida—. Y luego hay flujos de energía de menor intensidad. Las que son aprovechables para el receptor reciben el nombre de latentes.

—Así que he recibido energía de cinco fuentes puras y de otras latentes. —Musita ella, intentando no derrumbarse nuevamente. Ha de ser fuerte, si quiere alcanzar su objetivo.

—De veinticuatro latentes, para ser exactos.

Sandra se estremece. Por lo visto cada una de esas fuentes tiene rostro, nombre y apellidos. Unos rostros que ella conoce muy bien. Prefiere no pensar en ello, o no podrá aguantar entera ni dos segundos.

—¿Y tú? ¿Cuántas fuentes puras tuviste?

El chico hace una mueca de disgusto. Ya está otra vez con ese tema.

Por lo visto no le gusta hablar de su anterior vida. Pero Sandra necesita distraerse, así que insiste.

—¡Venga hombre! Se de sobras que eres uno de los receptores más poderosos que hay por aquí. No voy a sentirme mal por que me digas tu número de fuentes. —Dice quitándole importancia. De seguro que triplica las tuyas, y la verdad, no le importa lo más mínimo.

Jairo niega con la cabeza.

—Dos puras y una latente. —Admite de mala gana.

La chica abre los ojos de par en par. Eso no se lo esperaba. ¿Cómo puede ser tan poderoso entonces? Sólo hay una explicación.

—Vaya. Esas dos personas debían de quererte mucho para irradiar tal cantidad de energía.

—Hay sentimientos más fuertes que el amor, Sandra. —Dice él, con un extraño sentimiento en los ojos que ella no sabe identificar.

—¿Ah sí? A mí no se me ocurre ninguno.

—La culpa y el odio, por ejemplo. Pero no hablemos de estos temas. —Se incorpora de la cama de un salto—. Ven, quiero enseñarte algo.

La chica se levanta a regañadientes y sale de la habitación tras él. ¿Realmente quiere enseñarle algo? ¿O lo que no quiere es mostrarle más detalles de su vida anterior?

Cuatro años antes del momento presente.

Sube las escaleras de los cinco pisos de tres en tres. El olor de la comida recién hecha se mezcla con el de las bolsas de basura que el vecino del cuarto no tiene intención de retirar. Llega un poco antes de lo habitual. Ha pasado de la última clase.

En el momento en el que entra oye como se cierra una puerta.

—¡Mamá ya he llegado!

Una voz le contesta desde el interior del cuarto de baño.

Va a su habitación y tira la chupa encima de la cama de Raúl. No está en casa. Hace un par de días que no lo ve. Pero es comprensible. Nadie querría pasar mucho tiempo allí.

Se asoma al patio interior. Un par de niños gitanos juegan en la solera del entresuelo. Su madre, con un bebé en los brazos, ataviada con una bata y una enorme pinza celeste en la cabeza los llama a grito pelado para que entren a comer.

En ese momento escucha la puerta del servicio. Su madre ha salido.

Se dirige a la cocina para saludarla, pero ella esquivo su beso. No lo mira a la cara. Está avergonzada. Mantiene la vista fija en el potaje que está preparando. Pero ni todo el maquillaje del mundo hubiese podido ocultar la moradura que asoma bajo su ojo. Ni la que está junto al labio. Ni la que tiene en el pómulo...

Jairo siente una oleada de furia tan grande que le hace perder totalmente el control de sí mismo en milésimas de segundo.

Le advirtió que si le volvía a poner una mano encima lo mataría. Se lo juró. Y después de todo este tiempo ha vuelto a hacerlo, aprovechando que él no estaba en casa.

—¿Dónde está? —Brama con un vozarrón que ni él mismo reconoce.

La madre no contesta. Ha comenzado a llorar, en silencio, sin apartar la vista del potaje.

No hace falta que le responda. Sabe perfectamente en qué licorería encontrarlo. Se dirige veloz hacia su habitación y agarra la chupa.

Se siente capaz de todo. Le sobran los motivos. Parecía estar más calmado últimamente, tras la última bronca que tuvieron, en la que llorando como un niño le suplicó que tuviera clemencia. Una clemencia que no ha tenido con ella. ¿Tan valiente ante su madre y tan cobarde frente a él? No reconoce en sí mismo nada que le recuerde que es hijo de ese cabrón.

Está tan fuera de sí que ni siquiera ha oído el ruido de la puerta de entrada.

Jairo sabe que ese día uno de los dos morirá. Pero jamás hubiese imaginado que sería él.

CAPITULO 36

Hace varios meses, en la Fortaleza.

—¿Y dices que te haces veinte largos sin coger aire? —Pregunta, escéptica, mirando la enorme piscina que tienen delante—. No me lo creo.

—Cuando quieras te lo demuestro.

Sandra hace un mohín. Ya han visto las dos salas de gimnasio con sus máquinas de musculatura y sus pesas, la sauna y el spa. Ahora la ha llevado a la piscina olímpica.

—¿Este recorrido es fortuito? ¿O es tu manera indirecta de decirme que tengo que empezar a entrenar?

—Quiero que conozcas la fortaleza. —Le dice, apartando momentáneamente la vista de Eneko y Juan, que están haciendo una carrera en las calles tres y cinco—. Aunque estaría bien que comenzases con el entrenamiento físico cuanto antes.

La chica pone cara de disgusto.

—¿Es obligatorio?

—No, pero sí conveniente.

—¿Y no podemos dejarlo para más adelante? Por el momento prefiero aprender la teoría... —Y hace una especie de puchero que lo desarma totalmente.

—Sí, supongo que sí. —La observa con disimulo. Quizá sea una buena idea que se reponga por completo antes de empezar con el entrenamiento físico, y también que vuelva a comer con normalidad, y no sólo kit kats.

Permanecen en silencio mientras la competición termina. Juan ha resultado vencedor por escasos segundos de diferencia. Jairo se da la vuelta y ella lo sigue.

Le muestra la sala de ordenadores, que más parece una exposición de toda la tecnología punta que hay en el mercado. También una inmensa biblioteca, dos salas de televisión y un cine. En este último hay dos chicas un poco mayores que ella. Por lo visto utilizan esos espacios de ocio para distraerse mientras esperan una nueva misión.

—¿Todos los receptores viven aquí?

—La mayoría. Algunos prefieren vivir fuera, lo que está permitido siempre que estés disponible para ejecutar una misión en cuanto te la asignen. —Dice, abriéndole la puerta de lo que parece ser una sala de tiro, en la que un hombre bajito perfecciona su puntería. Lleva puestos unos cascos y no parece haber reparado en su presencia—. Yo prefiero la fortaleza. Es más cómoda.

Sandra no está de acuerdo pero claro, no dice nada. Bastante tiene con intentar serenarse y no dar un bote cada vez que suena un disparo.

—¿No pretenderás que coja un arma?

—Son una buena opción para defenderte de los Askar.

—¿Así los matáis? ¿A balazo limpio?

Jairo reprime la risa.

—No es tan simple. Ya te explicaré otro día cómo se mata a un demonio.

La chica finge una curiosidad que en realidad no siente.

—Y nos queda la mejor parte.

—¿No podemos volver al cuarto? —Se queja.

—En cuanto veas este último sitio. Después nos enclaustramos, te lo prometo.

A Jairo le ha sonado mejor de lo que debería esa opción de enclaustrarse juntos.

Bajan al —7. En cuanto se abren las puertas Sandra se da cuenta de que esa planta no es como las demás. Para empezar, porque se encuentran en un descomunal espacio abierto, sin tabiques ni puertas, y también porque la altura de los techos es mucho mayor. Sospecha que es debido a que forma una sola junto con la— 6.

—¿Esto es lo que parece?

—¿Tú que crees?

Está alucinada. ¿Cómo puede haber un circuito de carreras subterráneo, o cubierto, o lo que quiera que sea eso?

—No es Montmeló, pero no está nada mal, ¿eh? —Le guiña un ojo—. Tres kilómetros setecientos veinte metros de recorrido, siete curvas abiertas, nueve cerradas y una recta en la que ostento el récord: 301 kilómetros por hora. —El chico está pletórico—. ¿Cómo te quedas?

Sandra se queda exactamente igual que estaba antes de escuchar toda esa parrafada. Pero en lugar de decirlo, se encoge de hombros.

—¿Quieres probar? —Le dice, señalando una fila de deportivos biplazas de varios colores junto a los que también hay varias motos.

—No tengo carnet.

—Puedo enseñarte a conducir, y Mauricio se encargará de conseguirte uno con tu nueva identidad.

—No estoy interesada...

—Sandra. —Jairo se pone serio—. Es totalmente necesario que seas capaz de moverte por tierra, mar y aire para dar caza a los Askar.

—Eres mi compañero, ¿no? Supongo que puedes encargarte tú de ello. Te cedo el honor.

—Tienes la cabeza más dura que una piedra. No me doy por vencido. Este asunto no está zanjado, sólo pospuesto para otro momento, ¿eh? —Le avisa, dirigiéndose hacia un coche gris. Todos tienen las llaves puestas, excepto ese. Jairo las saca del bolsillo trasero del pantalón y abre las puertas con el mando. Samuel sólo le deja conducirlo a él—. Monta.

—No voy a conducir.

—Por supuesto que no vas a dar una clase de conducción en un Koenigsegg Agera. ¿Por quién me has tomado?!

Por lo visto ha dado por hecho que diciendo ese nombre impronunciable ella comprendería que resultaría una auténtica locura dejárselo. Pero Sandra no se ha enterado de nada. Si lo que quiere es dejar claro que el coche es especial, no lo ha conseguido. Le parece igual que cualquier otro. Quizás sea más cómodo y elegante que el monovolumen de su padre, pero nada más.

—Son las ghost light. —Le informa con un tonillo prepotente, al ver que mira el salpicadero.

—Ah. —Murmura secamente—. ¿Y qué velocidad alcanza esto? —Inquiere, un tanto preocupada, teniendo una certeza casi total de que pronto lo va a descubrir.

—Cuatrocientos veinte kilómetros por hora.

Ella no sabe si es mucho, la verdad. Pero aún así desconfía. Jairo gira la llave en el contacto y acelera manteniendo pisado el embrague. El sonido que hace el motor es escalofriante.

—¿Dónde está mi casco? —Su voz ha sonado mucho más aguda de lo que esperaba. Pero es que está muerta de miedo. Mueve la vista nerviosa, buscándolo dentro de la cabina. Si no recuerda mal, Fernando Alonso lleva uno.

—¿Para qué quieres un casco? —Jairo eleva la voz para hacerse escuchar por encima del rugido—. Tranquila que de un accidente no vas a morir—. Y tras dedicarle una maliciosa sonrisa suelta el embrague de golpe.

¿Ese chillido que ha oído ha salido de su boca? Sí, es posible. O tal vez han sido las ruedas al derrapar. No está segura. No tiene claro qué está pasando. Sólo sabe que está aterrada, y que ahí dentro todo pasa muy deprisa.

Toca el salpicadero y después la puerta, intentando desesperadamente aferrarse a algo.

Jairo parece estar disfrutando de lo lindo, no sólo con la conducción sino también con su sufrimiento. ¿Cuántos caballos ha dicho que tiene? No lo ha escuchado bien. Sus oídos han dejado de funcionar. Pero sean los que sean, le están presionando el pecho y apretujando contra el respaldo con toda su potencia.

La chica se aferra al asiento con fuerza, aun a riesgo de marcar la tapicería con las uñas.

—Confía, Sandra. Estás en buenas manos. —Le dice él con tranquilidad, apartando la vista de la pista para mirarla durante unos interminables segundos. Pero como ella no parece haberle escuchado y continúa con esa expresión de completo pánico, decide parar a la segunda vuelta.

Apura al milímetro en la última curva. Reduce a una velocidad que continúa siendo más que excesiva, y haciendo un trompo demencial que provoca que las ruedas chirrien aparca el coche en el mismo sitio del que lo han cogido. Ha quedado en el lugar preciso, a la distancia exacta del otro vehículo.

Sandra se apresura a salir, con las piernas aún temblorosas.

—Tú... ¡tú no estás bien! —Le dice con los dientes apretados—. ¡Conduces como un loco!

—Querrás decir que mi precisión es una locura.

—No. Quería decir exactamente lo que he dicho. —Lo fulmina con la mirada.

Qué guapa está cuando se enfada.

Cierra el coche y guarda las llaves. No entiende por qué Samuel le deja coger el Agera pero no el Maserati. Otra de las incongruencias del viejo.

—Ahora sí, podemos volver a la habitación. —Comenta con una simpatía que enfurece a la chica.

En la actualidad.

—¿Las pechugas están empanadas?

—No. En la carta pone que son a la plancha. Y son a la plancha. —Sentencia el hombre.

Sandra lo evalúa unos segundos con la mirada, y después mira al folio escrito a mano con cientos de faltas y lleno de salpicaduras de grasa. A ella no se le hubiese ocurrido calificarlo como tal. Y lo peor es que sospecha que las manchas fueron antes, y el plastificado fue después.

Con la menor superficie posible de sus dedos índice y pulgar coge la mugrienta esquina de la “carta” y le da la vuelta. Se inclina sobre la mesa para leer, y continúa con el interrogatorio.

—¿Las carrilleras están guisadas?

—Sí.

—Ah, pues entonces no quiero eso. A ver, déjeme pensar...

El rechoncho camarero y Jairo se miran con la complicidad de aquellos que comparten el mismo pesar, y suspiran. Llevan así más de diez minutos. Sandra no es tan indecisa, pero es su pequeña contribución a esa guerra. Sólo quiere fastidiar a Jairo, que sueña con que esa cena por fin termine y pueda tumbarse en la cama del motel cercano... a no dormir, claro está. Otra noche más. Aunque bueno, dicen que sarna con gusto no pica. Pero el cansancio es el cansancio, y es más difícil ignorarlo que cualquier picor.

—¿Y el chuletón viene con algún tipo de guarnición?

—¿A qué llamas guarnición?

Sandra abre mucho los ojos, y después comienza a gesticular.

—Pues a lo mismo que todo el mundo. A unos pimientitos, unos champiñones, unos canónigos, un poco de salsa, unos dados de...

—Sandra, no estamos en un restaurante de la Guía Michelin. —Le corta secamente Jairo—. Con todos los respetos. —Dice dedicándole una amable sonrisa al camarero, que le ve la gracia al chiste en el mismo momento en el que se encuentra

con esos ojos azules.

—No lo había notado. —Responde ella mirando exageradamente alrededor. El local es una pena, como todos los que frecuentan últimamente. Luces de neón para dar la bienvenida, y baldosas azules y blancas rajadas decorando todas las paredes para animarte aún más a entrar. La tapicería de la silla en la que está sentada está desgarrada y por la abertura se escapa parte de la espuma. Cuando cruza las piernas se tambalea, pues está coja ni más ni menos que de dos patas.

La chica se recoloca en su incómodo asiento, manteniendo el equilibrio y suspira.

—Está bien. Tomaré el chuletón. Pero sobre todo que esté poco hecho. La carne demasiado cocinada me resulta repulsiva. —Le indica al camarero.

—Dilo sin miedo. —Dice Jairo mirándola con una sonrisa maliciosa, para después girarse hacia el hombre—. La carne demasiado cocinada se le hace bola, como a los críos pequeños.

Los dos se ríen, y el hombre se aleja.

—Eres idiota. ¿Cómo se te pueden ocurrir tantas tonterías?

—Es una capacidad innata, me viene de serie.

—Ya veo.

Todo lo que han hecho hoy ha sido acercarse un poco más a la zona de Cádiz y esperar nueva información sobre los Askar que no ha llegado. Dado que esa cena está siendo lo más interesante del día, Jairo opta por darle un último giro a la situación. Mira al camarero, que se dirige con andares lentos y pesados hacia la cocina.

—¡Perdone! ¡Quiero el chuletón muy muy tostado! Que tengo doble personalidad y no me aclaro con mis gustos.

El hombre se gira con los ojos muy abiertos para mirar a Sandra. La chica mira fijamente y con cierto temor un trozo putrefacto de comida que calló en un agujero del suelo, que parece tener vida propia y que nadie se ha molestado en limpiar. Se encoge de hombros y gira la cabeza repetidamente, negando para sí mismo. Después se mete tras la barra y desaparece por la puerta de la cocina.

Vaya con la rubita de aspecto angelical. Quién hubiese dicho lo mal de la azotea que está. Saca el chuletón del congelador y lo echa a la plancha, donde lo tendrá un tiempo interminable, hasta casi carbonizarlo.

Lo que el camarero no sabe es que lo que a él le ha parecido la voz de la clienta no era sino un mensaje telepático a grito pelado lanzado por Jairo, que en ese momento realiza un esfuerzo sobrehumano por mantener la compostura frente a Sandra y no partirse de risa en su cara.

CAPITULO 37

Hace varios meses, en la Fortaleza.

SANDRA estaba molesta cuando han llegado a la habitación. Sin embargo Jairo le ha ofrecido un “kit kat de la paz” (según él), acompañado de una sonrisa arrebatadora, y todo el mal genio provocado por la carrera se ha disipado.

Ha pasado toda la tarde en su habitación con él, planteándole todas las preguntas que ya traía pensadas y las que le han ido surgiendo a partir de las diferentes respuestas del chico. El mundo de los receptores es mucho más complejo de lo que había creído. De todas formas no le interesa lo más mínimo, su único objetivo es salir de allí. Pero, para conseguirlo, es totalmente necesario que se gane la confianza del chico.

El tiempo ha pasado volando, y ahora está sola, sentada en una esquina de la cama para dejarle sitio a él, esperando a que vuelva. Ha bajado a cafetería a por un par de bocadillos, pues la hora de la cena hace rato que ha pasado.

A los diez minutos aparece con dos bocatas, uno de lomo y queso, y el otro de hamburguesa con huevo y lechuga.

—¿Qué te pides?

—La hamburguesa. ¿Te importa?

El chico hace una mueca como si lo estuviera pensando, pero se lo tiende enseguida. Sandra sonrío, agradecida.

—Deberías sonreír más. Dicen que la vida es demasiado corta para no hacerlo.

—Dispongo de toda la eternidad, así que supongo que me puedo permitir el lujo de no hacerlo. Como si quiero pasar el resto de mi vida inmortal llorando por las esquinas. —Replica, y da un bocado a la hamburguesa.

—Sí, tienes razón. —Le concede, un tanto molesto por haber sido el autor de semejante tontería. Pero es que son demasiados años como mortal y ciertas costumbres, en especial ese tipo de frases hechas, son difíciles de olvidar.

—¿Me has traído una chocolatina? —Pregunta.

—No puedes alimentarte sólo a base de kit kats. —Responde Jairo, consciente de que su pasión por esas chocolatinas empieza a ser algo preocupante.

—Claro que puedo. Es lo único que endulza mi amarga existencia.

Jairo resopla. —Qué exagerada eres. ¿Aún no te has dado cuenta de la cantidad de cosas increíbles que podemos hacer aquí?

—¿Y por qué la orden tiene tanto dinero? —Dice, ignorando su pregunta.

—Porque todo en esta vida es cuestión de tiempo. Y cuando dispones de siglos y siglos para acumular riquezas, este es el resultado. —Jairo hace un gesto con las

manos, refiriéndose a la fortaleza.

—Ah. —Murmura. Si Lola tiene ciento treinta y tres años, ¿cuántos debe de tener el hombre ese, Samuel? Tiene pinta de jubilado, pero hay algo en sus ojos que hace pensar que es muy muy viejo.

—¿Quieres que te explique como matar a un demonio? —Propone.

—Claro. Qué mejor momento que ahora, mientras cenamos. —Hace un mohín y Jairo ríe.

—Para empezar, es necesario disponer de un puñal de granito pulido.

—¿De granito?

—Sí. Es el único material que logra dañar a los Askar, y también el único que nos daña a nosotros.

—¿Quieres decir que el granito es algo así como la kriptonita de superman?

—No. Que yo sepa la kriptonita debilita los poderes de superman, y el granito provoca unas heridas letales. Así que no, no son lo mismo.

—¿Eso implica que la simple encimera de una cocina es más mortífera para nosotros que un hacha?

—No te lo estás tomando en serio. —Repone, molesto.

—Vale, vale, lo siento. Continúa. —Sandra irgue la espalda, dispuesta a cambiar de actitud.

—Bien. —Jairo se aclara la garganta—. Aunque el granito sea mortal para nosotros, sólo resulta *dañino* para los demonios. Únicamente les provoca daños temporales, ya que tienen la capacidad de autoregenerarse.

La chica mastica la hamburguesa sin ser consciente, ahora ya totalmente metida en la conversación.

—Por ello es necesario atacar en primer lugar a su cerebro, que es el que da las órdenes de regeneración al resto del cuerpo. Para ello resultan muy útiles las balas de granito. Una vez se ha disparado al demonio en la cabeza, se dispone de aproximadamente un minuto para clavarle la daga en el corazón, y provocar su muerte definitiva, ya que el cerebro no puede sanarse a sí mismo y al corazón al mismo tiempo. Es como que se colapsan. Resulta curioso de ver.

—¿Y no puede hacerse al revés? ¿Primero clavar el puñal en el corazón y después disparar en la cabeza?

Jairo entorna los ojos. Qué cosas tiene. Sólo a ella se le ocurriría hacer una pregunta como esa.

—No me he puesto a realizar pruebas, Sandra. En el momento de la lucha, lo único que me importa es ser el vencedor, no descubrir nuevos métodos. Si esta forma ha funcionado a los receptores durante siglos, ¿por qué cambiarla?

La chica permanece un instante en silencio, pensativa. Últimamente parece más dispuesta a creer las cosas que le cuenta.

—Pensaba que nada podía matarnos.

—¿No estarás planteándote...? —Inquieta él, con la expresión desencajada.

—¡Claro que no! Ya te dije que mi intento de suicidio fue un malentendido. Es sólo que es una faena que el granito sea lo único que nos dañe a ambos.

—Si. Puede decirse que es un arma de doble filo, en el sentido más literal de la expresión. —Y profiere una risa grave, relajándose de nuevo.

—Eso no ha tenido gracia.

—Yo creo que sí.

Sandra hace una bola con el papel de aluminio y la lanza a la papelera. Esta vez encesta. Después mira a Jairo con expresión sombría.

—Entonces, ¿un demonio puede matar a un muerto como nosotros?

—Por supuesto. Es la ley del más fuerte. Vencer o ser vencido. —Dice, dramatizando deliberadamente las palabras.

Ahora que por fin tiene toda su atención, decide aumentar la curiosidad de la chica.

—Pero para un receptor, existe algo incluso peor que morir a manos de un demonio.

Ella abre los ojos todavía más, y espera expectante a que continúe. Pero Jairo se hace de rogar. Está disfrutando el momento.

—¡Continúa!

—¿De verdad quieres saberlo? —Pregunta, con fingido recelo, como si lo que fuese a decir se tratase de algo realmente grave.

Sandra mueve la cabeza espasmódicamente.

—Sólo sucede si un receptor y un demonio de poderes equiparables se encuentran.

La chica jadea al imaginarse la situación. Jairo reprime las ganas de reírse.

—Si el demonio no logra matarlo, lo marca. —Dice acentuando la palabra, y llenándola de misterio.

—¿Lo marca? —Inquire ella con un hilito de voz, acongojada por la simple palabra. Jairo afirma muy serio, dándole dramatismo a la narración.

—Esa marca significa que no está muerto, pero que pronto lo estará.

Sandra traga saliva ruidosamente, y espera en silencio a que continúe.

—Esa marca hace que los demonios tengan controlado al pobre receptor. No sólo el demonio que se la hizo, sino todos los demás.

—¿Qué? —Pregunta la chica, con un tono agónico—. ¿Todos?

—Todos. —Responde él con aplomo—. Por eso el receptor marcado se convierte en una presa fácil.

—¡Oh no! —Exclama Sandra, que ya ha cogido cariño al infortunado y desdichado receptor—. ¿Y no puede quitarse la marca?

—Sí, cuando finalmente lo matan.

—No. No me refería a eso. Antes, quiero decir. ¿No es posible quitar la marca de un receptor marcado?

—Sólo si el demonio que la imprimió muere. Pero eso es imposible, pues como te

he dicho tiene el poder de anticiparse a sus ataques.

—¿Entonces no puede salvarse? —Inquiere con un tono agónico.

—No, no hay salvación posible para él. Cualquier plan que el receptor idee será en vano, pues los demonios habrán adquirido la capacidad de adelantarse a sus movimientos. —La mira con intensidad unos segundos, y después continúa—. Es lo peor que le puede pasar a un receptor. Peor incluso que la muerte. —La fachada de Jairo se ha resquebrajado por una milésima de segundo, pero a Sandra no le ha pasado desapercibida.

—Te lo estás inventando. —Lo acusa, evaluando su reacción.

Él niega con la cabeza, pero le parece haber visto un atisbo burlón en su mirada.

—¡Es un cuento de viejas! —Afirma Sandra, y se estira para darle un golpe en el hombro, instándole a que confiese.

El chico se resiste, y se zafa ágilmente de sus manotazos.

—¡Dime la verdad! ¿Es mentira?

—Tendrás que quedarte con la duda. —Le dice guiñándole un ojo, y desaparece con una sonrisa por la puerta de la habitación.

Sandra corre tras él, y se asoma al pasillo.

—¡Te estás burlando de mí!

—¡Tú has empezado! —Le grita Jairo entre risas, justo antes de bordear la esquina.

Cuatro años antes del momento presente.

Jairo está fuera de sí. Va a poner punto y final a una situación que nunca debió de empezar. Se pone la chupa con un rápido movimiento y cruza en un par de zancadas el estrecho pasillo. Agarra el pomo de la puerta con brusquedad, pero no se abre. Vuelve a tirar, pero nada. Parece que está cerrada. Irrumpe en la cocina en busca de explicaciones, pero su madre no está allí. Ahora lo entiende todo.

Corre hasta la puerta y la aporrea con brutalidad.

—¡Mamá! —Grita—. ¡Abre la puta puerta!

La golpea con los puños cerrados nuevamente.

—¡Ábrela de una maldita vez! ¡Sé que puedes oírme!

Los sollozos que llegan amortiguados desde el otro lado se lo confirman.

Golpea con rabia, con furia, una vez tras otra. Golpe tras golpe, patada tras patada.

—¡Mamá! ¡Joder!

Su necesidad de tenerlo frente a frente es tan grande, tan acuciante, tan asfixiante, que hace que una lágrima resbale rápida por su mejilla, una lágrima de puro odio.

Ángela llora en silencio en el rellano, con sus llaves y las de su hijo en la mano. No puede dejar que Jairo lo encare. Esta vez sería la última. Además Antonio le ha

prometido que no lo volverá a hacer. No es la primera vez que escucha esa promesa, pero tiene la esperanza de que por una vez, sea tan sincera como ha sonado.

Otra patada furiosa de Jairo hace que la puerta se tiemble y que el ruido sordo retumbe en todo el edificio.

Ángela se estremece. Tiene que marcharse. No puede continuar escuchando a su hijo sufrir de esa manera o acabará por abrirle, y eso no se lo puede permitir. Ya no sólo es por Antonio, también es por él. ¿Qué futuro le esperaría a Jairo si hiciera lo que pretende? Él no es un delincuente. Es sólo que le ha tocado vivir una malísima situación económica, dentro de un ambiente familiar todavía peor.

La mujer, en bata y con zapatillas de estar por casa, baja muy lentamente los cinco pisos. Ningún vecino en la escalera. Las peleas en ese edificio son algo cotidiano. Nadie se asoma a ver qué pasa. Es el pan de cada día en la comida que a esas horas están disfrutando. ¿Dónde irá? A donde siempre la han acogido cuando ha tenido que refugiarse. A casa de su amiga Pili, dos manzanas más allá. Sabe que aunque le insista en que tiene que denunciar a Antonio, la acogerá con los brazos abiertos. Permanecerá allí hasta que amaine la tormenta que parece haber estallado sobre su hijo.

CAPITULO 38

En la actualidad.

SANDRA está molesta. Está segura de que no le dijo al camarero que quería el chuletón muy tostado. Pero el hombre ha insistido en que sí, y además Jairo le ha dado la razón.

A la pobre chica no le ha quedado más remedio que enfrentarse a ese pedazo de carne calcinada que le ha servido. Le ha costado lo suyo partirla en trozos. Cada vez que la sierra del cuchillo rozaba la superficie, decenas de virutas negras se desperdigaban por el plato, como si estuviese partiendo carbón de Reyes. Por lo menos Jairo ha sido amable y, sin que ella se lo haya pedido, le ha dado la mitad de su solomillo. La mitad más grande, para ser exactos. Eso es lo único que ha cenado y ahora, en la habitación del motel, tiene hambre. Pero no se queja, pues seguro que Jairo está igual. Aunque él parece de buen humor, viendo en la tele la milésima reposición de un episodio de Humor Amarillo.

Se tumba en la otra punta de la cama, dejando el espacio de rigor entre ellos, y mira también cómo unos japoneses se estampan contra un muro. Claro que Sandra no estaría tan tranquila si supiera que ha sido precisamente Jairo el que le ha arruinado la cena. No se imagina la cantidad de ataques encubiertos que le ha lanzado el chico desde que se declararon la guerra, y que ella achaca más a la casualidad que a su enemigo.

Pasado un rato empieza a aburrirse. Todas las pruebas son similares y todos los concursantes le parecen iguales, así que no puede tener un favorito por el que apostar. Quizás sea un buen momento para volverlo a intentar. Es terca como una mula, y al igual que a esos asiáticos, a ella tampoco le importa darse repetidas veces contra un muro.

—Te propongo un juego.

—Sorpréndeme. —Responde Jairo sin apartar la vista de la pantalla.

—Verdad o atrevimiento. —Dice ella con voz atrayente.

—Eso está muy visto, ¿no te parece? Te hacía más original.

—La originalidad está en las preguntas.

—O en las pruebas. —Replica Jairo, que acaba de apagar la tele y la mira. Tumbados frente a frente. Silencio. Más miradas. Ojos azules frente a ojos marrones. El silencio se hace incómodo, y la chica se apresura a romperlo.

—¿Juegas entonces? —Dice incorporándose, sintiéndose extraña ante una situación tan íntima. Debería estar acostumbrada a estar en la misma cama que él. Sin embargo no suelen mirarse cuando se acuestan, y la forma en la que acaban de

hacerlo ha sido más intensa de lo normal.

Jairo lo sopesa un instante. Lo que realmente le gustaría preguntarle, no se lo va a preguntar. Y menos en un estúpido juego. Aún así acepta.

—Venga.

—Empiezo yo. —Sandra cruza las piernas, y se sienta frente a él como los indios—. ¿Verdad o atrevimiento?

El chico enarca una ceja. Los dos saben cuál es la pregunta de ella, y los dos saben que Jairo no la va a responder. No importa cuántas veces la formule.

Sandra cruza con disimulo los dedos, llamando a la suerte. Daría cualquier cosa por que Jairo le confesase cómo murió. Pero el chico no está por la labor.

—Atrevimiento.

La chica parece desilusionada.

—Ahora es cuando me pides que te bese, ¿no? —Dice él con tono burlón.

Ella lo mira con intensidad, y Jairo se tensa de forma inapreciable. Se miran durante unos interminables e incómodos segundos. Finalmente ella aparta la vista.

—Tu estupidez no tiene límites. —Murmura.

—Juraría que esa frase ha salido antes de mi boca. —Replica él, relajándose, al recordar el momento en el que la pronunció.

Sandra frunce el ceño. Por desgracia también se acuerda, pese a sus esfuerzos por eliminar lo sucedido de su currículum.

—Atrevimiento pues. —Dice muy seria. Vuelve a mirarlo, como si estuviese escogiendo mentalmente las palabras adecuadas antes de hablar. Jairo aguanta su fachada, aunque se muere de curiosidad—. Te reto... —Se demora unos segundos, en los que su mirada se torna aún más maliciosa y la espera del chico más insoportable—. Te reto a que esta noche no me esposes al cabecero.

Ha lanzado el *all-in*. A ver cómo responde su compañero a la jugada. Jairo enarca todavía más la ceja. No es de los que se retiran.

—Supongo que conoces las reglas. No puedes echarte atr...

—Está bien. —Accede él, y la malicia de su mirada triplica a la de Sandra.

—Ah, ¿si?

—Claro. Esta noche no dormirás esposada al cabecero.

La chica sonrío, triunfal.

—Dormirás esposada a mí. —Puntualiza, ahora dedicándole una sonrisa abierta.

—¿Quéeee?!

Antes de que termine la palabra, Jairo saca las esposas de no se sabe dónde, cierra un gozne alrededor de su muñeca, y se coloca a sí mismo el otro. La cierra con un “crack” que estremece no sólo a Sandra, sino al propio Jairo. Están unidos, no hay marcha atrás.

La chica aguanta la respiración. Si va a estar esposada a él, necesariamente tendrán que acortar el espacio que siempre dejan entre ellos al dormir. En todas las habitaciones han encontrado, por casualidad o no, camas de matrimonio. Sin embargo

ninguna noche se han rozado un solo milímetro. Es más, parece increíble que puedan dejar un abismo tan grande entre ellos en una simple cama de 1,50. Y ahora nota el dorso de la áspera mano de Jairo rozando su piel, y toda la fuerza con la que encara su guerra parece venirse abajo por momentos. Se tumba en el centro de la cama, boca arriba, con la expresión ligeramente desencajada. Ya no tiene ningún sentido escabullirse hacia la esquina.

Esa cálida sensación de la suave piel de Sandra tampoco ha dejado inmune a Jairo, que también se tiende a su lado. Al igual que ella, fija la vista en la interesante lámpara del techo.

Los dos se han olvidado del juego. En lo único que pueden pensar es en esa extraña atracción que ejerce sobre ellos la piel del otro. Sandra juraría que se ha creado alguna especie de campo magnético entre el pequeño espacio que separa sus cuerpos, un campo magnético que parece pedirle a gritos que se acerque más.

Ya no hablan más, en toda la noche. Les cuesta conciliar el sueño. Están incómodos, pero esa cercanía, esa pequeña superficie de cuerpo unida hace que se sientan extrañamente reconfortados. Y el hecho de que ambos coincidan en ese pensamiento, aunque ninguno lo admita en voz alta, ya es insólito de por sí.

Hace tres meses, en la Fortaleza.

Qué faena. La rutina de Jairo se resume a una sola cosa: pensar en Sandra. Se pega el día entero pensando en ella. El rato que están juntos se pasa volando, y cuando se separan sólo puede desear el próximo encuentro. Y ya está. A eso se resume su vida.

Es cierto que el tiempo que están separados lo dedica al entrenamiento físico. Se está esforzando más que nunca. Y se está poniendo aún más fuerte de lo que ya estaba. Puede que sea una tontería, pues nunca se ha preocupado de gustarle a ninguna chica y siempre ha conseguido gustar a todas. Pero es que ahora está especialmente interesado en gustarle a una en concreto.

No se han visto en todo el día. Samuel le ha encargado uno de esos estúpidos recados que implican salir al exterior, y ha pasado la mañana y parte de la tarde yendo de un sitio a otro de la ciudad, como un vulgar recadero. Y ahora que por fin ha vuelto a la fortaleza tiene unas ganas enormes de verla.

Recorre los pasillos con paso ligero. ¿Qué habrá hecho durante su ausencia? Entrenar no, eso está claro. Se lo ha planteado decenas de veces y de todas las maneras posibles, y siempre con el mismo resultado. Sandra se niega en redondo. Ni siquiera muestra interés por desarrollar sus poderes, que suele ser lo que los nuevos receptores encuentran más motivador.

Llama a la puerta, una costumbre que se ha obligado a adquirir. Tiene que aprender a respetar su privacidad.

Tarda al menos un minuto en abrir, y cuando lo hace está en pijama y con el pelo alborotado.

—Vaya, perdona... No sabía que estabas durmiendo. —Se disculpa, ya enfilando el pasillo para irse.

—No, no te preocupes. Tenía ganas de verte. —Le confiesa, con una tímida sonrisa que le derrite el alma. Él siente lo mismo, pero no lo expresa en voz alta. Se limita a responderle con otra sonrisa—. ¿Quieres pasar?

—Sí, claro. —Y ambos pasan a la estancia, débilmente iluminada por una lamparita que hay sobre la mesilla.

—Siento mucho haberte despertado.

—Qué va, si me has hecho un favor. —Murmura, sentándose en la cama, y frotándose los ojos con el dorso de la mano—. Estaba teniendo otra pesadilla.

Jairo se sienta en la silla del rincón. No le ha pasado desapercibido ese “otra”.

—¿Quieres decir que sueles tenerlas?

—Todas las noches.

El chico frunce el ceño. Eso podría explicar las ojeras que luce de forma permanente. Y de nuevo experimenta ese deseo de protección, que en las últimas semanas se ha vuelto casi una necesidad asfixiante. Se siente extrañamente impotente por no poder defenderla de esos malos sueños, enemigos invisibles.

—¿Qué tal tu día? —Le pregunta Sandra, cambiando de tema—. Lola me ha dicho que tenías que resolver unos asuntos en la ciudad.

—Sí, y ha sido aburridísimo.

—No creo que más que haberte quedado aquí. —Dice, colocándose un mechón tras la oreja.

—Te aseguro que hubiese preferido mil veces quedarme en la fortaleza.

Permanecen un instante en silencio. Aun con el pelo alborotado, Sandra está guapísima. Lleva puesto el pantalón ancho de tela que él le compró, pero en lugar de llevar la parte de arriba que combina con el pijama, sólo lleva una camiseta de tirantes oscura. Sobre sus hombros desnudos asoman los tirantes del sujetador. Son negros, con respuntes rojos. En ese momento se acuerda exactamente de qué sujetador es, pues también lo compró él, y siente un estremecimiento que le recorre todo el cuerpo. ¿Pero qué coño hace? ¿Qué más le dará a él qué sujetador lleve o deje de llevar? Se obliga a pensar en otra cosa.

—¿Así que tenías ganas de verme? ¿Es que aún te queda alguna pregunta por hacer? —Inquiere con sorna. Llevan infinitud de días dedicándose a ese juego de preguntas y respuestas, y duda de que todavía le quede alguna en el tintero.

—Sí.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Ya sabes cuál es.

—No, si no me la dices.

—Me gustaría saber cómo moriste.

Jairo niega con la cabeza, pero esta vez no se ha puesto a la defensiva. La pregunta no le ha cogido desprevenido.

Sandra suspira.

—No me la vas a contar, ¿verdad?

—No.

—¡Pero no es justo! ¡Tú sabes como morí yo! —Dice quejicosa.

—Perdóneme usted por entrometerme en el momento de su muerte sin ningún motivo ¡Ah no, que sí que tenía un motivo! ¡Intentar salvarte! —Replica Jairo, exagerando el dramatismo. Después le sonrío cálidamente y la chica se da por vencida.

—¿Sabes? —Dice Sandra con voz triste, al cabo de un rato—. No consigo hacerme a la idea de que estoy muerta. Me resulta complicado. Me siento tan viva... —La ausencia de Jairo, que acapara toda su atención, le ha permitido pasar el día entero a solas con sus propios pensamientos. Es más, a mitad de mañana la melancolía se ha apoderado tanto de ella que se ha pasado un largo rato llorando.

El chico no dice nada. No porque no quiera consolarla, sino porque no sabe cómo hacerlo. En ese momento se siente como una visita no deseada que no tendría que estar a esas horas de la noche en esa habitación.

—Creo que lo mejor es que me marche, así podrás descansar. —Murmura, poniéndose en pie y acercándose a la puerta, pero se detiene antes de alcanzarla. Las lágrimas se agolpan en los párpados de Sandra, aunque la chica se esfuerza por no dejarlas salir—. ¿Estás bien? —Siente una terrible pena al verla así.

Sandra lo mira. Si su día ha sido horrible sin verlo, la perspectiva de que se marche de su lado le resulta desgarradora.

—¿Te importaría quedarte aquí esta noche? —Pide, en voz muy bajita, suplicándole con esos preciosos y humedecidos ojos felinos.

Jairo tarda varios segundos en reaccionar. ¿Quedarse? ¿A pasar la noche? ¿En su habitación?

—Eh... Claro. —Accede con voz amable, y vuelve a sentarse en la silla.

Sandra lo mira, agradecida.

—Ven. —Y da una palmada sobre el colchón, instándole a que vaya a su lado—. No pretenderás dormir sentado...

El chico está a punto de sufrir algo parecido a un colapso. ¿Que vaya a su cama? ¿A esa en la que también está ella? Se levanta mostrando una increíble seguridad, aunque por dentro está consumido por los nervios.

La chica se cubre con el edredón y se coloca en el lado de la pared, dejándole el máximo espacio posible, para que quepa bien. Jairo no es capaz de actuar con tanta naturalidad como ella. Sin abrir la colcha, se tumba sobre ella, vestido, sin quitarse siquiera las zapatillas. Pese a estar separados por el edredón, siente la calidez que

irradia su cuerpo muy cerca, tanto que le cuesta respirar.

—¿No te habrás sentido obligado...? —Sandra se ha dado cuenta de la rigidez del chico, y teme haberlo puesto en un compromiso.

—No, para nada. —Se apresura a responder, dedicándole una tranquilizadora sonrisa que la reconforta enormemente.

Desde el primer momento en que lo vio supo que había algo peligroso en él, algo letal. Es algo que salta a la vista con sólo verlo. Pero hay algo en sus ojos azules que le dice lo contrario. Lo que no sabe es que el chico jamás baja la guardia, y que esa faceta suya no se la ha mostrado a nadie más. En realidad, Jairo se quita su máscara sólo cuando está con ella, y sin ningún esfuerzo.

—¿Dices que no duermes bien? —Inquiere, sintiéndose a cada minuto un poco más cómodo.

Sandra exhala un largo suspiro.

—Cada vez que cierro los ojos, aparece una pesadilla.

—¿Has experimentado algo anormal últimamente? —Acaba de pasársele por la cabeza que pueda ser la forma de salir al exterior la energía retenida. Aunque eso es un disparate. Menos mal que no lo ha dicho en voz alta.

—Además de la capacidad de curación, nada. ¿Deberían haberse manifestado ya mis poderes?

—Supongo que si reniegas de ellos y te niegas a entrenar, es normal que no aparezcan todo lo rápido que deberían.

Sandra se gira para verlo. Jairo permanece con la vista fija en el techo. No se atreve a ladearse para mirarla, dada la escasa distancia que los separa.

—¿Y qué hay de los tuyos? ¿Qué poderes tienes?

Es la primera vez que muestra un mínimo interés, pero no quiere parecer presuntuoso haciéndole una lista de sus infinitas habilidades. Se le ocurre algo mejor.

—Déjame que te muestre algo. Cierra los ojos. —Ella obedece sin rechistar. Se concentra un segundo en crear una proyección—. Ahora, ábrelos.

—¿Qué es lo que tengo qu...? —Inquiere desconcertada al principio, pero un segundo después se da cuenta de lo que hay en el techo.

Decenas de sombras lo cruzan de un extremo a otro, danzando en toda su longitud. Son pájaros. Sí, parecen golondrinas, que baten sus alas y se deslizan con elegancia. Danzando y haciendo delicados quiebros. Es un espectáculo realmente hermoso.

—¡Qué bonito! —Exclama encantada, incorporándose sobre los codos para observarlos mejor. Y en esta ocasión no está exagerando su interés con fines ocultos, sino que lo siente de verdad.

En ese momento la ilusión desaparece, y el techo vuelve a ser tristemente blanco.

—Y mira. —Jairo se incorpora y apoya la espalda en el cabezal. Extiende una mano y sobre ella se materializa una bolita de brillante color azul. Es traslúcida,

como si estuviese formada por cientos de finas líneas chisporroteantes que titilan levemente.

—¡Guau!

Con un rápido movimiento, Sandra se acerca y la toca.

—¡Ay! —Grita, apartando la mano inmediatamente. La bolita le ha dado un calambre.

—¡¿Pero qué haces?! —Exclama Jairo, también elevando la voz, y haciendo desaparecer la esfera—. ¡¿Te has vuelto loca?!

Ve el desconcierto en su cara.

—Es una bola eléctrica, Sandra, para defenderme de mis enemigos. Nunca debes tocarla. Menos mal que era pequeña... Déjame ver.

Y coge su maltrecha mano, que resulta diminuta rodeada por la de él. Se estremece ligeramente al notar el contacto de su piel. Pero ahora no tiene que pensar en eso, lo que tiene que hacer es examinarle la herida. Sí, ahí está. Se aprecia la quemadura en las yemas de los dedos índice y corazón. No tardará mucho en sanar.

—¿Qué pretendías? ¿Explotarla como si fuese una pompa de jabón o algo así?

—Algo así. —Murmura ella, ligeramente avergonzada.

Ambos se recuestan en la cama, y permanecen un rato en silencio.

Sandra está alucinada. Es increíble que una persona sea capaz de hacer ese tipo de cosas. Jairo le parece poderosísimo, y eso que ella desconoce que no ha visto ni una milésima parte de lo que es capaz de hacer. Controla perfectamente sus poderes. ¿Cómo puede haberlo conseguido en tan poco tiempo? Entonces le asalta una duda. Le dijo que llegó a la fortaleza hace cuatro años, lo que no necesariamente implica que ese sea el tiempo que lleva muerto, aunque ella lo interpretase así.

—¿Cuántos años tienes, Jairo?

—Veinticinco. Morí con veintiuno. —Responde tranquilamente, como si hablar de la propia muerte fuese lo más normal del mundo.

—Vaya. Tu muerte está muy reciente.

—No más que la tuya.

—¿Y tenías novia? —Su pregunta le pilla totalmente por sorpresa.

—No.

Nunca tuvo una, aunque sí le hicieron cientos de proposiciones. Para ser sinceros, Jairo nunca fue hombre de una sola mujer. Nunca encontró ninguna que le fascinase tanto como para eclipsar a las demás. Le parecían todas iguales. Sólo pasaba el rato con ellas. Cada una era, simplemente, otra de muchas.

—¿Y tú? —Pregunta, sintiendo una increíble punzada de celos que no recuerda haber experimentado nunca antes. La chica no tarda ni dos segundos en responder, pero son suficientes para que Jairo se la imagine en brazos de otro hombre y se ponga enfermo hasta límites insospechados.

—No, tampoco. —Dice Sandra, como si su respuesta fuese evidente.

El chico ya puede respirar tranquilo. Permanecen en silencio, y un rato después ella se queda dormida.

La mira sin disimulo, ahora que no se da cuenta. El pelo le cae despeinado sobre la camiseta. Imagina la suavidad de su piel, cómo sería estrecharla entre sus brazos, cómo sería besar ese apetecible cuello y perderse toda la noche por su cuerpo... “¡Joder! ¡Basta ya!” Se reprocha mentalmente a grito pelado. Tiene que empezar a controlar más sus pensamientos. ¿¿Qué le importará a él cómo huela o lo suave que sea su piel??

Apaga la débil luz de la mesilla e intenta conciliar el sueño, aunque sin resultado. Se pegará toda la noche en vela, totalmente prendado de sus suaves y acompasadas respiraciones.

CAPITULO 39

Tres meses antes del momento presente, en la Fortaleza.

SAMUEL permanece quieto, concentrado tras la cristalera. En ese momento aparece Lola y lo saca de su ensimismamiento.

—Acaba de llamar Ana desde Portugal.

—Dile que le devolveré la llamada lo antes posible. —Responde el hombre, sin apartar la vista de la piscina.

La mujer desaparece, y él retoma la concentración.

Ninguno de los dos se ha dado cuenta de que los observa. Están distraídos, él nadando y ella cronometrando. Desde su privilegiada posición puede percibir algo parecido a alegría en el chico. Pero no es eso lo que le interesa.

Cierra un instante los ojos para focalizar su mente y después los vuelve a abrir. Puede sentir la culpabilidad de ella. Sí, se siente mal. Y la causa es Jairo. Se siente mal porque el chico la hace sonreír. Hace que incluso se olvide de que hay una vida que ha dejado atrás, llena de personas que seguramente estarán llorando su pérdida.

El viejo suspira. Es normal que se sienta así. Jairo es su compañero. Y las parejas de receptores no se deciden a la ligera. Siempre tienen un por qué. Cada receptor tiene un único compañero asignado para sus misiones. En ocasiones esa pareja ni siquiera ha nacido todavía, como en el caso de Eneko, que tiene que realizar las misiones solo. En otras, desgraciadamente, ya no están entre ellos. Como su querido compañero, Matías.

Pero todo el intríngulis que rodea a la asignación de parejas es un secreto que Samuel tiene muy bien guardado y que no ha compartido con nadie en la fortaleza. No es necesario que los receptores sepan que la asignación viene determinada, y no depende de él.

De todas formas no consigue entender por qué esa receptora en concreto tenía que ser la escogida para acompañar a Jairo en las misiones. Es cierto que nadie le parecerá lo suficientemente bueno para cubrir las espaldas de su chico preferido, pero es que ella es la peor opción que se le puede ocurrir. Ella es un simple peón en la partida, y él una pieza clave. No deberían estar juntos.

Niega con la cabeza. No está de acuerdo con la entrada de Sandra en la orden.

El viejo se aleja de allí. Si hubiera permanecido un poco más de tiempo, habría descubierto que, pese a todo, Sandra está decidida a ignorar todos esos sentimientos que experimenta hacia Jairo para llevar a cabo su plan.

En la actualidad.

Sandra se incorpora de un sobresalto y con la respiración agitada. El tirón de las esposas que los unen ha pillado desprevenido a Jairo pese a que estaba despierto, asegurándose de alejar esas pesadillas que la acechan.

La expresión de la chica está desencajada.

—¿Otra pesadilla? —Le pregunta, intentando fingir cierta indiferencia, para que no intuya cuánto le sigue afectando todo lo que le pase a ella.

Asiente con la cabeza, y se tapa los ojos con las manos. Arrastra la mano de Jairo inevitablemente hacia su cara, y el chico se apresura por apártala y colocarlas nuevamente sobre la colcha. No estaría cómodo sintiendo el roce de su mejilla.

No sabe cómo ha podido pasar. Estaba despierto, controlando sus emociones. Sí que ha notado alguna emoción más elevada, pero no parecía tan fuerte como uno de esos sueños terribles. De haberlo sabido, lo habría contenido.

—¿Estás bien? —Vuelve a preguntar, pasado un rato.

—Sí. —La chica ya se ha serenado.

—No tienes que contármela. —Se apresura a decirle, para que no se sienta obligada y sepa que todo está bien, que sepa que ha asumido que los días en los que se hacían confidencias ya son cosa del pasado.

—¿No quieres escucharla?

—No he dicho eso.

Sandra coge aliento. Sabe por experiencia que cuando se las cuenta a su compañero es como si se hiciesen menos graves, como si se alejasen.

—Ha sido un sueño extraño, casi real. —Empieza, y Jairo la escucha atentamente, feliz de que quiera compartirlo con él—. Estaba en una explanada llena de casetas de circo, rodeada por unos hombres. Sus rostros estaban difuminados, pero podía ver sus pupilas verticales, como las de los gatos. Eran escalofriantes, amarillas y negras... Uno de ellos se acercaba a mí, mirándome con esos ojos raros, separados por una tremenda cicatriz que le cruzaba la cara...

No se han dado cuenta de cómo ni cuándo ha sucedido, pero sus manos están cogidas y sus dedos entrelazados. Lo constatan a la vez, y se sueltan inmediatamente, dejando entre ellos todo el espacio que les permiten las esposas. Jairo está incómodo, y la piel de Sandra ha adquirido una extraña tonalidad afresada.

—¿Con una cicatriz? —Pregunta él, intentando recobrar la normalidad.

—Sí, una cicatriz rojiza, al igual que su pelo, que era negro pero con destellos rojos... No sé, todo muy raro. —Murmura, con el color todavía encendido—. Después me he despertado.

Jairo frunce el ceño, y ella se da cuenta de que algo sucede. Las veces que le ha relatado sus pesadillas sólo se limitaba a escuchar.

—¿Qué pasa?

—Que los hombres de tu sueño no eran hombres, sino Askar. Demonios.

Un escalofrío sube por su columna.

—¡Pero si parecían humanos!

Se los había imaginado bastante más horripilantes, algo así como los monstruos de cualquier película barata de las que emiten a partir de medianoche. Claro, que hay que reconocer que los de su sueño, aunque menos dantescos, también daban mucho miedo.

—Es que hubo un tiempo en el que lo fueron. Pero ya no queda nada de su humanidad. Debes recordarlos de la noche de tu muerte.

Sandra asiente, pensativa. Sólo así se explicaría que conozca unos rasgos de los que no ha oído hablar anteriormente.

Aunque Jairo lo haya dicho como una mera sospecha, no le cabe la menor duda. Además esa definición tan clara del demonio sólo puede atribuirse a Daro. Lo extraño es que esos recuerdos surjan precisamente ahora, tanto tiempo después de su muerte.

Los dos permanecen en silencio, dando vueltas al mismo tema.

Sí, ha sido un sueño extraño. Más que nada porque no se trataba de un sueño. Los poderes de Sandra están comenzando a hacer acto de aparición, y ese sueño no era sino una visión, una visión del futuro. Pero eso ellos aún no lo saben.

Hace dos meses, en la Fortaleza.

Han pasado varios meses. Jairo está feliz, está contento. Y hace mucho tiempo que Jairo no está ni feliz ni contento. Para ser sinceros, nunca se ha sentido como se siente ahora. Ni en su vida como mortal, ni después de ella. Y esa felicidad tiene nombre y apellidos. Bueno, dejémoslo sólo en nombre, porque su apellido real no volverá a utilizarlo nunca más.

Ha pensado sacarla al exterior. Él es su responsable, y tarde o temprano tenían que hacerlo. Qué mejor ocasión que en una fecha tan señalada como la que se acerca.

Sandra le importa. Le importa mucho, como nunca le ha importado nadie. Llevaba demasiado tiempo centrándose únicamente en sí mismo. Pero, por primera vez, quiere hacer las cosas bien.

Antes él hacía las cosas a su manera y punto. Su mundo y sus reglas. Pero ahora es diferente. Si no, no estaría planeando una sorpresa para ella. ¡Quién lo ha visto y quién lo ve! El gélido Jairo planteándose qué le gustará o dejará de gustarle a una chica. Pero es que, para él, Sandra no es cualquier chica.

Si Andrés pudiera verlo no sólo no lo reconocería, sino que se partiría el culo a su costa, aún a riesgo de que Jairo lo asesinara. Y es que hay cosas que nunca cambian.

Una ligera sensación de melancolía se apodera de él. Andrés, el único que llegó a conocerlo un poco. ¿Qué aspecto tendrá ahora? Han pasado más de cuatro años...

Se obliga a recomponerse. Hace tiempo que no experimentaba esa melancolía. Exactamente el mismo tiempo que hace que Sandra despertó.

Recorre los pasillos de la fortaleza, hacia el ala D. Llama y espera a que le abra.

Le dedica una sonrisa cargada de tristeza al verlo y se hace a un lado, invitándole a pasar.

Tiene mucho mejor aspecto que cuando llegó. Poco a poco sus ojeras se han ido aclarando, aunque continúan instaladas de forma permanente bajo sus ojos. Han avanzado muchísimo, y parece que cada día confía un poco más en él.

Sin embargo, en los últimos días está como alicaída, triste, y cada vez le resulta más difícil hacerla reír. Espera que lo que tiene pensado la anime un poco.

—¿Cómo te encuentras? —Pregunta, sentándose en la cama, a su lado.

—Bueno... Supongo que todo lo bien que puedo estar.

—Sandra, no me mientas. Soy consciente de que algo pasa.

La chica se encoge de hombros, y comienza a tironear distraídamente de un hilito de la sábana. Sabe que tiene razón. Últimamente permanece más tiempo de bajón que de cualquier otra forma. Su plan fracasó, y ya no tiene ganas de nada. Puede decirse que ha vuelto a ese estado en el que se pasaría todo el día en la cama, con el edredón sobre la cabeza.

Pero no hay ninguna razón concreta que justifique esa situación. Es decir, además de los motivos evidentes y que han estado ahí desde el primer momento.

—No ha pasado nada. No hay ninguna causa. Simplemente estoy triste. Puedo permitírmelo, ¿no?

Jairo asiente con la cabeza, decepcionado. Claro que puede permitirse estar triste, es sólo que le gustaría ayudarla de alguna manera, y en ocasiones le da la impresión de que se cierra en banda, dejándolo fuera de sus pesares. Y él, lo que más desea, es formar parte de su vida, tanto de los aspectos buenos como de los malos.

—Es una pena que estés así. Yo que había pensado en proponerte un plan para el sábado... —Murmura, con voz zalamera. Y consigue su objetivo: despertar la curiosidad de la chica.

—¿Para el sábado? —La frase suena tan normal que casi le dan ganas de llorar. Últimamente todos los planes que le propone están relacionados con cosas paranormales. Que si ir a dar una vuelta en un circuito de carreras que está construido bajo el suelo, que si enseñarle las armas de granito con las que matar demonios, que si cruzarse la piscina veinte veces sin respirar...

—Pero bueno, en tu estado supongo que preferirás quedarte en la cama. —Dice con toda la intención, y se pone en pie, dirigiéndose a la puerta.

—¡No! ¡Espera, no te vayas!

Jairo la mira, deleitándose con la situación.

—¿Qué habías pensado?

—Vamos a salir. —La informa con una sonrisa.

—¿A salir? ¿Quieres decir al exterior? —Sandra no se lo cree cuando lo ve asentir con la cabeza—. ¿¡En serio?! ¡Bieeeeeen! —Se levanta de la cama de un salto, y comienza a dar botes por la habitación. Quizás, después de todo, llevar a cabo su

plan no era tan imposible como pensaba.

CAPITULO 40

Un mes y medio antes del momento presente, en un pueblo del norte de España, por la mañana.

MARIBEL observa a su sobrina desde la puerta. Está sentada en la cama, con la cajita de música de Sandra apoyada sobre las rodillas. La sostiene con firmeza, pero sin ejercer demasiada presión, como si tuviese miedo de romperla. Hay que ver el cuidado con el que la trata, y la supervisión que ejerce sobre su prima para que no la toque.

Ella misma ha hablado con Naroa en varias ocasiones, para hacerle entender a la niña que eso que ella ve como un juguete que no quieren dejarle es, en realidad, un objeto de un gran valor, de un valor no material precisamente.

Quién diría que un par de años antes María y Ernesto tuvieron esa misma charla con la propia Elisa para evitar que tratase de cualquier manera la cajita. Es lo que tienen los grandes golpes de la vida, que hacen cambiar a las personas, incluso a las pequeñas personitas que no son conscientes de la magnitud de los acontecimientos. Bueno, dicen que es a base de golpes como se aprende. Pero, ¿no podrían cambiarse las reglas de esta injusta vida? ¿No podría aprenderse sin necesidad de sufrir? Además su sobrina mayor no tuvo la oportunidad de aprender. Simplemente cometió un error fatal, y no se le dio la oportunidad de sacar las conclusiones pertinentes para no repetir su mala elección. Sólo recibió el mayor de los castigos, sin opción a nada más.

Maribel suspira. No quiere retomar ese hilo de pensamientos que tantas veces la conducen a la misma conclusión: poner en duda la bondad del creador. Su exhalación suena a resignación, una resignación y una aceptación de las decisiones de Dios, aunque jamás logre comprender ese designio concretamente. No sólo arruinó la vida de la joven, sino la de toda la familia. La de una familia creyente, una familia de bien.

Ella es una buena cristiana. Continúa yendo todas las mañanas a misa, y reza antes de acostarse. Sin embargo, cada vez que escucha un sermón de los recitados por don Matías, decenas de objeciones le vienen a la mente, y cada vez que pasa a comulgar lo hace con menor convicción. Sus confesiones han aumentado notablemente, pues aunque su comportamiento externo sea ejemplar, peca de un enorme resentimiento hacia Dios, y eso además la carga con una gran culpa.

Dios le arrebató a María a una hija, y ella dio la espalda a la que le quedaba. No es excusable, pero sí comprensible. A su hermana le faltan fuerzas para seguir viviendo. Ni que decir tiene para ocuparse de una criatura. Maribel sospecha que, si desde pequeñas no les hubiesen enseñado que es Dios el único que debe decidir el

comienzo y el final de las vidas de sus hijos, su hermana habría puesto ya el punto y final a la suya. O quizás no le queden fuerzas ya ni para eso, y sólo sea capaz de seguir respirando hasta que su hora llegue.

Contiene una lágrima al observar a Elisa. Qué mayor se ha hecho en tan poco tiempo. Y, aunque todavía se muestra reservada con sus nuevos compañeros, ha hecho grandes avances. En ello influye la generosa comunidad de vecinos del pueblo, que conociendo las circunstancias que habían llevado a la niña a vivir con sus tíos, la acogieron con especial cariño.

Su marido y ella se lo propusieron a Ernesto hace más de un año, y entre los tres decidieron que era la mejor opción dadas las circunstancias. María no se opuso. Simplemente no dijo nada, no pareció que le importase. Prefirió quedarse sola, sin salir de la habitación de aquella casa en la que habita el más absoluto silencio desde aquel fatídico día.

En ese momento aparece Naroa.

—¡Ya estoy! —Exclama la niña. Por suerte su alegría continúa intacta—. Venga Elisa, date prisa. —Grita, entrando a la habitación como un torbellino, y mirando desde escasos centímetros el objeto que tiene su prima en las manos.

Elisa la esquivo y se acerca a su tía. Maribel coge la caja de música y la coloca en lo alto de la estantería, a buen recaudo.

En ocasiones atribuimos importancia a objetos insignificantes, pero tenerlos cerca nos permite mantenernos en pie. No quiere ni imaginar la cantidad de emociones contenidas que podrían desbordarse si le pasase algo a esa simple cajita, como si se tratase de la llave que puede abrir un baúl de malos recuerdos.

Elisa sube a la parte de atrás del ranchera, y espera a que su tía coloque a Naroa en la sillita. Ella ya es mayor, sabe enganchar el cinturón a la silla ella sola. Aunque Maribel siempre se empeña en comprobar que lo ha hecho bien.

Llegan al camposanto, al que las niñas ya están más que acostumbradas. La primera vez que le dijeron a Naroa lo que había debajo de esos rectángulos de piedra, rompió a llorar desconsoladamente. Pero ahora ya lo tiene más que asumido, y por desgracia corretea por el lugar con soltura, como Pedro por su casa. Es terrible que una persona se acostumbre a andar por allí, pues sólo puede significar que alguien muy querido ya no está, y que la necesidad de visitarlo es tan grande que suele rondar por esos lares, en busca de un recuerdo que está a años luz de las experiencias compartidas.

Llegan a la impoluta lápida de mármol negro, limpiada casi a diario, en cuyo centro se irgue una preciosa cruz de plata de elegante acabado. Las letras, talladas sobre la piedra, rezan: “*Aquí descansan Cayetana Zabal Pueyo (1929—1997), Anselmo Valero Ruiz (1921—1988) y Sandra Sánchez Valero (1992—2010).*”

La vida de los muertos perdura en la memoria de los vivos. Que Dios los acoja en su seno.”

Maribel relee la frase de Marco Tulio Cicerón. En un principio barajó la posibilidad de hacer mención a la injusticia que supone que una vida tan joven sea sesgada. Pero lo pensó mejor, pues eso sólo dejaría una perdurable constancia de lo sucedido, y la haría recordarlo cada vez que la visitase.

Está mejor así. Es una hermosa lápida. La cambiaron con motivo de la muerte de Sandra, pues la de sus padres le pareció demasiado austera. Pensó en comprar un nuevo nicho, pero decidió que estaría mejor descansando junto a ellos, para siempre. Al lado de un abuelo con el que no llegó a coincidir en este mundo, y de una abuela a la que apenas conoció, pero que de seguro la amaron con toda su alma, aunque fuese desde el reino de los cielos. A fin de cuentas, al lado de su familia. Y sí, puede que sea la lápida más bonita del lugar. Resulta difícil escoger con tiento en esos momentos tan duros para la familia, mientras se intenta asumir lo ocurrido, en medio de un velatorio. Se encargó ella, y eligió sin escatimar ni un solo céntimo. Su sobrina se lo merece, sin ninguna duda.

Le da el ramo de rosas blancas a Elisa, y Naroa se apresura a poner sus manitas también sobre él. La niña también quiere participar, aunque sólo sea para depositarlo sobre la tumba.

Permanecen unos instantes en silencio, en los que observa la foto. Sandra sonríe ampliamente. Así es como quiere recordarla, feliz. Ojalá pudiera dejar de pensar en cómo fueron sus últimos momentos, esos momentos que extinguieron su sonrisa para siempre. Con sólo mirar las fechas y sin necesidad de hacer cuentas, la brevedad de su vida ya se hace patente. Demasiado corta. Demasiado injusta.

—¿Por qué hoy traemos tan pocas flores? —La voz de Naroa la saca de su ensimismamiento.

—¿El qué cariño? ¿No ves que estas rosas son enormes? —Y es verdad, las cultivan en unos invernaderos especiales, y son bastante más vistosas que las normales.

—Pero este ramo es más pequeño.

—Eso es porque los crisantemos son más chiquitos, y te parece que hay más.

—¡Pero si hay pocas flores! —Se empeña la niña.

—No, cielo. Hay exactamente el número de rosas que tiene que haber.

—¿Y cuántas hay?

—Diecinueve.

Elisa la mira extrañada, sin comprender el por qué de ese número. ¿Acaso su tía las ha contado?

—Vamos a rezar por la tata, ¿os parece? —Propone la mujer, y las tres empiezan a recitar al unísono, como tantas otras veces.

*“Padre Nuestro, que estás en el cielo,
Santificado sea tu nombre,
Venga a nosotros tu reino...”*

*Ese mismo día de hace un mes y medio, en una ciudad muy lejana al
pueblo, por la noche.*

Están dentro de un gran coche de cristales tintados. Mauricio conduce con suavidad por las calles de una gran ciudad cercana a la fortaleza. Las luces de las farolas y los transeúntes se le antojan como una estampa más bonita de lo que recordaba.

Tras recorrer lo que parece ser una de las avenidas principales, se detienen a las puertas de un lujoso hotel.

—¿Me llevas a cenar a un sitio caro? —Pregunta, atónita, al ver la lujosa fachada del siglo XV totalmente restaurada.

—Eso parece, ¿no? —Le dice Jairo con una sonrisa. Lleva puesta una americana negra, informal, y está más guapo que nunca. Es más, parece que incluso sus ojos son más azules, o será que brillan de una forma especial.

Para su sorpresa el maitre conoce a Jairo, y lo saluda con una reverencia. Los conduce a un elegante salón, vacío, que el chico se ha encargado de reservar sólo para ellos. No quiere que nadie los moleste. Ni siquiera quiere camareros. Ya ha dado orden de que dejen los platos servidos.

—No lo hubiese imaginado. —Dice Sandra sentándose en la silla que él retira cortésmente para ella.

—¿Por qué no?

—Porque eres un tipo chungo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no pareces de la clase de tíos que invitan a cenar, que eres un chico malo.

Jairo ríe ante el comentario.

—¿Antes también eras así?

—¿A qué te refieres? —No sabe si le está preguntando que si alguna vez ha llevado a alguna chica a cenar. Claro que no. Ella es la primera. Pero parece que no es eso lo que quiere decir.

—Que si en tu vida anterior también eras un chico malo, como ahora. —Explica.

—Sí. Pero ahora soy un chico malo con clase. —Le dedica una sonrisa burlona que derretiría a cualquier chica, y ella sonrío. No, Sandra tampoco es totalmente inmune a sus encantos. Coge la copa de vino blanco y bebe un sorbito.

—¿Y a qué se debe todo este despliegue?

—¿No recuerdas qué día es hoy?

La chica lo mira sin comprender durante unos instantes. Jairo se ha dado cuenta

del momento preciso en el que ella ha comprendido, pues su expresión se ha desencajado.

—Ya veo... —Murmura, sintiendo un hiriente pesar en lo más profundo del pecho.

Un desgarrador dolor provocado por el recuerdo de una situación vivida hace mucho tiempo.

“—No te lo flipes tanto. —Le dice Clara, que ya es mayor de edad.

—No me lo estoy “flipando”, como tú dices. —Se defiende ella—. Es sólo que falta poco tiempo, y estoy nerviosa.

Julia la mira con ojos desorbitados. Sandra se apresura a explicarse mejor, para que su amiga la comprenda.

—Sé que es sólo un año más, pero es una edad especial. La de la mayoría de edad. La fecha en la que dejas de ser una niña y te conviertes en una mujer. La época de la universidad, la época de mis ansiadas lentillas... Todo será mejor. —Dice, enfatizando las últimas palabras.

—¿Pero tú qué te has creído, niña? ¿Qué vas a cambiar de la noche a la mañana? —La interrumpe Clara, con tono de saber de lo que habla—. Pues ya te digo yo que no. Te levantarás con dieciocho igual que cuando te acostaste con diecisiete. Y más tú, que eres de esos poyuelos que se resisten a dejar el nido.”

Las palabras de Clara resuenan en su mente, como si la estuviese escuchando en ese mismo instante. En ese momento jamás podría haber imaginado que muy pronto alguien le daría una patada enorme, tanto que no sólo la sacaría de su cómodo nido, sino que la mandaría tan lejos que jamás podría regresar a él.

Jairo la mira preocupado. Parece atormentada por algún pensamiento.

—¿No te gusta? —Le pregunta, devolviéndola a la realidad. El chico ha empezado a tener dudas. Le da un tiempo para responder, pero no lo hace, así que se justifica—. Había pensado que te gustaría celebrarlo, ya que el año anterior no pudiste...

Es cierto, cuando cumplió los dieciocho estaba en ese estado de latencia, mientras su nuevo cuerpo recibía la energía de sus familiares y nacían sus poderes.

Desde que nació, sus padres celebraron sus cumpleaños. Aunque ese día cumpla diecinueve, se trataría de su decimoctava fiesta de cumpleaños.

—No es eso. —Dice ella con un hilito de voz y con ojos llorosos—. Es sólo que me lo había imaginado de otra manera. —Las palabras mueren ahogadas en su garganta, y ya no puede contener más el llanto.

Jairo la observa con el corazón encogido, sin saber qué hacer. ¿Tan mala idea ha sido? No puede soportar verla llorar. Siente su pena como si fuera la suya propia. Es más, siente que la quiere, que la quiere con toda su alma. ¿Es eso posible? Un día

estaba seguro de que sólo se preocupaba por sí mismo, y de repente se encuentra en este punto, sin saber siquiera cómo ha llegado a él.

Pero su deseo de consolarla es inmenso, asfixiante. Su necesidad de compartir la pesada losa de la chica, de aligerarla, de cargar con una parte sobre su espalda. De que ella pueda sostenerse en él, y seguir caminando juntos. Juntos. Porque él nunca la dejará sola, nunca la dejará caer.

Mira sus ojos felinos, empapados en lágrimas. No puede evitar levantarse y bordear la pequeña mesa que los separa. Se arrodilla a su lado y le seca la mejilla con cuidado, con el dorso de la mano. Su piel es increíblemente suave, increíblemente cálida.

Sus ojos se encuentran, y parece que el tiempo se detiene a su alrededor. Reúne valor y le pide permiso con la mirada, aunque no espera a obtener respuesta. Acorta distancias y la besa. Al principio sólo roza sus labios. Después lo hace con más profundidad. Su lengua acaricia con suavidad la de ella, con dulzura. Sandra no solo no se aparta, sino que corresponde a sus movimientos. Sus dedos se pierden en su pelo. Siente la calidez de la respiración de la chica, nublándole los sentidos. Un beso salado con sabor a lágrima. Un beso que sella sus sentimientos y atestigua todo lo que Jairo está dispuesto a hacer por ella. Está dispuesto a compartir los peores momentos. Como si fueran uno solo. Como si ese sabor salado fuese el de sus propias lágrimas. Por una vez, está dispuesto a abrirse. Sólo con ella. Sólo con su compañera. Sólo con Sandra.

Ha sido un beso breve, y Jairo se ha quedado con ganas de muchos más, pero no es el momento adecuado.

Parece que Sandra se ha calmado un poco. Ha dejado de llorar, y cuando él le ha preguntado si se encontraba mejor, ella ha afirmado con una tímida sonrisa.

Entonces se acuerda de que tiene algo para ella. Quizá sea un buen momento para dárselo.

—¿Sabes? Tengo una cosa para ti. —Le dice con suavidad.

La chica levanta ligeramente la cabeza. Jairo se pone de pie y saca la cartera. Pensaba que lo había guardado allí, pero debe de habersele olvidado en el coche por los nervios.

—Voy al coche a buscarla. —Se agacha de nuevo, y sujeta las mejillas de ella entre sus manos. La mira a los ojos con intensidad—. No te muevas, ¿vale?

Ella afirma.

—Júramelo. —Le dice él, con tono burlón, intentando quitar hierro al asunto. Parece que ella también lo intenta, porque le dedica una triste sonrisa.

—Ya sabes que yo no juro.

Ya lo sabe, se lo ha dicho muchas veces. Esta chica es de lo que no hay. Aún así, toma como válida la respuesta. Le guiña un ojo y sale veloz del salón, en dirección al garaje.

Cuando está fuera de su vista, se permite el lujo de sonreír ampliamente. Ha dado cientos de besos en su vida, pero en ninguno había ni una milésima parte de los sentimientos y del cariño que ha puesto en ese.

Baja al piso de abajo y abre la puerta trasera del BMW. Mauricio ocupa el lugar del conductor, y escucha atentamente la retransmisión de un Madrid—Barcelona. Apenas saluda al chico. Para él sólo existe la voz de Chema Abad. Jairo coge con cuidado el paquete, y vuelve rápidamente al interior del hotel. No quiere estar separado de ella más tiempo del estrictamente necesario.

Irrumpe en el salón con el paquete en la mano y un brillo diferente en los ojos. Pero allí no hay nadie. Tampoco está la cartera que ha dejado sobre la mesa. Mira alrededor, sin comprender.

—No me jodas, Sandra. —Susurra, petrificado, sin terminar de creerse lo que acaba de ocurrir.

CAPITULO 41

Cuatro años antes del momento presente.

JAIRO tiene los nudillos ensangrentados, pero no se da cuenta. Continúa golpeando con fuerza la puerta, de la misma forma en la que le gustaría golpearlo a él. De la misma forma en la que él ha golpeado a la mujer que le dio la vida.

Golpe tras golpe, patada tras patada. No sabe cuánto rato lleva solo, pero cree que su madre se ha marchado.

Da otra patada. No sabe de dónde saca las fuerzas, pero cada golpe es más contundente que el anterior. Otra patada más, pero todo lo que ha conseguido es hacer un hueco del tamaño de su bota en la parte inferior de la puerta. En ese momento oye a sus espaldas un tremendo estruendo, parecido a una explosión.

En la actualidad.

Jairo hace zapping con la televisión a un volumen tan bajo que una persona normal no podría escuchar ni una sola palabra. Un relámpago atraviesa el cielo nocturno e ilumina la pequeña habitación del motel de esa noche. Parece que pronto estallará una de esas fugaces tormentas de verano. Quizás así se refresque el ambiente y pueda despejarse un poco. Es complicado no sucumbir al sueño con ese soporífero calor.

Sandra duerme a su lado con expresión tranquila. Jairo también tiene sueño, pero no va a dormir. Sigue pasando los canales, con la esperanza de encontrar algo que le resulte mínimamente interesante. Aunque ahora viva en un mundo paralelo lleno de demonios y de poderes sobrenaturales, totalmente distinto a su anterior vida, la televisión sigue siendo igual de mala que cuando estaba vivo. Teletienda. Reposición de programa de cotilleos. Anuncios. Lectura del tarot. Más anuncios. Y es que a esas horas no hay nada que merezca la pena ver. No le interesa ninguna de las emisiones. Lo que a él le interesa está a su izquierda, en el mismo colchón en el que está tumbado.

No puede dormirse. No debe. Apoya la espalda contra el cabecero y se frota los ojos con el dorso de la mano. Deja un canal al azar y se incorpora ligeramente, decidido a prestar atención.

Se escucha un trueno cercano. Un susurro lo devuelve a la realidad. Sandra ha dicho algo. ¿Se ha despertado? Parece que no... No, sigue dormida. Sólo ha murmurado algo inteligible en sueños.

Al mirarla siente por milésima vez esa acuciante sensación, apremiante.

Irrefrenable. Su piel. Sus labios. Ese deseo que lo está volviendo loco. La desea de una manera que supera lo irracional. Y no es sólo una necesidad física lo que Sandra le provoca, sino también una asfixiante necesidad emocional. Una necesidad de ella que a duras penas puede contener.

Eso es lo que más le preocupa, los desconocidos sentimientos que la chica ha despertado y de los cuales no sabe cómo deshacerse. No sabe cómo, pero tiene que enterrarlos para siempre. Se la va a sacar de la cabeza. ¡Hombre que si se la va a sacar! Escuchó en una ocasión que nunca se puede cometer el mismo error dos veces, porque la segunda vez no es un error, sino una elección. Y él está decidido a elegir bien esta vez, que de algo le ha tenido que servir el batacazo que se dio.

Con cierto dolor recuerda el momento en el que creyó que había encontrado a una persona especial, a alguien en quien confiar. A alguien a quien abrirse sin miedo. Se equivocó, y constatar su error fue un duro golpe para él. Quizás el más doloroso que había recibido nunca, y eso que los anteriores venían con fuerza. Pero este golpe era diferente. Sandra ni siquiera había movido un solo músculo para dárselo.

Puso un corazón casi muerto en sus manos, un corazón que de repente volvía a tener motivos para creer. Jamás le había importado nadie tanto como le había importado ella. Jamás había querido a otra persona de esa manera. ¿Y todo para qué? Para que lo destrozara. Y es curioso que esa chica que yace a su lado, de poco más de cincuenta kilos, haya conseguido lo que nadie más. Introducirse poco a poco, y de manera muy profunda, en esa férrea coraza que Jairo había levantado con los años. Y es que él, aunque quizás no lo aparentase externamente, se había entregado en alma a ella. A una esperanza, a la esperanza de ser feliz a su lado. A la esperanza de que ella le dejase hacerla feliz.

Se siente estúpido, vulnerable. Estúpido por haber creído que de verdad había una oportunidad para que él fuese feliz.

En ese momento se fumaría un cigarro. Es curioso, porque cuando era mortal, fumaba, pese a lo nocivo del tabaco. Y ahora que es inmortal lo ha dejado. Otra de sus incongruencias. Aunque la peor de todas es que sea capaz de regular las emociones de Sandra y conseguir que duerma tranquila y sin pesadillas, y sin embargo no pueda refrenar las suyas propias. Pero es que en esta situación no hay control posible, y menos cuando la tiene tan cerca.

Quizás sí aparentemente, viéndolo desde fuera, pero por dentro es otra cosa. Si fuese capaz de serenarse no sufriría por Sandra como lo hace. Aunque a Jairo le da miedo el simple hecho de pensarlo, debe reconocer que continúa perdidamente enamorado de ella, incluso después de su traición.

CAPITULO 42

En la actualidad.

LA llamada que tanto tiempo lleva esperando por fin tiene lugar, aunque la información que le transmite Eneko, el rastreador, es totalmente inesperada. Hace un par de minutos que ha colgado el teléfono, pero sigue mirando la pantalla de la Blackberry totalmente absorto. En su rostro aparece una triste sonrisa al recordar ese dicho popular que cuenta que a veces encuentras tu destino en el camino que escoges para evitarlo.

—¿Por fin ha llamado?

La voz de la chica lo saca de sus cavilaciones.

—Sí.

—¿Y te ha dicho algo fuera de lo común?

—¿Por qué lo preguntas?

Sandra hace un ruido de disgusto con la boca. Es evidente. Lo pregunta porque se ha quedado blanco como el papel.

—¿No puedes limitarte a responder? —Le dice, crispada, y Jairo suspira.

—No, no hay nada fuera de lo común. Previsiblemente actuarán mañana, por la noche como acostumbran, en la zona de La Línea de la Concepción.

—¿Y no se supone que tienes suficiente experiencia en estas misiones para no asustarte de nada?

El chico suelta una carcajada.

—¿Me ves asustado?

—No lo sé.

—¿O es que acaso dudas de mi capacidad?

Ella hace un mohín, pero no contesta. Claro que no duda de su capacidad. Pondría su vida en manos de Jairo. Es decir, volvería a ponerla, pero esta vez de forma meditada y no fortuita, como la anterior.

Es más, pese a ser su primera misión no está especialmente nerviosa, y es debido a que va con él. Cuando la encontró y la obligó a acompañarle con la misión como pretexto, Sandra empezó a tener miedo de su destino como receptora. Pero después de tantos días en la carretera esperando y esperando a que el rastreador llamase, está prácticamente inmunizada a la palabra “misión”. Además, según tiene entendido, sólo va a observar, no tiene que participar. En cualquier caso tampoco sería de gran ayuda, ya que ni tiene poderes ni ha querido ser entrenada.

—No te preocupes. Te prometo que no te ocurrirá nada.

—Oh. Qué tranquilizador. —Murmura ella con desgana.

Acaba de entrar una pareja en la cafetería en la que están merendando. La chica

parece tan sorprendida como ella de que un lugar tan cutre pueda existir. Siente la tentación de ir a acompañarla en el sentimiento, y dejarle una lista completa de todos los garitos de carretera cochambrosos que hay por la zona, elaborada y contrastada por ella misma.

—¿Entonces vamos a bajar hoy a Cádiz? —Sandra no tiene muy claro dónde están exactamente, puede que cerca de Jaén.

—No. Dormiremos en Granada, y mañana iremos a La Línea. ¿Te parece?

—¿Importa mi opinión?

—Ya sabes que sí. —Dice él con ironía, reprimiendo la risa.

Ella le dedica una mueca, y centra la vista en el donut que ha pedido. Debe de llevar en la cafetería desde el comienzo de los tiempos, ya que el azúcar ha creado una costra blanquecina alrededor. Costra que ahora está desagradablemente cuarteada. Ha pedido un crepe al camarero, pero al igual que en todos los lugares a los que Jairo la lleva, no han oído hablar de esas exquisiteces. Así que tiene que conformarse con esa cosa redonda que no se sabe si es un donut o un polvorón. ¡Puag! El chico ha pedido un café solo, mejor opción sin duda.

—¿El Audi es tuyo? —Le pregunta el recién llegado a Jairo, dando por hecho que un coche así sólo puede pertenecerle a él, pese a haber una decena de clientes más en el local. Él asiente con la cabeza, pero no dice nada—. ¡Vaya pepino! ¡Qué suerte!

Y como Jairo no parece tener ganas de entablar conversación, el chico se da por vencido y se aleja. Sandra retoma la conversación.

—Demuéstrame lo que puedes.

—¿Que te demuestre el qué?

—Que mi opinión importa. —El chico la mira como si no diese crédito a lo que escucha. ¿Es que los roles de secuestrador y secuestrada no han sido bien definidos?

—Vamos a dormir hoy en un sitio en condiciones. —Dice Sandra con un hilito de voz, sin poder ocultar el tono de súplica.

El chico relaja la expresión. La petición es tan simple que le ha dado hasta pena.

—¿Qué tiene de malo el motel de esta noche?

Recibe una mirada fulminante como respuesta.

—Está bien. Dormiremos en un sitio de tu agrado. Es más —dice, incorporándose en la silla— también cenaremos en algún lugar en condiciones, que hoy me pillas de buenas.

Ella exhala un suspiro crispado. No se cree ni una palabra que salga de la boca de Jairo, y menos con esa sonrisa de suficiencia que tiene grabada a fuego en la cara.

Terminan de merendar en silencio. Pese a la aparente tranquilidad que muestra Jairo, se está desatando una batalla en su interior, después de la información que le ha dado Eneko. Baraja detenidamente sus posibilidades con una meta clara: cumplir la promesa que acaba de hacerle a Sandra, y evitar que nada malo le suceda a ella. Y lo conseguirá, aunque su vida vaya en ello.

CAPITULO 43

En la actualidad.

SANDRA no sale de su asombro. Jairo no sólo ha cumplido su palabra de llevarla a cenar a un sitio de su agrado, sino que ha reservado dos habitaciones en un NH de cinco estrellas. “¿Y esto?” le ha preguntado ella, a lo que él ha respondido “*Te dije que dormiríamos en un sitio de tu agrado. Y supongo que pasar la noche conmigo lo estropearía, ¿no?*” y después le ha hecho la burla. La chica sospecha que el que realmente no quiere volver a compartir cama con ella es él. Pero bueno, no se va a preocupar por eso ahora.

Se han entretenido por el camino con un gasolinero que quería saber todas las especificaciones técnicas del Audi, y como en ese momento Jairo estaba de buenas, se las ha explicado todas. Una por una, hasta completar la interminable lista. Total, que han llegado a Granada bien pasadas las once de la noche.

Ahora están en el lujoso restaurante del hotel. ¿Cómo una misma palabra puede servir para denominar a sitios tan dispares? Ese lugar nada tiene que ver con los locales en los que han cenado en los últimos días. Bueno, se parecen en que ambos tienen mesas y sillas, nada más. Ni siquiera el hecho de que en ambos sirvan comida es un punto en común, pues tiene sus serias dudas de que los alimentos que ha ingerido en esos sitios fuesen realmente comestibles.

Las paredes están tapizadas con una elegante tela de color gris oscuro, que forma finas líneas, y del techo cuelgan lámparas de araña de cristales negros. Es precioso.

Sin embargo, esa situación le recuerda irremediablemente a otra muy similar, ocurrida tiempo atrás, y que acabó muy mal. Pero está decidida a alejar ese tipo de pensamientos de su mente. Después de tantos días malcomiendo en lugares cutres nada le impedirá disfrutar de la cena.

Acaba de terminar el último *cuore* relleno de *foie con ceps* y salsa sorrentina, y está tan llena que le tira el botón del pantalón.

—¿Te ha gustado?

Pregunta él, rompiendo el silencio en el que han permanecido toda la velada. Él mirándola comer, y ella mirando cómo su delicioso plato de pasta artesana italiana se iba vaciando poco a poco.

—Sí, estaba muy bueno.

—¿Quieres postre?

Suspira. Ha visto en la increíble carta una *coulant* con una pinta exagerada, pero hace ya tiempo que pasó la medianoche, y son los únicos clientes que quedan en el restaurante.

—Creo que al camarero no le hará mucha gracia que pidamos postre. — Murmura, para que sólo su acompañante pueda escucharla.

El chico también se ha dado cuenta de la forma en la que el maître los mira, nada propia de alguien al servicio de un hotel de lujo, con el deseo de largarse a su casa grabado en los ojos. Ha contenido las ganas de ir a encararlo, más que nada por no montar un número e incomodar a Sandra. Pero si ella se ha dado cuenta, ya no tiene motivos para retrasarlo.

Además ha decidido que esa cena es el momento perfecto para formular, por fin, la duda que lleva atormentándole tanto tiempo. Y, sinceramente, no quiere hablar del tema delante de un camarero cotilla.

Se levanta y se dirige hacia el empleado, que está parado como un clavo junto a la puerta de salida.

—Quiero que nos deje solos.

—Discúlpeme señor, pero es hora de cerrar el local. Lamento las molestias que esto pueda ocasionarle pero es que...

—Creo que no me ha entendido bien. —Lo corta Jairo, puntualizando las palabras—. Quiero un poco de intimidad, y para eso, usted debe largarse.

El hombre abre los ojos de par en par, y se evalúan durante unos instantes.

Cree que Jairo es uno de esos clientes normales. No tiene ni idea de con quién está tratando. Pero el chico cuenta hasta diez y opta por hacer lo esperado en esa situación, y no engancharlo del cuello y sacarlo de allí a empujones, pese a ser lo que le apetece en ese momento. No va a montar una escena, al menos no si no es estrictamente necesario.

Saca un billete de doscientos euros de la cartera y se lo tiende al maître, que cambia de actitud instantáneamente.

—Sirva una *coulant* a la señorita y después lárguese. Ah, y asegúrese de que nadie más nos molesta.

Hace un mes, en la Fortaleza.

Mauricio se acaricia la perilla, pensativo.

—Creo que son tablas. —Murmura.

—Mira mejor. Puedes realizar un par de jugadas.

—No veo por qué habría de esforzarme en buscarlas. Nos conocemos ya desde hace cientos de años, y ambos somos perros viejos.

—No entiendo qué quieres decir. —Samuel adopta una expresión inocente.

Lola, que ha estado ordenando los papeles del despacho, se acerca a mirar el tablero.

—Dice que no entiende lo que digo. —Mauricio le hace un gesto cómplice a la mujer, y ambos ríen, dando por descontado que el viejo utilizará sus tretas para

anticiparse a los movimientos de Mauricio y ganar la partida, como hace siempre.

Samuel actúa como si la cosa no fuese con él, y le señala a su oponente el movimiento que puede hacer con el caballo.

Espera a que Mauricio realice la jugada. Le ha aconsejado en casi todos los movimientos que puede hacer desde que han comenzado el juego. Es como jugar contra sí mismo, solo que su amigo le ahorra tener que mover también las piezas blancas. Es una pena que Jairo esté tan enfadado con él últimamente. Si no, le invitaría a echar una partida. La inteligencia del chico es enorme, y constituye un buen rival. Calculador, pero atrevido en los ataques. Una combinación perfecta.

Realiza un movimiento y le come un peón a Mauricio. Observa su reacción con deleite.

—Si pretendes que me lamente por haber perdido un simple peón, la llevas clara. Puedes esperar sentado por toda la eternidad, que no te daré el gusto. —Se queja el hombre, mostrando en su negativa la respuesta que Samuel esperaba.

—Ya sabes, Mauricio. —Dice Lola soltando una carcajada y citando al viejo—. “Hasta el más insignificante de los peones...

—...puede realizar una jugada maestra.” —El hombre concluye la misma frase que tantas veces ha repetido. Pero esta vez cobra un significado nuevo para él.

Su larga experiencia le ha enseñado que es conveniente dejar que el destino vaya rebelando una a una sus cartas. Y ahora, por fin, acaba de darse cuenta de que Sandra es una pieza decisiva en la partida que se está jugando.

CAPITULO 44

En la actualidad.

—¿LE has dicho algo al camarero? —Inquiere ella, cuando Jairo vuelve a ocupar su asiento.

—No, sólo he ido al servicio.

—No mientas. Te he visto hablando con él. —Le increpa—. ¿Qué le has dicho?

—Que te sirva postre.

Sandra tensa la mandíbula y lo mira con ojos extraños, temiendo que pueda pasar cualquier cosa desagradable de un momento a otro. ¿Jairo pidiendo postre para ella? Sí, ¿y qué más? ¿A qué está jugando?

Mira con recelo al camarero, que con una inesperada expresión de amabilidad se acerca a la mesa. Deposita con cuidado el pecaminoso postre y hace una reverencia mirando a Jairo.

—Si no tiene nada que objetar, me retiro.

—Muy amable. —Responde él con sequedad.

—Que disfruten de la velada. —Se despide, y desaparece del salón no sin antes cerrar la enorme puerta de madera lacada. El ruido sordo provocado por la madera se ha propagado por el salón, retumbando en un ligero eco.

Ahora sí, Jairo siente que está completamente a solas con ella. Solos en ese enorme restaurante. Es el momento.

—¿Cómo lo has sabido? —Dice ella ligeramente emocionada, sin poder apartar la vista de la coulant.

—No era muy difícil.

—¿Y tú no quieres nada?

—No.

Espera a que la chica termine el postre. Está preciosa, deleitándose con cada trocito que se lleva a la boca. En cuanto acaba, Jairo reúne valor.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Sandra enarca una ceja, pero después sonrío.

—Si contesto a tu pregunta, ¿responderás a la mía? —Acaba de presentarse una nueva oportunidad de intentarlo—. Una pregunta por otra. Es lo justo, ¿no crees? —Establece las normas, sabiendo muy bien cómo jugar sus cartas.

Pero esa es una jugada a mano descubierta. Los dos saben cuál es la pregunta de ella. Por fin, Jairo acepta el reto. Pregunta por pregunta. Si su respuesta es la moneda de cambio, no le parece un precio alto a pagar. No si por fin va a escuchar de los labios de Sandra la confesión que tanto tiempo lleva esperando.

—Las damas primero.

Sandra abre los ojos de par en par. No se esperaba que aceptara.

—De sobra sabes cuál es. De todas formas la voy a formular de nuevo. —Hace una pausa y lo mira—. ¿Cómo moriste?

Jairo suspira, dándose por vencido, y se incorpora ligeramente en su silla, acercando su rostro al de ella. Observa durante unos instantes sus preciosos ojos felinos, y después empieza a relatarle la historia que tantas veces se ha negado a contar.

Hace cuatro años.

¿Qué ha sido eso? ¿Una explosión? Eso parece. La onda expansiva lo ha tirado al suelo y ha hecho que se golpee la cabeza con fuerza. Debe de haber perdido la consciencia o algo así.

Se levanta con dificultad. Le escuecen los ojos por culpa del humo que se ha colado e inunda todos los rincones de la casa. Se arrastra hasta la cocina, intentando aguantar todo lo máximo posible sin respirar. Donde antes estaba la ventana que daba al patio interior ahora hay un enorme boquete. La explosión ha tirado casi la totalidad del muro. La cúspide de unas furiosas llamas que provienen del piso de abajo se ven desde allí. Jairo se aleja y se dirige a la punta más alejada de la casa, hasta la habitación de sus padres. No, no ha sido una buena idea. Allí se ha colado el fuego, que consume con virulencia el armario de madera.

La explosión ha sido en el cuarto piso, y todos los vecinos han podido escapar fácilmente por las escaleras. No queda nadie en el herrumbroso edificio. Sólo Jairo, que no tiene escapatoria.

El chico tose y vuelve a toser. No encuentra el aire. Se está ahogando.

Camina a tientas hasta el salón, donde está la única ventana que da a la calle, el único sitio por el que lo pueden sacar.

La sirena de un camión de bomberos se escucha lejana. No cree en Dios, pero está rezando para que se den prisa.

Se agazapa en un rincón, junto a la ventana. Se quita la chupa y se resguarda como buenamente puede con ella, con la vana esperanza de tragar menos humo.

Jairo no teme a nada, pero en ese momento está aterrorizado.

Las sirenas suenan cercanas. Ya deben de estar llegando. Pero el fuego también ha llegado al salón. Puede ver la luz anaranjada que irradian las llamas reflejada en las paredes, proyectando sombras dantescas. Una de ellas se asemeja a una silueta humana, de pelo canoso. Debe de estar a punto de perder la consciencia. Espera no tardar mucho, pues ya puede sentir en su piel el mismísimo calor del infierno.

En la actualidad.

Sandra está horrorizada. Se ha quedado muda, y no sabe qué decir. Sabía que la muerte de Jairo tenía que haber sido, necesariamente, mala. Pero jamás hubiese imaginado que había muerto quemado vivo.

—Es una muerte horrible... Lo-lo siento mucho. —Dice, con un hilito de voz.

En ese momento pasa por su mente la conversación que mantiene Leonardo DiCaprio en la película de Scorsese, en la que matiza que un detalle importantísimo es que su mujer murió al inhalar el humo del incendio, y no a causa de las llamas. Sí, sin duda es algo crucial. ¿Y cómo se sentiría su madre, al ser la responsable de haber cerrado la única vía de escape de su hijo?

—Cuando hablaste de que la culpa era un sentimiento más fuerte que el amor, ¿te referías a tu madre?

Jairo tensa la mandíbula, sorprendido de la rapidez con la que Sandra ha llegado a esa conclusión, pero después afirma con la cabeza. No le ha contado la verdad. Sólo le ha dicho que su madre no sabía que él estaba en casa cuando salió, y que lo encerró por error.

—¿Y el odio? ¿A quién te referías? —Pregunta, pues pese a la crudeza del pasado, quiere saber más.

El chico se cruza de brazos y se cierra en banda.

—Las reglas eran pregunta por pregunta, y tú ya llevas dos. Me toca a mí.

Sandra no protesta. Está conmocionada. Sin embargo Jairo tiene completamente asumido lo que pasó, y más o menos superado. Además no es momento para detenerse a divagar sobre el asunto, pues eso sólo lo distraería de la pregunta que quiere formular. Va a cambiar radicalmente de tema.

Tose. Está nervioso. Siempre había controlado todas las situaciones en las que se desenvolvía, y en los últimos meses parece que todo se ha empeñado en escapar a su control.

Sandra está tan angustiada por lo que acaba de escuchar que ni siquiera se le ocurre sentir curiosidad por su pregunta.

Jairo no puede demorarlo más. Es su turno. No necesita escoger las palabras. Las ha pensado tantas veces que las tiene grabadas a fuego en su cabeza. Siente una extraña necesidad de apartar la mirada de esos ojos marrones al hablar. Y sí, estaría totalmente fuera de lugar ponerse las Rayban en ese restaurante. Se obliga a mirarla mientras formula en voz alta la duda más estúpida que le ha surgido jamás.

—El beso. —Dice, y hace una pausa en la que su mirada se intensifica, y el estómago de Sandra da un doble salto mortal—. ¿Significó algo para ti?

Vale, ya lo ha dicho. Pero la chica parece muda de asombro y por el momento no contesta. La observa en silencio deseando que no encuentre la pregunta tan estúpida como la encuentra él, aún siendo el autor. ¿Que si significó algo? ¡¿Que si significó algo?! ¡Antes de conocerla a ella ni siquiera se había planteado que los besos

pudiesen tener algún significado!

La piel de la chica parece haber perdido un par de tonalidades en los segundos transcurridos. Empieza a hablar, pero su voz suena estridente, demasiado aguda. Profiere una tosecilla nerviosa, en un intento de aclararse la garganta.

—Verás Jairo... —Dice ya con voz normal—. Es complicado de explicar...

Se detiene al ver que él le está sonriendo. Pero es una sonrisa que no le llega a los ojos.

—No hace falta que continúes. Me vale como respuesta.

Permanecen unos instantes en silencio, sin mirarse. Sandra se revuelve nerviosa en la silla. Jairo rompe el hielo que ha congelado el ambiente.

—¿Sabes? Tengo algo para ti. No es material, ni va envuelto en papel de regalo. Pero estoy seguro de que te gustará.

Alarga la mano sobre el mantel para coger la suya. Le coloca algo la su palma. Después le cierra la mano con suavidad.

Ella no tarda ni una milésima de segundo en volver a abrirla para ver lo que es.

Mira instintivamente hacia su muñeca, aunque sabe de sobras que no lleva puestas las esposas. Llamaría demasiado la atención en un restaurante.

—¿Qué es esto? —Pregunta, sosteniendo entre los dedos la pequeña llave que las abre.

—El otro día dijiste que era un egoísta, que sólo pensaba en mí mismo. —Parece que Sandra quiere replicar, pero Jairo la silencia con un gesto—. Esto es la prueba de que no es así. Es algo simbólico. Te dejo marchar. Eres libre.

Sandra no se lo cree.

—¿Y la misión?

—La terminaré yo solo.

—¿Tú solo?

—¿Acaso no me crees capaz? —Pregunta él, con un brillo malicioso en los ojos—. Además tú no serías de gran ayuda, precisamente.

—No pensaba que nos separaríamos tan pronto.

—Bueno, pues nuestros caminos se separan aquí, esta noche.

Sandra siente una horrible punzada en el pecho, un enorme vacío, un abismo que se abre bajo sus pies.

—Tengo algo más. —Dice sacando del bolsillo la tarjeta de crédito que tiempo antes le quitó.

—Vaya. —Murmura—. Si te soy sincera, me había olvidado de ella.

—Y si yo te soy sincero, no te creo. —Jairo se pone de pie—. Adiós Sandra. Me ha encantado coincidir en esta vida contigo.

Hace una mueca al pronunciar la palabra “vida”, y le dedica una preciosa sonrisa, la más bonita que le ha dedicado nunca. Le dice adiós con la mirada y sale del salón. Jairo atraviesa la puerta y su bonita sonrisa, la más bonita que ha logrado dedicar en

toda su vida, se resquebraja. No aguanta en su cara ni un segundo más. Tampoco aguanta la fachada que ha alzado en los últimos minutos de conversación. Está destrozado por dentro. Pero sabe que ha hecho lo correcto. Además tampoco es que esperara que las cosas sucediesen de otra forma. Son así y punto. Asumió hace tiempo que la suya era una batalla perdida.

Sube a su habitación y se quita la ropa. Ya no tiene que preocuparse por estar correctamente vestido, pues nunca más la tendrá a su lado. Por no tener, no tiene ni que preocuparse de velar su sueño, algo que resultaba agotador. Claro que también lo reconfortaba de una forma en que pocas cosas lo hacían.

Disminuye sus sentidos al mínimo. No quiere que ningún ruido lo moleste. Se tumba en la cama, dando por hecho que pasará la noche en vela. Pero se equivoca. Tiene la conciencia limpia, y eso, unido al cansancio de pasar tantas noches despierto espantando a las pesadillas de la chica, provocan que cierre profundamente los ojos.

CAPITULO 45

En la actualidad.

SANDRA permanece sentada en medio de aquel enorme salón. Sólo estaban los dos, pero cuando Jairo ha desaparecido por la puerta es cuando realmente se ha sentido sola. Y no sola en el restaurante, sino sola en el mundo.

Está petrificada. No sabe qué hacer. Después de unos minutos se levanta. Está claro que no puede quedarse ahí sentada.

La conversación de la última hora ha sido demasiado intensa. No sólo la historia de la muerte de Jairo, sino también su despedida. Su conmoción es enorme. Tanto, que recorre el camino hacia su habitación sin ser consciente de lo que hace.

Ha llegado hasta el final del pasillo sin darse cuenta. Eso quiere decir que ha pasado frente a su puerta sin verla siquiera. Vuelve sobre sus pasos, alicaída. Encuentra la habitación 446, e introduce la tarjeta en el lector.

Sin quitarse los zapatos, se tumba en la cama, boca abajo. Tiene ganas de llorar, y realmente no sabe por qué.

Por fin tiene lo que quería. Pero ¿realmente es eso lo que ella quería? No lo sabe. Introduce la cabeza en el almohadón y aprieta los dientes.

Si de verdad es lo correcto, ¿por qué se siente tan mal? ¿Por qué siente un terrible vacío en el pecho? Sus caminos se han separado, ya no tiene que preocuparse de que Jairo la arrastre con él. Pero ella no quiere que sus caminos se separen, quiere que permanezcan siempre unidos. ¿Cuándo ha cambiado de parecer? No lo sabe a ciencia cierta. En ese momento empieza a ser consciente de los sentimientos que se ha empeñado en enterrar todo este tiempo. Más allá del odio que le ha demostrado al chico, hay unas poderosas emociones. ¿Son amor? Nunca ha sentido nada parecido, nunca jamás. Lo que está claro es que no ha sido sincera con su respuesta, es decir, con ese par de palabras que ha balbucido a modo de contestación a su pregunta.

Había asumido que por su parte era agua pasada, y más viendo su actitud con ella desde que ocurrió.

La habitación de Jairo está dos plantas por encima de la suya. Y esas dos plantas que lo separan de él se le antojan como un abismo entero en ese instante.

Intenta serenarse. Seguro que a la mañana siguiente lo ve todo con más claridad y, sobre todo, con más optimismo del que siente ahora.

Se quita los zapatos y abre la colcha. Se mete en la cama y cierra los ojos, ordenándose a sí misma conciliar el sueño. Pero resulta ser una tarea imposible.

En la cena ha vuelto a sentir ese vínculo, esa confianza con la que Jairo y ella se trataban cuando estaban en la fortaleza. Esa confianza que se rompió con su traición.

Durante horas da vueltas. La cama es demasiado espaciosa. Echa de menos a la persona con la que ha compartido las noches de los últimos días. Siente un vacío tan grande en el otro extremo del colchón que hasta le duele. ¿Es eso posible?

Tiene que aceptarlo. Está enamorada de Jairo, pese a todas las cosas malas que le ha hecho. También ella se ha portado mal con él. Pero eso ahora no importa. Se lo tiene que decir, le tiene que confesar sus sentimientos. Si él aún piensa en ese beso, puede que lo que parecía arruinado por su equivocación aún pueda salvarse.

Se incorpora de un salto, dispuesta a hablar con él.

CAPITULO 46

En la actualidad.

HA llamado en un par de ocasiones a la puerta, pero Jairo no le abre. ¿Es que no quiere escuchar lo que tiene que contarle? La está ignorando completamente. Lo que Sandra no sabe es que Jairo está profundamente dormido al otro lado, y que ni el ruido de una apisonadora podría despertarlo.

Tiene que entrar, como sea. Ojalá hubiese desarrollado completamente sus poderes. De esa forma, ahora podría entrar sin problemas.

Intenta concentrarse, aunque las frases mentales que ensaya en su cabeza y que pronto enunciará sólo consiguen que se ponga más nerviosa. Va a decirle que lo quiere. “¡Que no cunda el pánico!”, piensa. Pero en una situación como esa es mucho pedir. Solloza en voz baja. “¡Concéntrate y deja de lloriquear!”

Coloca la mano derecha sobre la cerradura, y focaliza su atención en el mecanismo. Ha visto a Jairo hacerlo decenas de veces. “¡Ábrete!”, ordena mentalmente, pero la puerta no le hace caso. Ejerce un poco más de presión con la mano, centrándose en su energía y trasladándola a su palma. “¡Venga, por favor, ábrete de una vez!”. Nada, no hay manera. Ni suplicándole.

En ese momento una voz a su espalda la sobresalta. Es uno de los empleados del hotel, que lleva en la mano una fregona que ha debido de solicitar algún cliente.

—Le pregunto si tiene algún problema, señorita.

—Ah, sí... He olvidado la llave dentro, y mi acompañante ya se ha dormido... — Miente.

—No se preocupe. —Le dice el empleado, que la ha visto antes dirigirse al restaurante con el chico que debe de estar dentro. Saca una tarjeta maestra del bolsillo del uniforme—. Ya está. —Dice tras pasarla por el lector.

—Se lo agradezco mucho. No me hubiese gustado despertarlo. —Le dedica una amable sonrisa y espera a que el muchacho desaparezca por el pasillo.

Entonces entra sigilosamente, y tan pronto como sus ojos se acostumbran a la oscuridad, presencia una visión que aterroriza cada centímetro de su cuerpo.

Tumbado boca abajo sobre la cama se encuentra Jairo, profundamente dormido. Sólo lleva puestos unos bóxers negros y en su ancha espalda se adivina una horrenda marca. Tres grandes surcos rojos la atraviesan en diagonal, como si las uñas de la enorme garra de una bestia hubiesen desgarrado su piel.

Conteniendo un grito ahogado, Sandra sale de la habitación y coge aire abruptamente en el pasillo. Tiene que apoyarse en la pared para no caerse, pues sus piernas no parecen interesadas en sostenerla por mucho más tiempo.

Si verdaderamente a Jairo le hubiese atacado una alimaña, él mismo se habría sanado. Eso sólo puede significar una cosa, y de sólo pensarla, a Sandra se le cae el mundo encima con todo su peso.

Hace un mes, después de la marcha de Sandra, antes de su reencuentro.

El viejo es un hombre sabio. De eso no hay ninguna duda. Pero está claro que ha hecho algún tipo de trampas. Y no está nada bien que esa clase de tretas figuren entre las acciones de un hombre sabio. Tiene que ser eso. Es la única explicación para que lo haya hecho llamar tan temprano.

Abre de un empujón las dos pesadas puertas del despacho, sin llamar, por supuesto.

—Buenos días, Jairo. —Lo saluda amablemente, dando la vuelta en su sillón giratorio.

El chico se ahorra el saludo. Para él no son buenos en absoluto. Y menos después de la angustiada noche que ha pasado, preguntándose qué es lo que hizo mal para que su compañera lo traicionase de esa manera.

El hombre coge con despreocupación un periódico que hay sobre el escritorio y lo desdobra.

—Dicen que esta es la peor crisis que ha vivido Europa. —Comenta, pasando la primera página—. La prensa no para de arrojar y arrojar datos que ponen de manifiesto el gran déficit que se debe afrontar, con esfuerzo del pueblo, por supuesto. No se dan cuenta del gran desánimo que infunden a la poblaci...

—Samuel. —Lo interrumpe Jairo secamente—. Sé que no me has hecho llamar para hablar de economía.

El viejo levanta sus canosas cejas y dibuja una o con los labios, sorprendido.

—¿Es que ahora has desarrollado algún tipo de poder telepático?

—No me trates como si fuera idiota. —En los ojos del chico aparece un brillo peligroso, pero el hombre lo ignora.

—¿Y para qué se supone que te he llamado?

—Porque sabes lo que sucedió anoche.

—¿Anoche? Pues no. No tengo la más remota idea de lo que ocurrió. —Responde pausadamente, volviendo a doblar el periódico y dejándolo sobre la mesa. Jairo lo observa. Desde que ha entrado en el despacho no ha intentado leerle la mente. Sin embargo, está seguro de que ya está informado, aunque no logra imaginarse cómo lo ha hecho—. ¿Hay algo que quieras contarme, muchacho? —Pregunta con ese tono paternalista que lo saca de sus casillas. Y es que el chico ya venía muy alterado.

—¡No seas hipócrita! ¡Sabes lo que ha ocurrido! ¡Sandra se ha escapado! —Dice alzando la voz.

—¿Y cuál es el problema? Tráela de vuelta. —Se encoge de hombros y habla con

voz despreocupada.

—No puedo hacer eso.

—Puedes y debes. Es una orden directa. La próxima semana se os encomendará una misión, que llevaréis a cabo juntos.

—Eso sería un suicidio. No voy a exponerla de esa manera.

—Es tu compañera. —Puntualiza, con vehemencia.

—No lo digas como si fuese un honor. Dada mi situación, ser mi compañera es una pesadilla más que cualquier otra cosa.

Samuel exhala un suspiro cansado, como si de repente todos esos siglos le pesasen demasiado.

—La montaña no es tan grande como tú la ves, Jairo.

—Ni tan pequeña como tú intentas mostrarla. Ambos sabemos que todo ha terminado.

—No debería haber sido así. —Dice Samuel, enmascarando el profundo dolor que le desgarran el pecho. Si de él dependiese, mantendría a salvo a su querido chico en la fortaleza, por toda la eternidad. Pero sabe que Jairo no es de los que se esconden, sino de los que afrontan su destino, por muy oscuro que pinte. No puede pedirle que cambie. Si lo hiciese, dejaría de ser tan especial como es.

Jairo se da la vuelta, dispuesto a realizar el encomiendo que le ha mandado su superior. Sin embargo se guarda un as en la manga. Llevará a Sandra consigo, pero no la expondrá a ningún peligro. No lo hará de ninguna manera. No importa el daño que le haya hecho, ni todo el dolor que le ha causado su traición. Jamás dejará que le hagan daño.

—Jairo. —Lo llama Samuel, antes de que alcance la puerta. El chico se gira, y mira fijamente al viejo, siendo consciente de que esa será la última vez. Sus arrugas ahora son más profundas, sus ojeras más oscuras y sus canas más blancas. Por primera vez le parece un verdadero anciano. El hombre habla con la voz quebrada, como si cada palabra que pronuncia le doliese en el alma—. Lo siento mucho, muchacho. Siento mucho que te hayan marcado.

CAPITULO 47

En la actualidad.

CRUZA la habitación con grandes zancadas, y rebusca nerviosa dentro de su mochila. Intenta desplazarse por la agenda de contactos con manos temblorosas y entonces lo ve. Ahoga un grito. Junto a la ventana está Samuel, observando con curiosidad su ataque de pánico.

—¿Qu-qu-quéé? —Es lo más elaborado que consigue enunciar.

—¿Que qué hago aquí? —Inquire el viejo—. ¿Acaso no ibas a llamarme?

La chica asiente, intentando recobrar la calma.

—Samuel, ha ocurrido algo. Algo terrible. —Solloza.

—Llevo tiempo esperando a que te dices cuenta. Te ha costado más de lo que esperaba.

Sandra abre los ojos de par en par.

—¡Tú lo sabías! —No pregunta, afirma, señalándole con un dedo acusador—. ¿Desde cuándo? —Su tono está cargado de rabia, de rabia dirigida al que acaba de proclamar culpable a falta de otro mejor.

—Desde la noche de tu muerte. —Responde el viejo, y a Sandra se le desencaja la expresión.

—¿Qui-quieres decir que lo marcaron intentando salvarme? —Balbucea. No da crédito a lo que escucha—. ¿Por qué no se retiró?

—Querida Sandra, yo me pregunto lo mismo. —Samuel suspira. Ha preferido hablarle con sinceridad, pese a que ello implique que aceptaría de buena gana que la energía de ella hubiese pasado al bando contrario, con tal de evitar el nuevo porvenir de su chico—. Estaba en clara desventaja. Sus opciones eran pocas, pero aún así decidió enfrentarse contra cinco Askar. Jairo es muy poderoso, mucho más que cualquiera de ellos, pero la superioridad del grupo era imposible de combatir.

—¿Por qué no lo mataron, en lugar de marcarlo? —Dice ella con el corazón encogido, sabiendo que Jairo opina que estar marcado es peor que la misma muerte.

—Pese a unir sus fuerzas, no eran lo suficientemente poderosos para acabar con su vida. Estaban en una encrucijada. Era unas tablas claras. Sólo cabía la rendición de una de las partes, cosa que no iba a suceder. O la retirada. Una retirada no sin antes marcarlo para una próxima batalla, arrebatándole la posibilidad de anticiparse.

—¿Y por qué no lo ayudaste? —Eleva la voz, dirigiendo de nuevo su furia hacia él, e ignorando el sentimiento de culpabilidad que se acrecienta en su pecho.

—Hay ciertas reglas que ni yo mismo me puedo saltar, por mucho que quiera. Y una de ellas, es la imposibilidad de tomar parte en este conflicto.

—¿Quieres decir que no se puede hacer nada? —La chica ha empezado a llorar,

más de angustia que de pena. Se abraza la tripa y se concentra en respirar, aunque la ansiedad no le deja.

—No he dicho eso, Sandra. He dicho que yo no puedo intervenir—. Samuel enfatiza sus palabras y capta toda su atención.

—¿Eso significa que hay algo que yo pueda hacer? —Pregunta, esperanzada—. Cuéntame, dime qué es, por favor, haré lo que sea. —Suplica atropelladamente.

El hombre está sorprendido por la determinación que emana su mirada. Su decisión es realmente férrea. Más de lo que había previsto. Quizás no sea tan mala receptora después de todo. Se sienta a los pies de la cama, y le hace un gesto a ella para que se coloque a su lado.

—Escucha con atención las instrucciones que voy a darte, Sandra. De ellas depende el éxito de tu primera misión. De una misión que tendrás que realizar sola.

Durante más de una hora la chica no abre la boca. Le basta con abrir bien los oídos para no perder ni una sola de las indicaciones del viejo. El plan le parece descabellado. Claro, que no lo sería tanto si ella no se hubiese negado a ser entrenada. Si hubiera accedido a trabajar sus capacidades, las probabilidades de éxito ahora serían mayores, y su sensación de absoluto fracaso ya no sólo como receptora sino como persona, también sería menor.

Samuel le desea suerte, y desaparece ante sus ojos. En ese mismo instante Sandra comprende que han olvidado algo crucial, y coge el móvil. Sin que le de tiempo siquiera de llevárselo a la oreja y realizar su petición, aparece envuelto en un destello verde. Ahí está, en medio de la cama. Un puñal de granito pulido, afiladísimo, con una hermosa empuñadura de plata y esmeraldas.

Lo coge con sumo cuidado. Pesa más de lo que a simple vista parece.

Un arma de doble filo. La única capaz de matar a un demonio, pero también la única capaz de matar a un receptor.

Unas semanas antes, días después de la traición de Sandra.

Sandra vaga sin rumbo. Las cosas han cambiado mucho en los últimos días. Es como si todos sus pensamientos hubieran girado hasta el momento en una única dirección y de repente todo se hubiese derrumbado. Sí, derrumbado. Aquella noche, para ser exactos.

Ese beso fue extraño, distinto. Tampoco es que ella tenga mucha experiencia, tiene que reconocerlo, pero no se pareció en nada al que le dio el idiota de Álex. Y aunque no quiere ni planteárselo, hay algo en el fondo de su pecho que le dice que ese beso fue diferente a cualquier otro que pueda recibir, precisamente porque se lo dio él.

Se toca distraída los labios. Ha repetido esa acción tanto en las dos últimas semanas que ni siquiera es consciente de la cantidad de veces que lo hace a lo largo del día. Pero es que le parece que todavía puede sentir la calidez de sus labios sobre los suyos, su delicioso sabor... Y de nuevo siente como si el suelo se desplomase bajo sus pies. Maldito Jairo. Por su culpa ha perdido el norte. No sólo se resquebrajó su férrea determinación a llevar a cabo el plan, si no que ahora anda perdida y es incapaz de hacer nada a derechas.

Se quedó tan paralizada en el restaurante que incluso dudó que fuera a ser capaz de alejarse de allí. Sin embargo, y especialmente gracias al recuerdo de las palabras de sus amigas, pudo reunir las fuerzas necesarias para no desaprovechar la oportunidad que tanto tiempo llevaba esperando.

Cogió la cartera de Jairo y salió disparada a la calle. Sus piernas la llevaban solas, sin necesidad de darles órdenes. A penas le costó unos segundos encontrar un taxi que la alejase rápidamente del lugar.

Pidió al taxista que la llevase al aeropuerto, y pagó el importe con el dinero en efectivo que había en la cartera. Después compró un billete para el primer vuelo que salía media hora después, gracias a la documentación falsa y a la tarjeta de crédito que le habían facilitado en la fortaleza, y que llevaba encima con toda intención. Voló a una capital de provincia, que no era su ciudad. Pero no podía permitirse el lujo de esperar al día siguiente a que saliese un vuelo con ese destino. Ya encontraría la forma de llegar, una vez que estuviese lejos de Jairo, a salvo.

Y ahora es allí donde está, en medio de la ciudad que tan bien conoce, en plena noche, mientras la lluvia la empapa completamente, hasta los huesos. No hay un alma por la calle. ¿Quién va a haber con la que está cayendo? Sus lágrimas se diluyen con las gotas de lluvia, formando un mismo torrente sobre sus mejillas.

Tanto tiempo deseándolo, y ahora que por fin tenía la oportunidad no ha sido capaz. Y si es sincera, debe reconocer que de su cobardía no tiene la culpa Jairo, por mucho que lo haya nombrado su cabeza de turco particular. Si es que no hace nada bien. ¿Pero cómo iba a acercarse a su familia? Todo le parecía muy claro cuando se lo imaginaba en la fortaleza, y al llegar allí nada ha resultado ser tan sencillo. ¿Cómo iba a asumir el riesgo? No podía. Simplemente, no podía. Ha sido incapaz de acercarse a ellos por miedo a que la historia que le contó Jairo sobre las consecuencias fatales del cambio de dirección del flujo de energía fuese real.

Se muere por verlos de nuevo, se muere por abrazarlos, por decirles cuánto los quiere y cuánto los ha necesitado en todo este tiempo. Pero no puede ser tan egoísta. Si de verdad existe un riesgo para su integridad, por mínimo que sea, no puede permitirse el lujo de correrlo. Es así de simple y así de doloroso.

Se retira los mechones de pelo húmedos que se le han pegado a la frente y entra en el hostel que eligió a conciencia. Uno en el que el servicio no debería estar muy

interesado por los sucesos que son noticia en España. Su aspecto está muy cambiado para que la reconozcan, pero por si acaso.

El chino de la recepción no está. Sube las escaleras lentamente, con el peso de la culpa ralentizando cada uno de sus pasos. Le fallan las fuerzas. Se ha fallado a sí misma y a los suyos.

Entra en la habitación y cierra la puerta tras de sí.

—Hola, Sandra. —Una voz detrás de ella la sobresalta.

Pero es una voz tan conocida que no tiene miedo.

La luz que se cuele entre las cortinas proveniente de la calle dibuja su silueta, sentado en el borde de la cama. Su vista se acostumbra rápidamente a la oscuridad.

—¿Cómo me has encontrado? —Pregunta, sin acabar de creerse que esté allí, aunque supone que para un rastreador como él no habrá supuesto ninguna dificultad.

—Eso no importa. He venido para llevarte conmigo.

Sí, su voz es la misma de siempre. Pero Jairo ya no es el mismo de siempre, al menos no desde que ella lo dejó tirado en aquel salón de un hotel, cuando por fin había conseguido abrirse a alguien. Hay algo diferente en sus ojos, algo que antes no estaba. Y, pese a la escasa luz, Sandra puede verlo.

—No puedes obligarme.

—Claro que puedo. Eres mi compañera. Tienes unas responsabilidades que no puedes eludir. —Tiene la mandíbula en tensión, y el peligroso brillo de sus ojos se hace más evidente. Pero a Sandra no le importa.

—¿Y qué pretendías? ¿¿Que asumiera esas responsabilidades dejándolo todo atrás como si nada??

—Tienes que pasar página de una maldita vez. —Dice con dureza, aunque Jairo sabe por propia experiencia lo difícil que resulta.

—¿Quieres que haga como tú? ¡Tú no has pasado página! ¡Tú ya te encuentras en otro capítulo! —Le grita con rabia, sintiendo cómo las lágrimas caen furiosas por sus mejillas. Para su sorpresa Jairo suspira y habla con voz tranquila. Aunque es una voz terriblemente gélida y siniestra, tanto que le eriza el pelo de la nuca.

—Recuerda, Sandra, que estás bajo mi supervisión. Por mucho que te escondas, por muy rápido que corras, por muy lejos que vayas... te encontraré y te traeré de vuelta. No lo olvides.

Y, poniéndose en pie, la agarra de la muñeca y la arrastra fuera de la habitación.

CAPITULO 48

En la actualidad. Jairo.

JAIRO se despierta de bien entrada la mañana. Hace mucho tiempo que no dormía de un tirón durante tantas horas seguidas. Pide que le sirvan un desayuno continental en la habitación y toma una ducha mientras se lo preparan. No puede evitar mirarse la espalda. Si ya es difícil olvidar por un instante lo que sucedió aquella noche, tener esa marca grabada no hace más que recordárselo.

Lo ha pasado muy mal estos últimos meses. Sólo la compañía de Sandra ha conseguido aliviar su angustia. Y sí, Samuel tiene razón. Han pagado un alto precio por ella pero, sinceramente, lo volvería a hacer. Volvería a dejarse marcar por salvarla. Y es que fue incapaz de dejarla sola en ese callejón oscuro, a merced de esos cinco desalmados. Los receptores encargados de la misión no hubiesen llegado a tiempo de salvar su energía ni de crear un nuevo cuerpo. No, definitivamente no se arrepiente de lo que hizo, pese a las consecuencias personales que su decisión ha tenido para él.

¿Y qué será de ella tras su muerte? No tiene claro si Samuel intentará llevarla de regreso a la fortaleza.

Cuando sale del cuarto de baño el desayuno ya está servido sobre el escritorio. Han puesto un mantel blanco y sobre él han colocado leche, café, zumo, bollos, tostadas con mermelada, cruasanes y un plato con fiambre. Desayuna tranquilamente, con el sonido de la televisión de fondo. Cuando termina, mete sus pocas pertenencias en la bolsa de deporte.

Echa un vistazo a la habitación. No se deja nada. Aún así permanece unos instantes más junto a la puerta, sin decidirse a abrirla. No es que esperara que Sandra fuese a hablar con él. Sabe que le ha dado su ansiada libertad, y que eso implicaba inevitablemente no volver a verla. Sin embargo, tiene una sensación de profunda tristeza instalada en el pecho desde anoche. “*Vale ya*”. Se dice a sí mismo. “*Por mucho rato que permanezcas ahí parado como un pasmarote, Sandra no va a aparecer*”. Abre la puerta con decisión y sale al pasillo, dispuesto a poner tierra de por medio con ese hotel y con la chica que se aloja en él.

Arroja la bolsa a la parte trasera del R8 y cierra la puerta de un golpe. Se pone las Rayban y sale por la rampa del garaje al soleado exterior. Recorre los 250 kilómetros que lo separan de La Línea de la Concepción en tan sólo una hora y veinte minutos.

Sandra, en la actualidad.

Durante un año y medio ha estado paralizada, de luto por su propia muerte. Pensaba que todo acabaría cuando se reencontrase con su familia. Pero no fue capaz. Ni lo será nunca, si existe un riesgo tan grande para ellos. Sólo le queda una cosa por hacer. La misma que Jairo le ha repetido tantas veces. Pasar página, superarlo. Tiene que dejar atrás el recuerdo de su anterior vida, de sus seres queridos. Eso no significa que vaya a dejar de pensar en ellos con un anhelo desgarrador y con un cariño infinito. Lo que significa es que esos recuerdos, aunque estarán ahí, ya no le impedirán avanzar en su camino como receptora, ni serán un lastre nunca más. Está dispuesta a realizar su primera misión, aunque sea la última.

Desde la visita de Samuel la noche anterior, no ha dejado ni un momento de pensar en sus palabras. Le dijo que, dadas su falta de habilidades para la lucha y sus inexistentes poderes, la sorpresa era su única baza. Al viejo se le podrá acusar de muchas cosas, pero no de falta de sinceridad, eso está claro. A penas han coincidido en un par de ocasiones, pero sospecha que no le cae muy bien. Seguramente debido a las consecuencias que tuvo para Jairo su rescate.

Revisa los pasos mentalmente, una vez más. Su objetivo está claro: acabar con Daro, que es el demonio que vio en su sueño. Cuando él haya muerto, la capacidad de anticipación que los demás demonios tienen sobre Jairo desaparecerá, y él podrá combatirlos. Es una misión simple. Matar al demonio de la cicatriz. Sí, claro, una misión sencillísima.

En cualquier caso, está segura de que es lo que tiene que hacer. Se siente como predestinada a ello. Y sabe que hay una posibilidad muy grande de que muera. Es curioso, porque jamás ha apreciado su vida como receptora, y aún así no quiere morir. Pero es su vida o la de Jairo, y no le importa ser ella quien se lleve la peor parte. Se lo debe a su compañero. Fue marcado por su culpa. Ha tenido que cargar durante todo este tiempo con su marca, en silencio. Y por si eso no fuera poco, también ha tenido que cargar con ella. Sí, con ella, que se ha resistido con uñas y dientes a aprender, que se ha opuesto a todo lo que tuviese que ver con la orden. Que se escapó en cuanto tuvo oportunidad, y que se ha pegado todo el viaje incordiándolo, dirigiendo hacia él el odio que sentía hacia sí misma por no haber sido de capaz de acercarse a su familia, responsabilizándolo de un encuentro que no se llevó a cabo sola y exclusivamente por su culpa.

CAPITULO 49

Jairo, en la actualidad.

LLEVA el puñal de granito escondido en la bota. Siente el frío de la empuñadura de plata rozando su piel. Es la única arma que lleva encima. Sabe que no tiene oportunidades reales de batir a uno sólo de los Askar estando marcado, pero aún así tiene la férrea determinación de al menos intentar llevarse alguno por delante, antes de que lo maten.

Quizás haya perdido el juicio. Él sólo acudiendo a la boca del lobo. Como un insecto que por voluntad propia decide acercarse a dar un paseo por la tela de araña, terreno peligroso, terreno que no es el suyo y donde sólo puede haber un vencedor, conocido de antemano.

No está nervioso. Hace tiempo que asumió su porvenir.

Él mismo le insistió a Samuel para que le encargase una misión. Había pasado los últimos meses relegado al último puesto entre los luchadores de la fortaleza. Él, que siempre había encabezado las misiones más peligrosas. El, que poseía tantas habilidades que era el único al que Samuel encomendaba trabajos no sólo de luchador, sino también de rastreador y de informador. Porque él era el mejor en lo suyo, un chico todoterreno. Pero eso era antes. Últimamente el viejo se había encargado de ocultarle todo, de dejarlo al margen.

Y sí, sabía que era peligroso andar por el exterior llevando la marca. Por ello Samuel le encargó la misión de Andalucía porque era de las más simples. Aparentemente, claro, porque cuando Eneko le comunicó que Daro y no cualquier otro demonio era el que encabezaba el comando de Cádiz, esa simple misión se convirtió en la más peligrosa que había encarado Jairo jamás.

Ni siquiera llamó a su superior para informarle de que tendría que verse las caras con el demonio que había impreso su marca. ¿Para qué? ¿Para que se la encargase a otro receptor y a él lo hiciese volver de inmediato en la fortaleza? Según Samuel, la única forma que tenía de estar a salvo era entre esos muros, y siendo sinceros, Jairo no se veía pasando el resto de su vida inmortal encerrado por miedo a salir.

Él es de los que piensan que la única forma de mirar a los problemas es de frente. Y eso es lo que está haciendo precisamente ahora.

Camina bajo el cielo estrellado de la noche linense. Poco a poco va dejando atrás las transitadas calles, alejándose del centro. Baja las escaleras lúgubres y llenas de pintadas de un pasadizo subterráneo, sobre el que corren las vías del tren. Las barras fosforescentes del techo parpadean, y sus pisadas resuenan a cada paso que da, produciendo un eco sordo en las paredes de hormigón. El viento sopla levemente, y le

revuelve el oscuro cabello cuando sube de nuevo al exterior. A lo lejos se adivina un maltrecho y oxidado cartel que en sus buenos tiempos daba la bienvenida al recinto circense. Está cerca de ellos. Puede sentirlos. Su cuerpo se pone alerta instantáneamente. Él sólo, dispuesto a afrontar su destino. Se pregunta cuántos acompañarán a Daro. Eneko sólo pudo informarle de que el grupo estaba compuesto al menos por tres Askar. Y eso abre las posibilidades a un gran número de demonios.

Lo único que lo reconforta en ese momento es pensar que Sandra está a salvo, muy lejos de allí. Es fuerte, sabrá cuidar de sí misma. Sólo espera que no cometa los mismos errores que cometió él, y que se olvide de la idea de reencontrarse con su familia.

Recorre el lugar con sigilo, manteniéndose cerca de las antiguas casetas de feria. Escucha sus voces, amortiguadas. Deben de haber establecido el campamento dentro de alguna de esas barracas. Se acerca al lugar del que provienen. Hay un demonio haciendo guardia frente a una desvencijada puerta. Es menos corpulento de lo habitual. Está de espaldas, y lleva el larguísimo pelo negro recogido en una coleta baja. ¿Es posible que sea...? No, seguro que no. Samuel le explicó que los Askar sólo son antiguos varones, debido a que el cuerpo de las mujeres está creado para dar vida y no para quitarla, como hacen ellos. Aunque claro, eso sólo son suposiciones del viejo. Si el demonio que tiene delante hubiese sido en algún momento remoto una mujer, ¿cambiaría en algo la situación? Tiene que reconocer que no. No le temblaría el pulso a la hora de poner fin a su miserable existencia.

En ese momento el demonio se da la vuelta. Sus rasgos son de hombre, como todos los que ha visto hasta el momento.

Jairo sale con paso tranquilo de su escondite, y se coloca a plena vista del Askar, que con un grito pone en alerta a sus compañeros.

Otros cuatro salen rápidamente de la caseta, y adoptan una postura de media luna alrededor del recepto, dispuestos a atacar. Entonces los ojos de Jairo se encuentran con unos separados por una fea cicatriz. Daro lo reconoce al instante.

—Vaya, vaya. Mirad a quién tenemos aquí. —Comenta, con una voz espeluznante.

CAPITULO 50

Sandra y Jairo, en la actualidad.

SANDRA camina despacio por la explanada, como si inconscientemente retrasase lo inevitable. No está preparada, pero es normal. Nadie está preparado para morir, y menos por segunda vez.

Samuel le indicó el lugar con precisión, y le ha pedido al taxista que se detuviese un par de calles antes. Resulta un poco triste tener que tomar un taxi para llevar a cabo una misión tan importante.

El sitio es siniestro. Ya se lo ha dicho el taxista, que esa no es una buena zona para que una jovencita ande sola, que en los alrededores hay un circo abandonado por el que merodea mala gente. Pero es que no tiene elección. Ella no decide en qué lugar se asientan los demonios mientras escogen a su próxima víctima.

Y allí está, en el antiguo circo. Las siluetas de las viejas atracciones se levantan contra el cielo nocturno, débilmente iluminado por la luna llena, recortándose contra él y dibujando siniestras figuras. La mayoría de ellas, hechas de hierro ahora carcomido por el óxido, muestran restos de lo que en su día fueron dibujos. Macabros dibujos, para ser precisos. Payasos, brujas, dragones y niños que la observan caminar, entre las sombras de la noche. No se oye nada. ¿No se habrá confundid...?

En ese momento escucha unas voces varias barracas más allá. Contiene la respiración, y empieza a caminar casi de puntillas. Se aferra al puñal que tiene guardado en el bolsillo de la chaqueta.

Proviene justo del otro lado de lo que parece ser un inquietante tren de la bruja.

Un enorme payaso, cuya mitad derecha de la cara ha sido arrancada, la mira con un ojo izquierdo demoníaco, como si le advirtiera que no de un paso más.

Sandra se pega a la pared de chapa en la que está dibujado el payaso, intentando ignorarlo, y comienza a dar la vuelta a la caseta cautelosamente. En silencio. Un paso y luego otro. Despacio. Las voces cada vez se oyen con mayor nitidez, aunque no lo suficiente como para que entienda de qué hablan. Da un par de pasos más. Ya puede verlos. Cinco criaturas de altura descomunal, similares a humanos vestidos de negro, rodean a Jairo. Su compañero es muy alto, pero es que ellos sobrepasan los dos metros de altura. Se agazapa tras un vagón corroído, intentando escuchar lo que dicen. Desde su escondite puede ver sus pupilas amarillentas, realmente aterradoras. Entre ellos reconoce a Daro. Su cicatriz lo hace inconfundible, al igual que ese brillo demencial que irradian sus ojos. Un escalofrío sube por su columna y la hace tambalearse ligeramente. Intenta serenarse. Debe tener cuidado para no hacer ningún ruido que la delate.

—Te teníamos por alguien más inteligente, Jairo. —Se burla despectivamente Daro—. Eres el primer receptor marcado que viene por voluntad propia a nosotros para recibir su merecido.

—Digamos que no encajo en los estereotipos. —Responde, encogiéndose de hombros, como quien oye llover. Está increíblemente tranquilo. Sandra no sale de su asombro. ¿Cómo puede ser? ¡Si lo tienen rodeado!

—Habría sido más divertido si hubiésemos salido a cazarlo... —Comenta, otro de los demonios, con una extraña voz aguda que no le pega en absoluto—. Pero supongo que si la presa ha venido hasta nosotros tendremos que saltarnos los preliminares y pasar a la acción.

—Tienes razón, Iru. La única forma en que podemos aderezar esta situación es alargando su agonía todo lo que sea posible. ¿Qué me dices, receptor? ¿Estás preparado para morir lenta y dolorosamente?

En ese momento los ojos de Jairo muestran un terror real que deleita a Daro. Pero lo que no sabe es que el miedo que siente el chico no lo han provocado sus palabras. Acaba de reparar en la presencia de Sandra. Está ahí, agachada junto al antiguo tren, mirándolo con sus preciosos ojitos cargados de temor. Se le desencaja la expresión, no es capaz de disimular su angustia. ¡¿Qué diablos hace allí?! Si no va a ser capaz de salir con vida de esta, ¿cómo va a defenderla a ella? Si hasta ese momento su prioridad era llevarse por delante al menos a un demonio, ahora su único objetivo es impedir que le hagan daño a ella. Tendrán que matarlo antes de tocarla.

Utiliza sus poderes para mandarle una orden que los demonios no puedan percibir.

—¿Tienes miedo, Jairo? Ya no pareces tan valiente como en anteriores encuentros.

El chico ni siquiera contesta. Debe distraerlos lo máximo posible, para que no se percaten de que no están solos. Sandra es una presa demasiado fácil para ellos.

En una milésima de segundo crea una enorme bola de energía, que lanza con furia a Daro. A esta le sigue otra, y después otra, que provocan atronadores ruidos metálicos al estrellarse contra las casetas. La lucha ha comenzado.

Jairo pelea con varios demonios a la vez, utilizando sus poderes y su fuerza física. Salta para esquivar los golpes de ellos y arremete con movimientos letales, en una lucha cuerpo a cuerpo. Sandra jamás lo ha visto en acción. Resulta realmente mortífero. Sin embargo, pese a la contundencia de sus ataques, no logra herirlos, pues sus cinco oponentes se anticipan a todos sus movimientos. A la chica no le queda ninguna duda de que, de no estar marcado, sería un claro vencedor. Pese a no contar con ningún tipo de ventaja, aún no han conseguido herirlo. Y eso que son cinco.

“*¡Márchate Sandra! ¡Márchate ya, joder!*” Las palabras que le lanza Jairo resuenan furiosas en su cabeza, impidiéndole pensar con claridad.

Lleva una pistola cargada con balas de granito. Sabe de sobra que con un par de semanas de entrenamiento hubiese desarrollado una puntería infalible, como la que tienen todos los receptores. Pero no, ella se negó también a eso. Y ahora su única oportunidad de darle un balazo sorpresa es acercándose y disparando desde escasísima distancia. Qué mejor forma de cogerlo desprevenido.

Jairo y Daro se están batiendo en un furioso duelo. Parece una cuestión personal, tanto que los otros cuatro demonios han pasado a un segundo plano para observar el combate, disfrutando de la tranquilidad y seguridad en el desenlace que les otorga la marca.

El Askar de la cicatriz lanza rayos rojos a diestro y siniestro, pero ninguno logra impactar contra su objetivo. Los movimientos de la batalla han provocado que el demonio se encuentre de espaldas a Sandra, bastante cerca de su vagón. Es la oportunidad que estaba esperando. Se desliza sigilosamente, exponiéndose a la vista de los presentes. Sin embargo los demonios están tan absortos mirando ese duelo de titanes que increíblemente no reparan en ella. Pero Jairo sí, y adivinando lo que se propone cesa su ataque y baja las manos, en señal de rendición. Se acerca a Daro, en cuya mano chisporrotean chispas rojas, preparado para lanzar un rayo. Con la otra agarra un puñal de granito, sólo por si acaso el chico pretende tenderle algún tipo de trampa. La actitud de Jairo le descoloca, pero gracias a su capacidad de anticipación sabe que no va a atacarlo. Sin embargo esa capacidad escapa a las acciones de Sandra, para las cuales no está preparado.

En ese momento la chica coloca el cañón del arma en su nuca. Aprieta el gatillo y una bala de granito se introduce en su cráneo, provocando un tremendo y desagradable sonido.

Al demonio la acción le ha pillado totalmente desprevenido. En un rápido movimiento espasmódico, clava el puñal a Jairo, y ambos caen al suelo. Sandra se abalanza sobre su enemigo. Sólo dispone de un minuto para llevar a cabo su encomiendo. El resto de Askar adopta una nueva posición de ataque inmediatamente, dispuestos a defender a su igual. Pero Jairo no lo va a permitir. Reuniendo las fuerzas que le quedan se pone en pie, interponiéndose entre ellos y Sandra.

La chica agarra por el hombro al enorme demonio, que está momentáneamente paralizado, y le da la vuelta con cierta dificultad. Cuando está boca arriba busca el corazón. Daro la mira un breve instante, atravesándola con sus crueles pupilas amarillas. Ella aparta la vista. Coloca la afilada punta sobre su pecho, y le traspasa el corazón con todas sus fuerzas. El demonio profiere un lastimero sonido gutural que le pone los pelos de punta y, para su completo horror, en pocos instantes se convierte en una especie de maseta marrón, como si sólo fuese carne sin estructura ósea.

Jairo está completamente metido en la pelea. Sus movimientos son más fieros que antes, casi desesperados, y esta vez sí alcanzan a sus rivales. Sin la marca, tiene la

pelea en sus manos. Mientras Sandra realizaba su misión, ya ha acabado con dos de ellos. La chica se escabulle detrás del vagón más cercano, sabiendo que su presencia allí en medio, lejos de ayudar a Jairo, entorpecería sus movimientos. Le tiembla todo el cuerpo. Mira hacia donde instantes antes estaba Daro. Ya no queda ni rastro de él, sólo una mancha negruzca en el suelo y el puñal de granito, cuya empuñadura de plata brilla con la luz de la luna.

Jairo acaba de matar al tercer demonio, y sólo le queda un oponente. El último Askar parece aterrorizado, y no opone tanta resistencia como los demás cuando el chico se le acerca con paso fiero y le clava el puñal en la sien. Sandra ahoga un grito de espanto. Cuando cae al suelo, Jairo se agacha sobre él, extrae el arma y le atraviesa el corazón con resolución.

La chica no puede evitar estremecerse. La escena ha sido espantosa. Sale de su escondite y sus ojos se encuentran con los de Jairo. El chico intenta esbozar una triste sonrisa, pero le fallan las piernas y cae de rodillas al suelo, sujetándose el abdomen con ambas manos.

Desconcertada, Sandra corre a su lado. Ni siquiera se ha dado cuenta de que estaba herido mientras luchaba.

En su camiseta negra no se apreciaba la mancha de sangre, pero entre los dedos con los que ahora se presiona la herida, se escurre el líquido rojo.

—¡Jairo! —Grita, ansiosa. El chico se levanta a duras penas, pero le fallan las fuerzas. Coge su brazo y lo pasa sobre sus hombros para intentar sostenerlo, pero pesa demasiado para ella. No sabe cuánto tiempo podrán mantenerse en pie. Su compañero está herido, y están muy apartados de la ciudad, sin nadie que pueda socorrerlos, sin nadie a quien pedir ayuda. Está muy asustada. Desea con todas sus fuerzas poder estar en otro sitio.

Escucha un leve chasquido y en un abrir y cerrar de ojos, aparecen en la habitación de hotel en la que durmió la noche anterior. ¿Cómo es posible que se hayan transportado?! No sabía que Jairo tuviese ese poder... ¿o ha sido ella? Sea como sea, tiene que darse prisa.

Se apresura a sentarlo sobre la cama. Le ayuda a quitarse la camiseta, para poder ver el terrible corte. La marca de Daro ha desaparecido de su espalda. Lo tumba casi sin dificultad y coloca dos almohadas bajo su cabeza. Las muecas de dolor del chico cada vez son menos evidentes. Está a punto de perder la consciencia.

—No te preocupes Jairo, ya estamos a salvo... —Solloza, aunque sabe que no es verdad, que sólo ella está a salvo. Que el peligro de él ha viajado con ellos hasta esa habitación, en forma de herida en el abdomen.

Corre nerviosa hacia el cuarto de baño y con manos temblorosas coge una toalla. Vuelve a su lado y le limpia con cuidado el profundo corte. De seguro el tacto de ese pétreo torso en otras circunstancias la hubiese dejado sin respiración, pero ahora está horrorizada. Todo lo que puede ver es la gran cantidad de sangre que hay en su piel.

La toalla se ha empapado rápidamente. Algunas gotas se han escurrido, manchando las sábanas. La herida no tiene buen aspecto. Jairo apenas consigue mantener los ojos abiertos y respira con dificultad.

Horas más tarde.

Jairo continúa en un estado de semiinconsciencia. Sandra le pasa con suavidad una toalla húmeda sobre la frente, retirándole las gotitas de sudor. Su piel arde. Tiene mucha fiebre. Está aterrorizada. Nunca ha tenido tanto miedo, ni siquiera la noche en que murió. Sabe que una herida provocada por ese puñal es mortal para ellos. Jairo se está muriendo. Lloro amargamente, en silencio, y continúa acariciándole el rostro con la toalla. Incluso en esas condiciones sigue siendo el chico más guapo que ha visto nunca.

De vez en cuando murmura alguna palabra irreconocible, pero sus párpados continúan cerrados y sus labios han adquirido una tonalidad morada muy preocupante.

“Sandra...” Su susurro ha sido tan ronco que la chica duda de si es su nombre lo que realmente ha dicho. Sólo por si acaso puede sentir su presencia, coge su mano entre las suyas.

—Jairo estoy aquí. Resiste por favor, por favor... Te vas a poner bien... —Le dice con un hilito de voz, que muere ahogado en su garganta. ¿Cómo tiene la desfachatez de decirle que se va a poner bien? Sabe que no es así. Se muere. ¿Dónde está Samuel cuando se le necesita? Durante la pelea ha perdido el móvil con el que llamarlo, pero conociendo sus poderes se supone que ya tendría que haberse materializado en medio de la estancia.

Entrelaza los dedos con los suyos, inmóviles. Sabe que no se ha portado bien con él. Desde que la salvó, ella ha sido una carga. Ha renegado de unos poderes que podrían haber evitado que su compañero se encontrara en la situación en la que está ahora. Todo ha sido su culpa. No ha estado a la altura de lo que él se merecía. Ha sido un lastre para él. Le traicionó, lo utilizó, y aún así él la apartó de una peligrosa misión para asegurarse de que estaba a salvo. Ahora está segura de que se alejó de ella por ese motivo. Sólo él haría algo así. Jairo es mucho mejor persona que ella. Aprieta con más fuerza su mano. Y lo peor es que ni siquiera fue capaz de confesarle lo que sentía por él. Jamás le dijo que lo quería. Y ahora que está preparada, no puede hacerlo, porque se muere.

Siente una impotencia tan grande que se traduce en un grito desgarrador, que sale de su pecho y recorre su garganta. El sollozo ha sido gutural, animal, no ha reconocido su voz en él. Las lágrimas se suceden incesantes, más dolorosas que nunca. Si él muere, ella muere con él. Ya nada tendría sentido. No valoró

suficientemente su compañía, y ahora el panorama sin él le resulta devastador. No puede morir.

Se muerde el labio, en un intento de controlar el vertiginoso temblor que le sacude el cuerpo. Pero todo lo que consigue es hacerse un corte y probar el sabor a hierro de su propia sangre. Está alteradísima. A las lágrimas se unen unos sollozos nerviosos, y unos jadeos que le impiden respirar. Suelta la mano de Jairo y se agarra el pecho. Gime. Siente un dolor enorme ahí, una desgarradora energía que lucha por salir al exterior de alguna manera. Sin embargo su magnitud es tal que no puede drenarse únicamente a través del llanto. Por un instante el dolor es tan fuerte que cree que va a morir de un momento a otro. Se toca el pecho, asfixiada. Tose abruptamente. Le falta el aire. Justo cuando cree que va a desmayarse, ese dolor localizado comienza a expandirse lentamente, provocándole un extraño hormigueo. Un hormigueo que se va desplazando hacia sus manos. Poco a poco todo se acumula allí, con toda su intensidad. ¿Qué está pasando? Se mira las manos. Aparentemente están normales. Pero ella sabe que no es así. Debajo de la piel, en el centro de la palma, tiene concentrada una ingente cantidad de energía, una energía que ha salido de ella y que ni siquiera sabía que tenía.

No lo duda. Sabe lo que tiene que hacer, no sabe por qué. Sólo lo sabe.

Coloca ambas manos sobre la herida de Jairo. Cierra los ojos y se concentra en utilizar esa fuerza. Nota como va saliendo de ella poco a poco, e introduciéndose en el cuerpo de Jairo. Continúa con los ojos cerrados, centrada en ese flujo que la une a él. Resulta extraño y placentero. La conexión es muy fuerte, conectada a él, como si no existiese nada más.

El dolor que ha sentido poco a poco va disminuyendo, al igual que el hormigueo. Sabe en el momento exacto en el que todo ha terminado. Abre los ojos, pero le cuesta enfocar la vista. Está muy mareada, y nota en sus manos una intensa sensación de calor, casi quemazón. Mira el abdomen de Jairo. Sólo hay una piel perfectamente lisa. La herida ya no está. ¡La herida ya no está!

El chico se incorpora levemente, aturdido, y sus miradas se encuentran.

—¿Qu-qué ha pasado? —Balbucea, buscando la herida con la mirada, sin comprender cómo ha podido desaparecer.

—¡Jairo! ¡No vuelvas a hacerme esto! ¡Pensaba que iba a perderte! —Grita Sandra, que llora incontroladamente, pero ahora por motivos muy distintos. En un arrebatado de alegría sostiene su cara entre las manos, y le da besos por una mejilla, por la otra, por la frente, por la barbilla, por los pómulos... Sin reparar en lo tenso que se ha puesto el chico.

Le aprisiona las muñecas con manos férreas, y la aparta con brusquedad de él. Ella lo mira sin comprender, pero no encuentra sus ojos. Los tiene clavados en la toalla manchada de sangre que hay sobre la cama. De todas formas es suficiente con

ver cuánto ha endurecido la mandíbula y la expresión pétrea que muestra su rostro para saber que algo no va bien. No le da tiempo a preguntar, él se le adelanta.

—No me hagas esto, Sandra. —Espeta secamente.

Lo mira desconcertada, pero continúa sin mirarla.

—¿Hacer el qué? —Tartamudea sin comprender, repentinamente asustada por su actitud.

En ese momento el chico levanta la vista y la mira con sus hermosos ojos azules. Y entonces Sandra ve algo que no ha visto nunca en él. Por primera vez, descubre a un Jairo tremendamente vulnerable.

—No me hagas albergar falsas esperanzas.

El corazón de Sandra se detiene un instante, para volver a latir desbocado después.

—No son falsas esperanzas, Jairo. Son promesas, son realidades. —Le dice, con las muñecas todavía apesadas—. Si tú me dejas estaré a tu lado todos los días, dispuesta a enmendar los errores que cometí en el pasado. Nunca más volveré a fallarte. Nunca más te traicionaré. Te lo prometo... —Jairo la observa en silencio, incapaz de decir nada, incapaz de creer que está escuchando las palabras que tanto anhelaba. Parece que hay un atisbo de duda en la mirada felina de Sandra, que un instante después se transforma en una increíble determinación, que impregna las palabras que dice a continuación—. No te lo prometo. Te lo juro.

Sandra lo mira expectante, esperando algún tipo de respuesta. Pero él no dice nada. No sólo no suelta sus muñecas, sino que las aferra con más fuerza si cabe que antes. Empieza a sentirse insegura. Hay un brillo en los ojos de Jairo, un brillo peligroso, que no sabe como interpretar.

Justo cuando va a volver a hablar, Jairo la atrae hacia sí con fiereza, y la besa con determinación, como nunca ha besado a nadie. Sandra jadea ante la intensidad de sus movimientos. Todo a su alrededor desaparece. Se le nubla el entendimiento. Sólo existen los besos que él le da. Cálidos. Exigentes. Arrebatadores. Pierde la noción de todo lo demás.

Entrelaza las manos tras su nuca y disfruta del momento. No va a ir a ninguna parte. Ya no tiene ninguna duda. Es a su lado donde quiere estar.